HANS W. WEIGERT

GEOPOLÍTICA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

HANS W. WEIGERT

GEOPOLITICA

GENERALES Y GEOGRAFOS

Versión española
de
RAMON IGLESIA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco, 63 - México

Primera edición inglesa, 1942
Primera edición española, 1943
Segunda edición española, 1944

Queda hecho el depósito que
marca la ley. Copyright by
Fondo de Cultura Económica.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Sección de obras de Ciencia Política

IV

CUESTIONES DEL DIA

GEOPOLITICA

A

GEORGE BELL

OBISPO DE CHICHESTER

y

HENRY SMITH LEIPER

con gratitud y amistad

. . . *Macbeth*
Is ripe for shaking, and the powers above
Put on their instruments. Receive what cheer you may;
The night is long that never finds the day.

INDICE GENERAL

PREFACIO 9

I. Geografía y geopolítica 13

II. Spengler, Rusia y el porvenir 35

III. Haushofer, el partido y el ejército 60

IV. Los precursores de la geopolítica 87

V. Sir Halford Mackinder y el corazón continental. 127

VI. Haushofer y el corazón continental 152

VII. La estrategia geopolítica y el Pacífico 180

VIII. América, "el satélite" 205

IX. Espacio vital y presión demográfica 228

X. La geopolítica y la humanidad 253

PREFACIO

Bien podríamos empezar este libro con las palabras finales de El terror sagrado, *de H. G. Wells:*

"Este libro exagera de vez en cuando y simplifica las cosas. Simplifica una enormidad. ¿Qué otra cosa puede hacer un libro? Creo que eso hace más fácil su lectura. Pone la vida a nuestro alcance... De todos modos, y en líneas generales, dice la verdad. La verdad condensada sobre la Revolución Mundial. Es tan real como la mayor parte de otros libros históricos."

Trataremos de decir unas cuantas cosas sobre la geografía y la geopolítica, Spengler y Haushofer, Ratzel y Mackinder, la élite *militar, Rusia y el futuro. Pero no lo haremos con el simple propósito de descubrir "raíces", contentándonos con añadir un "estudio científico" más al ingente montón. En vez de esto, hablaremos de algunas lecciones que hemos aprendido del enemigo, intentando, pues, escribir un libro político. El amigo lector ha de encontrar ciertas conclusiones entre líneas, más que en las líneas mismas. No estamos demasiado seguros de haber conseguido las conclusiones justas. Pero, por lo menos, este libro no se ha escrito con esa actitud distante y helada que es del dominio de los cultivadores de la geopolítica en Alemania y también en Estados Unidos. Está escrito con la ferviente espe-*

ranza de que la centuria que salga de esta guerra sea el siglo del hombre medio en un mundo libre.

El lector descubrirá en seguida la gran admiración que el autor siente por el genio de Sir Halford Mackinder. Tiene con él una deuda especial de gratitud por su amistoso consejo y su interés en este proyecto. Desde luego él no es responsable de las conclusiones y opiniones expresadas en este volumen.

Parte del material empleado se publicó, en forma resumida, en Harper's Magazine *(noviembre de 1941) y en* Foreign Affairs *(julio y octubre de 1942). El autor desea expresar su sincero agradecimiento a sus respectivos editores, Frederick L. Allen y Hamilton Fish Armstrong, por haber autorizado la reproducción parcial del material publicado anteriormente.*

Mi agradecimiento también para los autores y editores de las obras citadas en el texto, en especial a Sir Halford Mackinder y a la Real Sociedad Geográfica de Londres por las extensas citas del discurso pronunciado por Mackinder ante dicha sociedad en 1904.

Este estudio no se hubiera completado a no ser por el estímulo y ayuda amistosos del Dr. Remsen B. Ogilby, director de Trinity College; para él mis gracias más sinceras.

Miss Evelyn M. Andersen y Mrs. Marie B. Newell prestaron un gran servicio al autor con su colaboración editorial.

He recibido la cooperación más valiosa de las bibliotecas de Trinity College, universidad de Yale, universidad de

Princeton, Hiram College y de la biblioteca pública de Cleveland.

Los editores siguientes han tenido la generosidad de conceder permiso para sacar citas de libros por ellos publicados: E. P. Dutton and Company, Inc., Conversations of Goethe with Eckermann; *Harcourt, Brace and Company, G. Seldes,* You Can't Print That; *Harper and Brothers, P. Sorokin,* Contemporary Sociological Theories; *Henry Holt and Company, D. Whittelesey,* The Earth and the State; *World Book Company, I. Bowman,* The New World; *Oxford University Press, A. J. Toynbee,* A Study of History, *y E. J. Simmons,* Dostoevski.

H. W. W.

Hartford, Connecticut.
Octubre, 1942.

I

GEOGRAFIA Y GEOPOLITICA

Bohemia, país desierto junto al mar.
SHAKESPEARE

CUANDO EL HOMBRE de nuestra generación iba a la escuela, la geografía era la hijastra de la educación; su estudio se limitaba a aprender tediosamente de memoria los nombres de lugares. Pocos maestros eran lo bastante inteligentes para liberar a la geografía de esta vieja rutina y para inspirar a sus alumnos entusiasmo por el tema. La geografía era una disciplina árida, sin relación alguna con los problemas vitales.

Nos educaron mal. Como resultado de nuestra falta de interés por la geografía, estamos siempre más que dispuestos a pasar por alto la influencia de las configuraciones espaciales en la historia y la política. En un mundo hecho cada vez menor por el progreso de la técnica, conmovido por radicales cambios sociales y políticos, nuestras ideas geográficas siguen siendo estáticas. Seguimos viendo como condición inalterable la división del mundo en continentes y estados nacionales, herencia de nuestros abuelos.

Lo que hay de trágico en esta manera de pensar es que tantos estadistas, militares, capitanes de industria, historia-

dores y profesores de ciencia política estén de acuerdo con ella. Incluso si algunos de ellos sienten las deficiencias de su perspectiva geográfica, no son capaces de adquirir una visión correcta mediante sus esfuerzos trasnochados. Nos encontramos en el siglo xx, con sus tremendas convulsiones. Todos los días, lo mismo el hombre de la calle que el líder político, miran el mapa con un sentimiento creciente de impotencia y azoramiento. Para poner las cosas aún peor, ahí está la cortina de humo de los tópicos, que oculta las realidades geográficas bajo términos tales como "aislamiento", "intervención", "espacio vital", "autodeterminación", "hemisferio occidental", "comunismo", "nacional-socialismo", "Asia para los asiáticos" y tantos otros. Pero el mapa impone sus leyes. La gente comprueba todos los días la importancia de nombres geográficos que en la época de su niñez carecían de sentido. John Doe se creía un estratega porque tenía noticias de Dakar; pero unas semanas después Dakar era un lugar común político, que cedía su puesto a Madagascar o Dutch Harbor.

Tanto los estrategas de verdad como los de café carecían de una visión global. ¿Cómo podrían adquirirla en una generación a la que le faltaban los instrumentos intelectuales o la sensibilidad imaginativa precisos para analizar y reconstruir el mundo en términos globales? La geografía global no estaba en nuestra sangre, simplemente. La concepción de la geografía en su relación profunda con el destino del hombre seguía siendo superficial. Había sido enseñada durante demasiado tiempo por hombres que no lograban comprender que la política es destino, y la política había estado dirigida y también enseñada durante dema-

siado tiempo por hombres que no lograron comprender que los espacios terrestres y marítimos son, igualmente, destino.

Uno de los más grandes geógrafos de la actualidad, Sir Halford Mackinder, escribe:[1] "Cuando empecé a enseñar geografía en Oxford, en 1887, encontré la oposición de bastantes pensadores liberales, que se basaban en que el estudio de la geografía conducía al desarrollo del militarismo e imperialismo. No se daban cuenta de que la defensa presupone la comprensión del ataque." Estas observaciones, escritas en enero de 1942, cuando Mackinder (de quien con frecuencia hemos de ocuparnos en este libro) tenía ochenta y dos años, revelan los obstáculos que estorbaron el desarrollo de la moderna geografía política. A decir verdad, una auténtica comprensión de la geografía hubiera evitado muchos errores de la política occidental, sobre todo si, después de la primera guerra mundial, hubiera llegado a ser corriente un conocimiento sano de las importantes relaciones existentes entre espacio terrestre e historia. No pensamos en un conocimiento académico, cargado de detalles, en un campo fuera del alcance del público "educado", sino en la conciencia de la unidad orgánica de la tierra y en los

---

Las notas se refieren al material de fuentes empleado en este libro. Quien estudie la geopolítica alemana ha de concentrarse de preferencia en los escritos de Karl Haushofer y su círculo, en especial *Geopolítica del Océano Pacífico, Fronteras* y *Las piedras angulares de la Geopolítica*, de K. Haushofer y otros —estos libros no han sido aún traducidos—; contiene gran cantidad de materiales la *Revista de Geopolítica* de Haushofer. Se mencionan en el texto los escritos de F. Ratzel, O. Maull, Kjellén y H. Mackinder.

[1] En una carta al autor.

lazos indisolubles que unen a los hombres con ella. El recuerdo de Mackinder nos pinta el muro de prejuicios, ideologías, tópicos y consignas políticas que rodeaban a aquellos pocos que intentaban ir más allá de una geografía anticuada: se encontraban presionados por historiadores y teóricos políticos sin educación geográfica o sin el hábito de pensamiento y planificación globales.

En el prefacio a la primera edición (1921) de su obra clásica sobre geopolítica, titulada *The New World*, Isaías Bowman, antiguo director de la American Geographical Society, hizo las siguientes observaciones que, aunque no incluídas en la edición revisada de 1928, desgraciadamente seguían siendo válidas a comienzos de la segunda guerra mundial: "Comprender el pleno significado de cuestiones que incumben a otras potencias que, al igual que nosotros, tienen orgullo nacional y medios para defender su honor, requiere algo más que un sentido común innato y disposición para hacer algo razonable. Porque estas cuestiones tienen un marco geográfico e histórico y requieren ser tratadas científicamente. Los electores y los estadistas de nuestro tiempo deben dirigirse a las mismas raíces del error... Por elevadas que sean nuestras intenciones, trabajamos, tal como va la ciencia, sobre principios administrativos poco diferentes a los de hace cien años."

Cierto que hubo personas cuyas concepciones rompían abiertamente con la rutina académica, pero eran profetas clamando en el desierto. De hecho, la estrategia política democrática de nuestra época se moldeó en una escuela de pensamiento que no tenía en cuenta la máxima de Napoleón de que la geografía gobierna la política de las naciones. Los

hombres que hacen la historia, como César, Napoleón y Hitler, revelan en sus escritos que piensan espontáneamente en términos globales, y éste es el secreto de su grandeza. Pero ni el *De Bello Gallico*, de César; ni las memorias de Napoleón, ni el *Mein Kampf*, de Hitler, se consideraron bastante "científicos" para ser incluídos en los modernos libros de texto políticos, hasta que ya fué demasiado tarde. La hora de la decisión y la lucha por la supervivencia de nuestro mundo nos encontró mentalmente impreparados para una guerra verdaderamente global. Sólo entonces las naciones en peligro comenzaron a revisar las premisas de sus ideas políticas y descubrieron tarde que habían descuidado un campo vital de conocimiento.

Para citar una observación de Sir Thomas Holdich, "es muchísimo lo que cuesta la ignorancia de la geografía". La cuenta no se paga en dinero, sino en lágrimas, y con la sangre de la juventud en campos de batalla que cubren el mundo. Millones de personas han despertado de pronto a la realidad de que el aislamiento que se les había predicado, lejos de ser espléndido, está amenazando de muerte a la nación. La historia nos enseña que la ignorancia de la geografía en el siglo xx es un crimen. La conciencia pública norteamericana ha comprendido, por fin, la necesidad vital de liberarse de la estrecha opinión que considera a este país como el centro del mundo.

La "Geopolítica" apareció en el horizonte norteamericano hace poco más de un año. El misterio envuelve con frecuencia las ideas que se suponen nuevas, si se expresan en términos poco familiares, y especialmente si las palabras

son ambiguas y nebulosas. Cuanto más oscuro el significado, más aguda arma es la palabra; porque las palabras, como las ideas, son armas. La importancia de este sencillo hecho psicológico en el proceso de moldeo de la conciencia pública ha sido descuidada por los comentaristas políticos. La oratoria de Hitler es una perfecta ilustración de ello. Cuando fulmina acusaciones contra la democracia "plutocrática" no se satisface con haber halagado a millones de oyentes ingenuos apelando a su conocimiento de una terminología adoptada del griego; se siente mejor él mismo, y los hace sentirse a ellos, atacando la "descomposición" *(Dekomposition)* de las democracias, término que ni un solo alemán entre millones había oído nunca antes.

El hecho de que en Estados Unidos la mera atención de la geopolítica despertara con tanta rapidez un interés enorme se explica en parte por la guerra psicológica. La vaguedad, tan característica de la fraseología totalitaria, crea deliberadamente la confusión en las conciencias.

En Estados Unidos predomina un fuerte sentimiento de que el país había sido sorprendido durmiendo. No es de extrañar, pues, que el "descubrimiento" repentino de la geopolítica causara tanta excitación y tantas discusiones cuando el comentarista de ocasión y el periodista tuvieron noticia de la existencia de esta nueva "ciencia" fabulosa y de la de un superhombre más fabuloso aún, Karl Haushofer, de Munich. Cuando la revista popular, y tras ella el periódico, publicaron el relato emocionante de la superciencia alemana, la geopolítica se convirtió de la noche a la mañana en un tópico de la fraseología política.

Aunque no debe exagerarse la importancia de popula-

rizar las ideas políticas, será útil indicar que semejante popularización tiene a menudo un efecto mucho más completo y de mayor alcance que el de los análisis más hábiles, con tal que el escritor popular salga a escena en el momento oportuno y el público, ávido, escuche su mensaje.

Cuando *The Reader's Digest*, en el verano de 1941, publicó un artículo titulado "Los mil científicos que hay detrás de Hitler", su éxito fué mayor que el de cualquier otro esfuerzo hecho durante los últimos años para revelar al público estadounidense la influencia de los factores geopolíticos sobre el futuro de la nación. De repente, los nombres de Karl Haushofer (mayor general, profesor, doctor) y de su instituto geopolítico de Munich estuvieron en boca de todos; en todo el país los editoriales llamaron la atención hacia las nuevas estrellas que habían aparecido en el firmamento político.

Realmente, lo que aprendíamos de este Haushofer y de sus discípulos era sorprendente. El autor del artículo del *Reader's Digest* pretendía que el planeamiento y el calendario de la gran estrategia de Hitler eran obra de un solo hombre:

> Haushofer y su Instituto de Munich con su millar de científicos, técnicos y espías, son casi desconocidos para el público, incluso en el Tercer Reich. Pero sus ideas, sus cartas geográficas, mapas, estadísticas, información y planos han dictado los movimientos de Hitler desde el comienzo mismo... El Instituto de Haushofer no es un mero instrumento al servicio de Hitler. Es exactamente lo contrario. El Dr. Haushofer y sus hombres dominan el pensamiento de Hitler.

Más aún. Se nos decía que Haushofer era quien, de hecho, había dictado partes enteras de *Mein Kampf:*

Es Haushofer quien le dice ahora al Estado Mayor alemán a quién debe atacar y cuándo, así como los exactos resultados estratégicos y psicológicos de su acción. No sólo tiene al día un fichero estratégico del mundo, con información completa sobre cada país del mapa, sino que mantiene también una especie de super-Gestapo que corrompe y atrae a la manera de pensar alemana a políticos y hombres de negocios importantes de los países que Alemania proyecta controlar en su marcha hacia la dominación universal.

Sorprendido y fascinado por la revelación de que Hitler está dominado por un grupo de científicos, Haushofer y "sus hombres", el lector corriente se encontró con una afirmación de mayor alcance aún sobre la importancia de la geopolítica y de Haushofer en el artículo que apareció en el *Time Magazine* de 19 de enero de 1942, bajo el título "La geopolítica en el colegio". Este artículo indicaba que habían pasado ciento veinticinco años antes de que las instituciones educativas de Estados Unidos prestasen atención a la advertencia de Thomas Jefferson: "Debemos... hacer la instrucción militar parte integrante de la educación en los colegios. Nunca estaremos seguros hasta que esto se haya hecho." *Time* pasaba luego a explicar que el grado actual del entrenamiento militar en los colegios se debe principalmente a la campaña de once años, llevaba a cabo en West Point por el coronel H. Beukema, quien estuvo en Alemania seis meses después de la primera guerra mundial, y "encontró allí a tres brillantes jóvenes oficiales alemanes cuyas teorías sensacionales sobre la guerra total" le indujeron a estudiar geopolítica. "Hoy el coronel Beukema declara que la historia dará más importancia a Karl Haushofer, profeta de la geopolítica alemana, que a Adolfo Hitler,

porque los estudios de Haushofer hicieron posibles las victorias de Hitler en la política de poder y en la guerra."

La estimación del haushoferismo hecha por el coronel Beukema no es, evidentemente, de tipo periodístico. Pero todos los escritos que presentan la geopolítica alemana como parte vital del arsenal de armas secretas de Hitler han tenido el mismo efecto psicológico. Despertados con retraso a la triste verdad de que a su país le faltan los fundamentos de una educación político-geográfica como visión de conjunto, los norteamericanos se convencieron de que el enemigo había demostrado una vez más ser muy superior en la preparación del tipo de adiestramiento mental y de planeamiento estratégico necesarios para ganar la guerra.

Las exaltaciones del haushoferismo son tan ridículas y peligrosas como la tendencia a pasar por alto a Haushofer como una simple manifestación más de las violentas ansias de poder del nazismo. Cualquier pensamiento impreciso en materia de política de poder es un lujo costoso, y las invocaciones a un arma del enemigo misteriosa y desconocida llevan necesariamente a una actitud derrotista en el propio país. Hitler sabía de lo que hablaba cuando, en *Mein Kampf*, escribió que la causa de la derrota de Alemania en la primera guerra mundial fué la idea misma de la derrota —eso y sólo eso.

Esta reacción popular ante el haushoferismo nos apremia a describir ciertos fundamentos y tendencias de la geopolítica alemana y a sacar determinadas conclusiones que muchos de nosotros fuimos incapaces de obtener en el pasado. *Fas est ab hoste doceri*, está bien aprender del enemigo, dice Ovidio, a quien Haushofer cita de vez en cuando en sus es-

critos —así como la frase de Disraeli: "Al fin, el mejor informado es quien gana."

Sería, no obstante, un error dar la impresión de que la geopolítica es un monopolio nazi. Incluso sería fácil citar docenas de pasajes en los escritos mismos de Haushofer en los que deplora la falta —¡en Alemania!— de sensibilidad geopolítica, en contraste con Inglaterra y Estados Unidos; una y otra vez, Haushofer alude con tristeza a la superioridad de los geopolíticos contemporáneos de Rusia, Inglaterra y Estados Unidos. En 1925, por ejemplo, escribía: [2] "Es evidente la relación que existe entre la acción política afortunada y la capacidad geopolítica. La experiencia muestra que los escritos geopolíticos de rusos y norteamericanos son revolucionarios; les siguen en mérito los estudios ingleses y japoneses y, por último, quedan muy atrás los autores del continente europeo." Pero la cosa cambia si examinamos el efecto político genuino de estos escritos sobre los estadistas y generales y sobre el público de sus propias naciones. Como ejemplo, podríamos señalar que los estudios geopolíticos de Owen Lattimore, asesor político del generalísimo Chiang Kai-shek (para citar sólo al representante destacado de un número considerable de estudiosos de la política aún activos que son admirados por los geopolíticos alemanes), son mucho mejor conocidos por los miembros de la escuela geopolítica alemana que por sus propios compatriotas; y esto no tiene nada de particular.

No, los alemanes no tienen el monopolio de la geopolítica. Si han comprendido ciertos hechos elementales

2 *Revista de Geopolítica*, 1925, p. 63; véase también *Geopolítica del Océano Pacífico*, p. 224.

mejor que otros pueblos es porque tuvieron la suerte de poseer un genio nacional como Haushofer, quien descubrió desde muy pronto que es más importante, desde el punto de vista de la nación, enseñar geopolítica a los jóvenes que enriquecer las bibliotecas de los profesores universitarios. Logró así movilizar batallones de expertos geopolíticos en Alemania, con el resultado de que llegó un momento en que los cultivadores mejor informados de la geografía política en Estados Unidos tuvieron que admirar que los alemanes habían hecho más estudios en geografía política y geopolítica que todos los otros países juntos. [3]

No es difícil dar una definición seca y escueta de la "geopolítica". Pronto veremos, sin embargo, que la mera definición significa poco o no significa nada. Si comparamos "geografía política" y "geopolítica" se ve en el acto que la primera es una rama de la geografía, mientras que la segunda pertenece al dominio de la ciencia política. El geógrafo que se ocupa de las relaciones espaciales entre los estados se convierte en un geógrafo político; el estudioso de la ciencia política —y el estadista, podríamos añadir— que aprende a emplear los factores geográficos para una mejor comprensión de la política, se convierte en un geopolítico. En teoría, el geógrafo político y el geopolítico deberían concordar. Pero el hecho es que no lo hacen.

Ello se debe a que geografía política y geopolítica se caracterizan por su manera totalmente distinta de enfocar los temas. La primera considera los estados como organi-

[3] La bibliografía standard sobre geografía política preparada en Alemania incluye más de tres mil títulos en 1934. D. WHITTLESEY, *The Earth and the State*, 1939, p. 596.

zaciones estáticas firmemente asentadas sobre sus cimientos geográficos. La segunda se presenta como la hermana más joven, en ocasiones demasiado juvenil, de aquella exploradora madura y de cautos procedimientos. El dominio de la geopolítica abarca el conflicto y el cambio, la evolución y la revolución, el ataque y la defensa, la dinámica de los espacios terrestres y de las fuerzas políticas que luchan en ellos para sobrevivir.

Hay otras muchas maneras de describir el contraste entre los dos. Podríamos decir que la geografía política se ocupa de la descripción del espacio-estado, es decir, su situación y extensión, mientras el campo de la geopolítica son las circunstancias vitales dentro de un estado y entre estados en sus "relaciones espaciales". La diferencia entre geopolítica y geografía política, podríamos añadir, consiste en que, mientras la geografía política es sólo la investigación de condiciones, la geopolítica plantea la cuestión dinámica del desarrollo. Cuando las definiciones de la "geopolítica" fueron legión, los editores de la *Revista de Geopolítica* de Haushofer se reunieron en conciliábulo y dieron una definición "oficial": "Geopolítica es la ciencia que trata de la dependencia de los hechos políticos con relación al suelo. Se basa sobre los amplios cimientos de la geografía, en especial de la geografía política, doctrina de la estructura especial de los organismos políticos... La geopolítica aspira a proporcionar las armas para la acción política, y los principios que sirvan de guía en la vida política... La geopolítica debe convertirse en la conciencia geográfica del estado." Por último, para citar una definición dada por el mismo Haushofer: "Geopolítica es la base científica del arte de la actuación

política en la lucha a vida o muerte de los organismos estatales por el espacio vital (*Lebensraum*)."

Hemos presentado deliberadamente estas definiciones complicadas y retorcidas. Subrayan la afirmación de que es tiempo perdido tratar de comprender la esencia de la geopolítica considerando "geografía política" y "geopolítica" como dos campos científicos comparables. Por el momento nos contentaremos con definir la geopolítica como geografía política *aplicada* a la política de poder nacional y a su estrategia de hecho en la paz y en la guerra.

Pero debemos recordar que geopolítica es un nombre nuevo, no para un campo especial y limitado de la ciencia política, sino para un sistema diferente de pensamiento político. Ya hemos aludido a sus elementos dinámicos. Debemos ahora hacer notar otras características que separan a la geopolítica de las demás formas de análisis político y geográfico: al relacionar todo desarrollo histórico con las condiciones de espacio y suelo, y al considerar la historia misma como determinada por estas fuerzas eternas, la geopolítica intenta *predecir* el futuro.

Oswald Spengler comienza su *Decadencia de Occidente* con estas audaces palabras: "En este libro se acomete por vez primera el intento de predecir la historia." La geopolítica nos lleva a concepciones parecidas. Si el curso de la historia está determinado por el espacio, entonces, según dicen algunos de sus discípulos, los organismos estatales que crecen, maduran y mueren sobre la tierra, *deben* estar sujetos a leyes eternas. Pero si las vidas de los estados se encuentran completamente sometidas a la "ley del espacio", entonces no existe la libertad en la historia humana. Si —y

permítasenos subrayar la condición— el concepto del destino del hombre ligado a la tierra es el postulado admitido de la geopolítica, entonces la historia no es el relato de hombres que fueron libres para alcanzar sus fines. Más bien, la historia refleja los penosos esfuerzos de la raza humana para moverse dentro de límites tan estrechos como los impuestos por tiempo y espacio. La libertad humana y el libre albedrío, para semejante teoría, no son factores decisivos en el curso de la historia. Los actos de los caudillos, y también los de las masas, las hazañas militares y los éxitos o torpezas diplomáticos, son todos de importancia relativamente pequeña. Tampoco es la omnipotencia divina la que gobierna este mundo. Es la tierra misma, cuyos secretos poderes rigen las acciones humanas. Así habla la geopolítica en sus formulaciones radicales.

Semejante versión de la dinámica de tierra y espacio lleva a una nueva manera de apreciar el papel del hombre en la tierra: si la vida, en su curso decisivo, está determinada por las leyes de la tierra misma, entonces el futuro puede predecirse interpretando los signos proféticos que revela la estructura de la tierra. La geopolítica, parafraseando a Spengler, aspira a predecir la historia.

Así hemos llegado al punto en que puede apreciarse la aspiración última de esta "ciencia dinámica", en contraste con las múltiples formas de la ciencia estática. La diferencia decisiva entre geografía política estática y geopolítica dinámica es que la última aspira a predecir el futuro.

Veamos algunos de los esfuerzos más afortunados de los geopolíticos alemanes para predecir el curso de la historia. Tales intentos de prognosis son la diaria ocupación del círcu-

lo de Haushofer. Los ejemplos que siguen, por lo tanto, están tomadas al azar de escritos de Haushofer y de artículos de su *Revista de Geopolítica.*

En noviembre de 1934, la *Revista de Geopolítica* declaraba: "Austria está situada en una posición extremadamente peligrosa desde un punto de vista militar; sus fronteras no tienen defensa contra el ataque de sus enemigos, y amenaza convertirse, en parte por su propia falta, en campo de batalla de la próxima guerra mundial. La debilidad militar del territorio austríaco es la razón de este peligro, que sólo puede ser evitado si una gran potencia se hace de nuevo cargo de su protección." [4]

El 12 de abril de 1938 Hitler completó esta "protección".

Ya en 1924, Haushofer preveía la ruina de Francia al escribir: "Francia será el primer país heredado por las potencias del futuro." [5] Se pueden encontrar apreciaciones análogas y más detalladas del futuro papel de Francia en la política internacional en todas las publicaciones de la escuela de Haushofer. Si los estrategas del estado mayor francés hubiesen comprendido las opiniones de Haushofer ¿habrían esperado que los alemanes estuvieran a la defensiva en la futura guerra con Francia?

En 1935, cuando Charles de Gaulle, entonces coronel del ejército francés, era casi desconocido en su propio país, la *Revista de Geopolítica* pronunció estas palabras proféticas: "Francia defenderá su posición en el Mediterráneo tan celo-

4 *Revista de Geopolítica*, 1934, p. 671.
5 *Geopolítica del Océano Pacífico*, 1ª ed.

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA BIBLIOTECA

samente como su posición en la Europa Central en tanto que piense como Charles de Gaulle." [6]

Además, mucho antes de Munich, la revista dedicó números enteros al problema de Checoslovaquia. "Un estado nacional checo —decía Albrecht, el hijo de Haushofer, en mayo de 1938— dentro de los límites de la Checoslovaquia de hoy, sólo era concebido en una época en la que no existía la potencia alemana." [7] El 15 de marzo de 1939 Alemania invadió Checoslovaquia.

Italia es otra potencia europea cuyo futuro se describía con sombríos colores. Los geopolíticos alemanes no conceden un papel importante a Mussolini en el mundo que planean. En 1935, la revista de Haushofer escribió: "En ocasiones se expresa el temor de que Italia pueda haber olvidado lo precario de su existencia como gran potencia. El espacio reducido y la vulnerabilidad externa de Italia, la falta total de materias primas importantes y su dependencia de la buena voluntad de vecinos poderosos para el transporte, son hechos tan simples y evidentes que Italia difícilmente podrá olvidar que posee poca libertad de acción." [8]

Pearl Harbor fué previsto por Haushofer cuando, en 1924, escribía que la acción relámpago es una característica de la dinámica de la guerra en las zonas del Pacífico: "Casi todas las guerras en el Pacífico estallan sin declaración." [9]

No hace falta decir que algunas veces los profetas fueron sorprendidos durmiendo. La siguiente cita de una reseña de Albrecht Haushofer, publicada en marzo de 1938,

6 *Revista de Geopolítica*, 1935, p. 748.
7 *Ibid.*, 1938, p. 377.
8 *Ibid.*, 1935, p. 231.
9 *Geopolítica del Océano Pacífico*, 1938. p. 243.

se nos presenta hoy como una amarga ironía: "El pedazo de papel que Neville Chamberlain llevaba en la mano cuando descendió del avión en Londres debe considerarse como un muy valioso presente para el futuro. La declaración de paz germano-inglesa, firmada sobre la base de la confianza personal entre Hitler y Chamberlain, contiene más de lo que el texto indica, especialmente si se recuerda que el Führer en su discurso de Berlín dijo claramente que las áreas de los sudetes alemanes eran sus últimas demandas territoriales en Europa." [10]

¿O es que los Haushofer sólo pretendían convencernos de que estaban durmiendo?

La audacia con que Haushofer y sus hombres desempeñaron los deberes que se habían asignado como oráculos de la política de poder es lo que principalmente les ha convertido en el extranjero en "super-científicos" famosos e inspiradores de respeto. Los textos citados más arriba fueron elegidos al azar como ejemplo de la naturaleza de las profecías geopolíticas alemanas. La exactitud sorprendente de algunas de estas profecías no debe inducirnos, sin embargo, a conceder poderes sobrenaturales a la ciencia "secreta" de Alemania. La predicción política sólo merece una atención puramente periodística, a no ser que resulte de ciertas concepciones básicas de la relación entre la geografía y la política. Nuestro interés en la geopolítica alemana deberá centrarse sobre estas concepciones básicas; la busca desenfrenada de predicciones es tan sólo de interés periodístico. Entonces podríamos comprender lo vital que es para nosotros redescubrir las reglas generales de la estrategia política que

10 *Revista de Geopolítica*. p. 821.

son necesarias en nuestra época. La visión global de la política no es una facultad sobrenatural concedida por el destino a los geopolíticos alemanes para su uso exclusivo. La poseyeron en todos los tiempos los hombres cuyo genio los llevaba más allá de su época. He aquí, por ejemplo, una predicción geopolítica hecha, mucho antes de los pronósticos de Haushofer y sus lugartenientes, por alguien cuyo nombre nunca se asocia con la geopolítica. El 21 de febrero de 1827, Goethe hablaba con su secretario, Eckermann, acerca del gran viajero, estadista y filósofo, Alejandro de Humboldt. Estaba pensando en los planes, descritos por Humboldt, para la construcción de un paso a través del istmo de Panamá:

Humboldt —decía Goethe— ha podido, gracias a su gran conocimiento de este asunto, sugerir otros lugares, en donde, utilizando algunas corrientes que desembocan en el Golfo de México, el fin se logrará tal vez mejor que en Panamá. Todo está reservado para el futuro, y para un espíritu emprendedor. No obstante, lo que sí es cierto es que si logran comunicar el Golfo de México con el Océano Pacífico, resultarán de ello beneficios innumerables para toda la humanidad. Pero dudo que los Estados Unidos desperdicien la oportunidad de controlar esta empresa. Puede preverse que este estado joven, con su decidida predilección por el Oeste, dentro de 30 ó 40 años habrá ocupado y poblado todo el territorio que se extiende más allá de las Montañas Rocallosas. Puede, además, pensarse que a lo largo de toda la costa del Océano Pacífico, donde la naturaleza ha formado los puertos más capaces y seguros, surgirán gradualmente importantes ciudades comerciales, para el incremento de un gran comercio entre China y las Indias Orientales con los Estados Unidos. En semejante caso, no sólo será deseable, sino indispensable, que se establezca una comunicación más rápida entre las costas orientales y occidentales de Norteamérica, tanto por medio de barcos mercantes como de guerra, medio de comunicación superior al

aburrido, desagradable y costoso viaje en torno al cabo de Hornos. Así, pues, repito, es absolutamente indispensable para los Estados Unidos abrir un paso desde el Golfo de México hasta el Océano Pacífico; y estoy seguro de que lo harán.

¡Ojalá viviera para verlo! Pero no viviré. Me gustaría ver otra cosa, la unión del Danubio con el Rin. Pero esta empresa es tan gigantesca que dudo de la posibilidad de su realización, sobre todo cuando pienso en nuestros recursos alemanes. Por último, me gustaría ver a Inglaterra dueña de un canal a través del istmo de Suez. Ojalá pudiera vivir para ver estas tres grandes obras. Valdría la pena de durar unos cincuenta años más...[11]

No hay nada de misterioso en las predicciones de un poeta de 77 años, hechas hace 115. Revelan simplemente su comprensión de ciertos factores geográficos básicos que predeterminan el curso de la historia.

En nuestro examen de la geopolítica alemana, no podemos dejar de seguir hasta cierto punto su ideología política. Puesto que los rasgos principales de la geopolítica son la dinámica y la profecía política, es evidente que en Alemania y en otros lugares no puede ser examinada desde el punto de vista objetivo que es de desear en el estudio desapasionado de la geografía política. La geopolítica, con sus conceptos de espacio, situación y extensión, es esencialmente una idea política. Es una concepción política del mundo, una *Weltanschauung* política.

Es significativo que *Weltanschauung* y el otro tópico geopolítico, *Lebensraum*, no puedan ser correctamente traducidos al inglés, y que ambas palabras hayan entrado a formar parte del vocabulario inglés. "Idea del mundo" y "espacio vital" no dan el pleno significado de las dos pala-

11 *Conversaciones de Goethe con Eckermann*, ed. E. P. Dutton and Co., 1930, pp. 173 ss.

bras alemanas que tanto han intrigado al mundo no alemán, y que en su país han servido como armas políticas tan poderosas.

La *Weltanschauung* alemana del espacio, la geopolítica, no se comprendería si nos limitáramos a examinar su concepción del espacio, y la imaginásemos como una especie de "geografía dinámica". El concepto político del espacio y de los factores geográficos en general no puede separarse de la idea política, de la *Weltanschauung* política. En el pensamiento geopolítico, las ideas políticas que no están arraigadas en la tierra y que no se desarrollan en el espacio, no existen. Ni existen espacios que no encarnen ideas. Semejantes ideas tienen contenido político y se desarrollan como fuerzas políticas de primer orden si gobiernan la ambición de poder de una nación determinada. Su fuerza misma resulta del hecho fatal de que la ambición de poder de una nación (y, lo que es aún más importante, de la *élite* que domina una nación) debe siempre dirigirse contra los conceptos de espacio de otras naciones. [12]

Como la geopolítica es una *Weltanschauung*, tiene un ímpetu que nunca alcanza la ciencia puramente objetiva. Puesto que cada nación reacciona de manera específica ante los factores geopolíticos, suelo, mar y espacio deben tener significados fundamentalmente distintos para rusos, alemanes, japoneses, chinos y norteamericanos. En ocasiones encontramos a Haushofer y a sus hombres conscientes del hecho de que sus enseñanzas se aplican tan sólo a su propia esfera espiritual. Por ejemplo, en la *Revista* de Haushofer

[12] Cf. R. SCHMITT, *Völkerrecthliche Grossraumordnung*, 1939, pp. 33-34.

se admite lo siguiente: [13] "La geopolítica alemana es tan teutona como los escritos de Bowman, Mahan y Mackinder son anglosajones."

No existen dos naciones cuyas condiciones geográficas sean las mismas, ni siquiera análogas. El medio y el clima moldean a los hombres en todas partes. Pero cuando se llega a la documentación del poder del hombre, condicionado por la estructura especial de su sistema estatal, entonces los moldes geográficos pierden su valor objetivo y la geografía se convierte en parte integrante de la política.

Estos significados ideológicos explican el alto grado de emoción con que la geopolítica fué recibida en este país. Por instinto, el público norteamericano sintió la peligrosa extranjería del mensaje alemán. Muchos de nuestros escritores sobre cuestiones internacionales han supuesto que las ideas políticas importadas del extranjero sólo necesitan una traducción adecuada para ser comprendidas. Nuestros políticos, cuando hablan de la "autodeterminación de las naciones" o de la "libertad de los mares" incurren en el mismo error. Olvidan el hecho lamentable de que las diferencias de lenguaje son diferencias de significado.

No existe en absoluto una ciencia general de la geopolítica que pueda ser aceptada por todas las organizaciones estatales. Existen tantas geopolíticas como sistemas estatales en conflicto, en lucha bajo condiciones geográficas que, por ejemplo, en el caso de potencias terrestres y potencias navales, son fundamentalmente distintas. Hay una *Geopolitik* alemana y una *géopolitique* francesa; hay geopolíticas distintas para Estados Unidos e Inglaterra. Cada na-

[13] 1937, p. 312.

ción tiene la geopolítica que se merece, como cada nación tiene el gobierno que se merece.

Así, pues, debemos considerar la geopolítica alemana como producto de un pueblo comprometido en una lucha por la dominación universal. Su *Weltanschauung* de materialismo geográfico debe estimarse como lo que es: un arma de guerra alemana. Si no la comprendemos de este modo, su dinámica podrá sugestionarnos. Este peligro no debería subestimarse en un momento en que el pueblo de Estados Unidos se ha dado cuenta de que la guerra total exige nuevos modos de pensar, y más aún, una nueva *Weltanschauung* americana de alcance global. Pero ¿cómo deberá ser esta idea del mundo? ¿Nos damos cuenta del abismo existente entre una concepción de la vida en que la geografía no es sino una base y una condición para la libre actuación de hombres libres dentro de los límites puestos por la naturaleza, y la concepción del materialismo geográfico, según la cual la masa de la tierra es la fuerza determinante? Debemos tomar partido. La frase inteligente de N. F. Spykman:[14] "la geografía no argumenta; es, simplemente", no puede aplicarse a la geopolítica. Allí donde las fuerzas de la tierra, donde los espacios de los sistemas estatales se convierten en parte de una ideología por la que están muriendo los hombres, ya no nos encontramos sólo ante los hechos: la geopolítica argumenta. Argumenta contra nosotros. Aprender del enemigo y levantar defensas contra sus armas ideológicas es, sin duda, labor moral y científica a la vez.

[14] *American Political Science Review*, 1938, p. 237.

II

SPENGLER, RUSIA Y EL PORVENIR

No produciremos otro Goethe en Alemania, pero produciremos un César.

La palabra Europa *debería ser borrada de la historia.*

OSWALDO SPENGLER

HAY MUCHOS MODOS de enfocar un estudio analítico de la geopolítica alemana. Para los norteamericanos el más natural parecía ser la ciencia de la geografía; las influencias que acabaron por producir el haushoferismo se describían en términos de geografía y de escuelas geográficas pretéritas. La utilidad de semejante procedimiento no es difícil de comprender. De hecho, la geopolítica de Karl Haushofer quedará fuera de nuestra comprensión a menos que percibamos por entero cuál es su deuda hacia otros que le abrieron el camino.

Los alemanes no fueron en modo alguno los únicos precursores. Es característico del aspecto global de la visión del mundo de Haushofer, como luego analizaremos con más detalle, que sus maestros principales fueran un alemán (Friedrich Ratzel), un inglés (Sir Halford Mackinder) y un sueco (Rudolf Kjellén). Pero la dinámica de la extra-

ña *Weltanschauung* de Haushofer no se descubrirá refiriéndola a influencias históricas. Thomas Mann habló en cierta ocasión del "gran impulso retrógrado hacia el reino de la noche, de la santidad primitiva, de lo preconsciente y de la vida hacia el vientre materno de mito, historia y fantasía." [1] Una expresión emocional de este tipo no encontrará eco en el espíritu anglosajón. Nace en una atmósfera que es estrictamente alemana, pero en la que hemos de penetrar si queremos comprender las doctrinas de Haushofer.

Haushofer es —como de hecho lo son prácticamente todos los escritores políticos de Alemania en el siglo XX, incluyendo a Hitler— el producto de un nuevo romanticismo alemán. "Mito, historia y fantasía" son las corrientes que han nutrido un movimiento que obtiene su fuerza de la apelación al elemento irracional existente en el alma alemana.

En filosofía política, la profecía de ruina de Oswaldo Spengler supera a todos los demás esfuerzos proféticos de los adoradores alemanes de lo irracional en nuestra época. Tal vez su examen preparará al lector para respirar la atmósfera en que vive la geopolítica alemana, lejos de los lugares en que todavía se derraman lágrimas "humanitarias" sobre los sufrimientos de los hombres. Porque tales sentimientos de un cristiano caduco significan decadencia para los Spengler y los Haushofer.

El propio Spengler no fué un expositor de la geopolítica. En realidad, Haushofer y su escuela negarían indignadamente a Spengler el derecho a ser mencionado en relación con sus doctrinas. Y, sin embargo, no cabe duda de la estrecha relación que existe entre ellos. Spengler y Haus-

[1] Tomado de R. D'O. Butler, *The Roots of National Socialism*, 1924, p. 244. [Hay trad. esp. de Fondo de Cultura Económica, México, 1943. Ed.]

hofer meditaron al mismo tiempo en Munich mientras el rumor de los ruidosos desfiles de los batallones pardos penetraba la quietud de sus estudios. Ambos respiraron la misma atmósfera política, cargada de revoluciones en germen. Ambos sufrieron la misma agonía nacida en la derrota de una patria a la que amaban con desesperación. Ambos basaron sus doctrinas en la dinámica de una concepción histórica y en la predicción como último fin de una filosofía política. Tal vez no se encontraran nunca; ni en los escritos de Spengler ni en los de Haushofer hay indicación de que se conocieran personalmente. Es característico del desprecio que Spengler sentía por todos sus contemporáneos, que nunca mencionó a Haushofer ni a sus predecesores en sus opúsculos políticos. Haushofer no puede evitar hablar de Spengler ocasionalmente, y si se lee entre líneas, se ve con claridad que Spengler ha ejercido una influencia permanente sobre el pensamiento de Haushofer, aunque éste lucha de continuo contra las ideas de aquél. Pero también él es orgulloso y egocentrista y no reconoce abiertamente su deuda.

En la primavera de 1917 Spengler había concluído *La decadencia de Occidente*. Cuando escribió el prólogo de la primera edición no ocultó su creencia de que daba al mundo una de las obras más retadoras y monumentales de todos los tiempos y, según él decía, "*la* filosofía de nuestro tiempo".

Para subrayar su fe en la importancia de su obra concluye su prólogo con el deseo de que "no desmerezca por completo de los esfuerzos militares de Alemania". Esto se escribió en una hora en que el resultado de la primera guerra mundial estaba todavía indeciso; las victorias de Alemania tenían suspenso al mundo. Pocos serían quienes entonces

se atrevieran a comparar sus escritos con las hazañas de los ejércitos alemanes. Es interesante observar que no encontramos esta frase en la traducción publicada en 1926 en Estados Unidos. Aunque el prólogo de la primera edición va incluído en ésta, que se declara completa, el traductor omitió la última frase. ¿Temía acaso que, todavía en 1926, al público americano le chocara la idea de que el autor de esta filosofía alemana —de *la* filosofía de nuestro tiempo— hubiera unido sus fuerzas con las legiones teutonas?

Conviene recordar las circunstancias y la atmósfera de aquel cuarto año de la primera guerra mundial, en que el entonces desconocido profesor de matemáticas de Munich dejó cansadamente la pluma que había escrito más de medio millón de palabras.

1917 y 1942. En la historia de la humanidad no existen dos años que exijan tan imperativamente la comparación. Pero hoy leemos a Spengler no sólo porque sus predicciones hayan reavivado nuestra curiosidad en una época que tanto tiene de común con los días en que decidió que su obra estaba bastante madura para publicarse. *La decadencia de Occidente* es para nosotros, en 1942, algo más que un viejo libro de gran circulación. La analogía de estos dos años ha dado origen a un renacimiento del spenglerismo entre escritores de política y de filosofía y, lo que importa más, entre los jóvenes de nuestros colegios.

Las ideas de Spengler han hallado eco en muchos libros americanos. Sin embargo, como en el caso de la geopolítica, estas ideas han entrado con mucha frecuencia por la puerta trasera. El editor alemán de Spengler escribía que los universitarios alemanes estaban tomando de él más cosas cada

vez, aunque sin mencionar su nombre. Del mismo modo, muchos escritores modernos norteamericanos han tomado conceptos básicos de Spengler, consciente o inconscientemente, pero temen confesar su influencia.[2]

"Puede considerarse cuestión de patriotismo fundamental en esta época colocar a Spengler entre las lecturas de quienes son responsables de la política norteamericana." Así comienza la introducción de A. F. Dakin a *Today and Destiny*, que, en 1940, por medio de la publicación de su obra en forma condensada, trató de reavivar en Norteamérica el interés por la filosofía de Spengler. "Saga de barbarie" fué el veredicto aplicado a *La decadencia de Occidente* por Lewis Mumford, en una de las escasas críticas que fueron más allá de un análisis superficial.

Estas dos reacciones son típicas de la manera como se recibe a Spengler en Norteamérica. Se le considera con entusiasmo o con horror. Una u otra reacción es, sin duda, inevitable para cualquiera que lea a Spengler por primera vez, porque *La decadencia de Occidente* es uno de los libros más seductores que se han escrito. Tanto Spengler como Haushofer sentían con fuerza que "escribir historia es escribir poesía". *La decadencia de Occidente* es una obra de arte, que se adueña de uno o le repele; y el público norteamericano la aceptó como obra de arte más que como análisis científico basado en hechos indiscutibles.

La publicación de obra tan monumental entraña una responsabilidad, en especial para aquéllos a quienes la juventud estadounidense está dispuesta a escuchar. No son

[2] Frederick L. Schuman es una excepción: admira a Spengler y reconoce su deuda.

muchos los que han visto claramente esta responsabilidad. La ciencia norteamericana se ha ocupado de Spengler tan sólo de manera superficial, sin molestarse en criticar detalladamente los fundamentos de su obra. Esta moda de adoptar el splenglerismo sin una evaluación crítica de sus premisas ha producido toda una legión de profetas sombríos, muchos de los cuales no conocen de *La decadencia de Occidente* mucho más de lo que el título parece indicar. Esta reacción superficial, desprovista de crítica y puramente emotiva, que existe en Norteamérica hacia Spengler ha producido una forma de spenglerismo que es "un peligro mortal para la cultura occidental". Para citar al profesor P. A. Sorokin, este "peligro mortal... es denunciado ruidosamente todos los días por rectores de colegios y políticos, por miembros de clubes de hombres y mujeres. En esta forma difusa se ha convertido en lugar común de nuestros diarios más importantes". (Donde dice Spengler, podemos también leer Haushofer.) ¡Cuántos de estos profetas más o menos profesionales han encontrado en *La decadencia de Occidente* un ornamento adecuado para temores, emociones y creencias nebulosas, que siempre predican quienes son incapaces de enfrentarse con los hechos! Pero Spengler es demasiado grande para este tipo de discípulos. Como la revolución, devora a sus propios hijos.

Antes de la subida de Hitler al poder, la ciencia alemana reconoció plenamente el peligro de *La decadencia de Occidente* para una generación desilusionada. Profesores de distintas materias estudiaron críticamente a Spengler y, al refutar sus afirmaciones, impidieron que su doctrina se convirtiera en texto fácil para pensadores nebulosos.

Estos errores *de facto* en la obra de Spengler, que los científicos alemanes pusieron al descubierto, afectan su valor como fuente para el historiador; pero no lo afectan necesariamente en cuanto tesis filosófica. Sin embargo, un análisis crítico de los hechos básicos en que se apoyan las conclusiones de Spengler nos lleva a rechazar una de sus tesis más importantes y fundamentales, su concepción del "Occidente". Si se pesan las afirmaciones de hecho sobre las que construye su concepción del Occidente en decadencia, encontramos que se refiere sólo a un área cultural limitada, la de cultura y civilización "fáusticas". Pero este dominio que él llama "Occidente" no es el occidente tal como nosotros lo entendemos. Es una porción distinta y limitada de Alemania, no el conjunto de Alemania, sino sólo aquellas partes (más espiritual que geográficamente) que pueden llamarse el norte germánico. Inglaterra y Estados Unidos, e incluso Francia e Italia, no quedan dentro de los límites del "Occidente" que él abarca con su material de hechos y sus comparaciones. Se aplican tan sólo a este mundo nórdico-germánico, y todos sus esfuerzos por hacerlos válidos para el Occidente entero son especulación o fantasía. Si leemos a Spengler con más atención sobre los hechos que fundan sus tesis, veremos cuánta razón tenía en llamar a su libro una filosofía alemana.

Que las conclusiones sacadas por Spengler se basen sobre hechos que valen tan sólo para la esfera fáustico-nórdico-germánica no significa necesariamente que se equivocara al extender sus especulaciones más allá de los límites de la filosofía alemana ¿Tenía o no razón? Esta es, sin duda, la cuestión vital.

Entremos en este reino sombrío del "Occidente" spengleriano: la *Abendland*, reino de la insaciable avidez "fáustica" de inmensidad y de infinito. En este mundo no existe la división de antigüedad, edad media y tiempos modernos. Es un mundo unido culturalmente, independiente y libre de influencia de los otros mundos que han desaparecido en el pasado. Su cultura es un organismo como todos los demás organismos naturales; pero para Spengler es un organismo vegetal, no un organismo humano, de hombres libres.

Spengler ve todas las culturas como plantas, profundamente arraigadas en la madre tierra, en el esplendor de su florecimiento, con todos los árboles del bosque murmurando bajo un mismo viento. De igual modo que árboles y plantas del bosque, las concepciones de la historia de la humanidad de Spengler están indisolublemente unidas a la madre tierra. En ella se desarrollan y florecen; en ella se marchitan y mueren. Otras, en este cielo eterno de nacimiento y muerte, surgen con una sublime falta de finalidad, para crecer y morir a su vez.[3]

Cuando una cultura ha pasado su cenit, comienza la era de la civilización. Al modo de la primavera y el invierno, así se ofrecen ante nuestros ojos cultura y civilización como contrapartidas de cada organismo histórico. La civilización es el sino, el final y el despojo de la cultura. Después de la Revolución francesa, el Occidente ha entrado en esta última fase, gris y crepuscular. Ahora la humanidad, enor-

[3] Podemos referir aquí que Haushofer cita estos pasajes de Spengler y añade: "esto es una cosa evidente para el observador geopolítico". (*Potencias conquistadoras de espacio*, 1934, p. 97.)

memente cansada, se prepara para el fin, para el invierno y la muerte.

La filosofía de la historia de Spengler como morfología vegetal ha eliminado deliberadamente al hombre en cuanto factor creador. Para Spengler, el destino del hombre está predeterminado. Las leyes eternas de la necesidad le hacen objeto del sino, como a todo el resto de la vida ligada a la tierra. Concebir al hombre como ser libre sería un crimen para el discípulo de Spengler. Hoy, veinticinco años después, estamos mejor preparados para juzgar este crimen que el lector de *La decadencia de Occidente* que la veía cuando apareció por vez primera. Porque en estos veinticinco años hemos presenciado el auge de los credos totalitarios que han degradado al hombre: la religión del hitlerismo con su deificación de sangre y suelo, y su religión hermana del "espacio vital", ambas generadoras de la guerra y que rebajan a los hombres a instrumentos bélicos.

Aunque spenglerismo y hitlerismo están estrechamente relacionados, Spengler no acogió con entusiasmo a Hitler. Le parecía "el tambor" y consideraba a sus primeros discípulos como charlatanes chiflados que serían incapaces de alcanzar las únicas victorias que cuentan, las de la guerra. Sus explosiones le recordaban a los hombres que cantan en la oscuridad del bosque para darse ánimos. Cuando Spengler murió el 6 de mayo de 1936, su juicio despectivo de la revolución nazi aún no había sido refutado por la historia. ¿Estaba demasiado cerca de ella para verla con claridad? Cualesquiera que puedan haber sido las razones de su fracaso para convertirse en profeta del hitlerismo (algunas de ellas eran muy humanas), su filosofía de la historia y la

religión del hitlerismo, como también la que consideramos su heredera posible, la *Weltanschauung* geopolítica del gobierno de los militares, nacieron y crecieron todas en suelo alemán. Tan profundamente arraigadas están en él que han descuidado por completo el espíritu creador del hombre libre. Se han convertido en fuente de una *Weltanschauung* de inhumanidad. Sin duda, Spengler tenía razón al llamar a su libro una filosofía alemana. Pero ¿tenía también razón cuando le llamaba "*la* filosofía de nuestro tiempo"?

Esta área fáustico-nórdico-germana de la que ha tomado los hechos que sirven de base a su doctrina es la única a la que se adapta su concepción de un tipo humano: un tipo que renunció a la libertad para convertirse en esclavo del mundo de Hitler. *La decadencia de Occidente* es un producto típico del espíritu alemán del siglo xx. No es, sin embargo, la filosofía de nuestro mundo, ya que las fuerzas espirituales que están fuera de Alemania son fuerzas vivas. Si son o no lo suficientemente fuertes para seguir siéndolo es cuestión que está por decidir. El juicio definitivo sobre si Spengler tenía razón al hablar de la decadencia de Occidente y no de la de su mundo nórdico está aún por hacer. La decisión depende del camino que escojan los hombres libres en aquellos países donde todavía existen. Si nuestra juventud sucumbiera a las seducciones del spenglerismo y considerara la crisis vital de nuestro tiempo como la agonía del Occidente, entonces Spengler habría tenido razón pensando que su filosofía era más que una filosofía alemana. Pero debemos leerlo como Goethe quería que se leyeran *Las tribulaciones de Werther* cuando encontró que la debilidad decadente de su héroe contaminaba y pertur-

baba los espíritus juveniles: "Sé un hombre y no lo imites."

Si consideramos la filosofía de Spengler como limitada a su propia esfera cultural, sus predicciones se presentan bajo una luz diferente. Al valorar su obra debemos tomar en consideración el hecho de que sus profecías no son comparables a las de nuestros comentaristas de noticias de última hora, sino que son visiones concebidas en términos seculares. Veinticinco años no son bastantes para una apreciación definitiva. Otra dificultad para intentar analizarla críticamente surge de que muchas de ellas no están incluídas en su obra monumental, sino que se encuentran en sus opúsculos políticos. El hombre que habla no es siempre el mismo; con frecuencia es sólo el político que trata de levantar a la juventud alemana, apremiando a una gloriosa rendición del pensamiento ante la fuerza militar.

La concepción spengleriana del cesarismo previó el crecimiento de las religiones totalitarias de nuestro tiempo. Tradujo las ideas de Platón sobre la relación entre tiranía y democracia al lenguaje del siglo xx. Del regazo de la democracia surgen nuevas fuerzas, líderes de partido, dictadores y sus secuaces. La dictadura del dinero ha empleado la democracia como arma política. A fines de la primera guerra mundial, Spengler vió la ruina de la época del poder-dinero. La escena estaba preparada para la batalla final entre las fuerzas dirigentes de la plutocracia financiera (con la democracia como su expresión política) y la voluntad de orden, puramente política, de los dictadores.

Cuando aún el resultado de la primera guerra estaba indeciso y el mundo esperaba evitar otras por medio de ella, Spengler vió con claridad que el mundo occidental

había entrado en una era de conflictos gigantescos, en un período de luchas entre estados. Era un tiempo de carencia de formas en la vida de las naciones. Esta carencia de formas lleva al ascenso de hombres que quieren conseguir el poder a cualquier precio; se convertirán en modeladores de todo un pueblo o de una cultura. Así, unas cuantas personas enérgicas triunfan sobre las naciones. El ascenso de semejantes hombres, escribía en 1917, lleva a un pueblo débil a la cúspide de la noche a la mañana, y su muerte puede sumergir al mundo en el caos. El partido desaparece como forma, los programas se esfuman, y las masas miran sólo hacia el caudillo como guía. Esta es la edad imperial en que, con el fin de la política del espíritu y del dinero, los poderes de la sangre, la "raza", las fuerzas corporales, reanudan su soberanía.

Hundidas todas las fuerzas creadoras de la cultura, el mundo acabará siendo regido por soldados profesionales, por hombres inclinados a la guerra, cuyos ejércitos no son sucedáneos de la guerra: "son *para* la guerra, y quieren la guerra; dentro de dos generaciones la voluntad de ellos prevalecerá".

En sus guerras por la herencia del mundo entero, serán sacudidos los continentes, intervendrán India, China, Africa del Sur y el Islam, se emplearán y se combatirán nuevas técnicas y nuevas tácticas. Los grandes focos cosmopolitas de poder dispondrán a su grado de los estados menores —su territorio, su economía y sus hombres—; todo esto es ahora simplemente sino, un objeto pasivo, un medio para un fin, y sus destinos carecen de importancia para la gran marcha de las cosas.

Entre estas catástrofes de sangre y terror se alza el grito en pro de la reconciliación de los pueblos y de la paz mun-

dial. Pero tal aspiración sólo consigue hacer de los amantes de la paz la presa de aquéllos que no quieren renunciar a la guerra.

Spengler vió con sorprendente claridad cómo estos últimos habían de conducir las guerras del futuro. En 1933 escribió que el desarrollo de la fuerza aérea hacía dudar si la época de los acorazados no había pasado ya del todo. Predijo que la aviación y las divisiones de tanques pesarían más que la infantería. Ya en 1924 indicaba que estaba alboreando una nueva era en la cual las grandes "rutas estratégicas" decidirían las guerras. Todo el sistema del poderío naval sería sacudido por estas líneas de poder, que conectarían gigantescas masas de tierra y harían posible una forma enteramente nueva de bloqueo continental.

Esta presciencia de Spengler le hacía ver el papel de Alemania bajo una luz nueva y, para el resto del mundo, fatal. Veía una futura Alemania de "socialismo prusiano", cuyos ciudadanos prestarían servicios al estado sin restricciones. Su papel en la historia podría ser decisivo, tanto a causa de su situación geográfica en los confines de Asia —"el continente más importante del mundo"— como también porque el pueblo alemán sería lo bastante joven para decidir y formular los problemas históricos mundiales, mientras otros pueblos, viejos y rígidos, estarían a la defensiva, porque "el ataque encierra la promesa mayor de victoria".

Pero Spengler no se atrevió a predecir en la realidad semejante victoria de los césares alemanes. De vez en cuando pregunta si Alemania (donde los cambios políticos se han llevado a cabo con frecuencia en un estado de "embriaguez emocional") se dará cuenta del hecho vital de que no

es una isla aislada, que se baste a sí misma. Advierte que el destino la hundirá sin piedad si no se da cuenta de su verdadera relación con el mundo.

Que los presagios spenglerianos de cesarismo en Europa estaban justificados por lo que se refiere a su propio país no necesita mayor demostración. Sus errores en la plena apreciación del peso inmediato de la revolución nazi pueden haberle permitido ver con mayor claridad lo que se estaba incubando detrás del escenario de este gigantesco drama del cesarismo alemán: la caída del tirano y el comienzo de la dominación militar. La destitución del mariscal de campo von Brauchitsch, la misteriosa muerte del mariscal de campo von Reichenau y la excitada apelación de Hitler a sus ejércitos cuando se hizo cargo del mando en Rusia parecen indicar que una vez más la historia está siguiendo las predicciones de Spengler, aunque Hitler haya podido ganar el primer asalto contra los grandes señores del ejército.

La sombría descripción spengleriana de la decadencia de Occidente ¿vale para un área más extensa de la cultura y la civilización euroamericanas? ¿No es la autodestrucción desplegada en el mundo de Hitler, sino una precursora de nuestro propio destino? Esto se proclama, si no explícitamente, al menos entre líneas, en las tesis de los profetas de una "revolución caudillista" y de quienes creen en una cultura unida del "Occidente" que engendra una comunidad de destino para toda Europa y América.

"El mundo es como un libro del que uno sólo ha leído la primera página si no conoce más que su propio país", escribía Stendhal en 1817. La verdad de esta afirmación se comprueba con el análisis que hace Spengler de Inglaterra

y Estados Unidos. El, que sólo conocía su propio país e Italia, había señalado que un alemán nunca comprendería a un inglés, su filosofía de la vida ni su pensar político, si limitaba sus estudios a la lectura de Shakespeare. Sugería que el maestro alemán de inglés debería pasar al menos un año de prácticas en una casa de negocios inglesa. Debería haber aprendido en Inglaterra, y no en Alemania, la manera de leer *The London Times* y, sobre todo, la manera de leerlo entre líneas.

La opinión de Spengler sobre las potencias anglosajonas estaba oscurecida por los prejuicios típicos de la concepción popular de los alemanes de su tiempo. Por lo que se refiere a Inglaterra, le fascinaba su propia concepción de la clase gobernante en dicho país. Combatió la creencia, muy extendida, en la existencia de pueblos bien dotados políticamente; el aparente talento político de las masas no es en realidad más que confianza en sus directores. Los ingleses como pueblo le parecían tan faltos de juicio y estrechos de miras en cuestiones políticas como cualquier otra nación. Lo que poseen es una tradición de confianza. La clase gobernante inglesa ha desarrollado sus fines y sus métodos con total independencia del pueblo. Durante siglos ha visto el mundo como lo veía el vikingo: como una presa. Pero hoy su poder declina y decae. En 1933 Inglaterra estaba representada para él por la Oxford Union, "el mayor club de estudiantes de la universidad más aristocrática del país", cuando acordó por mayoría aplastante "que esta universidad en ninguna circunstancia combatirá por el rey ni por la patria."

Con una clase gobernante así, ¿cómo podía Inglaterra esperar mantener su poder en un mundo en el que había

dejado de ser una isla, en el que aviones y submarinos se habían convertido en armas superiores? La nación inglesa, decía Spengler, ya no es espiritual ni racialmente lo bastante joven y fuerte para combatir con confianza. La dueña de los mares se hundirá en el olvido junto con el *dreadnaught*. Una Inglaterra en la que los jóvenes se habían "enamorado de los problemas bolcheviques y se dedicaban al erotismo como deporte" ya no podía mantener unidos los ideales de un imperio. Nada impediría al Canadá y a Australia arrojar por la borda el sentimentalismo y volverse hacia Estados Unidos si veían en él una mejor probabilidad de protección contra el Japón. La nación inglesa no tendría probabilidades de sobrevivir porque estaba organizada sobre el contraste entre riqueza y pobreza: la fuerza creciente del "prusianismo" estaba basada en el principio de mando y obediencia.

Mirando a través del mar, Spengler veía una decadencia aún mayor en Estados Unidos —"más bien una región que un estado", como lo definía en 1917—.[4] El paralelismo de presidente y congreso resultaría insostenible con la entrada de Norteamérica en la política internacional. En la hora del verdadero peligro daría paso a "poderes informes", como los que han sido habituales por mucho tiempo en México y la América del Sur. Incapaces de pensamiento político, los políticos norteamericanos seguirían siendo instrumento de los grandes poderes económicos, de las asociaciones de fabricantes y de los sindicatos de trabajadores, "a

[4] Es característico que Hitler empleara casi las mismas palabras cuando dijo a Rauschning que "el pueblo norteamericano no es todavía una nación en el sentido etnográfico; es un conglomerado de elementos dispares".

menos que ellos [estos poderes] encuentren como líder al verdadero estadista".

Conforme pasaban los años, la opinión que tenía Spengler de Estados Unidos se volvió más sombría. "¿Se convertirá Chicago en la Moscú del Nuevo Mundo?", preguntaba en 1933. Veía una tendencia creciente hacia lo que él llamaba "la bolchevización progresiva de las masas en Estados Unidos, el estilo ruso en sus pensamientos, esperanzas y deseos". No veía centro de resistencia contra estas tendencias en Norteamérica, "que carece de ayer, y tal vez no tenga mañana". Su semejanza con la Rusia bolchevique le parece mayor de lo que generalmente se admite. Existe en ambos países la misma extensión de espacio, que excluiría cualquier posibilidad de ataque venturoso desde el exterior. Esto hace que se pueda prescindir del estado e impide el desarrollo del verdadero pensamiento político. Por ello la vida se organiza exclusivamente sobre una base económica y le falta profundidad; no contiene los elementos de la tragedia histórica que ha formado y educado a los pueblos de Occidente a través de los siglos. La religión en Norteamérica se había convertido en una especie de entretenimiento, y la guerra se consideraba como un nuevo deporte. Se ha desarrollado un tipo estandardizado de americano, y cualquiera que se aparte de él o lo critica es condenado al ostracismo en Nueva York como en Moscú.

Al mismo tiempo que veía esta América como un organismo que, hoy por hoy, no se había desarrollado hasta constituir una verdadera nación o un verdadero estado, con una población ilimitada que se desplazaba de ciudad en ciudad a caza de dinero, disoluta y sin escrúpulos, Spengler

veía también otro aspecto de este desarrollo indisciplinado y a-estatal, el auge de un poder naval que llegaría a ser más grande que el de Inglaterra y alcanzaría el control de los dos océanos. Los Estados Unidos se habían convertido en gran potencia de la política internacional. Se veían ahora obligados a pensar y actuar de acuerdo con una política verdaderamente nacional o, de lo contrario, desaparecer. Pero parece escéptico respecto a la capacidad de los norteamericanos para desarrollar esta idea de su nación. Piensa en los millones que no pertenecen al "tipo dominante anglosajón", en el "proletariado de ideas extranjerizantes" que tiene su "sede en Chicago". Ha leído cosas sobre el poderoso mundo del hampa, las sociedades secretas, el poder de los *trust*, semejante al del estado; los granjeros sublevados en Iowa, las masas de los sin trabajo, "de los cuales la mayoría no son cien por cien americanos", y se pregunta qué camino seguirá un país así. Spengler se da cuenta de que no está lo bastante cerca de Norteamérica para hablar de su futuro. Pero está seguro de ver en él más sombra que luz. Incluso se pregunta si no se desintegrará el país en estados distintos, como el Nordeste industrial, la región agrícola del Oeste medio, los estados negros del Sur y la zona situada más allá de las Montañas Rocallosas.

Estos pensamientos muestran la sorpresa y la incertidumbre con que Spengler consideraba el mundo anglosajón. No vió las posibilidades existentes en las fuerzas vivas de Inglaterra y Norteamérica; no se dió cuenta del inmenso crecimiento y desarrollo que el elemento humano ofrecía en este mundo al futuro. Sobre todo, Spengler no vislumbró que en la hora del peligro todas las cualidades positivas la-

tentes en estos países despertarían para crear los factores de nación y estado que con razón señalaba como necesarios para su supervivencia. Una vez despiertas al peligro de su existencia misma, las naciones de habla inglesa alzaron las fuerzas de resistencia contra el veneno que amenazaba dejarlas indefensas ante el ataque del hitlerismo. La equivocación fundamental de Spengler fué su incapacidad para comprender que los cuerpos infectados de las naciones pueden desarrollar antitoxinas lo bastante fuertes para salvar sus vidas.

Rusia: no hemos hablado aún de la parte que ocupa en la idea spengleriana del mundo. Ya hemos visto que sus ideas eran proféticas cuando hablaba de las cosas que ocurrirían en Alemania, pero que era incapaz de mirar detrás del telón en la escena anglo-americana. Tampoco se atrevió a predecir el futuro de Rusia. Cuando en 1919 se publicó la primera parte de *La decadencia de Occidente* (con su prólogo fechado en diciembre de 1917), la última página daba noticia del contenido del segundo volumen. Spengler pensaba darle al capítulo final el título: "Rusia y el futuro." No obstante, cuando apareció el segundo volumen, este capítulo no se había escrito. De todas las predicciones de Spengler, ninguna tan importante como la que no se atrevió a hacer.

Sin embargo, en el volumen segundo de *La decadencia de Occidente* hay algunas apreciaciones importantes acerca de Rusia, y en sus opúsculos políticos Spengler incluyó predicciones todavía más concretas. En su obra principal habla de los acontecimientos que siguieron al incendio de Moscú, "esa acción grandiosa del pueblo primitivo". Luego

vino la Santa Alianza y la participación de Rusia en el concierto de las grandes potencias occidentales. El pueblo ruso, cuyo destino debiera haber sido "vivir todavía durante varias generaciones sin historia", se vió así forzado a una historia artificial y "falsa", cuyo espíritu no podían comprender sus almas primitivas. En la tierra sin núcleos urbanos, con su campesinado primitivo, estaban creciendo ciudades falsas y antinaturales, "como úlceras". Llegaría el día en que se desvanecieran como las brumas matinales. Jesús había visto tales ciudades en su Galilea. San Pablo debe haber sentido de este modo cuando contempló la Roma imperial. Todo esto lo sentían los verdaderos rusos. Alimentaban un odio profundamente arraigado contra Europa, y para ellos "Europa" era todo lo que no era Rusia. Spengler vió las profundidades del sentimiento religioso bajo las superficies de este mundo ruso. Vió a los jóvenes rusos de 1914, sucios, pálidos, excitados y absortos siempre en la metafísica, como los judíos y los cristianos primitivos de las ciudades helénicas, a quienes los romanos veían con "disgusto, ironía y secreto temor". Los bolcheviques, decía, no vieron el poder de este cristianismo ruso. Cristo era para ellos tan sólo un revolucionario, como ellos lo eran. El ruso auténtico es un discípulo de Dostoyevsky, aunque no lo haya leído nunca. En la visión de Spengler, los próximos mil años pertenecerán al cristianismo de Dostoyevsky.[5]

Después de Goethe y de Nietzsche, no hay nadie que haya influído sobre Spengler más que Dostoyevsky. Y Dostoyevsky, en una especie de visión apocalíptica, había visto

5 Véase *La decadencia de Occidente*, ed. norteamericana, vol. II, p. 193.

a la Europa occidental como un inmenso campo de batalla, condenado a la aniquilación en una lucha de fiereza y derramamiento de sangre sin paralelo. Para él, el destino de Europa pertenecía a Rusia; porque sólo los rusos poseen la capacidad de "ser hermanos de todos los pueblos". Esta concepción del pueblo ruso "portador de Dios" se repite una y otra vez en el diario de Dostoyevsky. Los rusos ofrecerán la única solución posible, no sólo para su país, sino también para Europa y para toda la humanidad. La esperanza de Dostoyevsky era que Rusia pudiera escapar de los elementos materialistas de la civilización capitalista occidental y de su sangrienta lucha de clases, y que pudiera mantener su pureza espiritual. El pueblo ruso debe volver a la tierra y al Cristo ruso. "Estar con la tierra, estar con vuestro propio pueblo, significa creer que precisamente por medio de este pueblo será salvada toda la humanidad, y que finalmente la idea nacerá en el mundo y un reino celestial en él."

¿Qué compartirá Alemania con nosotros? pregunta Dostoyevsky. Ha ordenado para sí, escribe en su diario, el mundo occidental de Europa, y en el porvenir se convertirá en su directora. Pero a Rusia le quedará el Este. Así, dos grandes pueblos están destinados a cambiar la faz del mundo. Al cerrar el diario, en 1881, parece haber alterado su convicción acerca del estado intermedio de la misión histórica de Rusia consistente en llevar la palabra nueva a la Europa occidental. Piensa que ha llegado para Rusia el momento de volverse hacia Asia, y describe un cuadro muy vivo de las actividades de avanzada y las ricas conquistas

de Rusia en el Oriente opulento. "En Europa éramos parias y esclavos, pero en Asia seremos europeos." [6]

De un modo más concreto que en *La decadencia de Occidente,* Spengler se ocupó del problema ruso en *Prusianismo y socialismo,* que apareció en 1920. Aquí dice que los rusos no son una nación, pero incluyen los elementos potenciales de muchas naciones del futuro. Ve en Rusia la promesa de una cultura que se acerca, mientras las sombras de la noche se extienden más y más sobre Occidente. El cisma entre el espíritu de Rusia y el de Occidente nunca se subrayará lo bastante. Por hondos que sean los contrastes espirituales, políticos y económicos que existan entre ingleses, alemanes, norteamericanos y franceses, comparados con el espíritu de Rusia todos se encuentran en un mismo mundo. Para nosotros la profundidad del alma rusa está más allá de toda comprensión; no podemos comprender el odio formidable de los rusos contra el Occidente, veneno de su cuerpo. La civilización occidental se ha convertido en una civilización urbana petrificada. El verdadero ruso es un campesino, y sigue siéndolo aunque se convierta en hombre de ciencia o en militar. El hombre de Occidente lleva consigo la ciudad al campo, y el ruso lleva la aldea a la ciudad. El trabajador ruso no se convertirá nunca en parte de la masa, como lo hizo el de Manchester, Essen o Pittsburgh. Seguirá siendo el arador o el segador desplazado.

En una nota al pie de una de las últimas páginas de *La decadencia de Occidente,*[7] Spengler saca estas conclu-

[6] En este párrafo y en los anteriores he citado ampliamente un libro al que debo mucho: E. J. SIMMONS, *Dostoevski, The Making of a Novelist,* Oxford University Press, 1940.

[7] Ed. norteamericana, p. 504.

siones finales sobre Rusia y la era de la máquina: "El ruso mira con temor y odio a esta tiranía de ruedas, alambres y rieles. Si, hoy y mañana, se inclina bajo la necesidad, *llegará, no obstante, el día en que lo borre todo de su memoria y de su ambiente,* y creará un nuevo mundo en torno suyo en el que no quede nada de esta técnica demoníaca."

En este respecto hay un pasaje de Arnold J. Toynbee (que es un admirador de Spengler) en que describe el futuro de Rusia tal como lo veía en 1933:[8]

> Lenin y sus sucesores... están trabajando —y lo hacen con energía demoníaca— para asegurar en Rusia el triunfo de la misma civilización que están denunciando en el resto del mundo. Sin duda sueñan con crear una nueva sociedad equipada como Norteamérica, pero con un alma rusa. ¡Extraño sueño de estadistas para quienes una interpretación materialista y determinista de la historia es artículo de fe! Según los principios marxistas, debemos esperar que si a un campesino ruso se le enseña a hacer el trabajo y a vivir la vida de un mecánico yanqui, el campesino también aprenderá a pensar como piensa el mecánico, a sentir como él siente y a desear lo que él desea. Y en este forcejeo que estamos contemplando en Rusia entre los ideales de Lenin y los métodos de Ford, podemos esperar ver paradójicamente confirmado el moderno ascendiente de la civilización occidental sobre la rusa.

En verdad, Spengler estaba más impresionado que Toynbee por el odio profundo del ruso hacia esta nueva sociedad que trata de ser "americana en su equipo y rusa en el alma." Según él, estaba creando un nihilismo dirigido contra todas las formas de la cultura occidental.

Spengler vió claramente surgir, entre las nieblas que ocultan el futuro, los gigantescos perfiles del rostro asiá

[8] *Survey of History*, III, p. 202.

tico de Rusia. En *Años decisivos* (1933) saca conclusiones sobre el futuro de Rusia en la política internacional. Allí describe aún más distintamente la faz asiática de Rusia. Rusia había sido reclamada por Asia, y Alemania había ocupado sus viejas posiciones fronterizas contra Asia en el Vístula y en los Cárpatos. De nuevo mira Spengler hacia Norteamérica y Rusia. ¿Llegarán ambos países a una inteligencia que determine los destinos del mundo? Esto, pensaba, no está fuera de los límites de lo posible. Rusia es inconquistable desde el exterior. Toda ofensiva desde el Oeste, escribía Spengler en 1933, es una insensatez. Sería avanzar en un espacio vacío.

Asia y Rusia son lo mismo. Japón es sólo geográficamente parte de este continente. Spengler creía que el futuro imperio del Japón se formaría en el Océano Pacífico. Racialmente el Japón está más cerca de los malayos, los polinesios y algunos pueblos indios de la costa occidental de América que de las razas del interior del Asia. Japón es en el mar lo que Rusia en tierra: dueño de vastos espacios donde las potencias occidentales ya no pueden hacer sentir su poder.

Para hacer aún más ominosa su concepción de la Rusia y el Japón futuros, Spengler incluía a Rusia en un mundo "de color", cuyas masas amarillas, negras, morenas y rojizas amenazarán la vida misma de las potencias blancas. Entre estas fuerzas de color el sombrío profeta contaba no sólo los africanos, los indios, negros y mestizos de América; el pueblo de las naciones islámicas y de la India, y los chinos, sino sobre todo a japoneses y rusos. Semejante revolución sacudiría los cimientos de un mundo en el que se alzaba el telón para el acto final de la tragedia del Occidente.

Poca atención se ha prestado a la predicción de Spengler sobre el papel de Rusia en el futuro, o a sus sombríos presagios de una "revolución mundial de color". Se han tomado como creaciones fantásticas de un pretendido visionario. Sus concepciones de las cosas futuras no son examinadas por el estadista y el militar, para descubrir los planes del enemigo y los del amigo que puede dejar de serlo mañana. Pero ¿no es insensato darse por satisfechos con dejar que los filósofos se preocupen con las ideas del mundo de Spengler? Con este punto de vista global es como los geopolíticos alemanes prepararon las fórmulas de una estrategia para la revolución mundial. Esta similitud de ideas del mundo —identidad en ocasiones— justifica nuestro intento de explorar las predicciones de Spengler para el siglo xx; nos lleva a percibir el carácter global de una estrategia geopolítica dirigida hacia las estepas orientales. "El curso del imperio toma rumbo hacia el Oriente." Hemos de encontrar de nuevo este concepto, y hemos de encontrar repetidas las profecías de Spengler en las predicciones de Karl Haushofer.

III

HAUSHOFER, EL PARTIDO Y EL EJERCITO

¿En cuántas edades a partir de ahora
Se representará esta sublime escena nuestra
En estados nonatos, y acentos aun desconocidos?
SHAKESPEARE

SE NECESITARÍA el genio de un Balzac o de un Daumier para describir la atmósfera de Munich, la capital de Baviera, en los años que siguieron a la primera guerra mundial. La mayoría de sus visitantes norteamericanos la conocían sólo como alegre refugio de las musas, y no se daban cuenta de que bajo la superficie estaban madurando más secretos de cosas venideras que en ninguna otra parte de la exhausta Alemania. Munich había sido siempre el crisol intelectual en que se preparaban las fantásticas y misteriosas combinaciones alemanas. No sólo la pequeña *élite* intelectual digería sus productos, sino también grandes porciones de la población de la ciudad; en las cervecerías y los cafés las gentes se codeaban libremente con genios improvisados que predecían el alba de una nueva era y el advenimiento de nuevos líderes. Munich como núcleo de ideas revolucionarias, no sólo en Alemania, sino en todo el mundo, es un tema para el psicólogo y el sociólogo. No es en modo

alguno episódico que Munich diera asilo, en estos días, cargados de destino, de la derrota alemana, a Oswaldo Spengler, Karl Haushofer y Adolfo Hitler. Estos tres hombres forman un extraño equipo, pero cada uno de ellos tiene su puesto entre los profetas de la voluntad de poder. No sólo Hitler y sus secuaces, sino también Spengler y Haushofer deben ser tenidos en cuenta si queremos comprender el pleno significado de la mentalidad política alemana de nuestros días. Unicamente así podremos percibir todo el peligro de la filosofía política alemana que está ahora sacudiendo al mundo.

La cruda ideología de sangre y suelo del hitlerismo no es, sin duda, más que un episodio pasajero del que la historia, en este momento, está escribiendo ya los capítulos finales. El futuro presenciará la lucha entre los hombres que están detrás de Hitler y los que vienen después de él. Porque es inevitable un choque entre las *élites* del ejército y del partido en su lucha por el poder, a menos que esta vez la historia no quiera repetirse. Pero nada parece reservar a los modernos césares mejor destino que a los césares del pasado.

Toda estrategia inteligente debe evaluar las posibilidades futuras en la ideología del enemigo. Hitler ha alcanzado su cenit. Sería cortedad de vista, por lo tanto, ignorar el hecho de que otras personas, detrás de la escena alemana, estén trazando sus propios proyectos.

Hemos tratado de describir, más bien de criticar en detalle, los gigantescos proyectos que Oswaldo Spengler había trazado, con desprecio absoluto de sus contemporáneos, en la quietud de su estudio de Munich. En la misma atmósfera que la filosofía fríamente distante de Spengler nació la

idea del mundo de Karl Haushofer. Pero Haushofer no es un filósofo que se contente con quedar a un lado de la política del día. Siempre que Spengler, asqueado por la bajeza de la política alemana de partido, aparecía en público y se dirigía, como la pitonisa, a aquellos grupos que él pensaba podrían dominar la marea —los industriales, la nobleza alemana y, sobre todo, los estudiantes—, regresaba a sus libros de nuevo, disgustado y desilusionado. Su generación le parecía hallarse enterrada bajo las ruinas de una civilización decadente. Aunque estaba convencido de que Alemania era el país clave del mundo, no sólo a causa de su situación geográfica, sino a causa también de ciertas cualidades de los alemanes mismos, escribía para los hombres del porvenir más que para su propia generación cuando hablaba de Rusia y el futuro y del alba de la "revolución mundial de color."

Como ya hemos dicho, el pensamiento y el fatalismo de Spengler con respecto al futuro de Alemania dejaron una huella permanente sobre Haushofer, aunque éste trate frecuentemente de sacudir y negar su influencia, como si aquietara de este modo sus propios temores por el destino de Alemania.[1] Sí, él cree en la decadencia y ruina del "Occidente", y es con temor malamente disimulado como escribe: "Alemania nada tiene que ver con la decadencia de Occidente."[2] Nunca se insistirá demasiado en la influencia subterránea de Spengler sobre el hombre que había de convertirse en fundador, no sólo de la escuela geopolítica en Alemania, sino de algo mucho más importante para el mundo: la estrategia geopolítica alemana.

1 Cf. especialmente *Potencias conquistadoras de espacio*, 1934, pp. 96 ss.
2 *Ibid.*, p. 96.

La última vez que Spengler se dirigió al público, un público norteamericano, poco antes de su muerte y tres años después de la subida de Hitler al poder, no habló para nada de la revolución nazi. No fué esto porque no se atreviera a atacar a Hitler abiertamente. A decir verdad, fué uno de los pocos que tuvieron el valor de oponerse al nuevo régimen.[3] Pero en esa ocasión Spengler no prestó atención a semejantes acontecimientos triviales del día. Su respuesta a un cable de William Randolph Hearst: "¿Es posible la paz mundial?" podía haber sido igualmente escrita por Haushofer:

La pregunta de si será alguna vez posible una paz mundial puede ser contestada sólo por quien conozca y estudie la historia universal. Estudiar la historia universal significa conocer a los hombres tales como han sido y como serán siempre. Hay una diferencia enorme, que la mayoría de la gente nunca aprenderá a comprender, entre considerar la historia del futuro tal como ha de ser o tal como uno quiere que sea. La paz es un deseo, la guerra es un hecho, y la historia de la humanidad no se ha preocupado nunca de los deseos e ideales humanos. La vida es una lucha entre plantas, animales y hombres, una lucha entre individuos, clases sociales, pueblos y estados, lo mismo si se combate bajo formas económicas, sociales, políticas o militares. Es una lucha por el poder para llevar a efecto la propia voluntad, la propia ventaja o la propia idea de lo que es útil o justo, y, si fallan otros medios, siempre se empleará la fuerza como último recurso. Se podrá llamar criminal al individuo que emplea la fuerza; revolucionaria o traidora a una clase; sanguinaria a una nación; pero eso no cambia la cosa. El comunismo mundial de nuestros días habla de sus guerras como revoluciones; los imperios coloniales hablan de la pacificación de los pueblos extranjeros y, si el mundo fuera una federación de estados, se llamaría revolucio-

[3] En una postal abierta al autor, escrita en 1934, hablaba con absoluto desprecio de Hitler y sus lugartenientes.

nes a las guerras. Estas son meras diferencias verbales. Es un hecho peligroso que hoy día sólo los pueblos blancos hablen de paz mundial, y no los pueblos de color, mucho más numerosos. En tanto que únicamente pensadores e idealistas aislados hablen de este modo —y siempre lo han hecho—, no se conseguirá nada. Pero si naciones enteras se hacen pacifistas, entonces es un síntoma de senectud. Las razas fuertes e inexhaustas no son pacifistas. Sería renunciar al futuro, porque el ideal pacifista significa una condición final que contradice un hecho de la vida. Mientas haya desarrollo humano, habrá guerras. Pero si los pueblos blancos llegaran a cansarse de la guerra en tal forma que sus gobiernos no pudieran en ninguna circunstancia persuadirles a que fuesen a ella, entonces el mundo sería presa de las razas de color, como el Imperio romano se convirtió en presa de los germanos. El pacifismo significa abandonar el poder a los no pacifistas natos (entre los cuales habrá siempre también hombres blancos), a los aventureros, los conquistadores, los *Herrenmenschen*, que siempre encuentran partidarios en cuanto logran el éxito. Si estallara hoy en Asia la gran revolución contra las razas blancas, muchos hombres blancos se unirían a sus filas, porque están cansados de la vida pacífica. El pacifismo seguirá siendo un ideal y la guerra un hecho, y si los pueblos blancos están decididos a no hacer más guerras, las razas de color las harán y se convertirán en las dueñas del mundo.

Aunque nebulosa en sus detalles, ésta es también la creencia de Haushofer: una futura revolución mundial de color; una era en la que habrá continuas guerras y nada de paz, en la que las legiones del cesarismo lo dominarán todo, y, lo que es más importante, una revolución mundial en la que *también los hombres blancos tendrán su papel.* Esta no es simplemente la tesis de una sabia (o no tan sabia) escuela de geografía y política de la universidad de Munich; es una base para la política genuina, para la formación de una nueva mentalidad militar en Alemania, para

el intento, logrado o no, de influir la política de poder del hitlerismo y, por consiguiente, del mundo. Su propósito, finalmente, es moldear los espíritus de los hombres que, según convicción de Haushofer, han de hacerse cargo del poder cuando caiga el telón al terminar el último acto de la tragedia nazi.

Cuando después de la primera guerra mundial Haushofer regresó, al frente de su división, de los campos de batalla de Rusia y desmovilizó a sus hombres, aún no había sonado la hora del comienzo del primer acto de la tragedia nazi. Los dos hombres que, simultáneamente, decidieron hacer de la política su nueva profesión, no sabían el uno del otro. Eran mundos aparte; sus antecedentes familiares, tradiciones y educación eran totalmente distintos; pero ambos dieron sus primeros pasos en el mundo de la política en la misma luz mortecina de la derrota y trazaron sus primeros planes de estrategia política en la cargada atmósfera del Munich de 1918. Este Munich, donde las turbas de marineros borrachos y de revolucionarios de café, forasteros, dominaban la escena, era, sin duda, espectáculo para romper el corazón de un patriota. De no romperlo, lo endurecería para siempre contra todo sentimiento humano y atizaría las llamas del odio y la venganza. Tal fué la atmósfera que envenenó las almas de aquellos tres hombres, Spengler, Haushofer y Hitler, que trabajaban en talleres diferentes y con herramientas totalmente distintas para un mismo fin: fortalecer de nuevo a Alemania y vengarse.

Haushofer no entraba en un campo nuevo cuando, en 1918, comenzó a enseñar geografía e historia militar en

la universidad de Munich. Ya desde que era oficial del ejército había ambicionado siempre convertirse en educador y en proyectista político. Heredó este estímulo hacia el trabajo científico de su padre, que había sido profesor y, dicho sea de paso, también poeta. Habiendo permanecido dos años en el Japón como el primer observador militar que el estado mayor envió al Lejano Oriente, hizo uso de la oportunidad para convertirse en experto sobre aquellas extensas regiones que entonces, en 1908, estaban tan lejos del foco de la política internacional alemana. Mal podía imaginarse este capitán de treinta y nueve años, al recibir su nombramiento, que el nuevo mundo que quería captar para él había de convertirse en parte integrante de una política global en la que Alemania desempeñaría el principal papel.

Cuando Haushofer recibió su grado de doctor, en Munich, en 1911 (no hará falta decir que su tesis fué sobre el Japón), dió el primer paso para convertirse en uno de los intelectuales de la Alemania anterior a la guerra. No era el único oficial del ejército alemán doctorado en filosofía; pero desde luego era pequeño el número de oficiales que combinaban el realismo práctico de la mentalidad militar con la sólida base científica que se exigía a los graduados de las universidades alemanas en tiempos anteriores a Hitler.

Pasaron dos años desde que Haushofer cambió el uniforme de mayor general por la toga y el birrete hasta que llegó a ser profesor de la universidad de Munich. Su campo, medido por las reglas tradicionales de los departamentos universitarios, era tan inusitado como amplio. El

hecho raro de que un antiguo general diera cursos de geografía política e historia militar hizo pronto de Haushofer la atracción mayor de la universidad. En toda Alemania, la inquieta generación de estudiantes de la guerra y la postguerra comenzó a hablar del general-profesor Haushofer y de su geopolítica, y hablaba de la misma manera, vaga, pero entusiasta, como hablaba de Spengler. El nombre de una tercera persona que se hallaba en Munich aparecía también en su conversación: Adolfo Hitler.

Cualquier intento para definir la geopolítica de Haushofer tropieza con barreras infranqueables. Aunque ha escrito innumerables libros y folletos, y literalmente cientos de artículos en su publicación mensual, la *Revista de Geopolítica,* que varían en extensión de 1,500 a 4,500 palabras, nunca ha organizado y condensado sus ideas en sistema. Por el contrario, ha expresado sus pensamientos más importantes en un estilo rebuscado que, incluso para el lector alemán, es extraordinariamente difícil de comprender. Al llegar a las conclusiones de la geopolítica alemana, se escondió todavía más detrás de una muralla de verbosidad retorcida.

Muchos críticos recientes de Haushofer se han disgustado tanto con su estilo y su método que lo subestiman como un soñador sanguinario de la dominación mundial alemana, a la manera de Hitler. Tienen razón en lamentar su complicado estilo literario. La falta se debe en gran medida al hecho de que Haushofer se ve a sí mismo como un poeta cuyos sueños giran en torno al mundo. Comparado con Spengler, no vale mucho como escritor, aunque en ocasiones su imaginación y su estilo se elevan a grandes

alturas. Haushofer es el ejemplo perfecto de una manera de pensar que Nietzsche describió de modo acabado:

> Los extranjeros se quedan aturdidos y fascinados ante el enigma que les presenta la naturaleza contradictoria de las profundidades del alma alemana. ¡Cuán desordenada y rica es esta multitud de almas!... esta nebulosidad del espíritu y la conciencia alemanes.

Esto es lo que el mismo Haushofer describe, de modo bien característico, como "la belleza demoníaca de la geopolítica." Es la parte más pobre de su obra y sería un error que nos dejáramos influir por ella.

El propio Haushofer no siempre es inconsciente de esta nebulosidad. A menudo emplea de un modo deliberado su oscura poesía para enmascarar sus análisis y predicciones políticas. Para él, el lector ideal es aquel "que comprende lo que está escrito entre líneas." Aprueba por completo el viejo dicho de que al hombre le fué dada la lengua para ocultar lo que piensa. Según lo expresó el más fiel discípulo de Haushofer, su hijo Albrecht —que no es ario puro, aunque lo haya olvidado Hitler—: "... nunca debe [uno] decir nada que no sea cierto, pero no hay necesidad de decir todo lo que lo es." Este joven llegó aún más lejos cuando dijo, mientras las sombras de la guerra se iban agrandando en 1939, que esta regla era válida sólo en tiempos de paz; "otros tiempos —añadía burdamente— tienen otras reglas."

Hasta aquí los imponderables del pensamiento y la manera de escribir de Haushofer, que tanto dificultan el acceso a su obra, que explican en parte lo extraño de la geopolítica alemana y que también explican por qué buscaremos

en vano en sus escritos un sistema bien organizado. Con todo, Haushofer es cien veces más importante que todos los demás escritores que, antes y después de él, han escrito sobre cuestiones de geografía política y de geopolítica. La falta misma de un sistema organizado hace de él una figura política importante. Sólo por medio de esta falta pudo obtener la libertad y la independencia que necesitaba, no como profesor de ciencia política, sino como destacado político y educador de una nación.

En la introducción a uno de sus libros más importantes, *Grenzen* (Fronteras), escrito en 1927, describe los fundamentos emocionales y los propósitos de su obra:

> Por último, cuando a fines del otoño de 1918, como comandante de una división de reserva, marchaba hacia mi país desde el montón de ruinas que habían llegado a ser las provincias fronterizas del Reich, comencé a darme cuenta de la falta total de instinto fronterizo y de conciencia fronteriza de mi propia nación, por lo demás tan bien dotada, que ofrecía un contraste tan fuerte con el instinto fronterizo de otros pueblos. Cuando percibí la confianza ciega de los alemanes en la fraseología geográfica de sus enemigos y experimenté penosamente su decepción ante la realidad de sus perpetuas luchas de fronteras por el espacio vital *(Lebensraum)* sobre la tierra, en aquel momento la íntima miseria que sentía yo mismo y que preveía había de ser pronto la miseria de mi pueblo, creó el impulso y el plan para esta obra.

A. Whitney Griswold, en un ensayo excelente sobre el concepto alemán de espacio vital,[4] dice que es "en un material de este tipo, no en el dominio empírico de la economía, donde la doctrina alemana del espacio vital tiene su génesis." La doctrina del espacio vital, en su aspecto emotivo más que

[4] "Preparando el camino a Hitler", *Atlantic Monthly*, 1940, pp. 314-21.

en su aspecto racional, dió a Hitler un arma con la que conquistó los corazones de los alemanes en un mundo que era no sólo el resultado de Versalles, sino también de una total depresión económica mundial. No hay que subestimar tal arma, porque el ansia de espacio vital de individuos y naciones es innata y creadora de vida. Pero hay espacio vital y espacio vital, y el problema decisivo de una tierra que se está convirtiendo con rapidez en una unidad cerrada, política, económica e incluso, tal vez, culturalmente, consiste en la tremenda tarea de descubrir el lugar justo bajo el sol de todos los grupos humanos.

La geopolítica se ha definido como la racionalización de los esfuerzos emocionales de las naciones para justificar su aspiración a un espacio adecuado. Semejante definición admite, desde un principio, que no existe un dogma de la geopolítica válido para todas las naciones. Tampoco existe uno solo dentro de determinada nación. A riesgo de simplificar excesivamente el problema, podemos señalar el abismo que separa las ideas de espacio vital de Churchill y Cripps, de Pétain y De Gaulle, de Roosevelt y los aislamientistas norteamericanos. Ni existe tampoco un concepto alemán claramente definible del espacio vital. Los espacios vitales de Hitler y de Haushofer son enteramente distintos. Y no son los suyos los únicos dogmas que atacaron y conquistaron la imaginación del pueblo alemán. La ansiedad de espacio vital, nebulosa y por ello atractiva, que constituye el tema principal de la novela de Hans Grimm, *Pueblo sin espacio*, dejó una huella honda y permanente en millones de alemanes. Hitler, Haushofer y Grimm no representan sino tres maneras de pensar significativas en una Alemania desgarra-

da por la guerra y desunida, maneras de pensar que se están entrecruzando continuamente. Existen también otros muchos conceptos, aunque tal vez no de tanta influencia, que contribuyen a la suma de las ideas políticas nacionales.

Aunque nos hayamos acercado a la geopolítica alemana de Haushofer analizando el concepto de espacio vital, no lo hemos hecho sino de pasada y volveremos sobre tal concepto después de ocuparnos de su gran estrategia militar y política. Porque sus ideas de política de poder son mucho más importantes que aquellas concepciones emotivas que, para Haushofer, han sido siempre medios para un fin.

La visión de Haushofer es de espacio y distancia y se libra milagrosamente de esas limitaciones que incluso los más audaces teorizantes del espacio vital deben reconocer. Bujarin (que fué uno de los teóricos más inteligentes del comunismo), en un ensayo escrito en 1935,[5] decía de la rama típicamente alemana del naturalismo geográfico: "Los filósofos fascistas han levantado la categoría de 'espacio' muy por encima de la de 'tiempo'." Esta observación es perfectamente cierta; pero su aplicación va más allá de las concepciones de los "filósofos fascistas." Esta relación de espacio a tiempo la aprendieron también los estadistas de las Naciones Unidas, cuando se dieron cuenta de que el "tiempo" no trabaja ni en pro ni en contra de nadie; pero "espacio" y "distancia" se han elevado a proporciones gigantescas como armas decisivas en la guerra global.

Haushofer comprobó, el primero, la inmensa importancia de los grandes espacios terrestres para una nación militante que lucha por más y más poder. En sus hábiles ex-

[5] *Foreign Affairs*, 1935, p. 563.

ploraciones del pasado, no sólo aprendió esta sencilla verdad de todos los tiempos, sino también, lo que es más importante, el hecho de que la edad de la máquina del siglo XX, con sus redes de ferrocarriles y carreteras y con la más grande de todas las revoluciones técnicas, la navegación aérea, había hecho de ciertos continentes, a causa de la extensión de sus masas de tierra, ejes de la historia universal. Alemania podría tener su parte, una parte importante, en esta revolución mundial que se avecinaba, pero sólo si sus líderes y su pueblo estaban dispuestos y preparados a asumir la responsabilidad en el gran drama del futuro. Así, pues, Haushofer veía su tarea como una labor educativa de primer orden, la de formar a la *élite* de su nación y abrir los caminos para la acción. Sería un error serio considerarlo como un profesor académico que predicaba ambiciones de poder e influyó tan sólo sobre un auditorio más o menos reducido de intelectuales agitadores de la guerra.

La influencia de Haushofer se extendió a varios sectores importantes del público alemán. Consiguió formar en su Instituto de Geopolítica una escuela, siempre en aumento, de jóvenes ansiosos de dedicar sus vidas y su influencia a la predicación del haushoferismo, y que veían en él al maestro cuya palabra no tenía discusión. Sus ideas corrieron como la pólvora por una Alemania que, en su estado morboso y doliente, estaba más que dispuesta a aceptar cualquier prédica que prometiera tiempos mejores.

Luego existió la influencia directa de Haushofer, desde su cuartel general de Munich, sobre los hombres que, a la vuelta de la esquina, en la Casa Parda de Munich, estaban trazando también planes políticos, a su manera de aficio-

nados. En qué medida Haushofer influyó sobre Hitler y sus hombres ha sido siempre cosa discutible. De acuerdo con los mitos sobre Haushofer, "el hombre que está detrás de Hitler, el hombre que ayudó a escribir *Mein Kampf*", hay poca diferencia esencial entre la cruda religión de sangre y suelo del hitlerismo y las doctrinas de Haushofer. O bien puede verse en él a uno de los satélites de Hitler, mezcla de misticismo y realismo, arrastrado inexorablemente por la ambición de poder y de tierra.

Pero hitlerismo y haushoferismo no son idénticos. Los sueños de imperio de Hitler no se limitaron, desde un principio, a la realización del *Drang nach dem Ostem* (la marcha hacia el Este), aspiración alemana que existía desde mucho antes que él. Su ambición de poder no se limitaba al establecimiento de colonias de campesinos alemanes en Ucrania y en las estepas de Rusia. Pero más allá de esta meta, los sueños de Hitler de un poder mayor y de más y más gente que esclavizar, como hormigas trabajadoras, al *Herrenvolk*, eran nebulosos y cambiantes. El péndulo oscilaba irregularmente entre la Rusia soviética y el Imperio británico. Era incapaz de decidir de un modo definitivo si debía arrojar los dados por el imperio del poder naval o por el imperio del poder terrestre. En esta vacilación, cuyo mejor ejemplo es su política con la Unión Soviética, radica la diferencia básica entre la política internacional de hitlerismo y haushoferismo. La consistencia, fundada en ciertas reglas básicas de la geografía, es una característica destacada de la política de Haushofer. Nunca hizo ni un solo cambio en el plan de poderío mundial que trazó penosamente con sus discípulos en 1918. Podemos imaginarnos bien los sufri-

mientos de Haushofer, para quien todo esto no era un juego de ajedrez, sino la vida misma —la suya y la de su nación—, cuando descubriera que habían fracasado sus esfuerzos incansables para habituar a Hitler a pensar en los mismos términos geopolíticos que él. Aunque los dos soñaban con la dominación universal, Haushofer conocía su geografía y Hitler no. Más tarde analizaremos la trágica lucha de Haushofer contra la política de cruzada anti-Comintern de Hitler. Haushofer perdió la batalla cuando Hitler invadió Rusia. Y la derrota de Haushofer dió al mundo, que aún no era de Hitler, una posibilidad de sobrevivir.

En la batalla de Haushofer para adquirir influencia sobre Hitler el nombre más importante es el de Rudolf Hess. La suya es una de las grandes carreras de la historia moderna, carrera todavía envuelta en el misterio y que seguirá estándolo mientras no se revele la saga de su vuelo a Escocia.[6] Es probable que nadie más que Haushofer y Hess puedan dar la explicación de lo que pasó entre ambos desde los primeros días del nacional-socialismo y lo que impulsó a Hess a emprender su misteriosa misión.

Hess fué uno de los primeros discípulos de Haushofer. Este último lo encontró entre los cientos de oficiales y soldados desmovilizados que llenaban como estudiantes su aula de Munich. Para todos ellos era como si hubiese desaparecido el suelo que pisaban, y se agarraron, como nadadores agotados, a cualquier tabla de salvación.

Haushofer se convirtió en mentor de Hess. Más tarde, cuando éste hubo avanzado como uno de los lugartenientes

[6] Para mí es un enigma insoluble por qué Churchill desaprovechó la oportunidad única que ofrecía el vuelo de Hess para la guerra de nervios.

de Hitler y creció de continuo en rango y en poder con la marea creciente del hitlerismo, fué por intermedio suyo cómo Haushofer trató de educar e influenciar al Führer. Hess es el único nacional-socialista a quien Haushofer estimó digno de mención, de vez en cuando, en las columnas de su *Revista de Geopolítica.* Incluso después de 1933, cuando todas las demás publicaciones de Alemania no podían dejar de hacer cuando menos una vez por página un saludo servil al hitlerismo, la *Revista de Geopolítica* se abstuvo fríamente de semejante adulación. Por ello es más significativo que Haushofer citara a Hess en ocasiones e incluso dedicara uno de sus últimos libros de divulgación al entonces todopoderoso en la jerarquía de Hitler.

No será infundado suponer que Haushofer vió durante largo tiempo en Hess, no sólo el hombre a quien Hitler eligiera como sucesor, sino también el hombre que sería heredero del testamento de Haushofer. Las ideas de Haushofer se revelan en la breve reseña que escribió de una biografía americana de Jorge Washington. En ella exclama súbitamente: "¡Cuán notable es el parecido, en torno a los ojos y la boca, entre el Washington de veintidós años y Rudolf Hess!" [7]

Muchos jóvenes, además de Hess y Washington, han tenido cejas pobladas y una mandíbula enérgica. Cuando Haushofer descubrió el parecido entre ambos, lo hizo porque, consciente o subconscientemente, deseaba encontrarlo.

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de Haushofer para hacer su discípulo de Hess, parece que Hitler terminó siendo el imán más fuerte. No tenemos una prueba

[7] *Revista de Geopolítica*, 1937, p. 138.

directa de la pretensión de que Hess, y con él otros del círculo íntimo del partido nazi, se apartara de las influencias de Haushofer a medida que transcurrían los años. Pero si hay alguna razón para suponer que el propósito de Hess era persuadir a los aislamientistas de Inglaterra, en el último momento, a fin de sumarlos a las fuerzas de Hitler en su cruzada contra el bolchevismo, entonces no hay duda de que Hess debe haberse alejado mucho de su antiguo maestro.

Los libros de Haushofer y su *Revista* no son lugares adecuados para encontrar elogios de Hitler ni de su doctrina. Además, como la mayoría de los espectadores de Alemania y del otro lado de sus fronteras, los hombres del Instituto de Geopolítica comprendieron mal el significado de la revolución interna que tuvo lugar en 1933. Característico de esta incomprensión es el editorial que Karl y Albrecht Haushofer y Kurt Vowinckel publicaron en la *Revista de Geopolítica* en abril de 1933 para saludar al nuevo régimen. En él insistían con orgullo en que, desde 1924, había sido su política mantener "la aristocracia social como *élite* de un mando verdadero",[8] contra una socialdemocracia demasiado amplia. Haushofer, el aristócrata que despreciaba la dominación de las masas, había de aprender bien pronto la amarga lección de que la nueva *élite* estaba muy lejos del ideal de la "aristocracia social" con que él soñara. Pero sabía cómo ocultar sus sentimientos, consciente siempre de la máxima, que gustaba citar,[9] de que la tarea suya era "educar a nuestros señores". Cuando se vió claro que el poder de Hitler estaba establecido con firmeza, Haushofer, que es-

8 *Ibid.*, 1924, p. 127.
9 Karl HAUSHOFER, *Piedras angulares de la geopolítica.*

peraba aún que el tirano hiciera su juego, saludó en ocasiones a Hitler con el respeto debido, en especial en las publicaciones más populares. Pero quien lee entre líneas descubre la reserva íntima de Haushofer. Sin embargo, rara vez se atreve a criticar abiertamente la ideología del nazismo. Dice, por ejemplo:

> Existen personas que nunca son capaces de observar objetivamente. Son los que originan todos los programas de partido, incluso los del socialismo internacional. A ellos no se dirige este estudio. Tampoco se dirige a los fanáticos de la raza que cierran sus ojos ante hechos sin los cuales no podría existir ni hacer negocio ningún agricultor ni criador de palomas, ningún ganadero ni productor de caballos, para no decir nada del líder de una organización estatal humana.[10]

No es extraño descubrir que Alfred Rosenberg, el más inteligente de los teóricos de la doctrina de sangre y suelo, se diera pronto cuenta de que Haushofer no era de fiar como verdadero hitlerista y le regañara por su explicación de las culturas, ambiental y no "racial-orgánica".[11]

Pero el abismo verdadero entre la geopolítica alemana y las doctrinas de Hitler no ha de verse en semejantes diferencias dogmáticas. La mayoría de los nuevos teóricos de espacio y raza no están interesados en definiciones y explicaciones exactas y científicas y, debido a su formación cultural, tampoco son capaces de pensar en términos que no sean nebulosos. Pero este tipo de "ciencia popularizada", representado del modo más radical por Hitler, se convirtió en un poder dominante precisamente porque apela a las emociones en vez de apelar a la razón.

10 *Revista de Geopolítica*, 1924, p. 127; citado con cautela en *Revista de Geopolítica*, 1933, p. 193.

11 *El mito del siglo* xx, p. 403.

También hay otra barrera que se interpone frente al intento de trazar una clara línea divisoria entre la lógica fundamental de haushoferismo y hitlerismo. Aunque Haushofer y Hitler usan en ocasiones las mismas palabras, no quiere esto decir que tengan el mismo significado. Y cuanto más básica es la palabra, no sólo en el lenguaje de los teóricos políticos, sino en el de las masas mismas, mayor es el abismo entre sus significados. Cuando Hitler y Haushofer hablan de "guerra" y "paz", "patria" y "espacio vital", hablan desde plataformas diferentes. En tanto que no tengamos un sistema de semántica política e internacional que sea comprendido no sólo por los filólogos, sino también por el hombre de la calle —y es dudoso que alcancemos nunca sabiduría semejante—, es tarea tonta y sin esperanza tratar de definir las doctrinas políticas y las religiones, que son fuerzas vivas.

La diferencia entre haushoferismo y hitlerismo no es cuestión de terminología ni de fraseología. Puede verse tan sólo en la aplicación de conceptos generales a *planes de estrategia genuina.* Pero, nos guste o no, encontramos los planes fundamentales envueltos en muchas capas de polvo ideológico, que hay que separar y estudiar cuidadosamente antes de alcanzar el texto mismo.

En la política de poder es peligroso confiar en las teorías publicadas. Los hábiles esfuerzos que el Instituto de Geopolítica hizo desde 1933 para demostrar a sus discípulos (y, lo que es más importante, a Hitler y al doctor Goebbels) que la geopolítica y el nazismo son más o menos la misma cosa, sólo tienen una importancia secundaria. Ya hemos mencionado el hecho de que en su apoyo a los nazis, Haushofer y su revista fueron mucho más parcos

que otros. Por otro lado, forma parte de su estrategia esconder lo más posible sus verdaderas diferencias de opinión. Sólo mientras Hitler no llegara a sospechar que otro grupo de poder estaba reuniendo en secreto sus fuerzas, podía confiar Haushofer en ejercer su influencia sobre la política y la estrategia internacionales del Tercer Reich a través de Hess y de otros. Elogios ocasionales de Hitler servían a este propósito. En ocasiones hasta fueron sinceros, por ejemplo, cuando la región del Sarre volvió al Reich, o en el caso de la ocupación de Austria. En otro dominio, haushoferismo y hitlerismo se encuentran a la mitad del camino. En ambos credos es factor esencial el culto al héroe. Haushofer siempre se preocupa por destacar que su geopolítica no es un mero materialismo geográfico, porque deja campo, mucho campo, para las actividades heroicas del hombre. En la mayor parte de los casos, los intentos de Haushofer para definir la base de su *Weltanschauung* sirven de poco, en especial cuando une el determinismo geográfico a lo que él llama el papel heroico del hombre por medio de la aritmética de primer grado: modestamente, aunque no de un modo demasiado convincente para quien estudie su geopolítica, calcula la parte del determinismo geográfico en un cuarto, dejando los otros tres a las actividades más o menos heroicas del *Herrenvolk*. Para hacer justicia a estas cualidades humanas, Haushofer y sus satélites indican que una de las más altas aspiraciones de la geopolítica es la educación del pueblo alemán, y en especial de su juventud, hacia una "actitud heroica".

No hay que olvidar —escribe Haushofer— que la idea geopolítica del mundo requiere el suplemento de la parte heroica de los hom-

bres, del culto al héroe. Sólo cosa de una cuarta parte de los problemas del desarrollo humano puede derivarse de factores condicionados por la tierra, que conducen a la explicación geopolítica de los destinos del hombre a través del medio. Las otras tres cuartas partes de las complejidades de los problemas del desarrollo humano hay que derivarlas de las cualidades raciales del hombre y de su voluntad ética.[12]

Por ingenuos que sean los trucos acrobáticos de la aritmética de Haushofer, ilustran el espíritu fundamentalmente idéntico de las ideas del mundo de Spengler, Haushofer y Hitler, a pesar de todas sus diferencias. Es una creencia fanática en el poder definitivo del cesarismo, la voluntad de orden de los dictadores, el espíritu guerrero prusiano, que en los sueños de Spengler había de convertirse en fuerza modeladora no sólo de Alemania, sino del mundo entero.[13]

El papel que el culto al héroe y la adoración de las virtudes guerreras del hombre desempeñan en el pensamiento de Haushofer, nos lleva de un modo natural al segundo grupo sobre el que su influencia se ejerció vigorosamente. Mientras que la lucha para ganar a su causa a la *élite* del partido nazi y educarla hubo de ser maquiavélica, forzándole a ocultar sus verdaderos propósitos e ideas, su relación con la *élite* del ejército fué menos complicada. Desde el principio, Haushofer tuvo gran dominio sobre los hombres que dirigían intelectualmente el ejército alemán. Los cuarteles y, lo que importaba más, las oficinas de los estados mayores de Munich y Berlín, eran su mundo. Desde allí había conducido a su regimiento a combatir en los Vosgos y el Marne, luego en Polonia y en Rusia. Pocos de sus ca-

12 K. HAUSHOFER, indroducción a la edición alemana de J. Faigrieve, *Geography and World Power*, p. 6.

13 O. SPENGLER, *Años decisivos*, ed. inglesa, p. 165.

maradas y amigos quedaron en los residuos del otro tiempo poderoso ejército alemán, entre aquellos 100,000 hombres de la *Reichswehr* a que el tratado de Versalles redujo el poderío militar de Alemania. Pero Haushofer se sentía más cerca de estos hombres que de ningún otro grupo de su país. Estaba inseparablemente ligado a ellos por la tradición y por ese instinto de casta que hacía pensar y sentir de modo idéntico a los hombres de uniforme. No era necesario hablarles de *Weltanschauung* ni de doctrina. Aquí hablaba a sus hermanos y amigos, no a extraños; y para Haushofer la *élite* del partido seguía siendo de extraños, avicultores y vinateros, aun cuando los Himmler y los Ribbentrop llevaran hermosos uniformes decorados con las medallas del fascismo internacional. Los militares devolvieron el afecto que Haushofer les profesaba. Para ellos Haushofer no era un profesor de la universidad de Munich, sino que seguía siendo el general del real ejército bávaro que continuaba ante un público distinto sus tareas educativas. No hace falta decir que Haushofer siempre hablaba de sí mismo como "mayor general profesor."

Por lo tanto, la situación era ideal para hacer de la *élite* del ejército un grupo de discípulos del haushoferismo, bien preparado, ávido de saber y, conforme los años transcurrían, cada vez más entusiasta. Pero nunca se insistirá bastante en que el haushoferismo no significaba para ellos la ideología de una geopolítica teórica, ni lo que Haushofer trataba de explicar acerca de las leyes del espacio en términos difíciles e intrincados. Lo que estimulaba el interés de los oficiales del ejército era la aplicación de las teorías de Haushofer a la estrategia militar. Este era un hombre para quien, como

para ellos, las enseñanzas de Clausewitz y el conde de Schlieffen casi se habían convertido en una religión. Sabían que cualquier cosa que Haushofer enseñara estaría de acuerdo con las máximas fundamentales de los maestros de la estrategia alemana. Así, pues, estaban dispuestos a conceder la máxima atención a cualquier plan estratégico que saliera del Instituto de Haushofer. Hemos de ver más tarde que los planes de éste se convirtieron en parte integrante de la estrategia global del estado mayor alemán, hasta que el soñador de Berchtesgaden asumió él mismo su dirección y sustituyó el cálculo por la intuición.

El ejército alemán no fué por mucho tiempo un esqueleto de 100,000 hombres. Las formaciones de la *Reichwehr* crecieron en secreto, guiadas por el genio del coronel general von Seekt. Cientos y más tarde miles de oficiales jóvenes, que no habían combatido en la primera guerra mundial, tenían que ser formados y educados. Para ellos las enseñanzas incansables de Haushofer, en su Instituto y en las columnas de la *Revista de Geopolítica,* se convirtieron en los fundamentos del pensamiento militar. Entre estos miembros más jóvenes de la *élite* del ejército, Haushofer encontró un grupo de discípulos que, a diferencia de otros grupos sociales, no estaba totalmente saturado con las ideas del nazismo. Millares de jóvenes que en tiempos prehitlerianos habrían estudiado en una universidad por tradición familiar y por vocación, decidían ahora hacerse militares profesionales. El ejército, pensaban (como también lo creían sus padres), era el único lugar de Alemania todavía relativamente libre de la influencia y supervisión del nazismo. Estos muchachos de dieciocho años, que no habían sido miembros des-

tacados de las organizaciones juveniles hitlerianas, no podían menos de ser bastante escépticos respecto a futuras posibilidades en cualquier campo que dominaran las capillas del partido. El ejército parecía ofrecer refugio y protección: una carrera, ascensos rápidos y también prestigio social. La guerra vendría de todos modos. ¿Por qué no hacer frente a lo inevitable con el uniforme de teniente en vez de ser un simple soldado?

Tal fué el secreto pensar de millares de jóvenes que ingresaron en el ejército alemán durante la última década. Hoy están combatiendo como oficiales para la realización de los sueños de Hitler, a menos que hayan encontrado, en lugar del vasto reino que el Führer les había prometido, una estrecha tumba. Pero ayer, cuando la guerra estaba aún por venir, estos miles de oficiales jóvenes, muchos de los cuales encontraban difícil identificar Alemania y el nazismo, aprendían con avidez las lecciones elementales de la profesión militar. Entre esta juventud alemana fué donde Haushofer, que ya tenía un dominio seguro sobre sus generales, encontró el material humano que necesitaba para la poderosa unidad, basada en la geopolítica, de los jóvenes que podrían llegar a ser algún día los líderes de una nueva Alemania.

Sin duda, la *élite* del ejército es el núcleo de donde, según la amplia perspectiva de Haushofer, surgirá un nuevo fénix después que se haya extinguido el fuego de la revolución nazi. Para el soldado-filósofo que conocía todas las fases de la historia militar, semejante cambio en la escena política debe haber parecido inevitable. Era demasiado diplomático para hablar de esas cosas, pero sin duda suscribió de todo corazón las palabras escritas por Oswaldo Spengler

en julio de 1933, cuando las victorias internas de Hitler llegaban a su culminación: "La revolución mundial, por mucha que sea la fuerza con que estalle, no termina en victoria ni en derrota, sino en *resignación* de las masas que empuja hacia adelante. Sus ideales no son refutados; llegan a ser *aburridos*." Goethe expresó la misma idea en un epigrama: "El entusiasmo no es ningún pescado salado que se conserve por muchos años".[14] Haushofer conocía esta resignación como factor psicológico, porque la manera que tienen las naciones de reaccionar emocionalmente es parte importante de su geopolítica. ¿Se dió cuenta de que ya antes del comienzo de la segunda guerra mundial, y a partir de entonces con fuerza cada vez mayor, esta resignación se iba extendiendo por Alemania, una resignación que puede ser para Hitler un enemigo más poderoso que tanques y aviones?

Volvamos de nuevo a Spengler por un momento. En su análisis del desarrollo de los ejércitos modernos y de la psicología militar, indica que "antes de 1914 la decadencia de la autoridad, la sustitución del estado por el partido, en una palabra, la anarquía progresiva, se detuvo ante el ejército". Describe los valores éticos del honor militar, la fidelidad y la obediencia silenciosa; el espíritu de Federico el Grande, Napoleón y Wellington, que él llama "el espíritu del siglo XVIII, de la forma de vida caballeresca". Arnold Toynbee expresaba la misma idea en 1937, cuando escribió[15] que existía una aristocracia internacional que funcionó desde la Edad Media hasta la primera guerra mundial. A pesar

14 *Begeisterung ist keine Heeringsware,*
Die man einpögelt auf lange Jahre.

15 Survey, 1937; también Bruce C. HOPPER, *A New Approach to the Study of Foreign Affairs.*

del derrumbe de la autoridad internacional, subsistían siempre elementos de la solidaridad medieval, un código común de costumbres, una norma reconocida de honor. La sociedad occidental, todavía en el siglo XIX, estaba animada por los principios de la aristocracia, aplicados a individuos y naciones. Pero las nuevas clases que subieron al poder con las revoluciones ocurridas durante y después de la primera guerra mundial se cuidaban bien poco de la tradición y del *noblesse oblige.*

El efecto de estos cambios revolucionarios sobre el ejército moderno fué enorme. Las ideas del soldado reclutado en nuestros días y las del que estaba en filas antes de la primera guerra mundial son distintas. Aquél ha perdido la conciencia de ser una simple criatura de las fuerzas que mandan. Spengler preguntó proféticamente en 1933 si, en vista de semejantes transformaciones, podría llevarse a cabo eficazmente en Francia una movilización general contra un enemigo peligroso.

Su conclusión era que "los ejércitos ocuparán en el futuro el puesto de los partidos", que "los ejércitos, y no los partidos, son la futura forma de poder".

Hitler está todavía en camino de aprender la amarga lección de que el espíritu del ejército es un poder intangible que no puede ser derrotado con los métodos de Himmler. La destitución en masa de generales y la formación de regimientos de camisas negras de las S. S. no pudieron dominar la marea, y tuvieron el efecto contrario. Tan sólo algunos de los oficiales de alta graduación aceptaron realmente la ideología del hitlerismo, y el único de la jerarquía que formaba parte de este grupo reducido, el mariscal de campo

von Reichenau, murió —a menos que todos los indicios engañen— de una muerte no natural. En los rangos inferiores de la jefatura militar, en especial entre los oficiales más jóvenes, esta lucha ideológica por el alma del soldado estaba más indecisa. Pero cuanto más avanza la guerra y más escépticos se vuelven oficiales y soldados sobre la confianza que pudo merecer la intuición de Hitler al ordenar a los ejércitos marchar sobre Rusia, tanto más evidente se hace que la cuestión decisiva —lo que vendrá después de Hitler— será contestada por el ejército y no por el partido, dado que el ejército alemán esté todavía en el campo cuando caiga el telón final sobre Hitler.

Sobre este fondo de lucha sorda e implacable por el poder dentro de Alemania se desarrolló la gran estrategia del haushoferismo. Haushofer, general incluso cuando enseñaba en la universidad de Munich; Haushofer, mezclándose en las intrigas del partido y en el círculo íntimo que rodea a Hitler; Haushofer, haciendo planes y esperando ansiosamente el día en que pudiera recogerse la cosecha de su gran estrategia. Tenemos que ver esta lucha del hombre y del grupo de poderío que personificaba, antes de analizar su estrategia. La geopolítica alemana es la manifestación de grupos de poderío que esperan la hora de la decisión, en que sus representantes dictarán las órdenes del día estratégicas, destinadas a trazar de nuevo las fronteras no sólo de Alemania, sino del mundo entero.

IV

LOS PRECURSORES DE LA GEOPOLITICA

"Pensamos hoy en términos continentales", escribió Oswaldo Spengler. Eso es muy poco actual. Debemos poseer la visión global, la visión imperial.

Las naciones deben ser martillo o yunque.

Karl HAUSHOFER

AUNQUE LA GEOGRAFÍA es una de las ciencias más antiguas, es también una de las más recientes. Tan sólo en el siglo pasado comenzó la geografía a liberarse de las concepciones estrechas de esferas culturales aisladas. Fué este aislamiento, tanto en espíritu como en espacio, el que dió por resultado una geografía descriptiva que ni quería ni podía extenderse en el dominio de la política, trazar la relación de la tierra con el estado o tratar de descubrir leyes que fueran válidas para toda la tierra y sus sistemas estatales. Todavía hoy nos encontramos en la antecámara de una ciencia de la geografía política que trata de descubrir reglas objetivas para la tierra y el estado. La geografía política se caracteriza aún por el prejuicio nacional, el pensamiento cargado de deseos y la renuncia a ver realidades inoportunas en la espalda de nuestros vecinos. La distancia se opone

todavía a la comprensión de que el mundo es una unidad cerrada, tanto geográfica como políticamente.

Hay también otro factor que debe tenerse en cuenta: durante los últimos cien años la gran mayoría de quienes estudiaban entre nosotros la historia y la política sólo podían leer francés, inglés y alemán, y tal vez algo de español y portugués. Esto limitaba sus investigaciones a obras escritas en estos cinco idiomas. Sólo recientemente nos hemos dado cuenta de la necesidad de incluir al mundo entero en un sistema geográfico-político y hemos llegado a creer que el pensamiento aislado es, no sólo anticientífico, sino también peligroso desde un punto de vista político. No fué sino hasta el tercer año de la segunda guerra mundial cuando nos dimos cuenta de que nuestras formas anticuadas de pensamiento geográfico-político nos llevaban a una sobrestimación casi fatal de la importancia de los pueblos y las áreas geográficas que nos eran más familiares. Ni políticos ni hombres de estudio prestaron atención a las advertencias de los escasos profetas que señalaban a zonas distantes de la tierra que en un futuro no demasiado remoto habían de convertirse en cuna del conflicto mundial. Nos gustaba pensar que nuestra propia área reducida era el centro de las actividades mundiales.

El mejor ejemplo de semejante manera de pensar, arraigada en tradiciones seculares de historia y cultura, es el concepto de un mundo oriental y occidental que, aunque vago y, en muchos aspectos, artificial, ha dominado y domina aún nuestro pensamiento político. Otra clasificación artificial en política y geografía, que ejerció una influencia todavía mayor en la política internacional de nuestro tiem-

po, fué la concepción de Europa y Asia como dos continentes separados. El año 1942 es el primero en la historia moderna en que se comenzó a comprender, tanto por los políticos como por la gente, que la división entre Europa y Asia es en nuestros días enteramente arbitraria. Europa no es más que una península, que avanza hacia el oeste, del gran continente de Eurasia. Luego observaremos más de cerca las enormes áreas de Eurasia, cuando analicemos las concepciones geográficas de Sir Halford Mackinder, que habían de influir, más que ninguna otra ideología del mundo de nuestro tiempo, sobre la nueva filosofía global. Ellas se convirtieron en centro de la estrategia geopolítica de Haushofer. Basada en una visión global, que contrasta radicalmente con las ideas del mundo que tienen otros, esta estrategia está saturada de la idea de que, dentro de la unidad cerrada de nuestro mundo, existe en nuestro tiempo un movimiento nuevo y revolucionario en virtud del cual ha de invertirse el proceso histórico de los últimos siglos. Desviándose de Europa, el movimiento de la historia universal en nuestros días condujo al Asia.

Ya hemos señalado que un obstáculo fundamental para nuestro esfuerzo de comprensión de la geografía política global es nuestra incapacidad para librarnos de los prejuicios nacionales. El camino que conduce desde la geografía política hasta su aplicación a la estrategia de hecho —a la geopolítica— está pavimentado de prejuicios nacionales. En nuestros esfuerzos por ver nuestro nuevo mundo del siglo xx, en el que todos los espacios y áreas están relacionados entre sí, hemos de tener presente el peligro que existe en la "belleza demoníaca de la geopolítica", una geopolítica que,

como instrumento del nacionalismo, tiende a convertir a la geografía política en señora de las ambiciones de poder de los diferentes estados.

Según esta filosofía, la geografía no se limita ya a lo que la palabra indica: la descripción de la tierra. Mezcla la historia con la geografía en una unidad indisoluble. La historia se convierte en geografía puesta en movimiento, y la nueva geografía en "historia puesta en movimiento".[1] La dinámica de la geografía fué el centro desde donde la geopolítica comenzó a viajar alrededor del mundo.

¿Cuáles son los elementos del sistema orgánico de geografía sobre los que ha basado su teoría Haushofer? Aun cuando admita que para tocar con habilidad el instrumento de la geopolítica se necesita el valor de un aficionado, sus planes se basan en fundamentos definidos de geografía política.

Hemos subrayado ya el carácter totalitario de la geopolítica alemana. Su fin último de forjar armas, no para el estudio del historiador y el geógrafo, sino para la acción nacional, le dió derecho a tomar prestado con liberalidad de muchos campos científicos y a incluir todo lo que considerara útil para la estrategia política. Si tenemos conciencia de estas características, comprenderemos por qué es imposible descubrir todas las raíces del haushoferismo.

La esencia misma de esta geografía política aplicada, la dinámica de las áreas estatales, ha sido siempre comprendida por los grandes estadistas y soldados. La historia de la geopolítica y de los hombres que hicieron historia porque pensaban instintivamente en términos de geopolítica está aún

1 Cf. RATZEL, *Anthropo-Geographie*, p. 27.

por escribirse. Si tratáramos de describir todas las influencias, reales y posibles, que moldearon el pensamiento de Haushofer, tendríamos sin duda que volver muy atrás. La idea de que los destinos dependen del medio geográfico es casi tan vieja como la historia misma. Pitirim Sorokin observa, en su obra *Contemporary Sociological Theories*,[2] que, si se intenta escribir la historia de la escuela geográfica, la dificultad no estriba tanto en mencionar los pensadores que han señalado la influencia del medio geográfico como en indicar los que no lo han hecho. Y concluye con la afirmación de que "al comenzar un estudio de estas teorías se queda uno impresionado por su brillo y su originalidad; cuando se continúa tal estudio, queda uno confuso y admirado de su contradicción y vaguedad y, por último, se pierde en el mar de estas teorías, sin saber lo que en ellas hay de válido y lo que es equivocado o dudoso." [3]

No es tarea nuestra separar el grano de la paja, rebatir las "conjeturas, hipótesis y generalizaciones geográficas menos científicas o más metafísicas"; porque es precisamente en este dominio metafísico donde debemos entrar, como observadores más bien que como críticos, si queremos descubrir los fundamentos de la geopolítica alemana. No es la estabilidad científica de las generalizaciones metafísicas lo que hay que discutir. En política, las verdades aparentes de la metafísica llegan a ser una fuerza en la vida de las naciones. Al seguir esta trayectoria debemos sólo examinar aquellas teorías geográficas que dejaron su huella sobre las ideas posteriores de la geopolítica.

La idea del crecimiento orgánico de los estados fué ex-

[2] P. 101.

[3] P. 101.

puesta ya, de un modo claro y admirable, en las obras de Tucídides. En ellas encontramos también las primeras indicaciones de una comprensión de las influencias del territorio sobre el carácter de las naciones. La influencia del clima sobre el hombre, el efecto que el cambio de las estaciones tiene sobre las aptitudes de individuos y pueblos, y muchas otras observaciones en el campo de la geografía humana, son mencionadas en el estudio de Hipócrates sobre la influencia del aire, el agua y la situación geográfica sobre el hombre. Platón y Aristóteles abordaron problemas geopolíticos cuando trataron de decidir si la situación marítima o la montañosa es la que tiene más ventajas para un estado. La *Geografía*, de Estrabón, es una primitiva obra maestra de descripción geopolítica, en la que relaciona el ascenso del Imperio romano con las características geográficas de Italia.[4] A la decadencia del Imperio romano y a las primeras épocas de la Edad Media en Europa acompañó una curva descendente de la comprensión geográfica. Más tarde, con Juan Bodino (1530-96), se puso otra piedra miliaria en la historia del pensamiento geográfico-político. El vió con claridad la relación entre la tierra y el estado, en su importancia no sólo para el hombre de estudio, sino todavía más para el hombre de estado. Bodino cree haber encontrado una nueva senda para la comprensión de la naturaleza de las naciones al relacionar sus características y su historia con la naturaleza de su país. El suelo determina a los habitantes, los moldea física y espiritualmente, decide sus acciones y su historia. Pero el efecto del clima le parece más fuerte que ninguna otra influencia. Hijo de la época de los grandes des-

[4] Estrabón, VI, 4.

cubrimientos, amplía y rectifica las concepciones de Hipócrates. Describe los efectos enervantes de las zonas tropicales, en las que los pueblos nórdicos están expuestos a perder con rapidez su vigor. Los pueblos nórdicos son físicamente superiores a los meridionales, según él; pero a causa de su superioridad espiritual, éstos son los fundadores predestinados de grandes imperios.

La idea de la dependencia de los estados con respecto a las leyes de la naturaleza se convierte ahora en parte integrante de los grandes sistemas filosóficos de Europa. Podemos rastrearla en los escritos de Hobbes, Spinoza y Leibniz; pero allí se quedó enterrada en las bibliotecas y sin influencia sobre la política ni sobre la estrategia política. A pesar de los grandes descubrimientos de Colón, Vasco de Gama y Magallanes; a pesar de la *Geographia Generalis*, de Bernhard Varen, la primera monografía geográfica moderna, escrita en la primera mitad del siglo XVII, la geografía práctica y utilitaria de los romanos siguió imperando en todas partes. La topografía y la fijación de itinerarios parecen haber sido el fin último de la geografía.

El moderno renacimiento de la geografía se inició en el siglo XVIII, en la Francia anterior a la Revolución. Charles de Montesquieu (1689-1755), que había de ejercer tanta influencia sobre los principales actores del escenario político de su tiempo (con inclusión de Federico el Grande), escribió sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos*, las *Cartas persas* y *El espíritu de las leyes*, que dieron a las generaciones venideras de políticos, historiadores y geógrafos una visión de la geografía humana completamente distinta de la geografía descriptiva

anterior. Para él, el estudio de la geografía no era un fin en sí mismo. Le parecía de vital importancia la relación de los estados con el suelo que ocupaban, porque servía para descubrir algunos de los secretos del destino del hombre. Entre la mayoría de los efectos fisiológicos y psicológicos del medio, el clima supera a todos los otros factores geográficos. Pero ve con claridad que los efectos del clima sobre el hombre son con frecuencia complicados e indirectos, y describe los caminos sinuosos de estas influencias. Su descripción de la inmutabilidad de costumbres, leyes y religiones en la India y otros países del Oriente como resultado de su clima cálido y húmedo, en el libro XIV de *El espíritu de las leyes*, forma parte de las obras maestras de la literatura antropo-geográfica y psicológica.

El tratamiento de los factores del clima no es, sin embargo, el único dominio donde el genio de Montesquieu hizo de él un precursor de la moderna geografía política. El tamaño de los estados, el espacio, la distancia, las diferencias de nivel, todos estos factores fundamentales, que desempeñaron papel tan importante no sólo en el desarrollo de la geografía política y la geopolítica modernas, sino en la formación de una *Weltanschauung* geográfica, fueron previstos con claridad sorprendente por el filósofo francés. La naturaleza misma ha puesto fronteras que a la larga ningún estado puede atreverse a cruzar sin ser castigado por ello. El Imperio romano quedó condenado cuando su territorio llegó a ser demasiado expansivo para las fuerzas que habían de guardar sus murallas. La forma de todo gobierno está estrechamente relacionada con la índole y el tamaño del estado. Montesquieu considera la situación y los factores geo-

gráficos, tales la naturaleza del terreno y las diferencias de nivel, como elementos que tienen gran importancia y que influyen en la estructura de los organismos estales. En Asia, escribe, han existido siempre sistemas estatales de tamaño gigantesco que nunca podrían existir en Europa. La explicación, dice, está en el hecho de que en Asia existen vastas llanuras y estepas; sus océanos y sus cadenas de montañas la dividen naturalmente en grandes porciones. Europa, por otra parte, está predestinada por la naturaleza a ser cuna de múltiples sistemas estatales de dimensiones más limitadas.

No deja de ser significativo que durante los últimos ciento cincuenta años Alemania llegara a ser el centro de una nueva ciencia geográfica, una geografía que, como es típico del carácter alemán, iba unida a una gran riqueza de hipótesis referentes al origen y al fin del hombre y del estado. Para descubrir todos los factores que existen en el desarrollo de esta ciencia, habría que describir las características de la situación de Alemania en el centro de Europa y sus problemas geográficos de nación desunida, desgarrada entre las luchas históricas del Este y el Oeste.

Entre los muchos que en Alemania meditaron sobre los nuevos conceptos de la nación —porque en aquel país, roto en muchas partes y desunido, la unidad nacional no era un hecho, sino sólo una esperanza y un sueño— hay que mencionar primero al poeta y filósofo J. G. Herder. El es tal vez el representante más original del nuevo romanticismo germano, y ejerció una influencia profunda sobre distintas escuelas del pensamiento alemán. Goethe veía en él a un gran maestro; muchos modernos predicadores del naciona-

lismo extremado en Alemania han aprendido de él, y Haushofer le cita con frecuencia en su *Revista.*

El primer libro importante de Herder se tituló *Sobre el origen del lenguaje* (1772), y cuando en 1783 comenzó a escribir sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad,* dejó puesta la primera piedra para la construcción de una política alemana revolucionaria. Sus conceptos iban a dar nueva forma al pensamiento geográfico y político. De ahora en adelante será imposible medir el pensamiento político alemán por las reglas rígidas del intelecto: el sentimiento y el entusiasmo, la revelación e incluso una deliberada ambigüedad, son sus elementos. Para concebir la historia, decía Herder, uno tiene que "abrirse camino hacia todas las cosas". El estudio de la historia, con inclusión de la política y la geografía, ya no busca las verdades objetivas. El patriotismo no es un prejuicio que deba ser superado, sino que es esencial para el pensamiento histórico. Así la historia misma se convierte en "un instrumento del espíritu patriótico más genuino".

Desde este punto de vista las definiciones legalistas de estados y naciones parecen necedades; se las mira con desprecio. La nación es un ser orgánico, y Herder, como tantos otros en nuestra época, desde Spengler a los representantes de la escuela geopolítica alemana, subraya su aspecto biológico. Habla de una nacionalidad como de una "planta de la naturaleza". El "animal nacional" y la "fisiología de la nación" son términos que caracterizan su filosofía política. Y, sobre todo, existe el "espíritu nacional",[5] el "alma

[5] Véase especialmente R. D'O. Butler, *The Roots of National Socialism,* 1942, pp. 24-25.

de la nación". Pero siempre, a pesar de semejante entrega entusiasta a los abismos emocionales de nacionalismo y romanticismo, descubrimos en los escritos de Herder la fusión de historia y naturaleza. La humanidad y la tierra forman para él una unidad inseparable. Los acontecimientos decisivos en la vida de las naciones pueden sólo explicarse por los eternos factores de la tierra: suelo, espacio y situación. Aunque envuelto en misterio, el mundo de Herder se convirtió en cimiento de los muchos soñadores políticos que vinieron tras él. Podremos lamentar este hecho; pero tenemos que verlo si aspiramos a comprender los sueños de poderío político de los planificadores alemanes de nuestros días. Porque este misticismo se ha convertido en la trágica realidad de nuestro tiempo.

Otros habían de continuar cultivando lo que Herder dejó plantado en el alma alemana. La filosofía de Hegel destacó la base geográfica de la historia universal; pero, mientras que su teoría orgánica de los estados era aún demasiado académica para llegar a un círculo amplio de alemanes, hubo concepciones más populares que apelaban al espíritu nacional de este idealismo romántico. El espíritu de la época de "tempestad y tensión", su visión casi tribal de la nación y su total desprecio de cualquier sistema que no encajara en el nuevo éxtasis nacional; el entusiasmo histérico y la devoción ciega a la causa de la gloria nacional; todo esto se abrió camino en el corazón de generaciones de alemanes. Este estado de espíritu alcanzó el grado máximo cuando, en las horas más sombrías de la caída de Prusia, en el invierno de 1807, J. G. Fichte pronunció sus famosos *Discursos a la nación alemana* ante los estudiantes de la

universidad de Berlín. Enseñó en ellos los misterios de una unidad y una gloria nacionales que iban más allá de la mera comprensión intelectual, a unos jóvenes que bien pronto tomarían venganza, poniendo fin, con los rusos como hermanos de sangre, a las aspiraciones de dominio universal de Napoleón. Enseñó que los alemanes eran el pueblo originario *(Urvolk)* y, como tales, ellos y nadie más, tenían derecho a hablar de sí mismos como "el pueblo". El concepto de la raza dominante alemana quedó plantado e inculcado firmemente en las almas de los hombres del corazón de Europa. Desde entonces la fusión del espíritu alemán con el suelo sagrado de Alemania, la deificación de la gloria y de la causa nacionales dieron al carácter alemán un sesgo preñado de destino y dejaron su huella incluso en la mente de hombres que con frecuencia no tenían la menor idea de que sus esfuerzos por descubrir los secretos de tierra y estado estaban predestinados a conducirlos a un camino pavimentado con los prejuicios de un romanticismo nacional alemán.

Como ocurrió durante la primera guerra mundial, el mundo anglo-americano, sorprendido y con frecuencia asustado por esta extraña pesadilla de pensamiento tribal, ha tratado de nuevo en nuestros días de descubrir sus fuentes. Forma legión el número de libros y artículos que tratan de revelar los orígenes del nacional-socialismo. La cosa no cambia mucho si, como en 1917, son Nietzsche y Treitschke los designados como seductores principales del pueblo alemán, o si, como hoy ocurre, miramos hacia Ricardo Wagner o hacia los profetas franceses e ingleses del racismo, conde de Gobineau y Chamberlain, o hacia su discípulo Rosenberg,

como los inspiradores del nazismo. Tendríamos mejor éxito en nuestros esfuerzos para descubrir las raíces principales del moderno pensamiento alemán si prestásemos más atención a cierto tipo de literatura popular, por ejemplo, *Pueblo sin espacio (Volk ohne Raum)*, de H. Grimm, que se adueñó de los corazones de las masas alemanas. Les dió un lema político, una consigna, *Volk ohne Raum*, tanto o más poderosa que *Lebensraum.*[6] Se vendieron unos 500,000 ejemplares de la novela de Grimm, cifra de venta con la que sólo pueden rivalizar en Alemania la Biblia, *Mein Kampf* y *El mito del siglo xx*, de Rosenberg. Por haber popularizado las ideas que presenta, aun cuando ya habían sido predicadas por otros muy anteriormente, el libro tenía una fuerza espiritual mucho mayor que los conceptos originales.

No hemos tratado de indicar sino algunas de las fuerzas espirituales que llegaron a formar parte de la vida de los hombres que más tarde fundaron la geopolítica alemana. Grecia y Roma contribuyeron a sus concepciones de la tierra y los estados; el brillo del espíritu francés influyó en su manera de pensar y, por último, diéranse o no cuenta, algo había nacido en ellos que era más poderoso porque iba más allá de la inteligencia y se convirtió en una fuerza vital: el romanticismo nacional alemán.

Ninguno de los hombres del siglo pasado que expusieron ideas revolucionarias de geografía humana y política en Alemania serían partidarios del hitlerismo si vivieran hoy, Alejandro de Humboldt (1769-1859), Karl Ritter (1779-1859) y Friedrich Ratzel (1844-1904) figuran entre los

[6] Cf. A. Whitney Griswoel, *The Atlantic Monthly*, 1941, pp. 319-21.

más grandes en la larga línea de precursores de la nueva ciencia de la geografía, que aspiraron a más que una simple descripción de lugares y una colección de datos topográficos. Su importancia va mucho más allá de las fronteras de su país natal. Es digno de notar que geógrafo francés tan destacado como Jean Brunhes diga acerca de Humboldt y Ritter: "Hay que rendir un homenaje conjunto a estos dos grandes nombres en el principio de todo moderno intento para establecer el método del estudio geográfico." Brunhes elogia todavía con mayor entusiasmo a Ratzel: a su influencia se debe en gran parte que las obras de geografía humana se hayan multiplicado en nuestra época en Francia e Inglaterra.[7] Estos hombres vivieron en un mundo que nada tenía en común con el mundo de Hitler. Sus escritos dan prueba de una fe hondamente arraigada en los principios cristianos. No podríamos cometer error mayor que considerarlos como abogados primitivos de la expansión y la dominación mundial alemanas. No obstante, bajo la superficie existe siempre una inquietud fáustica, un sueño del aumento y la gloria de la nación, los primeros ensueños del romanticismo nacional alemán. Seríamos unos hipócritas si pretendiéramos ver semejante espíritu nacional tan sólo en Alemania, aunque allí es donde tiene un significado especial. Las concepciones alemanas de la geografía política fueron las piedras angulares de una geografía alemana. Como estaban saturadas del espíritu de su tiempo, el espíritu de un romanticismo que bordeaba el nacionalismo y la deificación del estado, sus enseñanzas fueron fácilmente alteradas por discípulos que eran hijos de una generación envenenada y des-

[7] J. Brunhes, *Human Geography*, ed. norteamericana, 1920, pp. 30, 32.

garrada por la guerra. El destino trágico de Friedrich Ratzel, que inspiró a hombres de estudio del mundo entero, fué convertirse en el padre de la *Weltanschauung* de la geopolítica alemana. Sus puntos de vista globales (y los de Halford Mackinder en Inglaterra) influyeron decisivamente en Karl Haushofer. Ratzel no soñó en las consecuencias que sus ideas tan brillantemente proféticas y poéticas habían de tener después de su muerte; ellas atizaron una llama devoradora en el alma de un joven alemán que era también un poeta, pero, además, un soldado. El maestro, cuyos veinticuatro libros y un centenar de monografías habían sido escritos para servir a la ciencia y a la humanidad, que amaba a su patria pero detestaba la guerra, hubiera doblado la cabeza con vergüenza de saber que sus sueños románticos sobre el espacio y el hombre habían de convertirse en una antorcha de la revolución mundial.

Ratzel, que murió en 1904 siendo profesor de geografía en Leipzig, estaba dotado de un espíritu brillante. Fué tremenda su influencia sobre toda una generación de estudiantes. Su característica más destacada era una gran riqueza de ideas esclarecedoras y de sugestiones nuevas, que se sucedían con rapidez tal que a menudo quedaban esbozadas y sin rematar, dejando amplio campo a los discípulos para completar los pensamientos del maestro —con demasiada frecuencia a la manera del aprendiz de brujo.

Su más fiel discípulo no fué alemán, sino Ellen Churchill Semple, una norteamericana. En 1911 escribió *Influences of Geographic Environment*, con el subtítulo "basada en el sistema de antropo-geografía de Ratzel". Como otros muchos libros en los que se llamaba la atención sobre

los factores geográficos, fué pronto olvidado, y su circulación se limitó, desde un principio, a los círculos académicos. La señorita Semple fué la única fuente de conocimiento de las ideas de Ratzel para muchos estudiantes de geografía de Estados Unidos e Inglaterra. Resultaba tarea demasiado difícil para el estudioso de habla inglesa abrirse camino a través de los cientos de páginas que Ratzel había escrito. Por desgracia, la señorita Semple no tuvo mucho éxito al explicar al mundo anglo-americano los principios de la geografía política de Ratzel. Su proyecto era presentar una nueva exposición simplificada de los contenidos en la *Antropogeografía* (1882, 1891). Pero los libros y ensayos en los que Ratzel desarrolló nuevas ideas de geografía política, en especial su *Geografía política* (1897), no fueron recogidos en la obra de la señorita Semple. El resultado fué que Ratzel, que llegó a ser el padre de la geopolítica alemana, siguió siendo prácticamente desconocido en Inglaterra y Estados Unidos hasta que su discípulo Haushofer aplicó algunas de las ideas geográfico-políticas de Ratzel a la estrategia alemana.

Ratzel basaba sus enseñanzas en las lecciones de los geógrafos ya mencionados, que trataban de ocuparse de las actividades de la raza humana como hechos geográficos. Pero, como naturalista perspicaz, sentó su sistema de antropogeografía sobre una base científica más segura, sobre los principios de la evolución y de la ciencia natural. La visión global, que adquirió en sus largos viajes, le dió abundancia de ideas sobre lo que gustaba llamar "geografía comparada", y escribió sobre innumerables temas: geografía general, etnografía, antropogeografía. Poco antes de su muerte pla-

neaba una "geografía de la vida", un nuevo sistema de biogeografía.

Ratzel aportó a su tarea una acabada preparación de naturalista, lo cual le llevó a considerar los problemas de la geografía humana, y en particular la política, como fases de las ciencias naturales y de la biología. Este aspecto biogeográfico llegó a ser, bajo su influencia, la característica principal de la geopolítica. El tratamiento de los problemas políticos con métodos de las ciencias naturales, la subordinación de todos los desarrollos de la vida de los estados a leyes biológicas inevitables, el fatalismo y la inhumanidad, que llegaron a ser *leitmotiv* del haushoferismo, son los rasgos fundamentales que debemos captar si queremos percibir el significado y los peligros de la geopolítica como *Weltanschauung* del siglo XX.

La "geografía política" de Ratzel se proponía explorar los fundamentos que gobiernan la relación entre los estados y la tierra. La segunda edición de su obra apareció en 1902, con un título nuevo y significativo: *Geografía política, o Geografía de los estados, el tráfico y la guerra.* Profesores de ciencia política, sociólogos e historiadores, según creía, no habían logrado ver el estado como organismo, "un trozo de humanidad y un trozo de tierra organizada". Era misión de la geografía destruir una concepción según la cual el estado no era más que una extensa parcela de propiedad inmueble, según Ratzel lo expresó en cierta ocasión. Los continuadores de Ratzel, en especial Kjellén, destacaron cada vez más la parte política de la ciencia de tierra y estado, sometiendo la política a las leyes biológicas, que están más allá del bien y del mal.

Que el hombre y la sociedad humana dependen del suelo en que viven es la base de la tesis de Ratzel. Los factores geográficos desempeñan un papel decisivo en la vida de las naciones. El destino de la humanidad está determinado por las leyes de la geografía. Hay que considerar este determinismo de Ratzel como el pequeño peldaño a partir del cual sus satélites desarrollaron un sistema de política en el que los hombres habían de ser educados para aceptar una concepción fatalista de la vida política. La libertad del hombre dejó de determinar el destino de la raza humana. Puede trazarse una línea recta desde el determinismo de Ratzel al fatalismo de Spengler, aunque quepa muy bien la duda de que Ratzel viera jamás las ineludibles conclusiones de sus conceptos. Las palabras fatídicas con que cierra Spengler *La decadencia de Occidente,* definen la última fase de un determinismo cuyas consecuencias políticas habían de realizarse en nuestros días:

> Para nosotros. . . a quienes un sino ha colocado en esta cultura y en este momento de su evolución; para nosotros, que presenciamos las últimas victorias del dinero y sentimos llegar al sucesor —el cesarismo— con paso lento, pero irresistible; para nosotros, queda circunscrita en un estrecho círculo la dirección de nuestra voluntad y de nuestra necesidad, sin la cual no vale la pena de vivir. No somos libres para conseguir esto o aquello, sino para hacer lo necesario o no hacer nada. Los problemas que plantea la necesidad histórica se resuelven siempre con el individuo o contra él.
>
> *Ducunt Fato volentem, nolentem trahunt.*[8]

El destino conduce al que quiere y arrastra al que no quiere. Si contemplamos estas fuerzas oscuras del destino que

[8] Ed. norteamericana, p. 507.

surgen de las entrañas de la tierra, vemos el credo último de la geopolítica de una época desilusionada.

La geografía política de Ratzel sirvió para un propósito principal, crear "el sentido geográfico". El hombre debe tener este sentido en la sangre si su nación ha de sobrevivir y ser fuerte. Los hombres de estado genuinos, escribía, nunca carecieron de este sentido geográfico. Es incluso característico de naciones enteras. Está oculto bajo los tópicos de "deseo de expansión", "capacidad para la colonización", "el instinto innato del gobernante". Incluso si uno habla sencillamente de un sano instinto político, quiere decir a menudo el instinto para comprobar la existencia de factores geográficos que determinan el poder político y las limitaciones que de ellos se derivan.[9] Ratzel creía con firmeza en la posibilidad de desarrollar este "sentido político"; veía en semejante educación una parte esencial de la tarea importante de dar a las masas mismas una conciencia política. Siempre el organismo del estado es el que se pone en relación con los factores geográficos. Esta continua evocación del estado en los escritos de Ratzel se explica por sí misma si tenemos en cuenta la influencia que la filosofía de Hegel tuvo sobre todos los escritores políticos de Alemania, y si recordamos que Ratzel vivió en la época de Bismarck, en la que la idea del estado y de la razón de estado creció en Alemania con tanta rapidez y fuerza.

Aun cuando Ratzel está siempre tratando de evitar el error de explicar todas las manifestaciones de la historia por medio de la geografía, su determinismo le lleva cada vez más a reconocer tiranos del hombre en los factores geográ-

9 Véase O. MAULL, *Revista de Geopolítica*, 1929, p. 614.

ficos. Todas las actividades de la raza humana, y en particular las de los grupos humanos, la nación y el estado, deben verse sobre el fondo de sus verdaderos "fundamentos", que están metidos en la superficie de la tierra. Así pues, debemos ver trabajar a los hombres dentro de sus límites naturales, puestos para siempre por las leyes de la naturaleza; debemos entender sus actividades al relacionarlas con el lugar definido que ocupan en el globo. Y, por último, debemos darnos siempre cuenta de las leyes del espacio *(Raum)*. Los hombres necesitan espacio para vivir y para crecer. Si les falta espacio están condenados a perecer, individual y colectivamente. El espacio ocupado por el estado, o el que una nación puede ocupar en el futuro, es el dueño soberano que gobierna las actividades de los hombres, el crecimiento y decadencia de las naciones en su lucha para sobrevivir, los destinos de la humanidad misma. En la vida de las naciones la relación del hombre con el espacio encuentra su expresión última en la guerra; porque los estados luchan entre sí a fin de ganar espacio. Esta avidez de espacio y más espacio es para Ratzel la consecuencia inevitable del hecho biológico de que el estado es un organismo vivo. La falta de espacio, de territorio, significa una falta de órganos del cuerpo político. Si un estado está falto de órganos vitales, tratará, naturalmente, de adquirirlos. Por otra parte, si se priva al estado de semejantes órganos, si pierde territorio vital, extremará toda su fuerza para recuperar las provincias perdidas; de otro modo tendrá que conformarse con la pérdida de fuerza y con la decadencia. Dado que en la vida de los estados no siempre es posible recuperar territorio del enemigo, los estados se dirigirán con frecuencia hacia

la menor resistencia para atacar a sus vecinos más débiles.

El espacio, el elemento en que respira el cuerpo político y en que, a impulsos de las leyes de la naturaleza, se expande y crece, se convierte así en parte inseparable del organismo vivo del estado mismo; el espacio es *Lebensraum*, "espacio vital". Aquí está, entre las primeras definiciones de Ratzel, como simple enunciado biológico, la idea del espacio vital que, envuelta en misticismo, había de convertirse en una de las ideas políticas más poderosas de nuestro tiempo. Desde la época de Ratzel, el concepto de espacio vital ha crecido en Alemania con la rapidez y la fuerza de una avalancha, hasta convertirse en una obsesión nacional del pueblo alemán, lo bastante fuerte para romper, en nuestros días, el equilibrio del mundo. Su fuerza creció de continuo porque el concepto de *Lebensraum* era lo bastante fuerte para unir a toda una nación. Dominó todos los intereses y conflictos de clase. Fué más fuerte incluso que el evangelio del nazismo. El hombre de la calle, el niño en la escuela elemental, sabían por instinto que el espacio vital era algo que su estado, su nación, ellos mismos, necesitaban para sobrevivir. Por ello, millones de personas creyeron que era una necesidad moral combatir por este espacio vital. Era un ideal digno de vivir y de morir por él. Si recordamos la resonancia que el concepto de "destino manifiesto", o el poder naval de Mahan, o, sin ir más lejos, el de "Democracia", tuvieron de este lado del mundo, podremos imaginarnos el que tiene sobre el alemán corriente la idea resumida en el tópico "espacio vital".

La historia del *Lebensraum* no comienza con los escritos de Ratzel. Hemos mencionado a Herder y Fichte como

dos tan sólo de los muchos soñadores y poetas que plantaron esta semilla en el alma alemana. Tendríamos que añadir otros muchos nombres y que ocuparnos especialmente de la influencia tremenda que tuvieron en Alemania las conferencias del historiador Heinrich von Treitschke, si intentáramos describir la ascensión de esta idea que había de convertirse en un torrente devastador en la Europa central. Debe bastar una descripción de las fuerzas que influyeron sobre el pequeño grupo que puso los cimientos para una "ciencia" de la geopolítica alemana. Concentramos nuestra atención sobre Ratzel, porque su visión de espacio, distancia y situación, en su relación con el estado, es la base de todas las concepciones geopolíticas ulteriores.

No es suficiente darse cuenta de que Ratzel considera los grupos humanos en movimiento dentro de ciertos límites naturales, de que situación, tamaño del lugar, diferencia de altitud y, sobre todo, espacio (como algo misteriosamente vivo, espacio vital) son los factores determinantes del destino del hombre. Las concepciones geográficas de Ratzel arrancan en esencia del hecho de que todos estos valores geográficos sólo en parte pueden ser controlados por el hombre y subordinados a sus propósitos. La importancia fatal de las realidades terrestres consiste en que, dondequiera que el hombre las encuentra en su integridad, son ellas las conquistadoras y amenazan con esclavizar al hombre.

La grandeza y el crecimiento de los factores geográficos son los dos elementos en que se apoya la concepción del pensamiento geográfico y político de Ratzel. Su geopolítica es global. Formado y educado en el ambiente de la cultura y de los estados alemanes, que en su tiempo estaban

en proceso, violento y triunfante, de crecimiento y expansión, no se vió limitado por el aislamiento de su medio. La primera preparación importante para su obra maestra de geografía política fué *Los Estados Unidos de Norteamérica.* Este libro, publicado en 1878-80 como resultado de sus estudios en dicho país, muestra en cada línea las profundas impresiones sacadas por Ratzel de una tierra de grandes espacios. No podía dejar de compararlos constantemente a los espacios reducidos que, durante siglos, fueron el destino y la tragedia de la Europa central. En Estados Unidos veía la relación entre tierra y estado en condiciones casi ideales: un alto grado de aislamiento espacial, que permite amplitud más que suficiente para la acción política, una superioridad absoluta en espacio y población sobre los estados vecinos, el vigor de la voluntad nacional y del espíritu del pueblo. De este modo, la cooperación más favorable de factores humanos y geográficos estabilizaba los fundamentos del poder estatal en Estados Unidos y establecía su hegemonía en la "familia" americana de naciones.

Observaciones tales habrían parecido evidentes en este lado del mundo. Pero, en su sencillez, tuvieron una influencia revolucionaria sobre el hombre que había de trasladar y transferir los grandes espacios americanos, como factores, a la pequeña península europea y que era él mismo ciudadano de una nación que experimentaba por vez primera la unificación política en su accidentada historia. ¿Sería posible llevar el corazón de Europa a condiciones similares de grandes espacios, romper las cadenas de fronteras de los pequeños espacios que ahogaban la vida de su propio país y de su

propio pueblo? Este fué el sueño de Ratzel y de sus discípulos, con Haushofer como el más audaz soñador.

La fascinación y admiración con que Ratzel contempló Estados Unidos le hizo ver el importante papel que desempeña el espacio en la vida de los estados de una manera que fué rechazada como "acientífica" por muchos de sus críticos. No debe sorprendernos que las objeciones más elocuentes a la exaltación hecha por Ratzel del papel de los grandes espacios en la historia fueran hechas por geógrafos franceses.[10] Todo el trágico conflicto de Francia con Alemania en los últimos cien años y la actual humillación de Francia están predichos en la disputa académica entre los geopolíticos franceses y alemanes sobre los papeles que desempeñan espacio y humanidad en el destino de las naciones.

Al hablar de la amplia influencia de los grandes espacios de Estados Unidos sobre los iniciadores de la geopolítica alemana, debemos mencionar a otro alemán que vino a Norteamérica en 1825 y que también contrastó esta inmensidad con su propio país. Federico List, que más tarde tuvo papel principal en la fundación de la unión aduanera alemana *(Zollverein)*, ejerció con su libro *Sistema nacional de economía política* (1841)* una inmensa influencia sobre el pensamiento económico de los estados alemanes de su tiempo, desunidos y en pugna. Sus proposiciones, que culminaron en la demanda de que Alemania formara un comercio y una industria mundiales por medio de aranceles protectores y de una ley de navegación, se convirtió en la base económica de la obra de unificación política de Bismarck. List, que en

10 Especialmente C. VALLAUX, *Géographie sociale*, pp. 145 ss.

* Versión española del Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

Norteamérica había negociado con éxito en ferrocarriles, se impresionó especialmente con el papel que un sistema de tráfico controlado por el estado desempeña en el organismo estatal. "Aquél que tenga los medios de comunicación de una nación bajo su control, si el derecho y la razón están de su lado, tendrá la tierra misma en su poder." Esta máxima fué fundamental en la ulterior política interna de la Alemania de Bismarck. Pero su insistencia en los factores económicos hizo insignificante la influencia de List sobre los hombres que prepararon el camino al haushoferismo. Estaban tan ocupados con las cuestiones político-geográficas, que no encontramos sino escasos vestigios de las ideas geopolíticas de List en el esquema de poderío de la geopolítica alemana posterior.

La "visión americana del mundo" se adueñó de las opiniones de Ratzel y List e influyó sobre aquél en sus explicaciones de la política como un factor de espacio y distancia, tamaño, situación y fronteras. En todos estos aspectos geográficos, lo mismo si hablaba de las distintas formas de la superficie de la tierra y el suelo, su vegetación, sus recursos hidráulicos, que si meditaba en la relación predeterminada de un territorio dado (y este territorio era normalmente Alemania) con otras partes de la superficie de la tierra, siempre veía estos problemas con los ojos de un Gulliver que regresara del país de los gigantes.

La concepción de Ratzel se desarrolló en una ley de la naturaleza. En 1896 escribió un ensayo, "Sobre las leyes del crecimiento espacial de los estados", en el que expresó más sistemáticamente que antes sus ideas sobre la ley de los espacios en crecimiento. Se convirtió en base de sus obser-

vaciones sobre la nueva "ciencia" de la geografía política aplicada. Esta "ley", modificada y expresada más explícitamente por el sueco Rudolf Kjellén, fascinó a Haushofer y determinó su carrera.

En un mundo nuevo, en el que las fuerzas de la revolución industrial habían alimentado siniestras doctrinas nacionalistas, donde, en Norteamérica, el "destino manifiesto" estaba en marcha, el naturalista alemán de la geografía política trataba de definir leyes naturales de crecimiento y expansión de los estados. El espacio de los estados, afirmaba, aumenta con el crecimiento de la cultura. El crecimiento de los estados se produce por la fusión y la absorción de unidades políticas menores. La frontera es "el órgano periférico" del estado y, como tal, es prueba de crecimiento y fuerza. En su crecimiento y expansión, el organismo estatal trata de adquirir y añadir a sus órganos el territorio que es políticamente más valioso: líneas de costas, cuencas de ríos, llanuras y regiones ricas en recursos vegetales y minerales. Al estado primitivo, el primer impulso de expansión territorial le llega de fuera, de una civilización en más alto grado de desarrollo. La tendencia general hacia la expansión territorial es contagiosa; un estado la transmite a otro.[11] Las máximas elementales, como éstas, deben convertirse en posesión instintiva de los miembros de una nación. Este postulado es el que da a los escritos de Ratzel un peso político. Todas estas "leyes" no se le explican al lector de un modo académico, sino con el propósito de desarrollar en el pueblo

11 Véase el ensayo "De la geopolítica al relativismo político", de Johannes MATTERN, en *Essays in political science in honor of W. W. Willoughby*, 1937 pp. 125-72, que se ocupa con preferencia de la ideología geopolítica de R. Kjellén.

alemán un "sentido geográfico". "Todo pueblo —decía— tiene que ser educado en una evolución de las concepciones especiales menores a las mayores; este proceso ha de repetirse una y otra vez a fin de evitar que el pueblo recaiga en las viejas concepciones de espacios pequeños. La decadencia de cada estado es el resultado de una concepción espacial declinante." [12]

Esta es la ley de los espacios crecientes, que había de encender una llama en el corazón de los discípulos de Ratzel, convirtiendo la "ley" en un credo político. De entonces en adelante fué la base de todo pensamiento y planificación geopolíticos. El espacio, el espacio amplio, es el elemento vital de toda acción política del organismo estatal. Haushofer emplea la palabra con un respeto casi religioso cuando habla de la ley de los espacios crecientes. Citando a Kjellén, la define en el lenguaje nebuloso que ha llegado a ser tan característico de los partidarios del credo geopolítico alemán:

> Cada tierra, cada mar, ha de verse siempre también como un espacio, que debe llegar a ser conocido, habitado y lleno políticamente antes de que pueda llegar a ser fuerza... Este desarrollo afectó primero a los espacios menores y luego progresó hasta los mayores... Vemos ahora espacios políticos cada vez mayores que se originan de la lucha por el espacio... La comunicación [entre los estados] es esta lucha por el espacio, y el premio para el ganador es el espacio sometido a sujeción.

Todo esto es la expresión de la nueva visión global que se desarrolló en la época de las revoluciones industriales. Una época revolucionaria requería una visión dinámica e inquieta de la geografía. Podemos rastrear por doquier en

12 F. Ratzel, "Estudios sobre espacios políticos", *Geographische Zeitschrift*, 1895, p. 175.

los escritos de Ratzel esta dinámica de la geografía que se convirtió en la característica principal de Haushofer. Ya en su *Antropogeografía* (1882), que lleva por subtítulo "Elementos de aplicación de la geografía a la historia", encontramos delineadas las ideas básicas. En ella analiza los problemas de tiempo y espacio. El movimiento incesante, según sostenía, es una característica del espíritu humano. Este movimiento ha de medirse en dimensiones de espacio y tiempo. El espíritu humano es siempre cautivo de ellos, aun cuando pueda reducir su efecto. Lo mismo vale para los grupos humanos; viven en un movimiento sin fin que, como la historia, se realiza y encuentra sus límites en el espacio. El hombre encuentra límites puestos a sus intentos para llenar los espacios, como los encuentra en su capacidad para moverse.[13]

Ratzel estaba lejos de considerar como inorgánicos los factores espaciales. Los ve siempre en su relación generadora de vida con las fuerzas de crecimiento y expansión de la humanidad, convirtiéndose así en parte de su organismo vital. Semejante concepción biológica no era notable en su tiempo, cuando nadie podía librarse por completo de la influencia de Darwin. Pero hoy olvidamos con facilidad los fundamentos biológicos de semejante manera de pensar cuando contemplamos la influencia que los naturalistas de la geografía política ejercen sobre la formación de la mentalidad política y sobre la actuación del estratega político en todas partes del mundo. La influencia de Darwin es claramente discernible en las ideas de Ratzel. En 1901 escribió un ensayo que tituló: "Espacio vital, estudio bio-

[13] F. RATZEL, *Anthropo-Geography*, 1882, p. 157.

geográfico." En él tradujo el darwinismo al lenguaje de su geografía humana: la lucha por la existencia es de hecho la lucha por el espacio, porque la superficie de la tierra es limitada. En semejante lucha los hombres no son diferentes de los animales inferiores. Un pueblo demuestra la superioridad sobre sus vecinos por su capacidad para invadir el territorio de los más débiles y para reemplazar la civilización más endeble con sus propias realizaciones culturales "superiores".

Aquel que vea los espacios terrestres en su relación directa con la vida de la sociedad humana tendrá que darse cuenta del peligro que surge de un modo inevitable si se deja uno cegar por la grandeza del tamaño. El tamaño espacial de un imperio es con frecuencia engañoso si se ve como poder político en sí mismo. De Jerjes a Alejandro, de Felipe II a Napoleón, los césares han pagado el precio de semejante engaño. Sus errores hicieron perecer imperios; pero esto no significa necesariamente que la desaparición de los imperios refleje una ley de la naturaleza. China, durante dos mil años, ha ocupado el mismo espacio. Ratzel cree que Estados Unidos también deberían ser capaces de evitar la acción de la ley aparente que predice la ruina inevitable de los grandes imperios.

Los medios revolucionarios de comunicación y transporte han cambiado definitivamente el papel de las grandes potencias continentales en la política internacional. Ratzel halla en esto la conclusión más importante de una concepción global que considera los cambios fundamentales que la edad industrial ha traído consigo. Dubitativamente, interroga al futuro. Su honradez intelectual y su esfuerzo por

permanecer fuera de la especulación y por moverse dentro de los límites de la ciencia natural, le hacen escéptico frente a las predicciones del geógrafo sobre el porvenir en el mundo de la política. Pero si existen leyes de la naturaleza que el geógrafo político puede descubrir, ¿cómo dejar de ver el futuro? Ya hemos notado que, sobre esta base, los pretendidos ejecutores del testamento de Ratzel en nuestros días tuvieron el valor de embarcarse en lo que el mismo Haushofer llamó "la audacia del aficionado" en geopolítica, en el pronóstico geopolítico.

Parece natural que la ley de los espacios crecientes llevara a Ratzel a examinar el futuro de los dos mayores imperios continentales, Estados Unidos y Rusia, cuyos espacios, en sus días, estaban lejos aún de haber alcanzado su forma final. Cree que sus destinos no pueden compararse con los de los imperios que decayeron en el pasado, a causa del papel vital que los nuevos medios de comunicación y transporte desempeñarán en la vida de imperios arraigados en grandes masas de tierra continentales. Sin los medios modernos de comunicación, seguirían siendo gigantes encadenados de manos y pies. Con el progreso de la revolución industrial en sus últimas fases, del cual Ratzel no vió más que el comienzo, las posibilidades para el auge y la estabilización de los imperios continentales de Estados Unidos y Rusia alcanzaron proporciones gigantescas.[14]

El ferrocarril y la carretera, el telégrafo y el teléfono, se convirtieron, para el pensamiento geográfico-político de las últimas décadas del siglo XIX, en los instrumentos con que podía levantarse un sistema estatal orgánico de máximas

[14] Cf. F. RATZEL, *Geografía Política*, 3ª ed., p. 264.

dimensiones continentales. Sin el desarrollo de un cuerpo político orgánico, unido, dentro de los límites de los grandes espacios, los imperios basados en ellos no pueden fundarse ni asegurarse. Tales consideraciones prepararon el camino para la firme convicción de todos los partidarios de la escuela de Ratzel de que los futuros imperios serían imperios continentales que reemplazaran a las viejas potencias europeas.

Los espacios mismos no se equilibran entre sí; el equilibrio está en el elemento humano, políticamente organizado, que llena las vastas áreas continentales. Estados Unidos y Rusia representan un poder continental tan superior sobre los pequeños espacios de los estados europeos que Ratzel no puede dejar de preocuparse acerca de la ruina de los sistemas políticos occidentales. Incluso pregunta si tal proceso no debe llevar a una Europa unida, a un sistema europeo de poder establecido frente a los poderes de Rusia y Estados Unidos.[15] Piensa que nunca antes la historia de la humanidad ha tenido un carácter verdaderamente continental. Nunca antes las poblaciones de continentes enteros han sido llevadas a adoptar un espíritu político unido y a ocupar su puesto como poderes realmente continentales. Ha comenzado una nueva fase de la historia continental que llevará tal vez al propósito final, espacial, de toda historia, a que la humanidad abarque el mundo. Si un día pudiéramos ver a Norteamérica como un organismo histórico, unido en espíritu y acción; a Australia y la Rusia asiática, tal vez incluso a Sudamérica, todas en su grandeza como poderes continentales, entonces Europa sería insignificante a despecho de todas sus ventajas.

15 RATZEL, *ibid.*, p. 173.

Inglaterra, en semejante proceso, no puede desligarse del destino de Europa. R. W. Emerson, cuyas profecías menciona Ratzel con cautelosa aprobación, había dicho, comparando los destinos de Inglaterra y Estados Unidos: "La geografía de Norteamérica nos hace creer que ésta juega con inmensa ventaja. Norteamérica, y no Inglaterra, es la sede y el centro de la raza inglesa." [16]

Los nuevos tiempos requieren lo que Ratzel denomina una nueva "ciencia de distancias". En nuestros días, la tendencia de la historia es crear imperios cada vez más grandes, porque las crecientes hazañas culturales del hombre han acarreado su mayor capacidad para dominar los espacios. La nuestra es la era de la historia continental, cuyo curso lo determinarán las grandes potencias que dominen los grandes espacios.

En nuestro análisis de las ideas de Ratzel hemos omitido deliberadamente muchas opiniones que esbozó preparando el terreno para nuevos pensamientos geopolíticos.[17] La influencia de Ratzel sobre Haushofer puede trazarse en algunas grandes ideas que dejaron su huella de modo permanente y que se convirtieron en fundamentos de la política de poder y de la estrategia de nuestro tiempo.

Fué Rudolf Kjellén, el profesor sueco de ciencia política, muerto en 1922, quien amplió las ideas de Ratzel sobre el organismo estatal y exageró sus aspectos biológicos hasta que el último resto de humanidad fué sacrificado a la ciru-

16 R. W. Emerson, *English Traits*, cap xvi.

17 No hablamos, por ejemplo, de las generalizaciones más que dudosas de Ratzel, destacadas con fuerza en su *Geografía Política*, acerca de la filosofía "optimista" de la vida de los pueblos que viven en grandes espacios en contraste con la "pesimista" de los que viven en espacios pequeños.

gía geográfica de la ciencia natural. Dicho sea de paso, el conde de Gobineau, H. St. Chamberlain y R. Kjellén representan el credo, que nunca muere, de la política en cuanto ciencia natural. La influencia de estos tres superalemanes no alemanes ocasiona no pocos quebraderos de cabeza a quienes tratan de explicar la enfermedad de nuestro tiempo analizando el "alma" alemana o, lo que ha estado más de moda desde 1917, el alma prusiana.

Las siguientes citas de la obra más importante de Kjellén, *El estado como forma viva*, muestran cuán lejos condujo el aspecto biológico (¡bastante para hacer que el maestro Ratzel se agitara en su tumba!):

> El estado mismo es "tierra"; es, en cierta medida, "suelo organizado"... La esencia del estado como organismo se compone de elementos jurídicos y elementos de fuerza: como toda vida individual existente sobre la tierra, consiste no sólo en moralidad, sino también en deseos orgánicos... los estados, tal como [podemos] seguir su curso en la historia y tal como nos movemos entre ellos en el mundo de las realidades, son seres materiales-racionales, exactamente igual que los seres humanos... el estado se presenta ahora ante nosotros, no como una forma casual de simbiosis humana, artificialmente envuelta en nociones jurídicas, sino como un fenómeno orgánico hondamente arraigado en realidades históricas y de hecho, como el ser humano individual. En una palabra: el estado emerge como una manifestación biológica o forma de vida.[18]

La contemplación del estado como un super-ser lleva a Kjellén a una subordinación de todos los aspectos políticos a las leyes biológicas. Los estados nacen, crecen y mueren como los demás organismos. "Nacimiento", "bautismo" (!), muerte, resurrección y reencarnación son las piedras miliarias

18 KEJELLÉN, *El Estado como forma viva*, Berlín, 1924, p. 203.

en la vida de los estados. ¿Qué otra cosa puede ser la geopolítica, para una concepción en la que no queda lugar alguno para la humanidad y la libertad de los hombres, sino una ciencia del crecimiento por *expansión* del cuerpo político? Y expansión quiere decir conquista bajo la dirección de ambiciones de poder ciegas y determinadas por la tierra. Estos estados-organismos, que, como "seres vivos super-individuales",[19] luchan entre sí perpetuamente por la supervivencia y el engrandecimiento, son tan reales como lo es el ser humano individual. Pero su marcha es mucho más poderosa, y posee la grandeza de la historia. Se mueve en un mundo en que la lucha cada vez por más espacio y poder no terminará en paz. Porque en este mundo de política de poder y de biología política la palabra "paz" ha sido borrada por los naturalistas del tipo de Kjellén, que están más que orgullosos de su imaginación.

No analizaremos por extenso los métodos del sistema político de Kjellén, en el que la geopolítica es solamente una de cinco ramas. Porque aunque los sueños pangermánicos de Kjellén de una "Europa Central" bajo la dirección de Alemania, que abarca desde las extremidades septentrionales de Noruega hasta Bagdad, lo convirtieran en favorito del general Ludendorff y de los demás expansionistas de la primera guerra mundial, y aunque el mismo Haushofer y, más declaradamente, sus discípulos, lo citen con elogio, Kjellén no desempeña sino un papel secundario, comparado con Ratzel, entre quienes formaron la idea del mundo y la estrategia haushoferianas. Haushofer, por mucho que le agradara recorrer las sendas de una poesía mística y oscu-

[19] *Ibid.*, pp. 34, 35.

ra, siguió siendo el general. Este fondo fué la válvula de seguridad que le impidió alejarse demasiado de las realidades de la estrategia. El mundo de Kjellén no era el de Haushofer. Si queremos explorar los fundamentos de la estrategia geopolítica alemana, haremos bien en volver siempre a unos cuantos *leitmotivs* que el viejo maestro Ratzel enseñara a sus discípulos.

La visión continental, basada en la ley de los espacios crecientes, es la fuente que riega la imaginación de Haushofer. El primer artículo con que se inició en 1924 la *Revista de Geopolítica* se titulaba "La ley de los espacios crecientes".[20] La mayoría de las ideas expresadas en él permanecen invariables y forman los conceptos geográfico-políticos de los hombres que las han traducido a la estrategia militar práctica: la ley de los espacios crecientes afronta el problema de todas las relaciones entre el hombre y el espacio. El empuje de fuerzas expansivas hacia espacios extranjeros, el crecimiento de las potencias navales, la aparición de Norteamérica como potencia mundial, todos los procesos recientes que nos hacen ver el globo como unidad cerrada ¿no son manifestaciones de esta ley, una ley de crecimiento, expansión y engrandecimiento? El espacio engendra el poder de los estados y determina, por consiguiente, los destinos humanos. Descubrir las relaciones entre el poder público y el espacio y la dinámica entre los espacios, es, sin duda, un mundo digno de ser conquistado por la joven ciencia de la geopolítica. La visión global, para la que educa al aprendiz la ley de los espacios crecientes, le hace darse cuenta de que ver el mundo como unidad cerrada no presupone una uni-

20 F. Hesse, en *Revista de Geopolítica*, 1924, pp. 1 ss.

formidad de condiciones geográficas. Por el contrario, la estructura misma y la división del mundo en continentes y océanos, zonas climáticas, desiertos y regiones habitables, crea una multitud tal de condiciones de vida, que bien podría hablarse de la geopolítica como la ciencia que se ocupa de las variedades y desigualdades de los efectos de la dinámica de los espacios. La variedad de estos efectos es grande, porque no sólo varían las condiciones geográficas, sino también la relación del hombre con la tierra que habita. Las sociedades humanas difieren con respecto a su afinidad con la tierra. Cuanto más reciente y menos íntima sea la simbiosis entre el hombre y su circunstancia espacial, tanto menos potente será esta relación. Por otra parte, cuanto más hondamente arraigado esté el cuerpo político en su tierra y cuanto más vieja sea la simbiosis, tanto mayor será el poder que desarrolle. Sólo las organizaciones estatales que forman una unidad natural entre el espacio y el elemento humano que lo llena poseen la fuerza para dilatarse más allá de sus propios límites.

La ley de los espacios crecientes se hace visible en todas sus ramificaciones en las múltiples formas en que las potencias en lucha chocan en sus espacios. La conquista del espacio puede ser resultado de la invasión, bien de espacios vacíos, bien de áreas cuyo organismo haya sido moldeado y desarrollado por el hombre. En este último caso, el choque entre agresores y defensores determinará la solidez de la alianza existente entre el hombre y el suelo en los espacios atacados. Sólo aquellos organismos estatales que estén firmemente arraigados en su madre tierra serán capaces de ofrecer resistencia a la embestida de sus vecinos en expan-

sión, en su prosecución de innatas ambiciones de poder. Allí donde las raíces son débiles, los conquistadores forzarán a sus víctimas a dejar paso y a emigrar a otro lado, a lo largo del camino de menor resistencia.

Una "ciencia" geopolítica que observa fríamente las manifestaciones de semejantes "leyes" biológicas en la lucha por la supervivencia, no puede sustraerse al error de aplicar a una sociedad humana en alto grado de desarrollo e interrelación principios que sólo tienen validez para explicar los primeros estadios de una humanidad primitiva. Ratzel, y mucho más sus discípulos, exageran la dinámica del espacio. Tal exageración es característica de esta escuela, que evalúa un imperio primera y principalmente por la apreciación de sus dimensiones y cualidades geográficas. Esto lleva a descuidar los factores psicológicos de que el cuerpo político toma su fuerza y sus ideas constructoras de estado; ideas de estado y de imperio que están condicionadas, pero no determinadas, por el espacio. El mismo Ratzel no desconoció estos factores psicológicos que proporcionan una simbiosis firme y estable del cuerpo político y su cimiento espacial, engendrando así y conservando el poder. Este anclaje del cuerpo político en las profundidades de la tierra significa a la vez estabilidad y limitación. Los modernos métodos de comunicación y transporte pueden abarcar el globo con facilidad, pero la expansión de los estados encuentra barreras naturales e infranqueables en la estructura continental de la tierra. El ansia de poder y conquista del hombre puede llevarle hacia reinos nuevos y extraños, pero en este ambiente extraño el estado conquistador no encontrará raíces y tendrá que vivir esclavizando a los naturales. Las accio-

nes histórico-universales que se han dejado sentir durante siglos tendrán lugar tan sólo cuando el crecimiento del espacio marcha paralelo con el crecimiento de la población políticamente organizada y firmemente arraigada en su suelo.

Observaciones como éstas pueden parecer a primera vista demasiado teóricas para tener consecuencias prácticas geopolíticas. En realidad, este tipo de construcción teórica, basado en las ideas de Ratzel, forma los fundamentos de las concepciones histórico-mundiales de Haushofer. Sobre ellas basó sus propósitos y planes geopolíticos. La progresiva colonización de la tierra y el aumento formidable de su población en las últimas décadas llevan a la conclusión de que la humanidad está dejando atrás la era en que el mundo ha sido gobernado por sistemas de potencias arraigadas en espacios reducidos y que desde ellos dominan extensas áreas. La tendencia se dirige hacia nuevos imperios que posean una extensión mucho más amplia, en los que el hombre y la tierra estén firmemente unidos, pero que no tengan la enorme amplitud y "esfera de influencia" características de los viejos imperios coloniales.

Es, sin duda alguna, un tema elevado aquél con que la geopolítica alemana inició sus actividades como guía de la ciencia política de las potencias continentales. Basada en las doctrinas de una ciencia natural de la geografía política y aplicándolas a la ley de los espacios crecientes tal como se aparecía al visionario político del siglo XX, la geopolítica se ha embarcado con Haushofer en una tarea que él mismo expresó en las palabras con que concluye uno de sus libros: "Eduquemos a nuestros maestros." [21]

[21] K. HAUSHOFER y otros, *Piedras angulares de la geopolítica*, Berlín, 1928.

Estas palabras aparecen en inglés en el texto alemán: "*Let us educate our masters* —dice el britano." Y esto muestra el propósito mismo del haushoferismo. La educación de los estadistas alemanes cuya tarea era gobernar los destinos de los pueblos del corazón europeo significaba el entrenamiento de una nueva generación de gobernantes continentales para apoderarse de la tarea que los estadistas ingleses desempeñaron magistralmente en el pasado y no eran ya aptos para desempeñar en el futuro.

Escasa sería la audacia de semejantes conceptos de una geografía política aplicada si se percibían más allá de las fronteras alemanas e incluso dentro de Alemania. La visión global y las manifestaciones de la ley de los espacios crecientes llevaron a Haushofer, que soñaba con la resurrección y engrandecimiento de su patria derrotada, a una idea que él pensaba podría conducir de nuevo a su humillada Alemania a la dirección política mundial, debido a su situación geográfica. El tiempo estaba maduro para el desarrollo de potencias terrestres continentales, y Alemania desempeñaría el papel principal, *con tal que* el pueblo alemán y, lo que es más importante, los líderes alemanes vieran la leyenda en el muro. Así comenzó la tarea maquiavélica de Haushofer, que con la ascensión de Hitler se hizo cada vez más difícil e incluso desesperada: "¡Eduquemos a nuestros maestros!" El efecto pleno del sueño haushoferiano de una época venidera de potencias terrestes continentales puede verse si se contrasta, en términos de política actual, con su contrapartida lógica, la ruina de los viejos imperios coloniales del poder marítimo. Haushofer, quien, como ya hemos visto, gusta de cimentar sus fundamentos con metá-

Universidad de los Andes BIBLIOTECA

foras sencillas a fin de incrustarlos en la mente del discípulo, cita con frecuencia la pintoresca frase de Turgot: "Las colonias son frutos que cuelgan del árbol hasta que están maduros." Napoleón pensaba lo mismo al decir: "Cuando los niños crecen, ellos mismos se ponen a gobernar la casa."

Así, pues, la contrapartida de la visión continental de Haushofer, tal como se deduce de la ley de los espacios crecientes, reza "la ascensión y la caída del Imperio británico". Porque si uno ve la ley de los espacios crecientes como él lo hace, como la Némesis lentamente operante, pero excesivamente reducida, para quienes se atreven a pasar sobre los límites de la naturaleza, entonces parece haber sonado la hora de la ruina para los imperios que no pudieron llenar con la vida de la madre patria los espacios conquistados, convirtiéndolos en parte permanente de su organismo estatal. Como Ratzel lo había previsto, como lo había descrito Spengler sombríamente al invocar el espíritu de una Rusia del futuro, también así siguió sus huellas Haushofer al relatar la historia de la ascensión de nuevos imperios destinados a ser las grandes potencias continentales.

V

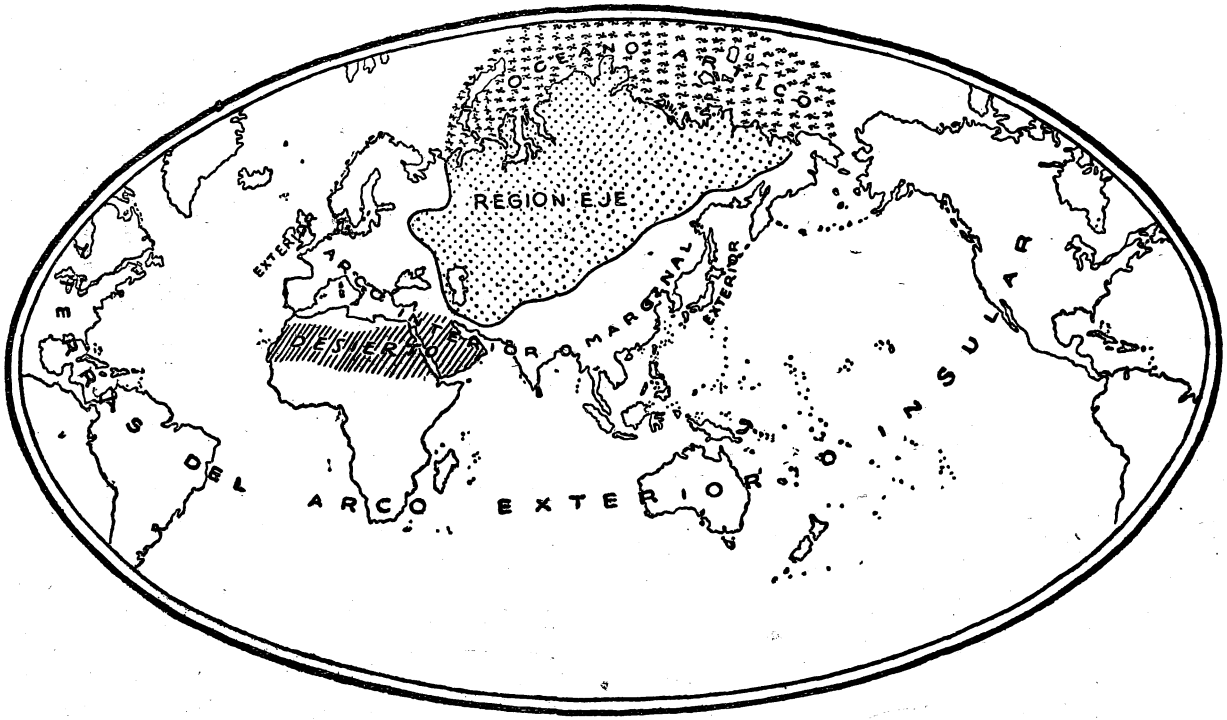
SIR HALFORD MACKINDER Y EL CORAZON CONTINENTAL

> *Cuando nuestros estadistas estén en conversación con el enemigo derrotado, algún alado querubín debería susurrarles de tiempo en tiempo: "Quien domina la Europa oriental controla el corazón continental; quien domina el corazón continental controla la isla mundial; quien domina la isla mundial controla el mundo."*
>
> Halford MACKINDER[1]

EL AUTOR de la cita que inicia este capítulo no se dió cuenta de que el susurro del alado querubín no sería escuchado por los estadistas de las naciones aliadas, pero sí lo oiría y lo tomaría a pechos un alemán. En realidad, fué Haushofer solo quien comprendió el carácter revolucionario de las ideas de Mackinder. Las lecciones que aprendiera de Ratzel le dieron el fundamento para su visión geopolítica del mundo. Y ahora había encontrado, en los escritos de un geógrafo inglés, la perspectiva que necesitaba a fin de transcribir las doctrinas de Ratzel a una estrategia geopolítica. Allí estaba de nuevo la imagen de Rusia, enigmática y grave, con sus perfiles gigantescos apenas discernibles en la nie-

1 H. MACKINDER, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*, Londres, 1919.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
BIBLIOTECA



SEDE NATURAL DEL PODER

Región eje—enteramente continental. Arco exterior—enteramente oceánico.
Arco interior—en parte continental, en parte oceánico.

bla. Cuando Haushofer descubrió a Mackinder, se dió cuenta en seguida de que había encontrado a su segundo gran maestro.

Haushofer se refiere con frecuencia a Mackinder. Reconoce con sinceridad su deuda hacia el inglés. En 1937, por ejemplo, escribió que debía su propia concepción de las potencias que dominan los espacios "a la más grande de todas las concepciones geográficas, a *El eje geográfico de la Historia*", de Mackinder. "Nunca —exclama Haushofer, que suele ser parco en elogiar a los demás— he visto nada más grande que estas pocas páginas de una obra maestra geopolítica." [2]

Pero ésta fué una influencia trágica, pues no resultó del estudio desapasionado de Haushofer bajo la dirección de Mackinder. Para Haushofer, Mackinder era y seguía siendo el enemigo. Cuando hablaba de él se acordaba de la vieja máxima que tanto le gustaba citar: *Fas est ab hoste doceri* (conviene aprender del enemigo). Una advertencia en una reseña que hizo Haushofer en 1925 de *Ideales democráticos*, de Mackinder, ilustra este sentimiento: "Este libro no debe ser traducido al alemán a menos que el pueblo alemán esté dispuesto a perder todo respeto de sí mismo frente a un enemigo tan odioso." [3]

Haushofer no conoció personalmente a Ratzel. Lo que de él aprendió lo tomó de sus libros. Sólo recordaba vagamente que, cuando niño, había visto al gran maestro en sus visitas al padre de Haushofer. Pero la cordialidad y la humanidad de Ratzel no encontraron expresión suficiente

[2] K. HAUSHOFER, *Potencias conquistadoras de espacio*, 1937, p. 76.
[3] *Revista de Geopolítica*, 1925, p. 454.

en la palabra escrita para que afectaran el pensamiento y el carácter de Haushofer. La relación de Haushofer con el segundo de sus grandes maestros fué análoga y aún más decisiva. Los dos hombres no se encontraron nunca. Vivían en dos mundos diferentes, sin puentes que los comunicaran y con muchos prejuicios que ahondaban el abismo existente entre ellos. En los años en que Haushofer estuvo elaborando su estrategia sobre la base que Mackinder había preparado para él, le dió todo el crédito que merecía, pero el maestro inglés no tuvo la menor idea de que sus semillas madurasen en tierra enemiga. Los dos hombres, que pensaron en términos globales y continentales mucho antes de que el resto de nosotros despertara para ver sus sueños convertidos en las realidades de nuestros días, encontraron en el Canal de la Mancha una barrera impenetrable sobre la que colgaba una densa niebla de prejuicios nacionales. La historia de Mackinder y Haushofer es una tragedia, escrita en la oscuridad de los días transcurridos entre las dos guerras mundiales.

Haushofer escribió de sí mismo que no le interesaba tanto describir de un modo sistemático las manifestaciones geopolíticas en sus formas típicas como sacar las conclusiones prácticas que servirían de guía para la gran estrategia del estadista, del estadista alemán, por supuesto. Mackinder había analizado la situación mundial, actual y futura, precisamente cuando Haushofer trataba de adaptarla a la estrategia alemana con los instrumentos que heredó de Ratzel y otros. El inglés merecía su admiración, porque había demostrado ser un maestro en el dominio que Haushofer consideraba el arte real de la geopolítica, el pronóstico político.

Mackinder fué capaz, escribía Haushofer, de predecir y analizar, ya en 1904, sobre la base de una gran concepción global, lo que había de ocurrir entre 1914 y 1924: "¿Por qué no vieron los jefes políticos lo que este geógrafo vió y escribió proféticamente en 1904?... Es mucho lo que cuesta la ignorancia de la geografía." [4]

Para quien estudie la geopolítica de Haushofer es esencial la comprensión de las ideas básicas de Mackinder. Son complementarias de los puntos de vista de Ratzel, que no se aplican de modo tan directo a los problemas de la política y la estrategia internacionales. Estos dos hombres suministraron a Haushofer los fundamentos sistemáticos que desdeñó deliberadamente por muchas razones, la principal por estar tan convencido de su misión propia como estadista y estratega. La geopolítica de Mackinder es importante porque es la geopolítica de un inglés. Como tal, revela la base internacional del haushoferismo. Incorporada por el general y profesor alemán y adoptada por la estrategia militar alemana, se convirtió en parte de una moderna *Weltanschauung* germánica.

La influencia de Mackinder sobre la geopolítica alemana es prueba suficiente de que los conceptos de las grandes masas terrestres y sus potencias continentales, que caracterizan la visión del mundo de Haushofer, llegan mucho más allá que los sueños alemanes de conquista y dominación mundial. Enseñan las lecciones que el maestro inglés esperaba susurraría el alado querubín en los oídos de los estadistas de Londres, París y Wáshington, y no a los sagaces oyentes de Munich.

[4] *Piedras angulares de la Geopolítica*, 1928, p. 7.

Sir Halford Mackinder es un representante distinguido de la ciencia y la política inglesas. Lector de geografía en la universidad de Oxford, profesor durante 25 años (hasta 1925) en la universidad de Londres, ex-director de la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres, vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica y miembro del Parlamento durante muchos años, merece ser escuchado dentro y fuera de las fronteras de Inglaterra. No fué el único cuya voz clamó en vano en el desierto.

El 25 de enero de 1904, en vísperas de la guerra ruso-japonesa, Mackinder leyó ante la Real Sociedad Geográfica una comunicación sobre "El eje geográfico de la Historia". Esta comunicación, como ya hemos visto, había de ejercer décadas más tarde una influencia sorprendente, aunque los archivos de la Real Sociedad Geográfica de 1904 no eran lo más indicado para consultar en busca de visiones globales y planes de gran estrategia. En su obra *Ideales democráticos y realidad*, publicada en 1919, Mackinder diseñaba un sistema de política mundial que no manifiesta ningún cambio esencial de visión geográfica comparado con el de 1904. Estos dos escritos, la comunicación y el libro, contienen todas las ideas audaces que Haushofer y sus discípulos adoptaron para su concepción del mundo. El episodio no ha perdido nada de su brillo ni de su ejemplaridad. Nos proponemos relatar parte de él con las propias palabras de Mackinder y con la menor cantidad posible de comentarios, para aquéllos que no puedan desempolvar los anales de la Real Sociedad Geográfica de 1904. La distancia y el tiempo son valiosos aliados para aquél que trata de conquistar para sí la visión histórico-mundial sin dejarse ensordecer

por el barullo de su propio tiempo; no siempre es el autor de moda de ayer y de hoy el que nos cuenta el relato que debiéramos oír.

"Cuando en un futuro remoto los historiadores —comienza diciendo Mackinder— vuelvan la vista hacia el grupo de siglos por el que estamos pasando ahora, y lo vean acortado, como vemos hoy las dinastías egipcias, bien podrá ser que describan los últimos cuatrocientos años como una época colombina, y digan que terminó poco después del año 1900". Ya en sus palabras iniciales, el lector de geografía de la universidad de Oxford revelaba su intento de captar y penetrar en el mundo como unidad. En realidad, en una época en la que ha llegado a ser lugar común hablar de la exploración geográfica como casi concluída, la geografía misma ha cambiado de curso y se ha enderezado hacia la síntesis filosófica. El perfil del mapa se ha completado prácticamente en los cuatrocientos años de exploración y expansión que Mackinder llamaba la época colombina. Los hombres se encuentran de nuevo con las barreras de un sistema político cerrado, que será, no obstante, de amplitud mundial. De acuerdo con los movimientos cíclicos de la historia, nuestra edad post-colombina puede compararse con la época que precedió a la edad colombina: su característica fué la expansión de Europa contra resistencias casi despreciables, mientras que la cristiandad medieval estaba encerrada en una estrecha zona y amenazada por la barbarie exterior. En nuestros días, la significación del hecho de que otra vez tengamos que habérnoslas con un sistema político cerrado, que ahora es de amplitud mundial, está en la repercusión mundial de cualquier explosión de las fuer-

zas sociales. "En lugar de disiparse en un circuito de espacio desconocido y en un caos bárbaro, toda explosión será devuelta con claridad por el eco desde el otro extremo del globo, y los elementos débiles en el organismo político y económico del mundo serán sacudidos en consecuencia. Es grande la diferencia si la granada cae en un terraplén o si cae entre los espacios cerrados y estructuras rígidas de un gran edificio o barco."

Estas repercusiones globales afectan naturalmente la correlación entre las generalizaciones geográficas e históricas más amplias, sin las que no podríamos planear una gran estrategia basada en una concepción de largo alcance. Si, mediante la percepción de algo de la verdadera proporción de rasgos y acontecimientos en la escena del mundo, podemos descubrir una fórmula que exprese ciertos aspectos de la causación geográfica en la historia universal, habremos establecido una base desde la cual observaremos con claridad la actuación de las fuerzas contendientes en la política internacional del día. Mackinder emprendió la tarea de describir aquellos rasgos físicos que él pensaba habían sido más coercitivos de la acción del hombre, y lo hizo mostrando la historia humana como parte de la vida del organismo mundial. Pero puso en claro desde un principio que no quería extraviarse en un materialismo excesivo. "Es el hombre y no la naturaleza quien inicia." Aunque la naturaleza *condicione* en gran medida las acciones de los hombres, esto no quiere decir, en opinión de Mackinder, que *determine* las actividades humanas. Hemos visto ya cuán hondamente afectaron y preocuparon a los planificadores geopolíticos los problemas no resueltos de materialismo y determinismo geo-

gráfico. La aritmética de Haushofer de un 25% de determinismo geográfico y un 75% de "heroísmo" fué sólo un intento ingenuo de escapar a las implicaciones de semejante materialismo. Sin ver claramente las consecuencias, recorrió la senda que lleva directamente de las explosiones del romanticismo alemán a la admisión de un *Herrenvolk* en marcha hacia la conquista del mundo. En semejante mundo no quedaba espacio para la libertad humana, e incluso los modernos césares eran arrastrados implacablemente, a la manera spengleriana, por las leyes siniestras de la tierra y el espacio. Hemos de ver más tarde que este último fin de una conquista mundial por un *Herrenvolk* separa la filosofía de la vida de Haushofer y la de Mackinder. En último análisis, sin embargo, la diferencia decisiva parece residir en algo no comprensible en fórmulas y definiciones: los imponderables del carácter entre dos hombres cuyo pensamiento está tan hondamente arraigado en la cultura y la tradición de sus dos naciones y cuyos mundos espirituales estaban a una distancia de millones de kilómetros. Haríamos bien en recordar esta acción de los imponderables. Ella hizo que Haushofer alterase instintivamente las ideas de Mackinder y las adoptara para su propio uso como elementos de una política de poder alemana.

No es de extrañar que Haushofer, formado en los conceptos de Ratzel del crecimiento de los espacios y del papel de las masas terrestres continentales en las fases venideras de la historia, se impresionara profundamente al ver que Mackinder pedía a sus lectores "que consideraran Europa y la civilización europea, en un sentido real, como el resultado de la lucha secular contra la invasión asiática". ¿Era

éste el punto en que los dos hombres, observando las cosas por venir desde sus plataformas en Inglaterra y Alemania, podrían encontrarse? La subida de Hitler al poder y el comienzo de la segunda guerra mundial dieron a esto, por fin, una respuesta negativa. Pero aunque no pudieron encontrar camino del uno al otro (y debemos recordar que Haushofer, a pesar de su admiración, hablaba de Mackinder como el "odioso enemigo"), ambos miraban fascinados en dirección de Asia. El realista inglés que había escrito, en el primer capítulo de su libro *Inglaterra y los mares ingleses*, "Inglaterra... ese rincón extremo de Occidente", y en el último, "Inglaterra es un mundo por sí misma", y el general alemán, ambos desde sus rincones occidentales, desde sus mundos distintos, miraban en dirección a Rusia, a una Rusia asiática.

Mientras el punto de vista de Ratzel estaba formado por la grandeza de las dimensiones espaciales de Estados Unidos y Rusia, para Mackinder el contraste más notable en el mapa político de la Europa moderna lo presentaba el área extensa de Rusia ocupando la mitad del continente y el grupo de territorios menores poseído por las potencias occidentales. Aquel que quiera seguir el curso de los conquistadores mundiales desde los rincones remotos de Asia contra el Occidente, deberá recordar una lección elemental de geografía de Rusia: como consecuencia de las condiciones climáticas de la llanura rusa, norte y noroeste son bosques interrumpidos sólo por pantanos, mientras que sur y sudeste son una estepa infinita, cubierta de hierba. Estos son hechos muy conocidos, pero no se ha tomado lo suficiente en cuenta que estos contrastes físicos han controlado hasta hace

poco los movimientos y poblaciones humanas en Rusia. La línea que separa las dos regiones tuvo gran influencia sobre la humanidad. Sólo en tiempos recientes la desforestación, la desecación de los pantanos y el cultivo de las estepas en la Rusia occidental han contribuído conjuntamente a nivelar en cierta medida el carácter del paisaje ruso.

La Rusia y la Polonia primitivas estaban totalmente establecidas en los claros del bosque. A través de la estepa, de la entrada existente entre los montes Urales y el mar Caspio, desde el siglo v hasta el xvi, penetró una serie de pueblos nómadas turanios. De entre ellos, los hunos, mandados por Atila, se establecieron en el centro de las puztas, el área de estepas separada en la llanura de Hungría. Desde aquí asestaron sus golpes formidables al norte, al oeste y al sur, contra los pueblos sedentarios de Europa. De estas incursiones, concluye Mackinder, resultaron los cambios más revolucionarios. Podría escribirse una gran parte de la historia moderna como comentario a los cambios producidos directa o indirectamente por ellos, siendo los últimos más importantes que las consecuencias directas. Si subrayamos con Mackinder los cambios indirectos, la historia toda de la civilización occidental puede verse como el resultado de la lucha secular contra la invasión asiática, porque incluye la reacción del Occidente contra las presiones ejercidas desde las estepas asiáticas. Pudiera haber sido esta presión la que empujó a anglos y sajones a través de los mares para fundar Inglaterra; la que unió por vez primera a francos, godos y funcionarios romanos y los hizo combatir hombro con hombro contra los asiáticos en el campo de batalla de Châlons; así se fundieron en la moderna Francia. Rica fué,

sin duda, la cosecha producida por la "nube de jinetes implacables y vacías de ideas que barrían la llanura sin obstáculos" —la abeja fertiliza a la flor que viola—. Los orígenes de Venecia son vistos por Mackinder como resultado de la destrucción de Aquileya y Padua, e incluso el pontificado debió su prestigio a la afortunada mediación en Milán del papa León con Atila.

Las ávaros siguieron a los hunos, y Austria se fundó como marca contra ellos. Se fortificó Viena. Luego vinieron los magiares, y sus incursiones incesantes desde su base en Hungría aumentaron la importancia del puesto avanzado austríaco, desplazando así hacia el este, hasta la frontera del reino, el foco político de Alemania.

Durante un milenio, una serie de pueblos a caballo surgieron de Asia por el ancho intervalo existente entre los montes Urales y el mar Caspio, cabalgaron por los espacios abiertos de la Rusia meridional y llegaron hasta Hungría, en el corazón mismo de la península europea moldeando, por la necesidad de oponerse a ellos, la historia de cada uno de los grandes pueblos en torno: rusos, alemanes, franceses, italianos y griegos bizantinos. Que estimularan una reacción saludable y vigorosa, en lugar de aplastar la oposición bajo un amplio despotismo, fué debido al hecho de que la movilidad de su poder estaba condicionada por las estepas, y por fuerza cesaba en los bosques y montañas circundantes.

La marcha de los salteadores de las estepas tuvo rival y paralelo en la presión de los salteadores de los mares: desde Escandinavia los vikingos descendieron en sus embarcaciones sobre las costas del norte y del sur de Europa; penetraron tierra adentro por las vías fluviales. Así, los pueblos establecidos de Europa fueron comprimidos por dos

partes, pero como ninguna de las presiones era aplastante, ambas sirvieron de estímulo.

Esta es, en forma bastante condensada, la versión de Mackinder sobre el origen mismo de la historia. Basa toda la historia en una idea comprensiva, la de la influencia de la presión asiática sobre Europa y la civilización occidental. Partiendo de ella desarrolla una concepción geográfica del mundo, que se amplía a su vez hasta llegar a ser una visión geopolítica global.

La idea comprensiva a la que Mackinder nos lleva ahora es que toda la historia y la política están determinadas por la lucha gigantesca entre el gran núcleo interior del continente eurasiático y las regiones marginales menores e islas del exterior. Para captar la importancia de esta división, debemos partir de la observación de que, como la lluvia se deriva del mar, el corazón de las mayores masas terrestres es probable que sea relativamente seco. Esto explica el hecho de que dos tercios de la población mundial estén concentrados en áreas relativamente pequeñas a lo largo de los bordes del gran continente; en Europa, junto al Océano Atlántico, en la India y la China, junto a los Océanos Indico y Pacífico. La región eje interior es la gran masa continua de tierra de Eurasia, que incluye la mitad de toda la tierra del globo. La estructura climática y geográfica general hace de este núcleo una tierra esteparia, que creó en su área inmensa todas las condiciones "para el mantenimiento de una población escasa, pero en su conjunto considerable, de nómadas que montan el caballo y el camello". Son los salteadores de las estepas, que a mediados del siglo XIV reunieron sus fuerzas en Mongolia, y por último

cayeron sobre Europa, a 3,000 millas de distancia. Como las invasiones de los mongoles continuaron hasta el siglo XV, la lucha entre los pueblos del núcleo interior del continente y los de las tierras marginales sacudió los cimientos del Viejo Mundo. Rusia, Persia, India y China cayeron bajo los golpes de los poderes en movimiento, asestados desde las estepas: o fueron hechas tributarias o recibieron dinastías mongolas.

Ahora estamos en condiciones de comprender la grandeza y el portento de Eurasia, porque hemos aprendido a mirar Europa y el Viejo Mundo como "subordinados de Asia". Podemos enfocar nuestra visión sobre el gran núcleo interno del continente, "la tierra continua, ceñida por el hielo en el norte y por el agua en las demás partes, que mide 21 millones de millas cuadradas (más de tres veces el área de Norteamérica), cuyo centro y norte, que miden unos 9 millones de millas cuadradas (más de dos veces el área de Europa), no tienen vías fluviales practicables hasta el océano". Este es el corazón continental, y en torno de él están las regiones marginales, que, dispuestas en un gran arco, son accesibles a la navegación. De acuerdo con su estructura física, pueden dividirse en cuatro esferas regionales. Mackinder llama nuestra atención sobre el hecho de que, *grosso modo*, coinciden con las esferas de las cuatro grandes religiones —budismo, brahmanismo, mahometismo y cristianismo—. Las primeras dos regiones son las tierras de los monzones, una que mira hacia el Pacífico y la otra hacia el Océano Indico. La tercera es Europa. Las tres juntas tienen más de mil millones de habitantes (en 1904), o sea dos tercios de la población mundial. La cuarta esfera es el

Cercano Oriente, "área que comparte las características del cinturón marginal y del área central de Eurasia. No obstante, domina su carácter marginal, y sus golfos marítimos y los ríos oceánicos la dejan abierta al poder naval. Como consecuencia de ello, ha habido aquí imperios que pertenecieron a las esferas marginales, pero que han estado sometidos a una serie de revoluciones sin paralelo, debidas bien a las incursiones desde el Asia central o bien al esfuerzo de los pueblos mediterráneos por conquistar las rutas terrestres desde el océano occidental hasta el oriental. "Aquí está el punto más débil en el cinturón de civilizaciones primitivas, porque el istmo de Suez dividía el poder marítimo en oriental y occidental, y los áridos desiertos de Persia, que avanzan desde el Asia central hasta el golfo Pérsico, daban constante oportunidad a los poderes nómadas para llegar hasta la costa del océano, separando India y China, por un lado, del mundo mediterráneo por el otro". En esta región de los cinco mares, el poder marítimo se enfrentó a la movilidad de caballo y camello del corazón continental. Mackinder nos conduce en rápida visión a través de la etapa de la civilización basada en la navegación de los ríos oceánicos, la del Yangtsé en China, el Ganges en la India, el Eufrates en Babilonia y el Nilo en Egipto. Nos lleva a través del estado talásico de la civilización, basado en la navegación del Mediterráneo, el de griegos y romanos. Los sarracenos y vikingos navegaron por las costas oceánicas.

Y ahora estamos en el centro de aquella época colombina con la que Mackinder inició su examen. Nos hace ver las repercusiones mundiales del descubrimiento de la ruta a las Indias por el Cabo, ruta que había de comunicar las navega-

ciones costeras occidentales y orientales de Eurasia. Aunque era una ruta exterior, dió por resultado neutralizar, hasta cierto punto, la ventaja estratégica de la posición central de los nómadas de la estepa, "presionándolos por la retaguardia". "La revolución iniciada por los grandes marinos de la generación colombina dotó a la cristiandad con la más amplia movilidad posible de poder, después de la movilidad alada".

No olvidemos que era en 1904 cuando Mackinder, con tal panorama histórico, presentaba al oyente estas ideas, que habían de hacernos avanzar mucho camino. Mackinder, volviendo ahora la vista hacia su pensamiento sobre el futuro, tal como lo desarrolló hace treinta y ocho años, observa que es "curioso" que en sus predicciones de una "movilidad de poder, inferior a la movilidad alada", anticipó la aviación, pero no el automóvil. Es interesante observar a este respecto que, en la discusión que siguió al comunicado de 1904, L. Amery, quien más tarde llegó a ser primer lord del Almirantazgo y es ahora secretario de la India, hizo esta profecía: "El mar y la vía férrea van a ser completados en el futuro —podrá ser cercano o algo remoto— por el aire como medio de locomoción".

Pero la movilidad alada y la del automóvil eran todavía cosas del futuro. Antes de que llegaran a realizarse, los descubrimientos de la época colombina hicieron que el hombre se diera cuenta cada vez más de las inmensas posibilidades de poder que le abría el océano único y continuo. Toda la teoría de la moderna estrategia naval se basó sobre esta unidad última del mar. Ahora se invirtieron las relaciones entre Europa y Asia. El poder marítimo estaba ciñendo

con su influencia al poder terrestre eurasiático, que en la Edad Media amenazó la existencia misma de aquél.

Se crearon nuevas Europas en las tierras vacantes descubiertas en medio de las aguas, y lo que Britania y Escandinavia fueron para Europa en épocas anteriores, llegaron a serlo ahora América, Australia y en cierta medida incluso el Africa transahariana, para Eurasia. Inglaterra, Canadá, Estados Unidos, Africa del Sur, Australia y el Japón son ahora un cinturón de bases exteriores e insulares para el poder y el comercio navales, inaccesibles al poder terrestre de Eurasia.

Esta es la era del poder marítimo, la época colombina que Mackinder dice haber terminado poco después del año 1900. ¿Vieron esta decadencia los contemporáneos de Mackinder en 1904, la vieron los estudiosos y los estrategas alemanes de la geopolítica en los años decisivos que siguieron a la guerra ruso-japonesa y, por último, hemos captado nosotros toda la importancia de esta transformación al tratar de planear una gran estrategia sin la que no puede ganarse la guerra actual? Con semejantes preguntas llegamos a la parte última y decisiva del esquema de la historia y la estrategia de Mackinder, en la que combate la creencia en la estabilidad del poder marítimo como fuerza gobernante en la lucha por la dominación mundial: "El poder terrestre subsiste aún y los acontecimientos recientes han aumentado una vez más su importancia". Su nombre es Rusia. Mientras los pueblos del Occidente contemplaban fascinados el dominio del exterior de los continentes por las flotas de las potencias marítimas, Rusia llevaba su poder desde Moscú a través de Siberia. "La irrupción hacia el Oriente de los jinetes que atravesaron Asia fué un acontecimiento casi tan grávido de consecuencias políticas como la vuelta del Cabo

de Buena Esperanza". Rusia había emergido también de su anterior reclusión en los bosques nórdicos. Mackinder llama "tal vez el cambio de mayor importancia intrínseca que tuvo lugar en Europa en el siglo pasado" a esta migración hacia el sur de los campesinos rusos que convirtieron los campos de trigo donde los ejércitos rusos y alemanes han reñido batallas terribles, en centro de toda la Rusia europea.

La invención de la máquina de vapor revolucionó la movilidad del poder. Pero el cambio decisivo acarreado por esta revolución fué el haber dado al poder terrestre la ventaja de la posición central sobre el poder marítimo. Esta es la esencia de la concepción geográfico-estratégica que hizo percibir a Mackinder el significado pleno que el eje geográfico de la historia posee en nuestros días. Las vías férreas transcontinentales están conmutando ahora las condiciones del poder terrestre. Ellas habían de producir los cambios más grandes en el corazón continental cerrado de Eurasia. En este proceso se omite la etapa de la carretera. Las vías férreas remplazarán directamente a la movilidad de caballo y camello. El siglo no envejecerá, escribe Mackinder, antes de que toda Asia esté cubierta por vías férreas. Esto tendrá el efecto más radical en los fundamentos de una futura estrategia militar. Sobre las bases de las vías férreas rusas se desarrollará un sistema económico no oceánico de dimensiones gigantescas. No oceánico porque los vastos espacios del imperio ruso y de Mongolia, con sus posibilidades incalculablemente grandes de población y materias primas, forman una unidad cerrada, inaccesible al comercio oceánico.

Esta región eje de la política y la estrategia mundiales, que en la Antigüedad fué el dominio de los nómadas

jinetes, está cubierta ahora por una red de ferrocarriles. Una vez más existen las condiciones ideales para el desarrollo de un imperio que saca su fuerza del automovilismo y la aviación. La radio había hecho móvil incluso el pensamiento, y todos estos cambios dieron al poder terrestre situado en posiciones centrales una fuerza tremendamente aumentada sobre el poder marítimo. No era extraño que en el nuevo mundo cerrado hubieran quedado inútiles las antiguas herramientas empleadas para mantener el equilibrio de poder.

En una comunicación de Mackinder a la Real Sociedad Geográfica, muchos años después, en 1935, expresaba las inquietudes de la humanidad, causadas por un mundo nuevo y desequilibrado, en palabras que reflejan su actitud mental en los años que van de 1904 a 1942:

> ¿No es la crisis de hoy, que penetra en toda actividad humana y en casi todo pensamiento amplio, esencialmente geográfica en su origen? La humanidad ha adquirido de golpe conciencia del mundo y se ha asustado. Las naciones han corrido a sus casas y están atrancando sus puertas. Se han dado cuenta de que en adelante tendrán que vivir en un sistema cerrado, en el que nada podrán hacer que no repercuta de rechazo sobre ellos desde los mismos antípodas. En una edad que puede volverse cruel, porque está aprisionada, su primer impulso ha sido asegurar sus castillos de refugio.[5]

Mackinder vió desde el comienzo del siglo lo inevitable del choque que se aproximaba entre todas las grandes naciones del mundo, en cuyo sistema cerrado se habían puesto en movimiento nuevas fuerzas en la tierra, el aire y el

[5] Discurso de jubileo ante la Real Sociedad Geográfica, 13 de mayo de 1935, p. 5.

éter en un grado no imaginado en los siglos en que dominaba el poder marítimo. Su propósito era hacer que sus oyentes comprendieran la dinámica de este nuevo mundo y buscaba una fórmula que fuera válida cualesquiera que fuesen las fluctuaciones en los equilibrios humanos de poder. La fórmula que había encontrado se derivaba de su visión del poder último y central de la región eje. Por ello "las combinaciones particulares de poder puestas en equilibrio no son materiales; mi teoría es que, desde un punto de vista geográfico, girarán probablemente en torno al estado eje, que verosímilmente siempre será grande, pero con una movilidad limitada en comparación con las potencias circundantes marginales e insulares".

No debemos olvidar que no era en un espacio vacío, sino desde el "castillo de refugio" de Inglaterra, donde Mackinder sacaba sus conclusiones últimas en 1904: la importancia geográfica de la posición eje permanecerá inalterable sin que importe quién pueda dominar el área interna. La hora crítica en el destino de la humanidad habrá llegado cuando el equilibrio de poder se altere en favor del estado eje: "La inversión del equilibrio de poder a favor del estado eje, que diera por resultado su expansión sobre las tierras marginales de Eurasia, permitiría el empleo en gran escala de vastos recursos continentales para la construcción de flotas, *y el imperio del mundo estaría entonces a la vista. Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia.*" [6]

Cuando, en un mundo diferente del de 1904, Mackin-

[6] La cursiva es del autor.

der escribió a fines de 1918 su fórmula enigmática: "Quien domina la Europa oriental controla el corazón continental; quien domina el corazón continental controla la isla mundial; quien domina la isla mundial controla el mundo", su punto de vista seguía siendo esencialmente el mismo. Pero antes de examinar las ideas que Mackinder formuló bajo la influencia de la primera guerra mundial, debemos observar la línea que une al Mackinder de 1904 con la geopolítica alemana de Haushofer. En la medida de nuestras noticias, Haushofer no vió el libro de postguerra de Mackinder, *Ideales democráticos y realidad,* antes de 1925, y en esa época sus conceptos básicos de política mundial estaban definitivamente establecidos. Como ya hemos visto, consideraba *El eje geográfico de la Historia* como la más esclarecedora de todas las lecciones que había aprendido, "la más grande de todas las ideas geográficas del mundo." Podemos imaginarnos ahora, después de haber analizado aquella parte de las concepciones de Mackinder que tendría mayor efecto sobre el pensamiento y la planificación de Haushofer, lo perfectamente que encajaba en una concepción del mundo que adoptó las ideas básicas de la ley de Ratzel de los espacios crecientes y del portento histórico-mundial de las masas terrestres continentales y de sus posibles imperios globales. El maestro alemán de una geopolítica continental, formado por los conceptos de Ratzel, interpretó el condensado manual de geopolítica de Mackinder como visto desde "Inglaterra... ese extremo rincón del Occidente", y se le cayeron las escamas de los ojos: Rusia, sin duda alguna, era el estado eje que, al extenderse sobre las tierras marginales de Eurasia, podía convertirse en fundadora del im-

perio mundial. "Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia. . ."

Podríamos terminar aquí la historia de Sir Halford Mackinder como precursor de la geopolítica alemana. De hecho, debemos limitar nuestro análisis de sus ideas a aquella parte de su concepción geopolítica del mundo que había de ejercer una influencia mayor que la de ser leída por un número reducido de políticos y hombres de estudio en 1904 o en 1919. Con la llegada de la geopolítica a Norteamérica, un renacimiento de las ideas de Mackinder ha motivado la reedición de sus *Ideales democráticos*. "Mi libro vuelve —escribía Mackinder en 1942 [7]—, como un fantasma, a visitar de nuevo un mundo en el que vivió sin mucho honor." Sin duda ha de ser leído hoy (como los escritos de Homer Lea, mucho menos importantes) con interés mucho mayor que hace veintitrés años: *habent sua fata libelli!* No obstante, debemos añadir aquí unas cuantas observaciones sobre su libro de 1919, aunque sólo sea para mostrar cómo Mackinder vió, al concluir la primera guerra mundial, los papeles y la relación de Rusia y Alemania en la política internacional del futuro.

La primera guerra mundial, en la concepción de Mackinder, no reveló su aspecto verdadero y decisivo antes de 1917, cuando, con el derrocamiento del régimen zarista y con la revolución, Rusia dejó de ser aliada de las democracias. A partir de este momento, la guerra mundial de 1917-1918 se convirtió en un duelo entre el poder terrestre y el poder marítimo. "El poder marítimo ha estado sitiando al poder terrestre. Hemos vencido, pero si hubiera

[7] En carta al autor.

vencido Alemania habría establecido su poder naval sobre una base más amplia que ninguna otra en la historia." [8] Porque todo el continente de Europa, Asia y Africa (todas las extensas masas terrestres que Mackinder llama ahora la isla mundial [9]) habría sido la presa de Alemania de ganar ésta la guerra.

El error de Alemania fué combatir sobre dos frentes gigantescos y decidir "entre sus objetivos políticos: Hamburgo y el dominio de ultramar o Bagdad y el corazón continental".[10] Con este error, en opinión de Mackinder, traicionó su obligación de actuar, junto con Austria-Hungría, como parte del sistema defensivo de fortificación de la Europa occidental contra el imperio situado dentro del gran corazón continental, imperio que podía amenazar a todas las tierras marginales de Asia y Europa. La previsión de esta posible amenaza fué la que, hacia fines del siglo pasado, determinó a "los alemanes de Prusia y de Austria... a subyugar a los eslavos y a explotarlos para la ocupación del corazón continental, a través del que corren las vías terrestres hacia China, India, Arabia y el corazón continental africano. Las colonias militares alemanes de Kiauchau y el Africa Oriental se establecieron como terminales de las proyectadas rutas terrestres".[11] Pero el pleito secular entre Alemania y Francia, que dió por resultado la alianza de Francia

8 *Democratic Ideals*, p. 79.

9 La "Isla mundial" es de hecho un "Continente mundial", porque los hielos polares, existentes en el Norte, impiden la circunnavegación. Véase también F. J. Teggart, "La geografía como contribución al arte de la política", *Geographical Review*, 1919, pp. 230 ss., 232 ss.

10 *Democratic Ideals*, p. 192.

11 *Ibid.*, p. 137.

con Rusia,[12] había forzado a Alemania a combatir en dos frentes. No fué la guerra de dos frentes por sí misma la que acabó por causar la derrota de Alemania, sino la estrategia del estado mayor alemán en los varios teatros de la guerra. "Si Alemania hubiera optado —escribió Mackinder después de la terminación de la guerra— por quedarse a la defensiva en su frontera menor con Francia, y hubiera lanzado el grueso de su fuerza contra Rusia, no es improbable que el mundo estuviera hoy en paz nominalmente, pero dominado por una Europa oriental alemana imperando sobre todo el corazón continental. Los pueblos insulares inglés y norteamericano no se habrían dado cuenta del peligro hasta que hubiera sido demasiado tarde." [13] En efecto, los Aliados escaparon por un pelo del desastre. El profundo antagonismo entre teutón y eslavo dió un respiro al mundo angloamericano. La batalla decisiva entre el poder terrestre y el marítimo estaba aún por librarse. El poder terrestre en posiciones centrales adquirió ventajas sobre el poder marítimo gracias a la aviación, el automovilismo y los ferrocarriles. Por ello, el momento era propicio, en 1919, para planear y preparar un equilibrio de poder que hiciera imposible una Europa oriental alemana. La solución viable imaginada por Mackinder consistía en crear una serie de estados independientes, desde el Báltico hasta el Mar Negro, a fin de separar a Alemania de Rusia.[14]

Pero el destino trágico del estado-tope en la Europa oriental forma parte de otra historia. La creación de regio-

12 Prevista por Mackinder en 1904, como medio para convertir el poder de Rusia en equivalente del poder combinado de los estados periféricos.

13 *Democratic Ideals*, p. 185.

14 *Ibid.*, pp. 196 ss.

nes topes ha sido siempre una solución favorita de los problemas internacionales en el imperio británico y, por una vez, Mackinder siguió demasiado de cerca la tendencia inglesa en el juego del equilibrio de poder. El imperio británico había corrido el máximo peligro por el crecimiento de las potencias continentales; este hecho indiscutible gobernaba todo el pensamiento de Mackinder.

La cita siguiente no tiene relación directa con lo que acabamos de exponer, pero es característica del punto de vista inglés de Mackinder. Se escribió en 1901, en el capítulo final de su obra *Inglaterra y los mares ingleses:*

> A otros imperios les ha llegado su día, y así puede ocurrir con el de Inglaterra. Pero hay hechos en la condición presente de la humanidad que hacen improbable semejante destino, con tal de que los ingleses conserven sus cualidades morales... el curso entero de la historia depende de si la vieja Britania tendrá virilidad e imaginación suficientes para resistir a todo desafío de la supremacía de sus vecinos, hasta el tiempo en que las naciones hijas hayan llegado a su madurez.[15]

Si las naciones hijas de Inglaterra han llegado o no a un estado de madurez (más en discreción que en edad) capaz de sacar conclusiones vitales de los conceptos geopolíticos de Mackinder, es cuestión cuya respuesta está ahora escribiendo la historia.

[15] MACKINDER, *Britain and the British Seas*, Nueva York, 1914, pp. 350, 358.

VI

HAUSHOFER Y EL CORAZON CONTINENTAL

Podría creerme rey del espacio infinito, si no tuviera malos sueños.

SHAKESPEARE

COMO OBLIGADO por el destino, el discípulo de Ratzel y Mackinder, tuvo que mirar hacia el este en su intento de resolver el enigma del futuro alemán. Cada acontecimiento de la política internacional subrayaba, según Haushofer, la tendencia que estaba desviando el centro de gravedad del poder mundial desde Europa hacia Asia. Al fin la revolución industrial había alcanzado las vastas llanuras orientales. Rusia, Siberia, Mongolia y China aparecían en dimensiones gigantescas. Ya no cabía ninguna duda: "En su curso, el imperio hace rumbo al este."

El futuro de Alemania y, por consiguiente, el del mundo, dependía de su relación con las potencias terrestres orientales. La suposición de Mackinder de que Alemania y Rusia perderían la primera guerra mundial si combatían en bandos opuestos, se confirmó. Desde luego, la idea de que Alemania no debería hacer la guerra contra Rusia, en especial si tenía que pelear en un segundo frente en el oeste, no era nueva ni sorprendente para un hombre que había

servido en el estado mayor alemán. La amistad con Rusia había sido la clave de la política internacional de Bismarck. Se dice que las últimas palabras de Guillermo I, el primer emperador de los alemanes, fueron: "Mantened la paz con Rusia, y entonces nunca habrá guerra." Esto pasaba en 1888, y no importa si el viejo soldado realmente manifestó o no en su lecho de muerte esta advertencia tan oportuna. Pudo ser hecha en el tiempo en que la habilidad de Bismarck manejaba el timón del estado alemán. Pero el mundo posterior a 1918 había cambiado radicalmente con respecto al mundo en que Bismarck manejaba los hilos que decidieron el equilibrio europeo de poder. Una nueva Alemania y una nueva Rusia se veían con profundo disgusto, y el abismo entre ellas se ahondaba de día en día. Eliminar sus diferencias ideológicas parecía de vital importancia a los geopolíticos alemanes. Con demasiada frecuencia la diferencia de ideologías fué causa de desastres en la historia alemana. La primera guerra mundial fué una seria advertencia para Haushofer: "Alemanes y rusos —escribió— acabaron por reconocer que ambos fueron las víctimas y que, combatiéndose a muerte, no hicieron otra cosa que sacar las castañas del fuego a las ambiciones imperialistas de las vecinas potencias occidentales, con lo cual quemaron su carne y estropearon sus almas." [1]

No obstante, a fin de educar al pueblo alemán para una política continental con Rusia, no contra Rusia, se necesitaba algo más que unas cuantas lecciones sobre los factores geográficos que nutrían la fuerza de la Unión Soviética. Los

1 Revista de Geopolítica, 1939, p. 781.

alemanes, tanto los líderes como el pueblo, no se contentarían diciéndoles simplemente que el espacio de Rusia abarca un sexto de la superficie del mundo y que su población alcanza un dozavo de la humanidad entera. Esto no era más que una parte de la historia. Haushofer y sus colaboradores, en especial los alemanes von Niedermayer y Obst y el ruso Semionoff, nunca se cansaban de explicar a sus lectores que Rusia era en potencia un poder terrestre aún mayor que el de Estados Unidos. Pero la otra parte de la historia era igualmente importante: los alemanes, y en particular su ala derecha —nacionalistas, oficiales del ejército, juventud universitaria—, tenían que ver en la Rusia bolchevique la aliada natural de una Alemania nacionalista. Semejante afirmación, hecha a los grupos nacionalistas en la Alemania de Weimar por hombres como Stresemann o Rathenau, hubiera caído en oídos sordos. La misma idea, manifestada por Haushofer y sus discípulos, fué tomada en serio. Haushofer sabía perfectamente que el estratega geopolítico tenía que ser también un experto en la guerra psicológica. Esta guerra comienza en el propio país: a fin de educar a un pueblo para "el sentido geográfico" (y Ratzel había advertido que esta clase de educación era aburrida), se necesitaba tomar en cuenta las reacciones emotivas de una nación. En ningún lugar desempeñaba la emoción un papel más importante que en Alemania. Utilizarla, preparar a los alemanes para un nuevo romanticismo dirigido hacia el este, era un axioma de estrategia geopolítica.

Todo estudio de estrategia geopolítica alemana debe comenzar con los fundamentos psicológicos de una determinada política. La situación geográfica de Alemania como

baluarte entre el oeste y el este lo hace necesario. Desde 1924 se ha venido expresando a menudo en las columnas de la *Revista de Geopolítica*[2] la creencia de que el Occidente ha perecido como unidad política y cultural. Está en proceso de formación una nueva cultura mundial, que surge de Asia. Alemania está participando decisivamente en este movimiento, porque es de la Europa oriental, y en particular de Alemania, de donde la energía fluye de regreso al Asia. Del mismo modo que el mundo occidental ha sido arrebatado de Europa, así también el este será conquistado para Europa. El papel de Alemania como participante activa en el mundo cultural de Occidente ha terminado. Ya no puede dar nada más al Occidente, ni el Occidente puede enriquecer a Alemania. Pero en el este (significando todo lo situado más allá de los Balcanes y el Vístula, tanto Rusia como China) existen inmensas posibilidades para contactos culturales. Alemania no sólo puede ofrecer al Oriente todas sus experiencias técnicas, sino que, además, puede convertirse en educadora de los pueblos orientales.

En la mayoría de estas especulaciones se concede poca atención a la posibilidad, imaginada por Spengler, de que las nuevas fuerzas culturales que surjan en el este puedan resultar más fuertes que la vieja civilización de una Alemania sacudida constantemente por guerras y revoluciones. Es tabú plantear esta cuestión en los dominios de Haushofer. En lugar de ello, la discusión se limita a soluciones parciales: a cambio de lo que ella dará al Oriente, Alemania

2 Cf. especialmente E. Bartel, "el destino de Alemania y el de Europa" (Revista de Geopolítica, 1926, p. 304), cuyas ideas son, en general, típicas del pensamiento de la escuela de Munich.

espera recibir una salida para su exceso de población. Cómo podrá arreglarse esto entre Rusia y Alemania es cosa que no se menciona. Sin embargo, el que semejantes cuestiones nunca podrían resolverse con la guerra, sino por medio de la colaboración pacífica, es convicción expresada en todas las publicaciones de Haushofer sobre Oriente, en especial sobre la Rusia soviética, aparecidas entre 1924 y el 22 de junio de 1941. Si los geopolíticos alemanes han temido al posible efecto de una nueva cultura oriental sobre el espíritu alemán, consiguieron ocultarlo. Según escribían, la cultura alemana demostraría ser la más fuerte, y Alemania se convertiría en el sujeto amalgamador, no en el objeto. En su relación con los pueblos orientales, Alemania se encontraría en terreno familiar. La experiencia, nunca comprendida por Hitler, pero plenamente percibida y a menudo expresada por Haushofer, de que en el hemisferio occidental el inmigrante se convierte en "un fertilizante cultural" absorbido por las naciones angloamericanas y latinas, no era cierta para el alemán en las fronteras orientales. La historia enseñaba que el este dejaría intacto su fondo cultural.

La geopolítica alemana como *Weltanschauung* necesitaba más justificación para su pacífica penetración oriental que los nazis, quienes apenas si se molestaban en ocultar sus ambiciones de poder detrás de la cortina de humo de una cruzada contra el bolchevismo mundial. Los discípulos de Haushofer afirman que el romanticismo alemán es muy afín a la cultura de Rusia, e incluso, según creían vagamente, a la de China y la India. Pero Alemania es algo más que una simple parte de este mundo oriental. Su situación y su pasado la convirtieron en eslabón entre el Occi-

dente y el Oriente. Desde un punto de vista cultural tiene aún que desempeñar la tarea de transmitir al Oriente la sabiduría del Occidente. Por otro lado, los geopolíticos creen que es el filtro para toda influencia cultural emanada del Oriente hacia el mundo occidental.

Fijado semejante objetivo, el pueblo alemán, y sobre todo sus dirigentes, necesitaban una nueva actitud hacia el mundo occidental, y en especial frente a Inglaterra. También necesitaban una nueva actitud hacia el este, y en particular hacia el comunismo ruso. El viejo antagonismo entre teutón y eslavo que salvó a los Aliados en la primera guerra mundial y fué causa de la ruina de Alemania, no debía amenazar de nuevo la existencia de la nación alemana. El dilema de Alemania antes de 1914 había sido que durante el curso de la revolución industrial se convirtió en una especie de Inglaterra de segundo orden. Había descuidado el hecho, tan vital para un pensamiento formado en la concepción ratzeliana del crecimiento de los espacios, de que sus raíces se extendían hacia el este; que de allí, y no del oeste, vendría la realización de sus ansias de crecimiento y expansión. ¿Era realmente el bolchevismo tan hostil al tipo de vida alemán que resultara una barrera infranqueable entre Alemania y el Oriente? Esta pregunta era de hecho la más complicada de las que tenía que contestar la geopolítica a favor de una orientación de la política exterior alemana hacia el este. El prejuicio alemán contra el comunismo en aquellos grupos en los que de preferencia influían Haushofer y su círculo, estaba firmemente arraigado. Sin embargo, había que hacer el intento, y se hizo, con más éxito del que pudieron notar la mayoría de los conserva-

dores extranjeros. Las ideas que Spengler expuso en *Prusianismo y socialismo* cayeron en oídos bien dispuestos, en especial entre los miembros más jóvenes de los restos del ejército alemán. Los oficiales que fueron a Rusia como instructores de las filas crecientes del ejército rojo no regresaron a Alemania como enemigos de la nueva Rusia. La conversación de uno de los jefes alemanes más radicalmente nacionalistas, el coronel M. Bauer, quien en Rusia se convirtió en ardiente partidario de los soviets, fué característica de la actitud mental de muchos oficiales del ejército.

En los años que siguieron a 1918 nada expresó con mayor claridad el profundo abismo existente entre la mentalidad occidental y la oriental como la reacción de Europa ante el socialismo asiático de Lenin. El hombre de Occidente sigue siendo individualista aun como socialista; no puede moldeársele por completo dentro de una entidad colectiva. No pasa así con las masas rusas. Eran arcilla perfecta para el credo de Lenin, al que las masas rusas rindieron voluntariamente su libertad, como los burgueses de Sevilla en el episodio del Gran Inquisidor, en *Los Hermanos Karamazov*, de Dostoyevski. Al aceptar el gobierno autocrático de una *élite*, formaron las filas de un ser colectivo inmenso y poderoso. Los observadores alemanes pensaron que comprendían esta conversión. Los conceptos de libertad individual y democracia occidental eran populares sólo en la superficie de la vida cultural alemana. En sus profundidades, el alma alemana seguía estando estrechamente relacionada con el Oriente, en especial entre los grupos rectores en los que la idea del prusianismo y del servicio al estado eran una vigorosa fuerza vital. El socialismo nacional que los

asiáticos Lenin y Stalin implantaron en Rusia pudo ser comprendido por aquellos alemanes que veían en la idea del socialismo prusiano algo más que una hábil consigna. No, no fué coincidencia que el círculo que rodeaba a Haushofer, precisamente aquellos grupos a los que él dirigía sus enseñanzas, vieran en el leninismo y el stalinismo una llama que era también la suya. Sus espíritus estaban preparados para volverse hacia el este. Así quedaban puestos los cimientos psicológicos para una concepción de Rusia —de la misma Asia— muy diferente de la mantenida por los pueblos no sólo alemán, sino también francés, inglés e incluso estadounidense. Haushofer escribió en un estudio geopolítico sobre la Rusia soviética [3] que la "geopolítica de los soviets" perseguía el fin de "mostrar a los soviets como posibles amigos, como posibles enemigos o como los últimos en reír, mostrándolos como son realmente, no como los describe su propia propaganda ni la de sus detractores". Añade, de modo bien característico, que semejante actitud dará a "los lectores que siguen cautivos de los conceptos de espacio pequeño las normas por las que debe medirse la grandeza".

Haushofer no es, por lo menos, culpable de un error: el de subestimar el papel de la Rusia asiática en el futuro inmediato. No sólo le impresionaba la inmensidad de las masas terrestres continentales y del elemento humano que los bolcheviques se habían propuesto organizar en una unidad revolucionaria; también se daba cuenta claramente del nuevo espíritu que estaba en formación en las llanuras del este.

[3] Oscar VON NIEDERMAYER y Juri SEMIONOV, *Sowjet-Russland*, 1934, p. 11. Este librito de 150 páginas es el resumen brillante de un inmenso material de datos y una obra maestra como estudio geopolítico de la moderna Rusia.

Owen Lattimore, el asesor de Chiang Kai-shek, justamente considerado por Haushofer como el principal geógrafo político de Estados Unidos, describió este aspecto del cuadro con palabras más precisas de las que Haushofer es capaz:

> Rusia, que nunca fué una nación occidental de tradición genuina, está ahora aparentemente logrando adueñarse de las fuerzas de la civilización occidental y transformándolas, y al mismo tiempo a la nación rusa, con resultados que apuntan a la emergencia de un nuevo estilo de civilización, con valores sociales, económicos e intelectuales que le son peculiares.[4]

Haushofer ve todo esto. En su mesa de trabajo de la casita de campo, en las montañas bávaras, se siente aún más cerca de la Rusia gigantesca; pero también se siente como Hamlet: "Podría creerme rey del espacio infinito si no tuviera malos sueños." "No basta —escribe, por ejemplo, en 1934[5]— con describir las formas, inmensas, pero naturales, de Rusia; tiene uno también que captar sus rasgos mágicos y siniestros que nos hacen recordar al Frankenstein de las sagas de Europa oriental: el 'Golem'." "¿Qué ha sido —exclama— del alma del pueblo ruso, tan maravillosamente vibrante en su música y en su idioma? ¿Se ha convertido en parte de la obra de mecanización, ha sido aplastada por doctrinas extrañas, o sólo está dormida para despertar de un modo súbito y terrible?"

La geopolítica alemana ve a los millones de habitantes

[4] Owen LATTIMORE, *Manchuria: Cradle of Conflict*, p. 150. Todas las publicaciones de Lattimore son obras maestras de análisis geopolítico; nadie que estudie la política internacional del Lejano Oriente puede prescindir de ellas.

[5] Haushofer, en la introducción a Von NIEDEMAYER-SEMIONOV, *Sowjet-Russland*, p. 10.

de Rusia dispuestos a sufrir y morir por lograr la dirección política del mundo. Cuando se terminó el zarismo y la revolución destruyó los últimos restos de una edad decadente, todas las fuerzas espirituales, descritas por los soñadores de una misión universal rusa, fueron sumidas por las ideas de revolución mundial de Moscú y transformadas en un movimiento panruso. Pero la nueva Rusia pronto había de darse cuenta de que el tiempo no estaba maduro aún para empresa semejante. Todavía estaba firme el Occidente. Derrotados en la batalla de Varsovia, donde los polacos encontraron en el general Weygand un caudillo mejor que su infortunado país natal en 1940, y con la oposición de sus antiguos aliados, los rusos chocaron en Occidente con un bloque que separó dos mundos. Polonia y los estados-topes orientales, con Alemania detrás como una segunda línea de defensa, seguían aún firmes.

Pero las humillaciones que Rusia sufrió durante las primeras etapas de su período revolucionario sólo sirvieron para hacerla más fuerte. Haushofer siguió cada fase del proceso que se verificaba más allá de la frontera oriental. Vió el aumento de la influencia asiática en el Comintern. Rusia se volvía hacia el este. En China y en sus regiones limítrofes, la idea del comunismo y las promesas de Moscú estaban encendiendo las llamas. Esta idea revolucionaria se extendía más y más lejos, con Moscú una vez más como centro del poder político, que sacaba su fuerza del hecho —con tanta frecuencia pasado por alto y descuidado en Norteamérica— de que la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas era más que un imperio ruso: significaba la uni-

ficación de los pueblos del Asia oriental bajo la dirección de Moscú.

La relación de Rusia con Alemania estaba aún en la balanza. Conforme pasaron los años pareció menos posible a la estrategia militar rusa que pudiera existir una Europa unida. Haushofer y sus amigos vieron surgir lentamente un nuevo concepto de la política rusa de poder. La situación geográfica de Alemania podía hacer de ella un peón en la futura contienda por el poder entre el imperio soviético y el mundo de Occidente. ¿Era posible que los líderes rusos trataran de convertir a Alemania en anexo de su imperio para servir como fortificación tope contra el bloque de potencias hostiles capitalistas? [6]

No pasaremos aquí revista a las relaciones germano-rusas bajo la república de Weimar. Pero hay que afirmar que esta fase de la política exterior alemana, desde el tratado de Rapallo hasta el pacto de no agresión con la U. R. S. S., de abril de 1926, estaba mucho más de acuerdo con los conceptos básicos del haushoferismo que la política de cruzada contra el bolchevismo, el archienemigo, de Hitler y Rosenberg. El pacto de 1926, hecho posible por el resentimiento de Alemania contra la Sociedad de Naciones, fué un paso importante en las relaciones entre ambos países. Si una de las potencias firmantes, a pesar de su actitud pacífica, fuese atacada por una tercera potencia o potencias, la otra parte del pacto permanecería neutral. Esto quería decir que Alemania decidía no participar en ningún intento de los miembros de la Sociedad de Naciones para debilitar a la

[6] Cf. Von Niedermayer-Semionov, pp. 58 s., 90; *Revista de Geopolítica*, 1935, p. 81.

U. R. S. S. La intención era evitar que Alemania se convirtiera en base de operaciones para los Aliados contra Rusia (a menos que, y esto no era de esperar, Rusia fuera el agresor). Por otra parte, Alemania obtenía la ventaja de que, en caso de conflicto con las potencias occidentales, el pacto la aseguraría contra un ataque de pinzas desde el este. Estaba preparando el terreno para la orientación de Alemania hacia el este en la combinación de poderes posterior a Versalles. La lección importante, importante también para los años venideros, que los Aliados tuvieron que aprender fué que la estrategia diplomática del Occidente no podía de ningún modo evitar que Alemania llegase a un entendimiento político con Rusia, con tal de que ambas estuvieran preparadas para él.

Alemania estaba preparada, Haushofer estaba preparado, pero Hitler no lo estaba. Basta con leer el famoso capítulo XIV de *Mein Kampf* para ver que las ideas de Hitler y Haushofer sobre la Rusia soviética eran mundos aparte. Las afirmaciones de conjunto de Hitler sobre la política exterior alemana contenían, claro está, ciertas ideas que bien podían agradar a Haushofer. Puede incluso ocurrir que Haushofer, por intermedio de Hess, fuese el autor de algunas de ellas:

> El derecho al suelo y al territorio puede convertirse en deber si la decadencia parece amenazar a una gran nación a menos que extienda su territorio... *Alemania será una potencia mundial o no será nada.* Sin embargo, para ser una potencia mundial requiere ese tamaño que ahora da su importancia necesaria a semejante potencia, y que da vida a sus ciudadanos.[7]

[7] HITLER, *Mein Kampfl*, ed. Reynal & Hitchcock, 1939, p. 950.

Esto suena exactamente como las palabras de Ratzel: "Todo pueblo tiene que ser educado de concepciones espaciales menores a las mayores... La decadencia de cualquier estado es resultado de una concepción espacial decadente." Pero no se necesitaba ser discípulo de Ratzel ni de Haushofer para enunciar máximas como éstas. Semejantes ideas estaban en el aire en Alemania después de 1918. Estaban también en el aire en todos lados. Hay que leer las ideas más detalladas de Hitler sobre la política oriental de Alemania para percibir que no tenía ni la menor noción de las fuerzas y potencias de Asia que tenían sin aliento a Haushofer y su círculo. Hitler "sabía" que el estado ruso de los zares había sido organizado y dirigido por alemanes y que la nueva Rusia era obra de los judíos. Pero a la larga era imposible que dominaran el poderoso imperio, porque, según saben en la actualidad todos los niños de Alemania, no son un elemento organizador, sino un "fermento de descomposición". "El fin de la dominación judía en Rusia será también el fin del estado ruso mismo." Hitler sabe que su idea de la política oriental no corresponde exactamente a la desarrollada por Bismarck. Sin embargo, en tiempos de Bismarck, Rusia no era un estado "condenado a decaer".[8] Una alianza con Rusia traería consigo la guerra con la Europa occidental; su resultado sería el fin de Alemania.[9] "Confieso abiertamente —escribió Hitler acerca de sus creencias políticas anteriores a 1914— que antes de la guerra ya creía yo mejor que Alemania, sacrificando la insensata política colonial y la flota mercante y de guerra, estuviera

[8] *Ibid.*, p. 953.

[9] *Ibid.*, pp. 957, 959.

aliada con Inglaterra contra Rusia."[10] La meta futura de la política exterior alemana es el establecimiento de Alemania como la única potencia continental europea contra Rusia y Francia, "el enemigo mortal", en alianza con Inglaterra e Italia.[11]

Si se compara la apreciación de Hitler sobre la política exterior alemana en Oriente con las concepciones de Haushofer, caen por tierra las hipótesis que, sobre las relaciones entre ambos, se encuentran en las primeras noticias dadas en Estados Unidos sobre la geopolítica alemana: Haushofer, el hombre que está detrás de Hitler, el estratega misterioso que le había ayudado a escribir *Mein Kampf*, cuyas ideas y planes habían dictado los movimientos de Hitler desde el comienzo mismo; Haushofer, el hombre que domina a Hitler. Más cerca de la verdad está que Haushofer tuvo la desgracia de perder el camión que le llevase a la cárcel de Landsberg por el tiempo en que Hitler escribía el capítulo XIV de su libro. Y podremos comprender la vena de pesimismo que antes hemos hecho notar en los escritos de Haushofer, si nos damos cuenta de las dificultades contra las que tuvo que luchar en su propio país este cauto planificador de una estrategia a largo plazo. Pero la marea creciente del hitlerismo y las explosiones de Hitler contra la Rusia soviética, tan peligrosas para los planes mismos de Haushofer, no le persuadieron a renunciar a su cauta política maquiavélica. Haushofer sabía que Hitler no aguantaba la contradicción y que si había posibilidad de educar a su futuro señor era entrando en la Casa Parda por la puerta trasera. La re-

10 *Ibid.*, p. 962.

11 *Ibid.*, pp. 963 ss.

sidencia de Hess estaba todavía en Munich, no en Escocia. Haushofer se atuvo al principio de no criticar nunca abiertamente la política exterior nazi durante la lucha de Hitler por el poder y, desde luego, todavía menos desde 1933. Pero entre bastidores tuvo lugar una lucha incesante, desesperada y decisiva para el destino de millones de seres humanos. Esta batalla secreta por la gran estrategia de Alemania en el este fué la que precedió y preparó los actuales acontecimientos que ahora son historia. Es imposible juzgar la geopolítica alemana como geografía política aplicada, como una estrategia de hecho, sin una verdadera comprensión de las complicadas relaciones existentes entre haushoferismo y hitlerismo. Pero esto es difícil de conseguir, porque Haushofer las mantuvo deliberadamente en la sombra. Durante los años que precedieron a 1933, incluso en los años decisivos de 1931 y 1932, cuando el nombre de Hitler estaba en boca de todos, la *Revista de Geopolítica* se abstuvo cuidadosamente de toda discusión de la marea creciente del nacional-socialismo. En los millares de páginas de la revista de Haushofer, entre 1924 y 1933, el nombre de Hitler no aparece más de una docena de veces; el mismo Haushofer le menciona solamente una vez o dos.

La lucha que había de decidir la futura política exterior de Alemania era tanto más implacable cuanto que se libraba en la oscuridad. Haushofer, quien probablemente previó con más claridad que otros el advenimiento de Hitler y que no se hacía ninguna clase de ilusiones acerca de este soñador peligroso y fuerte, sabía también que en las filas del nuevo ejército alemán en formación existía un elemento humano cuyo espíritu e ideología eran muy distintos de los de Hitler

y sus lugartenientes. ¿Podría, en algún día del futuro, ganar el ejército la partida?

Sin duda no había peligro de que los antiguos camaradas de Haushofer, los oficiales y el mando militar, siguieran la política oriental de Hitler, tal como se la expresaba en la biblia del nacional-socialismo. Bajo la dirección del extremadamente competente coronel general von Seeckt (y en aquel entonces significaba más ser coronel general que ser hoy mariscal de campo), la Reichswehr estaba plenamente de acuerdo con la apreciación de Rusia hecha por Haushofer, y declinó fríamente aceptar las recomendaciones de Hitler para una alianza con Inglaterra e Italia contra Rusia y Francia. De modo paradójico, la principal característica de la arraigada diferencia de opinión entre Hitler y el ejército era que Haushofer y el ejército no querían entonces la guerra. Esto no quiere decir que Haushofer no esperase que Alemania fuera a desempeñar un papel capital en la futura revolución mundial. Es muy posible que Haushofer, en los años que precedieron a la guerra presente, no estuviera convencido del surgimiento de Alemania, en el último acto de la tragedia que se avecinaba, como dueña del mundo. Era demasiado escéptico y pesimista, demasiado consciente de las desventajas de Alemania, para esperar que ganase el premio definitivo de la dominación mundial y lo conservase. Pero esto no significaba que Alemania tuviera que permanecer pasiva, esperando inactiva los oscuros acontecimientos cuyas sombras veía crecer sobre el horizonte.

El papel activo de Alemania, tal como lo veía Haushofer, y con él los representantes más inteligentes del ejército, era demorar todo lo posible su participación en la guerra

futura. Pensaban que cada minuto debía emplearse para fortalecer la posición estratégica de Alemania, y esto podía hacerse mejor cimentando las relaciones con los enormes potenciales de fuerza de la Rusia soviética. Sólo al lado de Rusia podía esperar Alemania la estabilización y el fortalecimiento de su poder continental. Esto había de llevarse a cabo mediante una política sistemática para orientar y, a ser posible, controlar el sistema económico de Rusia, evitando toda intromisión en la política interna del bolchevismo. La campaña de cruzada de Hitler fué el peor impedimento posible para los esfuerzos incansables hechos a fin de ganarse la confianza de los astutos líderes asiáticos. En esta política a largo plazo el ejército debía tener un papel destacado. En efecto, el sistema económico de la Rusia soviética, como Haushofer y su escuela sabían perfectamente, se basaba por entero en la convicción de los dirigentes rusos de que la guerra con las potencias capitalistas era inevitable y de que el país tenía que prepararse para esa guerra. Era por ello natural e importante la participación de los representantes del ejército alemán. El día que se abran los archivos rusos y alemanes sabremos la amplitud que tenía la cooperación entre los mandos militares alemán y ruso. Por medio de tratados económicos y acuerdos para el intercambio de productos, se pusieron las bases para una cooperación bien lograda que debía convertir a Alemania en el socio dominante de una Rusia industrializada. Que el resultado fuera o no de hecho el dominio del coloso ruso, Haushofer era demasiado realista para tratar de resolver esta cuestión. La tarea era grande pero la única que ofrecía una posibilidad de sobrevivir.

"Es de vital importancia que Rusia y Alemania unan sus fuerzas", escribía Haushofer en su revista,[12] y lo creía de veras. Al pesar los potenciales de fuerza de las dos partes, Haushofer no olvidaba nunca la importancia que la vastedad de Rusia tendría en la producción del nuevo orden. Tampoco olvidaba en sus cálculos que la Rusia de su tiempo tenía más que nunca "rostro asiático". Esto llevaba su imaginación mucho más allá de las fronteras orientales del imperio ruso, hasta China e India y las costas del Japón. Estaba poniendo en su mente los cimientos de un "bloque transcontinental", que reemplazaría al viejo imperio colonial de la Gran Bretaña y que, debido a su poder inmenso e inexpugnable, dominaría el mundo. Pero esto, que de hecho es la clave de la gran estrategia de Haushofer, se queda para el siguiente capítulo. Otro factor entre los muchos analizados por Haushofer y sus lugartenientes cuando hablaban de Rusia era más delicado que todo el resto, y se mencionaba en las columnas de la revista con cuidadosa discreción: Stalin. Sabían que Stalin era capaz de esperar, que había que hacerle la corte y que tenía la última palabra sobre si, cuándo y en qué condiciones participaría Rusia en la guerra futura.[13]

La historia interna de los acontecimientos que condujeron al triunfo más grande de Haushofer, el pacto germano-ruso de 23 de agosto de 1939, está aún por escribir. Pero no hay duda de que este cambio sorprendente de la política exterior hitleriana fué una victoria de la diplomacia de Haushofer. Debe haber sido una tarea prodigiosa liberar

12 *Revista de Geopolítica*, 1939, p. 773.
13 *Ibid.*, 1939, p. 675.

al Führer de la influencia del grupo de Rosenberg. Tenemos por lo menos un indicio, dado por el mismo Haushofer, de lo que tuvieron que afrontar los promotores del pacto germano-ruso:

> Se necesitaron los peores ataques de Londres para vencer la convicción del Führer de que el imperio británico era indispensable para la cultura mundial y la idea nórdica. Al fin apareció distintamente ante el alma alemana... la inevitabilidad de la cooperación entre las potencias del Eje, el imperio ruso y el Asia oriental, su papel como salvadoras del mundo.[14]

Por fin se había concluído el período largo y penoso en que el pacto Anti-Comintern de 25 de noviembre de 1936 impidió todos los planes del círculo geopolítico. El sentimiento y el prejuicio ya no dominarían por más tiempo la política exterior de Alemania. Ya sabemos que Haushofer no tenía más que desprecio para la sentimentalidad de este tipo. Durante todos esos años, él y sus discípulos guardaron prácticamente silencio sobre el asunto, tratando de evitar en la medida de lo posible, en un mundo donde el Dr. Goebbels gobernaba la literatura y la propaganda, elogiar el parto espiritual de Alfred Rosenberg. La renuencia de Haushofer a discutir en detalle los problemas del Anti-Comintern habla por sí misma, sobre todo si recordamos la máxima de su hijo Albrecht de que "incluso en tiempos de paz no debería decirse nada que no fuera cierto, pero no es necesario consignar todo lo que lo sea".

Los tiempos de paz habían pasado. Hitler y Stalin, al parecer, eran camaradas, y el pacto Anti-Comintern había perdido todo significado. Haushofer escribió:

[14] *Ibid.*, 1939, p. 741.

La audaz construcción del pacto Anti-Comintern era tal vez la línea fronteriza que semejante idea [la de que Rusia y Alemania perdieron la última guerra por haber combatido entre sí] tenía que cruzar a fin de enseñar a las grandes potencias más vitales del Viejo Mundo que no debían poner de nuevo en peligro, por diferencias ideológicas, los cimientos geopolíticos de su existencia espacial ajustable.[15]

Todo iba indudablemente muy bien, se estaban gestando grandes acontecimientos, y Rusia, por fin, iba a remolque del barco de Hitler. "Quien gobierna la Europa oriental... domina el mundo". En enero de 1941, la *Revista de Geopolítica* decía:

El crecimiento de los nuevos grandes espacios continentales y su protección mediante la fuerza aérea significa la ruina del imperio británico; será aplastado y pulverizado entre estas fuerzas en expansión. Con el Japón de compañero, con los recursos de Rusia a nuestra disposición, el cerco en torno de Inglaterra se aprieta más y más. Sobre el horizonte surge ahora un nuevo bloque eurasiático en formación. Se extiende desde España hasta Siberia, desde Noruega hasta Africa.[16]

Aunque los hechos hablaban un lenguaje más fuerte que sus discursos, conviene recordar cómo el Führer mismo explicaba su conversión a la amistad con Rusia.

En su discurso del Reichstag de 6 de octubre de 1939, cinco semanas después del comienzo de la guerra, volviendo la vista a la campaña de Polonia, que había concluído con la completa derrota polaca, Hitler pasó revista a las relaciones germano-rusas:

15 *Ibid.*, 1939, p. 773.

16 W. Siewert, "Crisis del poderío naval inglés", *Revista de Geopolítica*, 1941, p. 1.

Por último, he intentado también llevar las relaciones entre el Reich y la Rusia soviética a una base normal y, en último término, amistosa. Gracias a una tendencia análoga por parte del señor Stalin, estos intentos se han logrado ya. Se han establecido con ese estado relaciones duraderas y amistosas, cuyo efecto será una bendición para ambas naciones...

¿Cuáles son, pues, las aspiraciones del gobierno del Reich por lo que respecta al ajuste de condiciones dentro del territorio situado al oeste de la línea germano-soviética de demarcación que ha sido reconocido como esfera de influencia alemana?

Primero, la creación de una frontera del Reich que, como ya se ha subrayado, esté de acuerdo con las condiciones históricas, etnográficas y económicas existentes.

Segundo, la distribución de todo el espacio vital de acuerdo con las distintas nacionalidades, es decir, la solución de los problemas que afectan a las minorías y que conciernen no sólo a esta área sino a casi todos los estados del sudeste europeo.

Tercero, en relación con esto: un intento de lograr la solución y arreglo de la cuestión judía.

Cuarto, reconstrucción de los medios de transporte y vida económica en interés de todos los que habitan en esta zona.

Quinto, una garantía para la seguridad de todo este territorio, y sexto, la formación de un estado polaco constituído y gobernado de modo a impedir que vuelva a convertirse en un foco de actividad antialemana o en un centro de intrigas contra Alemania y Rusia...

Para el Reich, este proyecto, como no puede llevarse a cabo con un espíritu imperialista, necesitará de cincuenta a cien años para realizarse...

El 19 de julio de 1940, cuando Hitler se dirigió de nuevo al Reichstag, la "libre base" sobre la que él había establecido "una relación duradera y libre" con Stalin era aún aparentemente estable. Pero Hitler se irritó mucho con los rumores crecientes, incluso dentro de su círculo íntimo,

de que había encontrado a su amo, de que Stalin estaba haciendo su propio juego. No obstante, Hitler no estaba aún dispuesto a abandonar la política de amistad con Rusia. Al decirle al pueblo alemán que por fin se habían establecido las relaciones germano-rusas, trataba de aquietar las dudas y temores que se iban abriendo paso en su propio ánimo:

En opinión de los políticos ingleses, su última esperanza, fuera de pueblos aliados que consisten en cierto número de reyes sin trono, de estadistas sin nación y de generales sin ejército, parece basarse en nuevas complicaciones que esperan originar gracias a su probada habilidad en semejantes cuestiones.

Un verdadero judío errante entre estas esperanzas es la creencia en la posibilidad de un nuevo distanciamiento entre Alemania y Rusia. Las relaciones entre Rusia y Alemania se han establecido por fin. La razón para esto es que Inglaterra y Francia, respaldadas por ciertas potencias menores, le achacaban a Alemania el deseo de conquistar territorio situado fuera de la esfera de intereses alemanes.

Una vez se dijo que Alemania quería apoderarse de Ucrania, luego que pensaba invadir Finlandia, más tarde que había amenazado a Rumania, y por último se tuvieron temores por la seguridad de Turquía.

En estas circunstancias me pareció indicado entrar en negociaciones sinceras con Rusia a fin de definir claramente, de una vez por todas, lo que Alemania cree que debe considerar como la esfera de intereses vital para su porvenir y, por otra parte, lo que Rusia consideraba esencial para su existencia.

Esta clara definición de sus respectivas esferas de intereses fué seguida por una nueva base en las relaciones germano-rusas. Es trivial toda esperanza de que la realización de esto pudiera originar nueva tensión entre Alemania y Rusia.

Ni Alemania ha dado paso alguno que pudiera llevarla a salirse de los límites de su esfera de intereses, ni tampoco lo ha hecho Rusia.

La esperanza de Inglaterra de mejorar su situación produciendo una

nueva crisis europea es una conclusión falsa por lo que respecta a las relaciones de Alemania con Rusia.

Los políticos ingleses son siempre algo lentos para darse cuenta de los hechos, pero esto aprenderán a verlo a tiempo...

Después llegó el momento que pasará a la historia como un punto de viraje en la guerra: Hitler ordenó a sus ejércitos que atacaran Rusia. Desde el punto de vista alemán esta acción puede haber sido el error más grande de la historia. Si Hitler hubiera decidido llevar la guerra al Cercano Oriente, al Irán y al Irak, con las riquezas de la India como última meta, Inglaterra, en 1941, habría sido totalmente incapaz de cerrar el paso a sus ejércitos. Japón estaba acechando desde el fondo, dispuesto a unir sus fuerzas con Hitler. Y si llevamos nuestra imaginación lo bastante lejos, podremos verle sincronizando su estrategia con la de Hitler y tal vez evitando incluso el otro gran error del Eje en esta guerra, el ataque a Pearl Harbor. Norteamérica, entonces, habría quedado fuera de la guerra o, si hubiera entrado, la falta del efecto unificador de Pearl Harbor habría hecho de Estados Unidos un enemigo mucho menos formidable.

Sin embargo, como ya antes hemos visto, los aparentes errores se manifiestan muy frecuentemente, observados más de cerca, como efectos de una ley natural. No hay que olvidar que el pacto germano-ruso de 1939 no fué concluído entre Haushofer y Stalin, sino entre Stalin y Hitler. Stalin nunca fué tan ingenuo que creyera en un Hitler convertido. En tanto que Hitler fuera el tirano de Alemania, o en tanto que, incluso después de Hitler, una camarilla reclutada en su círculo íntimo dominara el país, cualquier pacto ger-

mano-ruso estaría amasado en arcilla y condenado al fracaso. Para Hitler una Rusia aliada, que movilizase en silencio sus fuerzas gigantescas detrás de un muro impenetrable, era tal vez aún más temible que un enemigo declarado. ¿Por qué, debe haberse preguntado Hitler una y otra vez, con furia y desesperación crecientes, habría escuchado las voces que le aconsejaban contra la continuación de su política, formulada con precisión en *Mein Kampf:* la cruzada contra el enemigo mundial, el bolchevismo? ¿Era ya demasiado tarde para volver a su primera inspiración? Si no lo fuera, el pueblo alemán, Inglaterra y Estados Unidos, ¿no querrían por fin aceptar su dirección en la cruzada trascendental y ver en él al Mesías? Hess voló a Escocia. El círculo se cerró de nuevo. Hitler volvió a las enseñanzas de su propia biblia.

Al ordenar a sus ejércitos la invasión de Rusia, se dirigió de nuevo al pueblo alemán:

> Me he considerado capacitado para asumir la responsabilidad ante mi propia conciencia y ante la historia del pueblo alemán, no sólo de convencer a estos países o a sus gobiernos de la falsedad de las afirmaciones inglesas, sino también de tranquilizar a la potencia más fuerte del este, mediante declaraciones especialmente solemnes, con respecto a los límites de nuestros intereses.
>
> ¡Nacional-socialistas! En aquel tiempo todos vosotros sentísteis probablemente que este paso era amargo y difícil para mí. El pueblo alemán nunca abrigó sentimientos hostiles contra los pueblos de Rusia. A pesar de ello, durante más de diez años, los dirigentes bolcheviques judíos estuvieron desde Moscú tratando de incendiar no sólo Alemania sino toda Europa. En ningún momento trató Alemania de llevar su *Weltanschauung* nacional-socialista a Rusia, mientras que, por el contrario, los dirigentes bolcheviques judíos de Moscú procuraron inflexi-

blemente implantar su dominación sobre nosotros y los demás pueblos de Europa, no sólo por medios ideológicos sino, sobre todo, con la fuerza militar.

Las consecuencias de la actividad de este régimen no fueron más que caos, miseria y hambre en todos los países. Yo, por otra parte, he estado procurando durante veinte años, con un mínimo de intervención y sin destruir nuestra producción, llegar a un nuevo orden socialista en Alemania, que no sólo elimina el paro sino que permite también al trabajador recibir una parte creciente de los frutos de su trabajo.

El éxito de esta política de reconstrucción económica y social de nuestro pueblo, mediante la eliminación sistemática de las diferencias de rango y clase, tiene como aspiración final una verdadera comunidad de pueblos.

Por ello, sólo con gran dificultad me decidí, en agosto de 1939, a enviar a Moscú a mi ministro de Relaciones con la intención de oponerme allí a la política inglesa de cerco contra Alemania.

Hice esto exclusivamente por un sentido de plena responsabilidad hacia el pueblo alemán, pero más que nada con la esperanza de lograr por fin un alivio permanente de la tensión y de ser capaz de reducir el sacrificio que, de otro modo, se nos habría exigido...

Aunque hasta ahora las circunstancias me forzaran a guardar silencio, una y otra vez, ha llegado el momento en que continuar como simple espectador no sólo sería un pecado por omisión sino un crimen contra el pueblo alemán e incluso contra toda Europa...

¡Pueblo alemán! En este momento está teniendo lugar una marcha que por su magnitud, se equipara a las más grandes que el mundo ha visto hasta ahora...[17]

"Nunca más —había escrito Haushofer— pondrán en peligro las grandes potencias, a causa de diferencias ideológicas, los fundamentos geopolíticos de su existencia espacial ajustable". La guerra con Rusia debe haber sido un

[17] Las citas de los discursos de Hitler están tomadas de sus traducciones en *Vital Speeches*.

choque tremendo, no sólo para el geógrafo Haushofer, sino también para el soldado Haushofer. Su escuela nunca olvidó la verdad geopolítica de mayor importancia: que "quien ataca un país de amplios espacios tiene que obtener una victoria, una victoria que no consiste en empujar al enemigo más y más atrás, hasta que se haya ocupado el pedazo de tierra que él quiera". En este caso, según indica un artículo que tiene el significativo título "El espacio como arma",[18] se le da al enemigo tiempo y oportunidad para reorganizarse en las amplias zonas no ocupadas de su país y para movilizar todos los recursos de esos enormes espacios para la continuación de una guerra larga. Por lo tanto, "la guerra contra un imperio semejante sólo podrá ganarse mediante la destrucción más rápida posible de los ejércitos enemigos". Esto se escribió con vistas a la guerra chino-japonesa, con la conclusión de que "el espacio permite sobrevivir a China y, por lo tanto, sería mejor [para los japoneses] hacer la paz". Los mismos principios son aplicables a Rusia. En un artículo publicado en 1934[19] se indica que la causa de la derrota de Napoleón y del fracaso de las operaciones del general von Falkenhayn en 1915 fué el haber permitido que los rusos hicieran uso del espacio mediante una continua retirada, con el resultado de que los atacantes se apartaban cada vez más de la fuente de sus energías, mientras los defensores se acercaban a ella. La conclusión obtenida de este artículo es que, en una guerra contra Rusia, el propósito debe ser, desde un principio, el cerco y completa aniquilación de las fuerzas rusas antes de que puedan retirarse con éxito.

18 *Revista de Geopolítica*, 1938, p. 705

19 *Ibid.*, 1934, p. 449.

Aquí vemos ya, casi siete años antes de que tuviera lugar la guerra contra Rusia, la anticipación de los movimientos alemanes de pinzas y envolvimiento de 1941.

Pueden encontrarse las mismas concepciones de los elementos fundamentales de una guerra con Rusia en *Años decisivos*, de Oswaldo Spengler: [20]

> La población de este territorio, el más poderoso tierra adentro del mundo [Rusia], es invulnerable desde el exterior. La distancia es una fuerza, política y militarmente, que aún está por conquistar. El mismo Napoleón tuvo que aprender esta lección. ¿Qué ventaja hay para el enemigo en ocupar territorio por inmenso que sea? Para hacer imposible hasta el solo intento, los bolcheviques han desplazado el centro de gravedad de su sistema más al este. Todas las grandes áreas de importancia para la política de poder se han construído al este de Moscú, en su mayor parte al este de los Urales, hasta el Altai, y en el sur hasta el Cáucaso. La región entera situada al oeste de Moscú —Rusia Blanca, Ucrania, que fué en otro tiempo la parte más vital del imperio del zar— forma hoy día una fantástica explanada contra "Europa". Podría sacrificarse sin que se resquebrajara el sistema. Por la misma razón toda idea de una ofensiva desde el oeste se ha convertido en una insensatez. Sería una embestida en un espacio vacío.

La escuela de Munich no considera sólo la embestida en espacio vacío como un factor de primer orden geográfico y estratégico. Espacio, clima y paisaje son también factores psicológicos de la mayor importancia. Los discípulos de Haushofer sabían bien que, desde un punto de vista psicológico, los espacios gigantescos de Rusia deben ser tenidos en cuenta como un enemigo lo bastante fuerte y formidable para precaver a cualquier ejército contra un ataque estéril. En 1934, por ejemplo, la *Revista de Geopolítica* publicó

20 *Años decisivos*, Munich, 1933.

un ensayo significativo sobre la geografía militar de la campaña de Napoleón en Rusia.[21] Sus observaciones sobre el efecto decisivo del paisaje ruso sobre el espíritu de los soldados franceses en 1812 deberían haber sido leídas un par de veces por Hitler antes de ordenar la invasión de Rusia. El artículo cita el diario del conde de Ségur. Sus informes son una obra maestra de observación psicológica y geopolítica:

> En Alemania, hasta el río Oder, mil cosas hacían a nuestros soldados recordar constantemente Francia, y nuestros muchachos no se sentían por completo separados de su patria. Se les veía allí llenos de coraje y de ánimo. Pero más allá del Oder, en Polonia, donde los habitantes, los productos, el suelo, la manera de vestir, las costumbres e incluso las casas daban una impresión de cosa extraña, donde nada evocaba el recuerdo de la madre patria que tan desesperadamente echaban de menos, comenzaron a inquietarse por el duro camino que habían recorrido; la expresión de sus sufrimientos y de su cansancio comenzó a dejarse ver en sus rostros melancólicos. ¡Cuán inmenso —pensaban— era el espacio que los separaba de Francia! Incluso la idea del retorno era descorazonadora, y todavía tenían que marchar, que marchar siempre. Agobiados por una inquietud perturbadora, marchaban por la siniestra soledad de los pinares, inmensos, silenciosos y oscuros. Les asustaba su debilitación en medio de esta soledad inmensa. Atacados por un terror misterioso, se mostraban renuentes a penetrar más adentro en la oscuridad.

Haushofer, y con él el estado mayor alemán, se daban cuenta de todas estas cosas. Sabían que la "distancia es una fuerza que aún está por conquistar", conocían la "fantástica explanada" frente a Europa. Pero Hitler pretendía saber más que ellos.

[21] *Ibid.*, pp. 449-61.

VII

LA ESTRATEGIA GEOPOLITICA Y EL PACIFICO

—Es inútil intentarlo —dijo Alicia—. No se puede creer en cosas imposibles.

—Me atrevo a decir que no has tenido mucha práctica —dijo la Reina—. Cuando yo tenía tu edad, lo hacía siempre media hora cada día. ¡Caramba! A veces he llegado a creer hasta seis cosas imposibles antes del desayuno.

Lewis Carroll

"Amo al que ansía lo Imposible." Goethe, con estas palabras, podía haber descrito a Karl Haushofer. Con su espíritu girando en torno al globo, la filosofía de Haushofer abarca las regiones más remotas de tierras y mares. Le tentaba lo que parecía ser el Imposible. La naturaleza fáustica de Haushofer y su romanticismo nacional, que incluyen tantas características de la mentalidad política alemana, son factores de mayor importancia que una explicación suministrada por el más o menos importante Dr. Haushofer. Explican tendencias de las aspiraciones y la política alemanas, hoy y en el futuro.

Las teorías de Haushofer sobre el Océano Pacífico revelan su punto de vista global más que ninguna otra fase de la geopolítica alemana. La esfera indo-pacífica es el

verdadero dominio de Haushofer. En un análisis que, con tres de sus más activos colaboradores, escribió sobre los fundamentos históricos de la geopolítica, describe su propia contribución como abarcando los "espacios del Asia de los monzones y el Océano Pacífico".[1] Haushofer y su círculo ven en esta contribución una de las mayores hazañas por las que su geopolítica ha ido más allá de los conceptos de Ratzel y Kjellén.

Entre más de treinta estudios de Haushofer, aparte sus regulares artículos mensuales, su *Geopolítica del Océano Pacífico,* publicada por vez primera en 1924, debe considerarse como su obra más importante, como una biblia de la geopolítica alemana. El subtítulo, "estudios sobre las relaciones entre geografía e historia", indica que pretendía contener algo más que un análisis de los rasgos geopolíticos de la zona comprendida por el Océano Pacífico. El motivo que decidió a Haushofer a enfocar sus observaciones sobre la esfera del Pacífico no es en modo alguno de interés puramente académico. Es aquí donde nos lleva al centro mismo de la geopolítica alemana, a sus contribuciones e influencias sobre la mentalidad militar y a su estrategia para una guerra global. En la introducción a la segunda edición del libro, de 1927 (la tercera edición apareció en 1938), Haushofer proclama que el concepto de la geopolítica del Pacífico se ha convertido en fuerza vital en la idea política del mundo de la Europa central y en "un arma afilada en manos de los guardianes legítimos de su opinión pública". Además, la relación entre el haushoferismo y los espacios del

[1] *Piedras angulares de la Geopolítica,* 1928, pp. 16 s.

Pacífico revela una vez más el papel decisivo que la Rusia soviética desempeña en el plan de Haushofer para la instauración de un bloque de potencias "eurasiático-transcontinental" bajo la dirección alemana. El plan, de gran envergadura, fué frustrado por Hitler el 22 de junio de 1941, cuando aplastó los preparativos de Haushofer para una alianza transcontinental germano-ruso-japonesa destinada a destruir el poder naval y sus imperios.

La "ley de los espacios crecientes", la concepción de Friedrich Ratzel de hace casi medio siglo, condujo a Haushofer de modo natural a las costas de los mayores espacios marítimos del mundo. Considera el Pacífico como una esfera de poder que ahora, por vez primera en la historia, está despertando lentamente a la conciencia de ser la unidad de los mayores espacios terrestres y marítimos. El espectador de Munich está lejos de situarse en una actitud fría y académica: ya en 1908, cuando fué por vez primera al Japón, comprendió lo que el auge de las nuevas fuerzas del este significaba para el futuro de Europa. "Un espacio gigantesco se está extendiendo ante nuestros ojos —escribía[2]— con fuerzas que afluyen a él, las cuales, fríamente objetivas, esperan el alba de la era del Pacífico, sucesora de la vieja era del Atlántico, de la caduca del Mediterráneo y de la pequeña Europa." Teodoro Roosevelt sugería ya la misma cosa cuando hablaba de los recursos declinantes de la era del Atlántico y predecía la aurora de la del Pacífico. Pero Haushofer especifica más. Desde su estudio de la Europa central sacaba las conclusiones para una política actual, aunque

2 *Revista de Geopolítica*, 1925, p. 63.

fuera a largo plazo, siguiendo siempre la lección política elemental enseñada por Leopoldo von Ranke de que "política es el intento de salvaguardar y fomentar los intereses *propios* en medio de un conflicto de las grandes potencias, en el dominio de las ideas y en el de las realidades.

Cuando Haushofer desmovilizó su división en 1918, comenzó inmediatamente a idear planes de las más vastas dimensiones. Sabía que la guerra no sólo había arruinado a Alemania, sino también a Europa. Nunca se cansa de repetir lo que cierta vez le había dicho lord Kitchener en 1909, en una charla junto al fuego en Fort Williams, cerca de Calcuta: que era contrario a la guerra que se avecinaba entre Inglaterra y Alemania porque arruinaría para siempre el futuro de Europa en el Pacífico, y Estados Unidos y el Japón serían los únicos beneficiarios de ella.

El orgullo profundamente ofendido y el odio a las potencias que habían humillado a su patria prestaron a Haushofer fuerza para dar la bienvenida, con fatalismo e incluso, a veces, con maliciosa alegría, a lo que consideraba el ascenso del mundo de color y la ruina futura de la raza blanca. Este sentimiento de *après nous le deluge* es característico de todo el pensar de Haushofer, en especial cuando señala el fatal error cometido por los vencedores blancos al permitir que los japoneses se apoderasen de las islas del Pacífico que fueron de Alemania.

El almirante Scheer, comandante en jefe de la escuadra alemana en la batalla de Jutlandia, tenía en cierto modo la misma idea, y la aplicó de modo profético a las relaciones de Estados Unidos con Australia. Su declaración es significativa, porque muestra, con palabras de uno de los jefes

alemanes de rango más elevado, la completa coordinación entre las opiniones de Haushofer y las mentes militares de Alemania:

> Creo que Inglaterra se da cuenta ahora de que cometió un error al permitir que los japoneses ocuparan las islas del Pacífico que fueron de Alemania. Si estas islas hubieran seguido siendo alemanas, podría haberse evitado un conflicto de intereses, porque Alemania no sería temida en esas aguas. Ahora estas islas se han convertido en un puente para la expansión, que Inglaterra ha ofrecido a los japoneses, invitando a este país a marchar, de base naval en base naval, hasta muy lejos dentro del Pacífico. El puente tiende a rodear Australia. El mapa muestra los dos semicírculos que la ciñen. El Japón está a caballo sobre uno de ellos y este peligro es notorio. En otras palabras, Inglaterra ha puesto a su propia hija, Australia, en manos de Estados Unidos, cuyos intereses en el Pacífico son idénticos a los suyos.
>
> Desde un punto de vista puramente estratégico, dejando a un lado sentimientos e ideales, como se hizo en Versalles, diría que Estados Unidos deberían haberse adueñado de las islas Marianas como parte del botín. No se les habría acusado de militarismo caso de haberlo hecho y se mantendría al Japón en un radio de operaciones más reducido. Sin embargo, tal como han resultado las cosas, Australia está más cerca de Norteamérica, lo cual es bueno para una y otra.[3]

Para Haushofer, la pérdida de las posesiones alemanas en el Pacífico significaba poder proclamar que las aspiraciones vitales de Alemania y el Japón ya no se interferían en parte alguna. Alemania se encuentra en una posición sumamente afortunada, porque es la única potencia que puede permitirse observar los cambios revolucionarios que tienen lugar en el Pacífico sin temor que la afecten de modo directo. Pero eso no quiere decir que Alemania se desinte-

[3] Citado por George SELDES, *You Can't Print That!*, 1929, p. 59.

rese de los acontecimientos que han de producirse en las regiones del Pacífico. Todo lo contrario. "Tal vez —medita Haushofer agudamente [4]— nos encontramos sorprendidos ante la posibilidad de tener que actuar de modo decisivo con el consejo o con la acción. Podrá ocurrir esto en una hora tardía de madurez que debemos esperar tranquilamente... *Tout vient à celui qui sait attendre,* todo llega a quien sabe esperar." Alemania, decía, puede suscribir, por lo tanto, el grito de "Asia para los asiáticos" y prepararse para una nueva cooperación con el Japón sobre la base de una "simbiosis de políticas culturales." [5]

La cita que sigue, de la edición de 1924 de *Geopolítica del Océano Pacífico,* contiene toda la filosofía de Haushofer sobre la cuestión e indica su base de resentimiento y fatalismo:

> Por una decisión terrible, con consecuencias de la mayor gravedad incluso para quienes la adoptaron, las potencias culturales y económicas de nuestra propia raza que dominan el océano nos han expulsado de su seno. No nos han dejado duda alguna sobre el hecho de que tan sólo su destrucción y descomposición podrá crear otra vida para nosotros, que estamos ahora mutilados y esclavizados. Nos han forzado así a buscar camaradas de destino que estén en situación análoga. Vemos a tales compañeros de desastre en los 900 millones del sudeste de Asia. Luchan, como hacemos nosotros, por su derecho a la autodeterminación, contra los mismos opresores que nosotros; pero combaten en parte con armas más eficaces, creadas por las condiciones de vida del Océano Indico y del Gran Océano, el arsenal de una geopolítica del Pacífico. Vemos que en estos espacios existen, parte en preparación y parte ya consumados, los resultados de una justicia punitiva, que han de ser sentidos por nuestros despiadados enemigos y opresores económicos y políticos.

[4] *Política mundial de hoy,* 1937, p. 135.
[5] *Geopolítica del Océano Pacífico,* p. 162.

El derecho a la autodeterminación es un tema fundamental a este respecto. Pero ¡cuán distinto es del ideal wilsoniano! Pára la creencia, primero definida con claridad por Ratzel, de que todo pueblo tiene que ser educado de concepciones espaciales menores a mayores, el derecho a la autodeterminación de las naciones pequeñas no tiene cabida en el cuadro. Haushofer está dominado por su convicción de que una concepción declinante del espacio se resuelve en una decadencia.

Así mira desde Europa al pueblo recién despertado de los grandes espacios del Pacífico:

> Hechos retroceder al mínimo de la existencia, arrastrados del sol a la sombra, separados del mar libre e incluso privados, hasta 1936, del libre tráfico en nuestros propios ríos, los alemanes encontramos en las costas de los espacios indo-pacíficos dos tercios de la población de la tierra como camaradas de sufrimientos. Ansían romper las mismas cadenas, ansían la misma liberación y el logro de la meta más alta tanto de naciones como de individuos, la personalidad libre gobernada por sus propias leyes. Esta es la razón última por la que los alemanes no deben perder contacto con el Pacífico.[6]

Estudiando el Pacífico, los alemanes aprenderán de nuevo a pensar y sentir en conceptos de grandes espacios. Alemania tiene que jugar su papel, a ser posible con Haushofer como uno de los directores principales, en la gran tragedia de la historia universal en que el pueblo mayor del continente sacudirá la custodia impuesta sobre él por las potencias marítimas y sus viejos imperios coloniales. "La lucha de la India y China por liberarse de la dominación y de la

[6] *Ibid.*, 3ª ed., p. 105.

opresión capitalista extranjeras —escribía en 1924[7]— concuerda con los sueños secretos de la Europa central." Haushofer compara su propia idea del mundo con la de Canning después de las guerras napoleónicas. Mientras Europa estaba paralizada por las condiciones de espacio pequeño, Canning puso la base para una expansión casi sin riesgo, en el principio de la era victoriana, con el reconocimiento de los movimientos de independencia en el Cercano Oriente y en América del Sur.

> Ahora las fuerzas indo-pacíficas, moviéndose en la misma dirección, buscan con creciente confianza la ayuda exterior... Miran hacia Alemania en busca de ayuda, y es en ella donde deberían encontrar la mayor comprensión de sus fundamentos geopolíticos... El instinto para estas cosas futuras se ha convertido en fuerza vital, y el grito de batalla de la autodeterminación de las naciones pequeñas, empleado como medio táctico temporal para engañar al mundo, se ha vuelto ahora contra sus inventores. Ha despertado la conciencia de los grandes vecinos de las naciones pequeñas, de los grandes espacios culturales que están ligados entre sí por las eternas manifestaciones de su suelo. De pronto, la esfera cultural de la Europa central, atormentada durante milenios como las otras, adquiere conciencia de una comunidad y un destino que abarcan el mundo. Siente que está liberada de un aislamiento artificial; se ve aceptada en la comunidad de los grandes espacios luchadores de la tierra. Por esta razón la gigante unidad geopolítica de las tierras de los monzones y la lucha por la autodeterminación de sus 900 millones significan también destino para los pueblos de la Europa central.

Todas estas visiones de Haushofer deben proyectarse sobre su trasfondo de pesimismo y fatalismo.[8] Haushofer no se hacía ilusiones sobre la insignificancia de su pequeño

7 *Ibid.*, p. 132.

8 Cf. A. Horlings en *The New Republic*, 7 de julio de 1941, p. 11.

mundo de una Europa central demasiado vieja en comparación con el tamaño gigantesco de las nuevas fuerzas que surgen en el este. Pero siente el peso de la responsabilidad que tiene que soportar como educador —nombrado por sí mismo— de la nación alemana, y en particular de sus jefes militares y políticos. No hay que desanimarlos. Tienen que conservar la fe en la misión de Alemania en el mundo. Rara vez se permite Haushofer expresar un pesimismo cercano a la desesperación. No obstante, una observación hecha después del ascenso de Hitler al poder nos permite observar, entre líneas, un temor escondido:

> Aplicamos el oído a la marcha del tiempo en los espacios indo-pacíficos, donde ahora [1934] están siendo ocupadas posiciones de combate para miles de años en el futuro, a esta marcha que determinará los destinos de los espacios gigantescos y de sus masas humanas. ¡Imagínad que tome forma con la misma conmoción que acompaña a los acontecimientos en la pequeña Europa! De ser así, la tempestad de truenos causada por la marcha del tiempo en las esferas del Pacífico será tan ensordecedora que no podremos entender nuestras propias palabras.

"Aún más —añade con resignación—, no comprenderíamos ya por qué voceamos tan fuerte." [9] En 1940, cuando culminaban las victorias alemanas, concluyó un libro que había escrito como manual de geopolítica para el gran público, con las siguientes palabras sombrías: "Es facultad de todos sublimar la lucha por la supervivencia, soportar los rigores más duros y —si éste fuera nuestro sino— sucumbir por lo menos como quien ha llegado a ser sabio, firme y fiel a las altaneras palabras romanas de Horacio: *Si frac-*

[9] *Revista de Geopolítica*, 1934, p. 770.

tus illabitur, impavidum ferient ruinae!" [10] O, como dijo Spengler, la nuestra es todavía la libertad de morir en el puesto, espada en mano, como el soldado romano que se encontró al excavar las ruinas de Pompeya.

¿No siente Haushofer la unidad de las razas blancas? Si la siente, de un modo deliberado, y a veces incluso cínico, denuncia semejante actitud. "No es tarea de los alemanes crear un bloque blanco. Este bloque fué aplastado por quienes emplearon tropas de color en Renania para subyugar a una raza blanca. El lema opuesto: '¡Pueblos oprimidos del mundo, uníos!' puede justificarse mucho mejor por razones éticas." [11] La siguiente cita [12] es todavía más explícita:

> Debemos contrarrestar la opresión que sufriríamos por parte de incultos pueblos de color de una potencia semiafricana [¡Francia!] contribuyendo a liberar, en defensa propia, a las razas de color que hayan de alzarse contra nuestros opresores. Así seremos dueños de las futuras líneas estratégicas de una geopolítica del Pacífico; ahí está nuestra posibilidad de participar activamente en la política mundial de las esferas de donde fuimos desplazados.

O bien habla del rápido aumento de la población japonesa en nuestro tiempo: de 30 millones, que había sido durante siglos el total, ascendió bruscamente a 100 millones de "ciudadanos directos" y 35 millones de miembros "más o menos dependientes" del imperio japonés. Queda espacio bastante para otros tantos millones adicionales en los espacios mucho mayores de Estados Unidos. Luego "¿es cierto que existe un peligro amarillo?", pregunta. "No, lo que

10 *Política mundial de hoy*, p. 294.
11 *Revista de Geopolítica*, 1928, p. 1040.
12 *Geopolítica del Océano Pacífico*, 1ª ed., p. 242.

se llama peligro amarillo en los espacios del Atlántico se llama inversamente el peligro blanco en el Pacífico. ¡Las fórmulas se compensan mutuamente!" [13]

Como gepolítica y haushoferismo son hoy prácticamente la misma cosa, debemos tener en cuenta los fuertes lazos que ligan al hombre Haushofer con el este, en particular con el Japón. En realidad, la geopolítica alemana nunca habría enfocado sus intereses sobre el Lejano Oriente, si no fuera por la decisión de Haushofer de hacer de aquella parte del mundo el centro de toda su planificación. No sólo en su *Geopolítica del Océano Pacífico* trató de acercar el este al pueblo alemán. Su tesis de doctor en filosofía (1911) se ocupaba de los fundamentos geográficos del poder del Japón; en 1913 publicaba *Dai Nihon, Reflexiones sobre la potencia militar del Gran Japón;* siguieron otros libros sobre Japón en 1914, 1920, 1922, 1923. Japón y China grabaron sobre él las más profundas impresiones de su vida; impresiones que dejarían huella permanente sobre la estructura de la geopolítica y la política alemanas. Así, el día de septiembre de 1908 en que Haushofer recibió, de modo totalmente inesperado, la orden de salir inmediatamente para una misión de dos años como observador militar en el Japón, fué no sólo un momento decisivo en la vida de Haushofer, fué también uno de los muchos acontecimientos decisivos en la historia que no registran nuestros libros de texto.

El profesor O. Maull, destacado representante de la geopolítica en Alemania y estrechamente relacionado du-

[13] *Ibid.*, 3ª ed., p. 100.

rante muchos años con Haushofer, atestiguó en 1929 que éste se convirtió en el asesor geopolítico del Japón.[14] La influencia que Haushofer y su escuela ejercieron sobre jefes japoneses del ejército, la marina y la industria fué de amplios alcances. Por muchos años su nombre fué más familiar para los norteamericanos que habían vivido en el Japón que para los norteamericanos familiarizados con las cosas de Alemania. Los japoneses, antes y más a fondo que otras naciones, aceptaron las ideas básicas de la geopolítica alemana a despecho de su palabrería germánica. *Geopolitik* y *Grossraumwirtschaft* (economía de gran espacio) se convirtieron en términos familiares para las camarillas que contaban en la política japonesa. El concepto de una "esfera de coprosperidad panasiática" fué el resultado de sus ávidos estudios de la "economía de gran espacio" alemana. No obstante, los alumnos japoneses de Haushofer fueron todavía menos capaces que los hombres de Hitler de captar sus intentos de reconciliación de Alemania y Japón con la Rusia soviética. La influencia de Haushofer declinó con rapidez en el Japón al ser concluído, en agosto de 1939, el pacto germano-ruso, y él mismo hubo de expresar con frecuencia, en las columnas de su revista, lo mucho que lamentaba el "mal entendimiento".

La *Geopolítica del Océano Pacífico* no sólo es el estudio político de una región geográfica, sino, al mismo tiempo, un ensayo para dar a la nación alemana el material que tanto necesita para una visión global. Sólo tal visión de conjunto haría "ver" a los alemanes el choque que se avecina

14 *Revista de Geopolítica*, 1929, p. 801.

entre "los piratas de las estepas y los piratas de los mares", para decirlo con una expresión favorita de Haushofer, que la ha tomado de Mackinder. Haushofer pasa de un tema trascendental a otro, no con el lenguaje de los libros de texto, sino con el de un artista y soñador del alborear de revoluciones mundiales. No podemos más que mencionar su análisis del problema que plantea la presión de la población en las regiones de la orilla sudoriental de la esfera del Pacífico, en contraste con los inmensos espacios vacíos de una Australia urbanizada, con todos sus problemas de natalidad, "espacio sin pueblo". Una y otra vez señala la densidad de población continuamente en aumento de las regiones marginales del Asia, en contraste con los "corazones muertos" de Asia y Australia y las "tierras solitarias" de América. Haushofer piensa que una diferencia fundamental caracteriza los organismos estatales de las esferas del Pacífico y el Atlántico. Todos los estados en las regiones del Pacífico muestran tendencias centrípetas que conducen a la autarquía y a la explotación de su espacio vital primitivo. Por otra parte, ve como característica del mundo atlántico y euroasiático central sus tendencias centrífugas desbordantes. Pero cuando Haushofer, visionario demasiado consciente de sí mismo, entra en los dominios de la metafísica, hay que tomar sus especulaciones *cum grano salis*.

Alemania y el Japón están en el fondo de cada línea de la geopolítica del Pacífico. Esta síntesis y el eslabonamiento de las esferas del Pacífico a los espacios de Alemania, tan pequeños en comparación, le da al libro su fuerza como instrumento de política práctica.

Japón es el núcleo de la revolución mundial en el este.

Los dos años que Haushofer pasó allí lo predispusieron en su favor y en contra de China. Gusta de indicar[15] que el Japón, acusado con tanta frecuencia de militarismo, mantuvo la paz durante dos siglos y medio, hasta que Estados Unidos y el Occidente le enseñaron cómo "asegurar su espacio vital mediante golpes defensivos". Hasta sus propios discípulos se preocupan por el prejuicio emocional de Haushofer en favor del Japón. Expresan su crítica con cautela, entre líneas, explicando su sentimiento pro-japonés por "la maravillosa hospitalidad dentro del marco encantador de la naturaleza japonesa". Más divertido aún es que el mismo autor plantee la cuestión de si Haushofer, cuando habla de los "japoneses nórdicos" no habría hecho mejor en llamarles "japoneses septentrionales".[16]

Haushofer ve al Japón como una nación con "cabeza de Jano", mirando una faz hacia el Pacífico y la otra hacia el continente. (No fué Haushofer el primero que vió en Japón al Jano de Asia. Han pasado más de 600 años desde que Marco Polo escribió que "en la isla de Cipango, sus ídolos son de formas variadas... Algunos tienen el aspecto de una sola cabeza con dos rostros.") En el pasado, el Japón, debido a su situación insular, se ha vuelto siempre hacia el Océano. Tan sólo en este siglo se ha lanzado, en gran estilo, a la expansión continental.

Conforme pasaron los años, el mismo Haushofer no pudo dejar de poner en tela de juicio las probabilidades del Japón en su aventura continental. "¿Guardarán el equili-

15 *Geopolítica del Océano Pacífico*, p. 310.

16 FOCHLER-HAUKE, *Revista de Geopolítica*, 1935, p. 135; 1939, p. 151.

brio la fuerza y el propósito —pregunta en 1938 [17]— o arrastrará la embestida panasiática por la dominación mundial al imperio insular más allá de los límites de su fuerza? ¿Están sus líderes dispuestos a pensar en términos continentales, y no oceánicos, como tendrían que hacerlo para cumplir tarea de tanta envergadura?"

En China el maestro toma lecciones de los discípulos. Repetidas veces trata Haushofer de convencerse de que el estado mayor central japonés puede haber tenido buenas razones para atacar a China en gran escala. Pero en vano; los informes de sus discípulos en China y Japón, y con toda probabilidad también los informes de la misión militar alemana en China, mandada por el general von Falkenhausen, que creía firmemente en la victoria final de los chinos, comenzaron a sacudir su fe en las fortunas japonesas de la guerra en China. Podemos ver cómo Haushofer lucha para no admitir una posible derrota de los señores japoneses de la guerra, a quienes llamaba con orgullo sus amigos personales. Al principio, cuando permitió que se expresaran en su revista opiniones sobre la posible derrota del Japón, las acompañaba con una nota como esta: [18] "No asumimos la responsabilidad de esta opinión audaz y personal de uno de nuestros informadores de China más talentosos y entusiastas, basada en sus experiencias de allá." La "opinión audaz y personal" no hacía sino repetir algunas de las lecciones más elementales del haushoferismo, aplicadas al conflicto chino-japonés: "La mayoría de las gentes, incluyendo a los mismos agresores, olvidaron tomar en cuenta o apre-

17 *Revista de Geopolítica*, 1938, pp. 937-42.

18 *Ibid.*, septiembre de 1938 (trad. en *Eurasia*, 1939, p. 539).

ciaron incorrectamente el factor decisivo, la vasta extensión de China, cuando predecían y pensaban las fuerzas beligerantes y las posibilidades de victoria al comienzo de la guerra... La extensión de China asegura su supervivencia.

Haushofer ha meditado siempre sobre el hecho de que el Japón no ha sufrido jamás una derrota, y recuerda con pena a sus amigos japoneses que uno de sus propios caudillos dijo hace 250 años: "¡Ay del país que nunca experimentó la derrota!"

He aquí cómo veía el futuro del Japón en 1938 —y hay que subrayar que esto no difiere fundamentalmente de lo que, como aviso, venía escribiendo en su revista desde 1924:

> Vladivostok, desde donde pueden enviarse escuadrones de bombarderos y submarinos contra las arterias y centros de comunicación más vulnerables del Japón, es el único lugar que "el orgulloso rostro oceánico" de la flota japonesa no es capaz de controlar. Además, la posibilidad de cooperación entre la Rusia soviética y Estados Unidos en las costas septentionales del Pacífico toma más volumen cada día. Sería un gran error del triángulo Berlín-Roma-Tokio engañarse acerca del papel de Estados Unidos. Su antagonismo con el Eje hace posible un puente sobre el profundo abismo que separa el supercapitalismo de Wall Street y el bolchevismo de Moscú.[19]

Pero Japón había arrojado los dados sobre el continente. Japón y China son para Haushofer dos tigres gigantescos que se combaten con dientes y uñas en una lucha a muerte. ¿Cuál perecerá? "Quien cabalga en un tigre no puede desmontarse." Haushofer cita muchas veces este antiguo proverbio de Japón y China. "¡Cuánto menos puede desmontar

[19] *Ibid.*, 1938, pp. 937-42.

un tigre a quien cabalga sobre otro tigre!" Uno de estos tigres es para Haushofer el tremendo espíritu nacionalista del Japón; el otro, la renacida conciencia nacional de una China unida, a que dió vida el propio Japón.

Plenamente consciente de la amenaza de esta tragedia, Haushofer trató durante años de persuadir al Japón para que llegara a un entendimiento con China y Rusia, y, en el otro extremo del mundo, de urgir a Hitler para que viviera en paz con la U. R. S. S.

Persuadir a Hitler era, desde luego, el problema principal. Hemos visto que los editores de la *Revista de Geopolítica* abogaron consecuentemente por la reconciliación y la amistad con Rusia, y que la cruzada de Hitler contra el bolchevismo archienemigo no hizo impresión sobre ellos. Desde 1924, escribían en pro de una alianza asiática, que incluyera Rusia, Japón, India y China, con Alemania como participante. "Alemania tendrá que decidir de qué lado está —escribía uno de los editores en 1925—: ¿quiere ser un satélite de las potencias anglosajonas y su supercapitalismo, que están unidas con las otras naciones europeas contra Rusia, o quiere ser la aliada de la Unión Panasiática contra Europa y América?" [20] Se puede resumir la actitud de la escuela de Munich con respecto a Rusia citando lo que el Prof. E. Obst escribió ya en 1925: [21] "Ninguna nación está más cerca de Rusia que Alemania; sólo Alemania puede en-

20 *Ibid.*, 1925, pp. 1-9.

21 Obst, experto sobre Rusia y liberal, era uno de los primeros y más íntimos colaboradores de Haushofer. En 1932, él y Maull fueron separados del consejo editorial de la *Revista* a causa de un conflicto que terminó con el establecimiento final de la dinastía de los Haushofer (padre e hijos) en la dirección de la *Revista* de Geopolítica. Puede llamarse con toda corrección haushoferismo a la geopolítica alemana a partir de 1932.

tender el alma rusa; Alemania y Rusia han sido amigas durante siglos; sus estructuras económicas son complementarias; deben permanecer unidas." Ya hemos citado el beneplácito de Haushofer, después de concluído el pacto de no agresión germano-ruso de 23 de agosto de 1939: "Nunca más deberán Alemania y Rusia poner en peligro sus relaciones geopolíticas por conflictos ideológicos."

Haushofer expresó en 1932 sus puntos de vista sobre la política exterior de Rusia, y en particular la de Stalin, en el lejano Oriente; sus observaciones finales sobre la política futura de Estados Unidos y de Rusia son también una buena ilustración de sus pronósticos geopolíticos:

> La actitud de Moscú y de los eurasiáticos con respecto a los acontecimientos que se desarrollan en la India, el Asia oriental y el Cercano Oriente merece una atención creciente. ¿Estará Moscú dispuesto a entrar en acción en el momento oportuno? Y semejante acción ¿será dictada por la idea de una política internacional rusa, o más bien por una ideología revolucionaria mundial? La política hacia el Japón la pondrá a prueba. La política extremadamente cauta de Stalin ha sido explicada... pretendiendo que el líder ruso no es dueño de sus propias decisiones. Creo que esto es una equivocación. La política de Stalin me parece partir de una comprensión de la situación mucho mayor de lo que el Occidente es capaz de percibir... En Moscú se sabe mucho mejor que en ninguna otra parte cuánto gana quien, en la dinámica panasiática, consigue que los otros descubran sus planes *al final*, y quien toma la iniciativa en el centro de poder *al final*. Se conocen también con exactitud los límites de los peligros que amenazan por parte del Japón, y se sabe dónde estar seguro de la infiltración agresiva de los japoneses. Moscú, hábilmente, ha cedido la opción a los norteamericanos, cuyos nervios se consideran inferiores; pueden sin duda encontrarse ciertos síntomas para esta suposición.[22]

[22] *Revista de Geopolítica*, 1932, p. 132.

Con la misma paciente amplitud de visión con que trató de unir a Rusia y Alemania, Haushofer trabajó durante años para guiar al Japón hasta su meta última, el bloque transcontinental eurasiático. Sentía hondamente su responsabilidad como piloto geopolítico, no sólo de Alemania, sino también del Japón. La *Geopolítica del Océano Pacífico* y sus artículos mensuales sobre los espacios indo-pacíficos se dirigían tanto a alemanes como a japoneses. Era una tarea tremenda este intento de hacer ver al Japón la ventaja de una amistad geopolítica con la Rusia soviética. No fué defecto suyo si otra residencia de montaña en los Alpes bávaros resultó ser un imán más fuerte.

"Si fuera posible para las banderas del Sol Naciente y la Hoz y el Martillo terminar con su mutua desconfianza. . ., entonces serían invencibles en sus mares domésticos." Así describía Haushofer en 1940 [23] las relaciones ruso-japonesas para el futuro. Era "destino", tanto para el Japón como para Alemania, llegar a un entendimiento con Rusia, el "eje geográfico de la historia." Sir Halford Mackinder fué el primero que dió esta idea a Haushofer en 1904. Nunca la olvidó. Japón y Alemania eran dos estaciones de la línea interior que, en la edad del avión y el ferrocarril, daba a las potencias continentales ventajas decisivas sobre las caducas potencias marítimas; pero entre estas dos estaciones estaba Rusia. "El futuro geopolítico pertenecerá al bloque ruso-chino." Por ello, concluía Haushofer, el Japón debe reconciliar sus aspiraciones con las de Rusia. Por fin pareció que Haushofer lograría persuadir al Japón. Nueve meses después de que se pusieran las firmas al pie del pacto germano-

[23] *Ibid.*, 1940, p. 292.

soviético, el 13 de abril de 1941, se concluyó el pacto de no agresión entre Japón y Rusia. Se acordaron relaciones pacíficas y amistosas y se documentó solemnemente la promesa de respetar la integridad territorial de cada uno de los dos países. Nadie prestó mucha atención a la vacua fraseología de este acuerdo cuando, dos meses después, Alemania, aliada del Japón en la campaña por el "establecimiento del nuevo orden en Europa y en la magna Asia oriental", inició el drama ruso con su invasión.

Sobre este fondo de una actitud rápidamente cambiante de Alemania y el Japón hacia Rusia, tal como lo documentan los tratados de 23 de agosto de 1939 y de 13 de abril de 1940 y los decisivos acontecimientos de 22 de junio de 1941, la estrategia de Haushofer se caracteriza por su absoluta estabilidad. En 1924, por ejemplo, expresaba sus conceptos transcontinentales, esta vez con vista a Estados Unidos: [24]

> La fraseología americana es incapaz de disimular su ansiedad respecto a un gigantesco ferrocarril eurasiático, acerca de la política continental y sobre la organización de los vastos espacios del Viejo Mundo. Semejante posibilidad para el futuro fué imaginada por hombres cuyo pensar estaba moldeado por la idea americana de espacio, mientras ni Rusia ni Alemania se daban cuenta de ello. Esta organización sería, sin duda, la aspiración y la posibilidad última de los pueblos de la Eurasia continental que fueron desplazados del Asia oriental. El comienzo lógico tendría que ser un acercamiento ruso-japonés con un arreglo en gran escala de todos los problemas pendientes.

La concepción haushoferiana de un bloque transcontinental, con Alemania, Rusia y Japón como sus más podero-

24 *Geopolítica del Océano Pacífico*, 1ª ed.

sos miembros, fué la parte decisiva de su gran estrategia alemana. Donde encontramos mejor expresados sus planes para el futuro es en las palabras que escribió ya en 1924: [25]

La Europa central, que ha sido pisoteada y ultrajada, engañada y burlada, sólo tiene cuatro soluciones: apoyarse en las potencias anglosajonas y convertirse para siempre en dependiente de ellas, compartiendo así su delito de esclavizar a las naciones por la fuerza del poder naval. La segunda solución sería su organización como pequeño continente. Quiero decir que la Europa central se convertiría en eterna vasalla de Francia bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones. Sólo después de siglos y de batallas catastróficas podría romper Alemania estas cadenas. La tercera posibilidad sería resignarse con resentimiento a un estrecho *Lebensraum* con una gazmoñería negra, roja y oro [los colores de la república de Weimar] o a la vaga esperanza de una ayuda futura... Y la cuarta solución que, sin embargo, lleva a través de catástrofes: el bloque eurasiático, gran-continental.

Para la realización de esta meta última era sumamente desafortunado que el Japón se viera tan envuelto en su "incidente" con China y que no pudiera ni siquiera liquidarlo. Haushofer se dió cada vez más cuenta de que tendría que usar todos sus poderes de persuasión para convencer a sus amigos japoneses de que llegar a un arreglo con China era su propio interés vital. Ya hemos indicado que se volvía cada vez más pesimista sobre las posibilidades del Japón en la guerra. Había soñado con un Magno Japón expandiéndose hacia el sur y el oeste en los vastos espacios del Pacífico. Esto, sin embargo, dependía de sus apacibles relaciones con China y Rusia. En 1924 escribió:

Cuanta menos fricción exista en las relaciones entre el Japón y Rusia, anglosajones y chinos tendrán menor posibilidad de imponer una

25 *Revista de Geopolítica*, 1924, p. 820.

política de divide y vencerás. Japón y Rusia, estando unidos, son invencibles en el Asia oriental... una Mongolia dirigida por Rusia, una Manchuria meridional dirigida por el Japón, y entre ellas una región tope... eso podría ser una combinación más duradera que todas las construcciones de Versalles... Japón se convertiría en el partícipe, de mentalidad continental, de una política continental del Viejo Mundo. [Haushofer le llama la "organización continental eurasiática desde el Rin al Amur y el Yangtsé".[26]] Esto daría al Japón protección completa y libertad de acción en el Pacífico, una posibilidad geopolítica de inmenso alcance, no sólo para el Japón y Rusia, sino también para la Europa central y sus enemigos.[27]

¡Acción en el Pacífico! La concepción de Haushofer de la gran estrategia del futuro está delineada con más franqueza de la que suele emplear para la expresión de sus pensamientos en un comentario escrito en 1930:

La solución última del problema de la superpoblación japonesa es una expansión en las esferas de menor resistencia... Por ahora la estrategia del Japón le ha precavido contra un ataque directo a Australia. Pero no hay que olvidar que el norte y el nordeste tropicales de Australia dan hoy cabida sólo a unos pocos millares de blancos, aunque podrían albergar a treinta millones de personas.[28] El calor y la humedad hacen estos espacios inadecuados para una colonización en gran escala de las razas blancas; el clima conviene mejor a los japoneses.[29]

A este respecto es interesante observar la crítica hecha por Haushofer a Estados Unidos, que, debido a su "amplia estructura de espacio colonial", son incapaces de comprender el dilema planteado en el Asia oriental y la Europa

26 *Ibid.*, 1930, p. 961.

27 *Geopolítica del Océano Pacífico*, 1ª ed., p. 142.

28 El geógrafo alemán A. Penck calculaba que Australia podía dar cabida a 450 millones, o sea 75 veces más de su población actual.

29 *Revista de Geopolítica*, 1930, p. 961.

central por la presión demográfica. "Es un caso excepcional", escribe Haushofer,[30] el de un americano, Isaías Bowman, al que impresiona la densidad de población del Japón y admite que "debe desbordar sus fronteras".[31] Sin embargo, Haushofer olvida decir que Bowman añadía, "si no con la población, con las exportaciones". Este ejemplo es característico del total desdén de Haushofer hacia los intentos de resolver semejantes problemas por medio de la cooperación económica internacional. Para él, la economía no es "destino". "Nadie en los espacios del Pacífico —dice despectivamente— cree en esta máxima a la que tanta importancia conceden en el oeste." [32]

Haushofer no está solo en sus concepciones de política internacional global. Nunca se insistirá bastante en que su importancia histórica consiste en que no fué la suya una voz que gritara en el desierto, sino que ejerció una influencia enorme en aquellas personas de Alemania y el Japón cuyas opiniones tenían peso o habrían de tenerlo en la política práctica. Buen ejemplo de ello son dos artículos de discípulos jóvenes de Haushofer, que aparecieron en la *Revista de Geopolítica* ya en 1926: uno de los autores es alemán; el otro, un oficial de la marina japonesa. El alemán compara los destinos futuros del Japón y Alemania. Ambos deben resistir la política de cerco contra Rusia llevada a efecto por las potencias anglosajonas con la ayuda del tratado de Wáshington y de la Sociedad de Naciones. Ambos están vitalmente interesados en las buenas relaciones con Rusia. El

30 *Geopolítica del Océano Pacífico*, 3ª ed., 1938, p. 212.
31 I. Bowman, *The New World*, 1928, p. 578.
32 *Geopolítica del Océano Pacífico*, p. 290.

mismo autor comenta luego la futura expansión japonesa tal como la ve a la luz de las enseñanzas de Haushofer: los japoneses, observa, no han demostrado gran entusiasmo por establecerse en las frías regiones de Hokkaido o en otras áreas de clima desfavorable. Pero han seguido de buen grado el avance natural que los llamaba hacia el Pacífico y sus cálidas regiones costeras. El oficial de la marina japonesa proclama la misma opinión: ¡Paz con Rusia, guerra contra las potencias blancas coloniales del Pacífico! Los problemas demográficos que tienen en común el Japón y Alemania, escribe en 1926, debieran preparar el terreno para una alianza germano-ruso-japonesa. Estas tres potencias tienen, en efecto, una gran meta en común: la destrucción del imperialismo colonial.[33]

Japón no escuchó las cautas admoniciones de Haushofer de atacar primero al Imperio británico (y a Francia y Holanda). En lugar de dirigirse al sur, inició su avance en el continente. Haushofer había advertido que esto llevaría a la unión de chinos e hindúes y daría por resultado la formación de un bloque humano inconquistable de 800 millones. Recordó a los generales japoneses, que habían obtenido la supremacía sobre los almirantes, que tendrían que ganar también la paz.

Por lo menos, el mismo Haushofer no se hace ilusiones: "Japón ha subestimado los espacios inmensos de China y nunca comprenderá el espíritu de la China moderna. No ha comprendido la grandeza de Chiang Kai-shek, símbolo de la nueva China, el primer caudillo de la historia que

33 *Revista de Geopolítica*, 1926, p. 620 (P. Ostwald); p. 880 (G. Hiroe).

representa a toda la nación china." [34] Y también: "China es un mar que vuelve salobres todos los ríos que fluyen a él; si Japón penetrara demasiado adentro en China, se ahogaría." [35] Si pudiera surgir un imperio con "el alma del Japón en el cuerpo de China, sería una potencia que eclipsaría incluso a los imperios de Rusia y Estados Unidos".[36] Pero bien sabía Haushofer que esto era el sueño insensato de un viejo.

En el mundo de la realidad no había más que una solución: habría que mantener la línea interior, en colaboración pacífica con las potencias del "eje geográfico de la historia". Alemania, lo mismo que el Japón, tendría que buscar la paz y la amistad con Rusia y China. Luego, el Japón, con la espalda resguardada contra el ataque continental, podría iniciar su avance para un imperio en el Pacífico.

Ni Alemania ni el Japón escucharon a su pretendido mentor. En junio de 1941 los planes de Haushofer fueron aplastados por el otro soñador de las montañas bávaras. Como la *Revista de Geopolítica* no puede conseguirse ya en Estados Unidos, ignoramos cuál haya sido la reacción pública de Haushofer ante la invasión de Rusia por Hitler. No importa lo que Haushofer político y diplomático pueda haber escrito. Una cosa es cierta: entre sus líneas anida el temor, padre de la derrota.

[34] *Ibid.*, 1939, p. 30. [35] *Ibid.*, 1935, p. 377. [36] *Ibid.*, 1939, p. 106.

VIII

AMERICA, "EL SATELITE"

La América de hoy está cansada y vieja.

Herr Colin Ross

Una de las características más significativas de la aplicación de la geopolítica alemana a la estrategia militar y política es negativa: el hemisferio occidental, y en especial Estados Unidos, no recibe tanta atención como Europa, Eurasia y la esfera indo-pacífica. Esto no quiere decir que Haushofer y la *Revista de Geopolítica* se abstengan deliberadamente de analizar los problemas de América ni que los desdeñen de modo intencional. Numerosos comentarios en los artículos mensuales de Haushofer, y también en sus libros, más un gran número de estudios serios sobre problemas americanos específicos, dan muestras de que los geopolíticos alemanes han tratado de comprender el papel que la situación, el tamaño y el espacio del hemisferio occidental, y en particular de Estados Unidos, asignan a estas regiones, en la actualidad y en el futuro. Estos comentarios suelen ser de una corrección sorprendente. Con frecuencia analizan tópicos y problemas de los que el público americano, aunque mucho más cercano a ellos, no se da cuenta o no se la ha dado hasta hace muy poco tiempo.

Los problemas tratados son de lo más diverso, como, por ejemplo, la pugna por el poder de los dos partidos en Estados Unidos, la emigración japonesa al Brasil, la urbanización creciente de Estados Unidos, los problemas internos del Canadá y su relación con Inglaterra y Estados Unidos, el problema de los negros y, con más frecuencia que ningún otro, los problemas del Océano Pacífico. Si en el Pacífico se anexiona una isla, si el Congreso se opone a la concesión de algunos millares de dólares para fortificar la de Guam o las Midway, si los norteamericanos tienen dificultades con los filipinos, si hay un asesinato en Honolulú causado por el odio de raza, podemos estar seguros de que siempre Haushofer o alguno de sus discípulos evaluarán la situación como parte de una geopolítica del Océano Pacífico.

Sin embargo, todo esto es como un mosaico sin terminar, con miles de piezas dispersas en torno. El lector de los libros de Haushofer y de la *Revista de Geopolítica,* al concluir sus estudios, seguirá perplejo respecto a la parte que el hemisferio occidental, o Norte y Sudamérica desempeñarán en la política internacional. Si se compara la manera como se miden y se ponen en relación entre sí el continente eurasiático y las esferas del Pacífico, la síntesis falta por completo cada vez que la geopolítica invade el hemisferio occidental. No habría sin duda justificación, desde el punto de vista americano, para estudiar la geopolítica alemana como guía de una estrategia geopolítica, si sus resultados en otras partes del globo fueran tan infructuosos como lo son sus intentos en la evalución de las esferas de América.

¿Cuáles son las razones de la renuencia o la incapacidad de Haushofer para hacer del hemisferio occidental parte

integral de una idea del mundo que debe quedar incompleta y errónea si no se reconoce con claridad el papel de los sistemas estatales americanos, y en especial el de Estados Unidos?

Ratzel, quien, ya en 1901, escribió un artículo titulado *El espacio vital*,[1] que descubrió este lema de alcance tan decisivo en nuestros días y que impresionó a Haushofer con su "ley de los espacios crecientes", basó sus ideas en las duraderas impresiones que habían dejado en él los grandes espacios estadounidenses. Previó un cambio revolucionario en la política mundial, con Europa declinando a un papel secundario, a pesar de todas sus ventajas, siempre y cuando que Estados Unidos aparecieran en el escenario internacional como unidad política, penetrada por un espíritu nacional. ¿Cómo pudo su discípulo olvidar semejantes advertencias?

Podemos suponer tan sólo, aunque no probarlo de hecho, cuáles puedan haber sido las razones decisivas. Una visión política que considere a América, como lo hace Haushofer, como un continente satélite, más allá de la esfera de Eurasia, es típica de una idea geográfica del mundo basada en la geografía de ayer. Nuestra generación, en conjunto, ha sido educada para ver el mundo con los ojos de Mercator. Casi podríamos pensar en este gran cartógrafo que, hace cuatrocientos años, trazó sus mapas para navegantes audaces, como en un aliado secreto de Hitler. Hasta hace poco, los estadistas de las Naciones Unidas fueron cautivos de la idea del mundo de Haushofer, que les impidió percibir el carácter global de la revolución mundial. Sería

1 F. Ratzel, *Der Lebensraum* (estudio bio-geográfico), 1901.

más correcto, sin embargo, ver en Mercator una potencia neutral. Tan grande fué la influencia de su proyección que moldeó incluso la visión de Haushofer y le hizo juzgar mal el peso geopolítico de Norteamérica.

Nuestra estrategia está ahora comenzando a comprender una lección vital que se considerará elemental el día de mañana. El Polo Norte, en la edad de la aviación, está cercano al eje de la estrategia mundial, lo mismo si se le mira desde Wáshington, Tokio o Berchtesgaden. Semejante visión geográfica, basada en una proyección acimutal, hace inevitablemente de Eurasia y Norteamérica una masa de tierras continental casi continua, la masa de tierras de la futura dominación mundial. Flanqueado por Estados Unidos (Alaska), Canadá y Rusia, que dominan el mar Artico, este continente inmenso contiene las líneas interiores y deja a las potencias del Eje en el semicírculo exterior.[2]

Es imposible probar de hecho que la incapacidad de Haushofer para ver América como una continuación de la masa terrestre eurasiática por el norte se deba a la influencia de la proyección de Mercator. A nosotros nos parece que no puede ser de otro modo. Y esto, dicho sea de paso, nos hace ver al antiguo cartógrafo como una de las armas secretas más poderosas de esta guerra, que trabaja contra los dos bandos, aunque América parece ahora estar ganando la delantera más de prisa que el enemigo.

Sin embargo, existen unas cuantas razones más tangibles

[2] Cf. el excelente artículo sobre "Mapas" publicado en *Life Magazine* el 3 de agosto de 1942; los excelentes mapas dibujados por R. E. Harrison para *Fortune Magazine*, y las lecciones de geografía, elementales, pero sumamente oportunas, de C. H. Lawrence y R. Ramsey, en *New World Horizons*, Nueva York, 1942.

para la incapacidad de Haushofer de evaluar el papel de América en la política mundial del futuro. Una de ellas es la total fascinación de Haushofer con la dinámica de la Rusia asiática y, detrás de ella, los vastos espacios de las esferas del Pacífico. A duras penas puede ocultar —y esta observación es válida desde los años primeros en que inició su obra y durante la cruzada de Hitler contra el bolchevismo— su admiración por las realizaciones de Rusia y por el fortalecimiento constante de su posición de fuerza en sus provincias periféricas del Oriente. Los Estados Unidos no pueden competir con semejante éxito. "Una comparación —escribe Haushofer en 1941 [3]— entre los dos imperios de los grandes espacios, Rusia y Estados Unidos, indica que la U. R. S. S. ha demostrado mucha más habilidad y comprensión de los factores psicológicos en la política, al recoger su cosecha, que Estados Unidos. Pero más aún que Rusia, es la esfera del Pacífico la que ha de considerarse responsable del desdén de Haushofer por el hemisferio occidental. El, que previó con tanta claridad la gigantesca tempestad que se avecinaba en el Pacífico, se ve más que tentado a considerar el hemisferio occidental casi con exclusiva referencia a dicho océano. Aquí es donde se da plena cuenta del papel político mundial que Estados Unidos va a desempeñar en la futura política del mundo. Por esta razón, todo factor geográfico del hemisferio occidental relacionado con el Pacífico y todo acontecimiento político en estas regiones son cuidadosamente anotados por él y pasan a formar parte de su sistema geopolítico.

[3] *Revista de Geopolítica*, 1941, p. 47.

Entre los estados sudamericanos, su atención se dirige con preferencia a Chile como nación que es totalmente potencia del Pacífico. La ve en una relación fuerte, y en el futuro tal vez extremadamente importante, con el Japón. Se comprende también que cualquier análisis de los problemas geopolíticos lleve a Haushofer a las costas de California. Pero es tan grande su interés por el "lado pacífico" de Estados Unidos que se ve inducido a limitar sus observaciones a los estados del oeste, descuidando así el lado atlántico de Norteamérica.

Haushofer mismo llama a "la cuestión californiana" uno de los temas más importantes de su *Geopolítica del Océano Pacífico.*[4] Aunque sabe que Estados Unidos está todavía más estrechamente ligado, económica y financieramente, con el Atlántico, para su visión pacífica es más importante el hecho de que Estados Unidos, tanto militar como económicamente, representa el factor más fuerte entre las potencias americanas del Pacífico. (Y no existe estado en el hemisferio occidental que no esté interesado de modo directo en el Pacífico. Haushofer indica que esto es particularmente cierto del Brasil, con sus 450,000 colonos japoneses y su complicado problema de inmigración japonesa.) Su conciencia de los potenciales de fuerza de Estados Unidos en el Pacífico lleva lógicamente a Haushofer a concentrar sus estudios sobre California y sus problemas demográficos. Cuando se ocupa de los factores geopolíticos del continente norteamericano, los mira como lo haría un general japonés. El estudio de los problemas demográficos

[4] *Geopolítica del Océano Pacífico*, 3ª ed., p. 118.

y de urbanización de California enfoca la atención exclusivamente sobre las relaciones futuras entre los inmigrantes americanos y japoneses. En su *Geopolítica del Océano Pacífico,* Haushofer traza un mapa de las regiones de San Francisco y Los Angeles, en el que señala los cuatro centros principales de establecimiento japonés, las principales líneas de comunicación y las zonas trigueras de California. Es un mapa oportuno. Haushofer le llama "El significado de la cuestión californiana".[5] Citando fuentes norteamericanas, pretende que de 623,752 acres de tierra de primera clase, 458,065 estaban poseídos o arrendados por japoneses, o bajo su influencia. "Sus huellas no pueden borrarse ya... de la historia económica de California porque están más profundamente arraigados en el suelo que ningunos otros colonos." A este respecto señala el hecho de que los establecimientos japoneses ocupan también posiciones estratégicas en torno a las principales arterias de comunicación entre San Francisco y Los Angeles.

Haushofer se da cuenta, sin duda, de sus propias limitaciones, que le incapacitan para juzgar la marcha de la política americana. Por esta razón ha dejado el hemisferio occidental a sus colaboradores y sólo toma en cuenta lo que en él ocurre en la medida en que afecta a la esfera del Pacífico. Por desgracia confió la tarea de valorar América en su relación con el resto del mundo a hombres que, o eran estrategas de café que predicaban el evangelio del hitlerismo y la dominación alemana del mundo con la palabrería de Haushofer, como Colin Ross, o eran, como su hijo Albrecht, papagayos que citaban machaconamente periódicos,

[5] *Ibid.*, p. 121.

cifras y estadísticas norteamericanas sin ofrecer síntesis constructivas.[6] Así, los intentos de prognosis geopolítica fueron débiles en comparación con las propias predicciones del maestro, las cuales, fueran o no defendibles política o científicamente, nunca dejaron de influir sobre grupos importantes, logrando con ello su propósito principal.

De los dos "expertos" sobre Estados Unidos, Ross y Haushofer, Jr., el primero merece más atención, porque sus ideas sobre América son típicas de lo que un público alemán educado sabía y pensaba. En gran medida sus conceptos son casi idénticos a los expresados por Spengler en sus opúsculos políticos.[7] Haushofer sentía una extraña admiración por Ross, un trotamundos y escritor que se vendía a cualquiera que le pagara lo necesario. Es el único del círculo íntimo de Haushofer que, después de 1933, hizo que la *Revista de Geopolítica* tuviera casi el mismo aire que las demás publicaciones periódicas de la Alemania nazi. Ross estaba completamente falto del sentido diplomático que caracterizaba a Haushofer. Típico de ello fué la introducción entusiasta que escribió para un artículo de Sir Oswaldo Mosley, jefe de los fascistas ingleses, escrito para la *Revista de Geopolítica*.[8] Los libros y artículos de Ross sobre Norteamérica tenían una gran circulación. Reflejan una incomprensión absoluta, prácticamente, de todas las fuerzas e ideas jóvenes y vigorosas que crecen en este país. A veces admite de mala gana su existencia, pero su verdadera reacción parece

[6] El profesor O. Maull, notable hombre de ciencia que escribió hasta 1931 acerca del hemisferio occidental en la *Revista*, fué expulsado por Haushofer, según antes dijimos.

[7] *Geopolítica del Océano Pacífico.*

[8] *Revista de Geopolítica*, 1936, p. 565.

expresarse con más sinceridad en el relato de una visita que hizo a Estados Unidos en 1935: "La América de hoy está cansada y vieja, sorprendentemente vieja. Cuando uno llega a este lado del Atlántico desde Europa, que palpita con nuevas ideas y arde en creencias para el futuro, no se encuentra ya en el Nuevo Mundo que era tan evidente antes e incluso después de la guerra." [9] O en otra ocasión:

> América ya no es el "último grito". Han surgido nuevas ideas allá en Europa. Esas ideas han transformado el mundo. Vivimos en un mundo enteramente nuevo. El mundo es siempre sólo tan viejo como su último grito. *América no ha participado en esta transformación, América ha envejecido de golpe.* Se siente esto en América, no de un modo claro y distinto, sino como un rasgo difuso. De aquí la repentina y creciente explosión de odio contra la Nueva Alemania.[10]

Este artículo, escrito en agosto de 1933, es también interesante porque trata de apreciar el futuro del Canadá asegurando que el "proceso de fusión" de Estados Unidos nunca podrá tener éxito en las praderas canadienses:

> La revolución alemana ha obrado milagros también aquí. *Nunca antes ha visto el Canadá una adhesión tan orgullosa y espontánea a Alemania.* Incluso los canadienses nativos tienen gran interés por hablar alemán y alardean de su ascendencia alemana. El futuro, por lo tanto, no verá un estado canadiense, sino una Sociedad de Naciones canadiense, que consistirá en varios pueblos canadienses.

Las extrañas y erróneas concepciones de los procesos políticos del hemisferio occidental, y en especial de Estados Unidos, de que son típicas las de Ross y Spengler, prepararon el camino para las explosiones de la propaganda de

9 *Ibid.*, 1935, p. 133.

10 *Ibid.*, 1933, pp. 656 ss.

Hitler contra América. Crearon un antagonismo emocional con el Nuevo Mundo, que, con todo su supercapitalismo, ya parecía viejo y decadente. Que semejantes valoraciones erróneas y descuidadas pudieran influir en la manera de pensar, no de las grandes masas pero sí de los grupos más influyentes y representativos de la *élite* política, se debe preferentemente a que se presentaron con un contenido seudocientífico. Pero ello se debe también al hecho lamentable de que Estados Unidos, en los tiempos prehitlerianos, descuidó por completo fomentar una mejor comprensión entre ambas naciones. La América que conocía el alemán medio de posición elevada era sólo la América de Wall Street, que, con gran sorpresa suya, encontró grandemente interesada en ayudar a poner los cimientos de una nueva Alemania, fuerte en los aspectos económicos y militar. Y es que Alemania estaba dispuesta a pagar un cuarto, o incluso un medio por ciento más en acciones industriales que otras naciones. Cuando, por fin, la Casa Blanca reconoció la enorme importancia de crear una mejor comprensión entre Estados Unidos y Alemania, y envió al profesor Dodd como embajador a Berlín, era ya demasiado tarde. Si Norteamérica hubiese comenzado a tiempo una propaganda cultural inteligente y cauta, habría sido posible evitar la difusión de los mismos errores graves sobre Estados Unidos que llevaron a Alemania a la ruina en la primera guerra mundial.

La completa atracción de Haushofer hacia la dinámica de la esfera del Pacífico, y su incapacidad o renuencia para elegir lugartenientes mejor dotados que su hijo y Herr Ross, no explican más que una parte de la historia de la incapacidad de su círculo para enfrentarse con el Nuevo

Mundo. Detrás de estos factores hay otras razones geopolíticas no siempre fáciles de descubrir, porque son en gran medida irracionales y con frecuencia sólo pueden rastrearse entre las líneas de las estimaciones de Haushofer. Pero el hecho de que la geopolítica alemana global sea culpable de omisión tan obvia como es descuidar los potenciales de fuerza de América en su estrategia es razón bastante para apreciar en su aspecto negativo un factor político de importancia.

El fracaso de Haushofer para reconocer las repercusiones globales del poder mundial de América es típico no sólo de su escuela de Munich, sino de la mayor parte del pensamiento político de la Europa de hoy y de ayer. Lo que hace tan difícil la comprensión de los conceptos político-internacionales de la Europa central es que, aunque el Viejo Mundo había aprendido en 1918 que el poder de Estados Unidos aportó la decisión final, se negó a sacar conclusión alguna de esta experiencia. Cuando Estados Unidos no logró, después de 1918, ganar la paz, llegó a ser predominante en Alemania una visión nueva y extraña de la política internacional. Adquirió su fuerza de factores emocionales e instintos más bien que del razonamiento frío. Haushofer, que creía estar seguro frente a semejantes reacciones emotivas (que nunca se cansaba de condenar en los demás), llegó él mismo a ser víctima de ellas cuando descubrió que una América fuerte y en crecimiento no encajaba en modo alguno en su propia concepción de un mundo nuevo en el que Alemania pudiera ser tal vez el centro del poder político. En este mundo de Haushofer no había lugar para una América continental desbordante de fuerza. ¿O puede

haber aquí un fatal error de cálculo? ¿Sellará la ruina de sus sueños audaces el haber prescindido de América en su fórmula de un sistema de poder continental con Alemania como protagonista? Friedrich Ratzel aconsejó a sus alumnos que observaran el crecimiento del poder continental americano, la presión de sus espacios crecientes, la riqueza de sus recursos económicos, la fuerza formidable de sus ciudadanos, que en la hora de peligro formarían un bloque nacional unido, sin igual en la tierra.

¿Era 1918 la respuesta? Haushofer, la geopolítica alemana y la política misma de Alemania sintieron por instinto que América era la gran incógnita que bien podía cortar de nuevo el nudo gordiano en la Europa oriental. Admitir este hecho con todas sus consecuencias significaría que la estrategia de la geopolítica alemana, mediante la cual la Europa anterior debía convertirse en partícipe activa de las fuerzas que se alzaban en el este, era un juego aún más peligroso. Pero la suerte estaba echada. Fué profunda la impresión sobre Haushofer y las cabezas militares de Alemania ante lo que previó Spengler al no osar concluir su *Decadencia de Occidente* con un capítulo sobre "Rusia y el futuro". Rusia, China, India, más Alemania y Japón, firmemente encajados en las fortalezas estratégicas desde las que iba a ser dominado el gran continente: he ahí una combinación de fuerzas bastante poderosa para inducir a quien la planeaba a olvidarse del continente americano. La geopolítica alemana suscribía, tal vez sin darse cuenta plena de las consecuencias, lo que en cierta ocasión dijo Lenin: "Volvámonos hacia Asia; dominaremos el Occidente por el camino del Oriente."

Haushofer encontró en Mackinder un aliado inesperado en sus esfuerzos para demostrarse a sí mismo y a sus discípulos que una idea del mundo continental total estaría justificada sin que América entrara en el cuadro. El lema *Fas est ab hoste doceri* era, sin duda, muy eficaz. Si un inglés, un enemigo, confirmaba sus ideas respecto a un mundo continental que pudiera equilibrarse por sí mismo y dominar el resto de la ecumene, tales ideas debían ser ciertas. En su obra *Ideales democráticos y realidad,* Mackinder se había referido a América como "un cierto par de penínsulas... para fines prácticos insulares más que peninsulares". Clasifica estas islas, juntamente con Australia, como "meros satélites del viejo continente".[11] Considera a Norteamérica como situada fuera del gran promontorio mundial que termina en el Cabo de Buena Esperanza, del mismo modo que Creta está fuera de la península helénica y que Gran Bretaña lo está de la península latina. Una idea así era precisamente lo que necesitaba Haushofer. América como satélite remoto y aislado de la isla mundial, esa era la visión global ideal que encajaba en su cuadro de una dominación mundial de las potencias continentales conquistadoras de espacio.

Traducido al lenguaje del haushoferismo, esto quería decir que la única política que servía a las necesidades del satélite América era el espléndido aislamiento. Cuanto menos contacto exista, mejor será el resultado final para los pueblos del corazón continental y de la isla satélite. Así desarrolló la geopolítica alemana una concepción del papel

11 H. MACKINDER, *Democratic Ideals and Reality,* pp. 80 ss.

de América en la política mundial que, en tono y argumentos, coincide prácticamente con el aislamiento americano. De hecho nada tiene en realidad de sorprendente que Sylvester Viereck pudiera utilizar manifestaciones del cuartel general de Goebbels, traducidas literalmente, para que sus amigos aislamientistas las declamaran en el Congreso.

El propósito de esta gran estrategia alemana se hace cada vez más evidente: ahondar el abismo entre el Nuevo Mundo y la isla mundial de Eurasia en la que Alemania no quiere ser perturbada en sus empresas por un americanismo "incapaz de pensar más que en dólares". Este muro invisible entre América y Eurasia es el que motiva la falta de planes, en la revista y los libros de Haushofer, para una invasión militar o un dominio directo de Estados Unidos o de otras regiones del hemisferio occidental. Haushofer no es lo bastante ingenuo para cometer errores que no tuvieran más efecto que debilitar las filas del aislamientismo americano y hacer que el pueblo de América se diera cuenta a tiempo de lo que se estaba maquinando a sus propias espaldas. Empresas de aficionados, como el Bund alemán, montadas por funcionarios nazis en Berlín y Stuttgart, no pueden cargarse en la cuenta de los estrategas geopolíticos. Los geopolíticos sabían que a fin de aislar América con eficacia, la política alemana tendría que cooperar con los aislamientistas de allende el océano. Los ciudadanos americanos de ascendencia alemana no deberían, por lo tanto, ser aliados en el avance alemán. Si Goebbels pensaba y actuaba de modo distinto, esto prueba tan sólo que él y Haushofer no eran lobos de la misma camada. Haushofer indica repetidas

veces [12] que en Alemania hay que descartar por completo el valor imaginario que el elemento alemán de América pueda poseer para los fines políticos alemanes. Desde luego, la sangre alemana ha desempeñado un papel prominente en la formación del organismo americano. Pero esto pertenece al pasado. Hoy en día, ni Norte ni Sudamérica necesitan ya del material humano de Europa ni de su genio inventivo. La actitud de los germano-americanos durante la primera guerra mundial es para Haushofer prueba suficiente de que ya no cuentan como piezas en el gran juego de Alemania. Esto, piensa Haushofer, está perfectamente. Porque sólo habían de causar trastornos, sin ofrecer ninguna ayuda digna de mención. Perturbarían y debilitarían a los colaboradores inconscientes del avance alemán, los aislamientistas americanos.

Los intentos alemanes de cimentar el "bloque transcontinental" aislando el continente americano se llevaron a cabo con torpeza. La decisión de Haushofer de permanecer en el fondo y dejar el campo a sus estrellas secundarias se debió tal vez al hecho de que no podía sentirse demasiado a gusto con semejante eliminación del hemisferio occidental. Este pensar tendencioso y esta política de avestruz eran ajenos a los fríos cálculos de Haushofer y, por lo general, no habría de permitirles ejercer influencia alguna sobre las decisiones políticas. El no lograr incluir los factores geopolíticos del hemisferio occidental en una visión del mundo de nuestra época hizo que la geopolítica alemana fuera culpable con respecto a América del mismo error que ya en otra ocasión le había sido fatal.

12 Cf. *Journal of Gov. Politics*, 1937, pp. 579, 251.

Para establecer la tesis del aislamiento americano, la geopolítica alemana tenía dos argumentos que fueron empleados de modo abierto y constante por sus propagandistas; uno de ellos proclamaba la doctrina Monroe original, que mantenía a los Estados Unidos apartados de la intervención política activa fuera del hemisferio occidental, como suma sabiduría geopolítica, y de hecho la única política exterior que Estados Unidos, desde luego por su propia voluntad, debía seguir. El otro, complemento del primero, advertía los inmensos peligros que amenazaban al espléndido aislamiento de América si unía su suerte a la del Imperio británico. De identificar sus ambiciones con los intereses de Inglaterra, cuyo imperio estaba ya destinado a la desintegración, América se condenaría. La única esperanza de supervivencia para Inglaterra, no como imperio colonial, sino como partícipe de segundo orden entre las grandes potencias del bloque eurasiático transcontinental, era poder resignarse a ese papel secundario. Pero los hombres de Haushofer eran mucho más escépticos que Hitler sobre las posibilidades de convencer a Inglaterra de la conveniencia de aceptar su nuevo papel en la política internacional. La estrategia de la geopolítica alemana consistía por ello en dirigirse a Inglaterra de modo indirecto, a través de América. Si fuera posible persuadir a la opinión pública de Estados Unidos para que rompiese relaciones con Inglaterra y desarrollase su propia fuerza mediante el aislamiento, la tarea de convencer a Inglaterra sería fácil. No tendría otra opción.

Para desbancar la moda reciente de ver en la geopolítica alemana una superciencia no podría encontrarse mejor argumento que la manera equivocada que tuvo la escuela de

Munich de tratar la participación del hemisferio occidental en la política del mundo. Típico de esta actitud hacia América, cultivada por el círculo de Haushofer, es un artículo de Colin Ross, titulado "América quiere obtener poderío mundial".[13] Este ensayo refleja todos los temores y esperanzas ocultas respecto al papel de América, tal como la política alemana de poder lo veía en vísperas de la guerra.

Ross analiza las transformaciones experimentadas por la doctrina Monroe durante el curso de los años y, sobre todo, durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt. Comienza con una cita de Bismarck, que de modo bien típico es empleada frecuentemente en las columnas de Haushofer: "La doctrina Monroe es una impertinencia." ¿Cómo clasificaría Bismarck, pregunta Ross con sorna, la expansión de la doctrina original de Monroe hecha por Franklin D. Roosevelt? Sugiere que más bien deberíamos hablar de una nueva doctrina Roosevelt, de una nueva idea geopolítica del hemisferio occidental, cuyas fronteras se extienden lejos dentro del Pacífico y hasta las costas de Eurasia y Africa. Este dominio gigantesco, que alcanza prácticamente desde el Polo Norte hasta el Sur, es el dominio de la "democracia americana". Dentro de las fronteras imaginarias de su imperio ideológico no queda derecho alguno a ninguna potencia europea; donde todavía existen, hay que considerarlos como residuos de una época colonial que se sobrevive y que terminará por ser liquidada. Queda puesta fuera de la ley la cesión de territorio en las inmensas esferas que Estados Unidos pretende son suyas —excepto, naturalmente, la cesión a Estados Unidos—. Ninguna potencia europea puede comerciar

[13] *Revista de Geopolítica*, 1939, p. 420.

en el hemisferio occidental en otras formas que las aprobadas por Estados Unidos. El solo quiere decidir sobre las formas de gobierno y de vida. Reclama el derecho a resolver qué maneras de pensar deberá permitirse que invadan su hemisferio occidental. En 1823, el "sistema" contra el cual Monroe quería salvaguardar el hemisferio occidentatal era simplemente el gobierno absolutista de Metternich, o más bien las vagas ideas de reconquistar las colonias perdidas. Hoy el sistema incluye las ideas peligrosas procedentes de Europa siempre que desagraden a Mr. Roosevelt. ¿Se da cuenta Inglaterra, pregunta Ross, de lo que esta doctrina Roosevelt significa para la existencia misma de su imperio?

Detrás de esta pregunta está el problema entero del poder terrestre contra el poder marítimo o, más bien, lo que parecía ser exclusivamente poder marítimo. Las combinaciones continentales que el círculo de Haushofer elaboró tan cuidadosamente no debían ser puestas en peligro, en el último momento, por la amenaza de un ataque de flanco. En el curso de unas décadas, numerosos factores contribuyeron a convertir las grandes zonas terrestres de la isla mundial en centro de gravedad de la historia del siglo xx. Vías férreas, carreteras, el desarrollo de la aviación, la silenciosa estabilización de la Rusia soviética como inmenso poder continental en Asia, todos estos procesos hicieron que los cálculos de Haushofer pareciesen correctos. Ahora llegaba el momento en que la tardía reacción de Inglaterra y Estados Unidos y, sobre todo, la relación entre estas dos potencias, hacía imperioso examinar de nuevo unos cálculos que tan atrevidamente anticipaban la decadencia de Inglaterra y la

aquiescencia de América a desempeñar un papel de satélite en la política internacional. La geopolítica alemana se dió cuenta, tarde y de modo brusco, de que un bloque que uniera a Inglaterra y Estados Unidos, tal como parecía ir tomando forma en el curso de la "impertinente" política de expansión de Roosevelt, podría desafiar en el último momento el dominio alemán del gran continente. Inglaterra está sobre el flanco de Europa. Pero así está el Japón sobre el flanco de Asia. ¿Y no demostró el Japón por su guerra con China que las potencias insulares podrían tratar, para sobrevivir, de convertir el poder marítimo en poder terrestre? [14] Si Inglaterra intentase hacer frente a la amenaza vital de un nuevo sistema superestatal sobre el continente eurasiático, sería un enemigo serio siempre que se aliara con Estados Unidos. Sólo si éstos consideraban como suelo propio los acantilados de Dover, podría llegar a ser una realidad la conversión del poder marítimo en poder terrestre mediante la invasión de la península europea.

Tales son los temores que dan ocasión a la pregunta de Ross, y éste no es la única persona que se la hace en Alemania. ¿Se da cuenta Inglaterra de lo que la doctrina Roosevelt representa para la existencia de su imperio? La respuesta, según Ross, depende de los hombres de Downing Street. Si continúan tratando de supervisar Europa y de procurar que ninguna potencia europea sobrepase a las demás, el futuro de Inglaterra dependerá de la buena voluntad de Estados Unidos. Su situación, en cambio, sería totalmente distinta si encontrara el camino de vuelta a la "madre Eu-

14 Cf. el excelente diagnóstico de 1930 de O. LATTIMORE, en *Manchuria Cradle of Conflict*, pp. 330 ss.

ropa". Entonces ya no habría ninguna necesidad de que Inglaterra jugara con una potencia europea contra otra. Se convertiría en parte integrante de los Estados Unidos de Europa. Una Inglaterra así podría recordar que tenía ciertos derechos y aspiraciones sobre América. (¿Leería Haushofer con entusiasmo esta frase y las que siguen?) Inglaterra podría considerar como una impertinencia la promesa de Roosevelt de proteger al Canadá. Desde luego, los lazos entre Canadá y Estados Unidos se están estrechando; "pero tal vez esto pudiera detenerse". Ross afirma que existen en el Canadá fuerzas importantes totalmente opuestas a la "amistad" norteamericana. Si todo esto no fuera suficiente para llevar a Inglaterra al campo de Hitler y para replegar a Estados Unidos detrás de los límites de su isla-satélite, Ross tiene aún más cosas que ofrecer a una Inglaterra que quisiese ser razonable. El bloque de los Estados Unidos europeos podría ayudarla con un par de triunfos para jugarlos contra Estados Unidos. Sería una mala diplomacia que Herr Ross manifestara todo lo que sabe. Inglaterra puede imaginarse por sí misma las grandes posibilidades que tendría frente a Estados Unidos si contase con el respaldo de Hitler. Hay, por ejemplo, su posición estratégica en el Caribe... Sólo porque Norteamérica se da cuenta de estas amenazas potenciales la diplomacia de Roosevelt está tratando tan desesperadamente de libertar a Inglaterra de las garras del pacto de Munich y de las obligaciones naturales que la unen al bloque continental. Es evidente, exclama Ross, que la ruidosa cruzada de Roosevelt contra la Alemania de Hitler es de hecho una cruzada antieuropea. Porque Alemania se ha liberado de la tutela impuesta por la

democracia y los dólares americanos, porque existe el peligro de que esta actitud sea contagiosa y de que toda Europa vuelva la espalda a la América de Roosevelt y porque ve que estas nubes se acumulan en el horizonte, es por lo que América se alía con la judería mundial y con el comunismo en una lucha fanática contra la Alemania de Adolfo Hitler.

La geopolítica alemana había llegado por fin al punto en que ni el Dr. Goebbels ni Alfredo Rosenberg podían criticar por más tiempo sus aspectos político-mundiales; pero Haushofer debe haber dormido mal después de leer semejantes creaciones de su principal discípulo.

Es el año 1939 y, en la calma que precede a la tormenta, se pone de manifiesto con qué armas pretendía atacar a Estados Unidos la geopolítica alemana, habiendo descuidado tan por completo el otro lado atlántico del país. Toda la estructura del edificio de Haushofer se vería, sin duda, amenazada si América no quedase dentro de sus fronteras de aislamiento,[15] dando así a las potencias transcontinentales dirigidas por Alemania y el Japón la luz verde de paso para marchar hacia la dominación mundial. ¿Cambiaría América las luces? Sólo en caso de que los Estados Unidos se resignaran deliberadamente a un aislamiento total hemisférico podría el continente eurasiático convertirse en la presa de los dictadores. América tendría que quedar siendo también, en su aspecto espiritual, lo que parecía estar probado por la geografía: el satélite de la isla mundial. No debía despertar a la conciencia de su propia fuerza, que la llevará del aislamientismo a la aceptación de su papel señero en la

15 Cf. R. Strauss-Hupé, "Geopolítica", en *Fortune Magazine*, noviembre de 1941, p. 116.

política mundial. Sin embargo, si rehusara aceptar esta responsabilidad, entonces, y sólo entonces, sería posible habérselas con ella en fecha más tardía, como lo describe W. F. Kernan en su obra *La defensa no ganará la guerra:* [16] América está destinada a convertirse en una especie de Calibán entre las naciones, en una gran sierva deformada de los Prósperos y Mirandas nazis. A causa de nuestro infortunado aislamiento, irá declinando nuestra condición hasta ser muy inferior a la de los pueblos conquistados de Europa.

Estados Unidos será borrado de las filas de las grandes potencias en el momento en que pierda su empuje hacia el poder y la expansión. A este respecto, será bueno tomar nota de las palabras programáticas de Haushofer, escritas en 1930: [17]

> Nos enfrentamos hoy con un tipo de grandes potencias totalmente cambiado. Sólo un síntoma permanece sin alteración: la voluntad de poder y expansión. Una estabilización de poderes en equilibrio no ofrece una solución final. Allí donde falta la voluntad de poder, el concepto de gran potencia carece de sentido, incluso cuando haya nacido en grandes espacios.

La presunción alemana de un aislamientismo americano decadente conforme a las ideas del siglo XIX revela una falla decisiva en la geopolítica alemana. La prolongada visión global estropeó los ojos al propio Haushofer: [18] los

16 Por lo demás, su capítulo sobre "Guerra continental y geopolítica" es más bien esquemático; tampoco estoy de acuerdo con sus conclusiones generales, demasiado unilaterales.

17 KFELLÉN-HAUSHOFER, *Las grandes potencias*, 1930, pp. 328 s.

18 En los escritos de Haushofer muy rara vez se encuentran anticipos de la participación activa de Estados Unidos en la política de poder continental. Ejemplo interesante es un editorial anónimo de su *Revista*, escrito en julio de 1932 y evi-

Estados Unidos *no harán* su propuesta de dominación mundial contra los nuevos imperios centrados en torno a las superficies-eje de Eurasia. A partir del discurso hemisférico de Roosevelt, durante la campaña electoral, en Dayton, Ohio, el viento se ha llevado estas esperanzas. Y con ellas arrastró también el credo de la geopolítica alemana concebida como una "superciencia" y no como lo que es en realidad: la aplicación de los principios geográficos, descuidados en el pasado por amigos y enemigos, al juego de las ambiciones de poder.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
BIBLIOTECA

dentemente de la pluma de Haushofer. Menciona una frase del agregado militar japonés en Moscú, según el cual era "absolutamente imposible" una cooperación activa entre la Rusia soviética y Estados Unidos. "Podría ocurrir exactamente lo contrario —piensa Haushofer con tristeza—; también los alemanes creíamos que la ballena y el oso polar nunca se entenderían. Y, sin embargo, lo hicieron..." *Revista de geopolítica*, 1932, p. 443.

IX

ESPACIO VITAL Y PRESION DEMOGRAFICA

Las fronteras no están al este ni al oeste, al norte ni al sur, sino dondequiera que un hombre se enfrenta con un hecho.

H. THOREAU

EN LOS ANTERIORES capítulos, nuestro análisis de la geopolítica se limitó a los rasgos más importantes de esta "ciencia". Semejante enfoque se complicó tanto más cuanto más nos cargamos con el peso de una ideología extraña. Sin embargo, encontramos imposible lanzar por la borda todo este peso. Sin su "magia" y su "dinamismo", la estrategia geopolítica alemana estaría muerta; su fuerza vital explica su vigor y su peligro para los pueblos dormidos. Al examinar las fuerzas irracionales que encaminaron los sueños de Alemania hacia las llanuras rusas y asiáticas, tratamos de descubrir cómo en nuestros días las masas terrestres continentales de Eurasia se han convertido en eje de la historia del mundo.

De este modo acompañamos a Haushofer hasta las estepas de la Rusia asiática y las esferas del Pacífico, tratando de ver, con la menor especulación posible, dónde se apartaba su camino del de Hitler. Por último, dimos un vistazo

a la parte que se asigna a nuestro hemisferio en el sistema cambiante de la geopolítica alemana.

Pero a fin de hacer discernibles esos rasgos del haushoferismo para nosotros, que desde una distancia lejana tratamos de penetrar en sus nieblas, tuvimos que dejar a un lado numerosos puntos de vista que son del dominio de la geopolítica alemana. Las omisiones serían imperdonables si nuestro libro pretendiera describir desapasionadamente el "sistema" y el contenido de la geopolítica. Obra semejante requeriría un estudio más voluminoso y detallado que el presente. Por otra parte, apenas si nos permitiría describir el mundo de Haushofer con los sombríos colores que adquiere cuando lo contemplamos como un arma de las fuerzas de la revolución mundial.

Lo mucho que hemos tenido que omitir (y no fué sólo paja lo que hemos apartado) a fin de lograr este propósito, se pone de manifiesto si recordamos que la geopolítica de Haushofer pretende ser totalitaria. En cierta ocasión, Haushofer describió como sigue el dominio de la geopolítica: [1]

> Las ciencias del estado y de la economía, la sociología y la investigación, la ciencia política de Estados Unidos, las lecciones de historia, derecho internacional y constitucional y, por último, el resto de la ciencia del derecho, deben todas participar en la construcción de un edificio que sirva no sólo para recibir el pasado, como tantas obras de geografía política e historia, sino también para captar audazmente el futuro. La base científica de la geopolítica debe construirse para las necesidades del futuro y con el valor de predecirlo.

A la luz de tan ambiciosas aspiraciones no es de extrañar que prácticamente nada de lo que afecte al cuerpo político

1 *Piedras angulares de la Geopolítica*, p. 36.

sea excluído de la geopolítica. Como sistema que ha endiosado la idea del estado, personificado por su caudillo, y en que nada cuenta el individuo, la geopolítica invade el campo de todas las actividades humanas.

Hemos hecho sólo una breve mención del tema de la Europa central, tal como lo trata la geopolítica alemana; no obstante, ocupa su puesto en los estudios de Haushofer. Pero éste es decididamente un tema demasiado pequeño y, hasta cierto punto, anticuado, para interesar a Haushofer en sus concepciones de alcance mundial. La idea de la Europa central como sistema político y económico cerrado es mucho más vieja que Haushofer; esencialmente desde los días de la primera guerra mundial, su construcción política ha sido bien conocida del mundo de habla inglesa y tenida en cuenta dentro de la política práctica. *Europa Central,* un libro que todavía es de actualidad, obra de Federico Naumann, el filántropo y gran líder liberal alemán, se publicó en 1915 y apareció poco después traducido en Inglaterra y Estados Unidos. Pero el concepto de un sistema de poder interrelacionado de las naciones de Europa central como una amenaza para el resto del Viejo Mundo, a causa de su situación geográfica central, puede llevarse mucho más atrás en la historia, hasta tiempos en que los pueblos mismos de la Europa central estaban lejos de tener conciencia de su importancia política. Ahí están los emperadores romanos, Julio César, Tiberio, Druso, Marco Aurelio; ahí están los reyes y estadistas franceses, Luis XI, Enrique IV, Sully, Richelieu; ahí está Inglaterra y su política apartando de la unidad centro-europea a las naciones de las regiones costeras de la Europa occidental y de la desembocadura del Rin;

los intentos de obtener influencia sobre los ríos vitales, Rin, Danubio, Vístula; ahí está la organización napoleónica de estados-topes, que logró durante corto tiempo impedir que se formaran fuerzas políticas unidas en las fronteras orientales de Francia. Todo esto se produjo sin que la idea de una Europa central se adueñase de la conciencia política de los pueblos de esa zona. Sólo en tiempos recientes algunas personas, como Federico List, que aprendió en Estados Unidos a pensar en términos de grandes espacios, y Federico Naumann, comenzaron a concebir la Europa central como credo político unificador y poderoso. Muchas de las estructuras de Naumann atrajeron con fuerza a Haushofer y coinciden con sus propias ideas, en especial su convicción de que estaba alboreando la era de las potencias gigantescas, en la que el capitalismo de la Gran Bretaña ya no dirigirá por más tiempo la política mundial. Pero mientras las conclusiones de Haushofer se centraban preferentemente en la idea de la misión pacífica de Alemania como líder de una organización económica nueva y autárquica, que uniría a la monarquía de los Habsburgo y a los Balcanes, junto con Suiza, Holanda y Bélgica, la dinámica de Haushofer consideraba las áreas centro-europeas como una mera parte de una constelación de fuerza política cuyos miembros tendrían que obedecer, no sólo económica sino también políticamente, a su colega más fuerte, Alemania.

En las últimas décadas se han escrito cientos de libros y artículos en los que se considera a la Europa central como el centro de las tempestades de nuestra época. Las trágicas ruinas que el hitlerismo dejó tras sí a su paso por Checoslovaquia, Polonia, los Balcanes y Grecia, siguen siendo pesa-

dilla de nuestros días. La tragedia de la Europa central es la tragedia del estado pequeño en un mundo de sistemas de poder gigantescos. Sus zonas de "choque" ya no pudieron servir para el propósito de separar a los gigantes. Se convirtieron en zonas de despojos para el pueblo que adoraba la ley de los espacios crecientes como *Weltanschauung* "biológica". El problema del estado como parte integral, pero independiente, del sistema de poderes de la Europa central era prácticamente inexistente para los planeadores geopolíticos de Munich. Los destinos de Checoslovaquia, Polonia y las otras naciones que forman lo que Haushofer gusta llamar el "cinturón del diablo" de la Europa oriental, se discuten, desde luego, entre los geopolíticos alemanes. En tanto que existen con una apariencia de soberanía e independencia, su parte en el apasionado juego de ajedrez geopolítico es poco mejor que la de simples peones. Pero no hay que tomar demasiado en serio los problemas del día en el juego de Haushofer. Para él era tan plenamente segura la desaparición de los pequeños estados que el ocuparse de ellos consistía simplemente en una acción preliminar de importancia secundaria, en una desviación desagradable, pero no esencial, en la marcha a largo plazo del imperio. En todo caso, para él el estado pequeño tiene interés tan sólo en su papel estratégico como región tope, y nunca como patria de pueblos que ansían la libertad y la independencia. ¿A quién le importan semejantes deseos de los pequeños y los débiles en la asamblea de las potencias poderosas? Y cómo áreas-topes militares, estas zonas dejaron de interesar hacía tiempo a los estrategas de la geopolítica alemana. "Londres —escribió Haus-

hofer[2]— no se ha dado cuenta de que el aumento de la fuerza aérea y de las divisiones panzer, la mecanización total de la guerra, había revolucionado los viejos conceptos de los espacios-topes."

La situación de los estados pequeños se hizo más desesperada aún porque la marcha hacia las áreas cruciales del continente eurasiático estaba flanqueada por lo que la geopolítica alemana daba también por descartado, el declinar de las viejas fuerzas continentales de la Gran Bretaña (los "bandidos" del mar) y la decadencia de Francia. La geopolítica alemana desestimaba con absoluto desprecio cualquier peligro de resistencia de los pequeños estados mediante ayuda y promesas de apoyo militar de Inglaterra y Francia. Ya hemos visto con qué ironía despectiva descartaba Haushofer la idea de la autodeterminación de las naciones pequeñas como máxima ética que hubiera de aceptarse en Alemania. Este principio, establecido por las potencias mismas que llegaron a ser demasiado débiles para ponerlo en vigor (y Haushofer duda mucho que jamás trataran de hacerlo), así como por Estados Unidos, que lo había traicionado, no era sino una frase vacía en los cálculos para una coalición continental eurasiática. Las aspiraciones a la supervivencia y al espacio vital de las pequeñas potencias se consideraron como gritos desesperados y desatendidos de un mundo sin remedio.

La Europa central no es el único símbolo político que en nuestro análisis ha desempeñado un papel mucho menos importante del que podría haberse esperado después de ho-

[2] *Revista de Geopolítica*, 1940, p. 347.

jear la literatura geopolítica alemana. El papel de la idea del espacio vital como pilar del sistema de Haushofer ha sido aludido simplemente porque sus aspectos vagos y emotivos tenderían a apartarnos de la esfera que nos interesa principalmente, la geopolítica alemana, como dominio de la estrategia práctica de la política de poder. Al llegar aquí, sin embargo, debemos dar un breve vistazo al concepto de espacio vital, a fin de probar nuestra tesis [3] de que esta idea es relativa incluso dentro de una nación determinada y, por lo tanto, no ofrece solución para un ajuste permanente de los problemas internacionales.

Siempre que se toca la cuestión del espacio vital, desembocamos en una comparación de las naciones "que tienen" y "que no tienen". Después de 1933, cuando el haushoferismo, particularmente en sus publicaciones más populares, ya no pudo eludir el empleo creciente de la palabrería del nazismo, encontramos a los que tienen y a los que no tienen en otro contraste: las potencias de la resistencia y las potencias del renacimiento.[4] No es difícil dividir al mundo *grosso modo* en naciones que tienen y naciones que no tienen, y esta clasificación (ideada por el asesor de Wilson, coronel House) posee, sin duda, un fuerte atractivo para los pueblos que no tienen. Fué así cosa fácil proclamar una justificación seudocientífica de los deseos de expansión de las naciones "renacientes", Alemania, Italia y Japón, contra la riqueza

[3] Cf. p. 18.

[4] Cf. especialmente HAUSHOFER, *Política mundial de hoy*, 1937. Este libro, dedicado a Hess, profusamente ilustrado y concebido como manual geopolítico para nacional-socialistas, muestra un Haushofer más fiel lugarteniente de Hitler que el Haushofer que habla desde y entre las líneas de su *Revista*.

"decadente" de Francia e Inglaterra. A todos nos son familiares estos términos repetidos en docenas de discursos de Hitler, en los que proclamaba el derecho natural del estado alemán al espacio. Su expresión más precisa puede encontrarse en el discurso ante el Reichstag de 28 de abril de 1939, respondiendo a las proposiciones de paz del presidente Roosevelt:

El Sr. Roosevelt declara además estar absolutamente seguro de que todos los problemas internacionales pueden resolverse alrededor de una mesa de conferencias. A eso respondo yo que, teóricamente, debería creerse que ello es factible, porque el sentido común mostraría en muchos casos la justicia de las demandas de una de las partes y la necesidad imperiosa de que la otra haga concesiones. Por ejemplo, de acuerdo con el sentido común, la lógica y todos los principios de una justicia general humana y de índole más elevada, es más, según las leyes de la voluntad divina, todas las naciones deberían tener una participación igual en los bienes de este mundo. Así, pues, no debería ocurrir que una nación pretenda tanto espacio vital que no pueda arreglárselas cuando ni siquiera tiene 15 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que otras naciones se ven forzadas a mantener 140, 150 ó incluso 200 habitantes en idéntica extensión. Pero en ningún caso esas naciones afortunadas deberían mutilar aún más el espacio vital de esos pueblos que ya están sufriendo, despojándolos, por ejemplo, de sus colonias. Por lo tanto, yo sería feliz si tales problemas pudieran resolverse en una mesa de conferencias.

Dos meses más tarde, Lord Halifax, contestando a Hitler, describía el problema en términos característicos del punto de vista inglés:

Lebensraum. Esta palabra, de la que aún no lo hemos oído todo, necesita ser examinada justa y cuidadosamente. Toda comunidad desarrollada se enfrenta, desde luego, con el esencial problema del espacio vital. Pero el problema no se resuelve simplemente adquiriendo más te-

rritorio. Eso puede incluso agudizar más el problema. Sólo puede resolverse éste por una sabia ordenación de los asuntos de un país en el interior y por el ajuste y mejora de sus relaciones con otros países en el extranjero. Las naciones extienden su riqueza y elevan el nivel de vida de su pueblo, ganando la confianza de sus vecinos y facilitando así el comercio de mercancías entre ellos. Exactamente lo contrario será sin duda la consecuencia de que una nación suprima la existencia independiente de sus vecinas menores y más débiles. Y si la idea de espacio vital ha de ser aplicada en esa forma, la rechazamos y nos opondremos a su aplicación. Por medio de la cooperación —y nosotros, por nuestra parte, estamos dispuestos a cooperar— hay amplio margen para extender a todas las naciones la oportunidad de una vida económica más ámplia, con todo lo que esto significa, que la implicada en el término *Lebensraum.*

Estas palabras fueron pronunciadas dos meses antes de comenzar la guerra, y si las comparamos ahora con los pensamientos que están bajo las fórmulas de Hitler, podremos ver el abismo que separa los conceptos de espacio vital de un estadista inglés y del tirano de Alemania.

El Reich alemán está más densamente poblado que ningún otro imperio de la tierra. Esto es cierto incluso si se trata de la Magna Alemania que incluye los territorios de las naciones conquistadas y esclavizadas. Si se mide con una vara el espacio vital de una nación y se relaciona con la población total estatal (incluyendo dependencias tales como las colonias), llegamos a las cifras comparativas que desempeñan un papel tan frecuente y significativo en la propaganda del nazismo y de la geopolítica alemana. La Alemania que, después de la ocupación de Checoslovaquia, había satisfecho, según palabras de Hitler, sus últimas demandas territoriales, comprendía apenas el 0.5 % de la ex-

tensión del mundo con el 4 % de la población mundial.[5] El Imperio británico, en comparación, posee el 26 % de la extensión y el 24.6 % de la población mundiales. No hay que decir que comparaciones como ésta, con todo el arte de la propaganda actuando sobre las emociones del alemán medio, tienen un efecto tremendo. Lograron ganar para la *Realpolitik* de Hitler a millones de alemanes que estaban políticamente indecisos. Se hacían estas comparaciones ante una nación que no podía olvidar que el territorio al que se sentía con derecho fué desmembrado por el tratado de Versalles. El fundamento emotivo del concepto alemán de espacio vital después de 1918 era el orgullo hondamente ofendido unido al sentimiento de que la desmembración del territorio alemán causada por el tratado de paz suponía para ella una grave injusticia. El profesor D. Whittlesey ve en estos factores emotivos la esencia misma de la "geopolítica" en contraste con el frío razonar de la geografía política:

> Como todo hombre nace dentro de un estado, la humanidad crece con la convicción no razonada de que su país o su pueblo es inmutable, es una fuerza unida inseparablemente a una porción específica de la superficie de la tierra. Este sentimiento, transformado en argumento, está latente bajo muchos de los intentos para hacer que la geografía política sirva los propósitos de este o de aquel estado particular —esfuerzos emocionales que han sido racionalizados en el dogma conocido por geopolítica—. La secesión brutal y temporal de territorios debida a la guerra, y la desmembración más permanente y a duras penas menos ruda producida por los términos de paz indicados, no hacen desaparecer esta fe de que el estado tiene derecho inherente a su propio espacio, a su puesto

5 Cf. R. R. Kuczynsky, "*Living-space*" and *Population Problems*, Londres, 1939. Es una crítica condensada, pero exhaustiva, de la máxima del espacio vital, hecha por un profesor de demografía de la Escuela de Economía de Londres.

bajo el sol. Incluso el hecho constante de que dos estados diferentes puedan tener iguales pretensiones sobre la misma zona fronteriza no consigue dominar la devoción de los habitantes de las naciones en litigio por sus respectivos artículos de fe.[6]

Tal es la explicación, no sólo de los factores emotivos que están por debajo de la voluntad del pueblo alemán de aceptar cualquier filosofía que apelara a sus sueños de espacio vital; describe también un pilar principal de la geopolítica alemana: la máxima de que el estado tiene derecho a su espacio vital y, por consiguiente, el derecho a adquirirlo si en un momento dado es insuficiente la extensión del estado.

Pero es tan evidente la absoluta imposibilidad de definir el espacio vital adecuado del pueblo alemán y de todas las demás naciones en un sistema universal de unidad cerrada, que el tópico del espacio vital es un axioma legítimo de la "geopolítica" sólo en tanto que es empleado como incentivo barato y eficaz para las masas. Como tal fué utilizado tanto por Hitler como por Haushofer a fin de preparar al pueblo alemán para la ocupación de aquellos espacios sin los que Alemania no podría desempeñar su parte en la política de poder de los años futuros. La adquisición del corredor polaco, el territorio de los sudetes, la Alta Silesia, la región del Sarre y luego, con apetito aumentado, de Alsacia-Lorena, la Dinamarca meridional, las regiones de Holanda y Flandes: para el pueblo alemán los límites de estos territorios estaban todos envueltos en el ropaje ideológico del espacio vital.

El espacio vital exacto que el caudillo alemán reclama

6 *The Earth and the State*, 1939, p. 8.

para su pueblo nunca ha sido definido con claridad. Es inútil, desde luego, buscar semejantes definiciones en las palabras de Hitler. Pero, incluso en los escritos de aquellos hombres que trataron de encontrar en Alemania una solución pacífica al problema del espacio vital, es imposible descubrir fronteras que pudieran reconocer los insaciables abogados del espacio vital. La explicación está en que el espacio vital es una cuestión de autosuficiencia en productos alimenticios y materias primas. En otras palabras, es un problema de relaciones mutuas entre las naciones del mundo. Las relaciones cambiantes entre las naciones llevaron necesariamente a un cambio inmediato y constante en los conceptos de espacio vital de cada nación. En un tiempo como éste, cuando Alemania ha conquistado en el este y el oeste espacios que son mayores que cuanto esperaban los teorizadores del espacio vital alemán antes de la guerra, este concepto ha perdido su atractivo incluso para el pueblo alemán. El grito de superpoblación, que era la tesis elocuente de *Pueblo sin espacio*, de Grimm, ya no puede tener mucho peso ni aun para el alemán más ingenuo, en una época en que el problema principal de la organización de guerra es la requisición forzosa de trabajadores de las naciones conquistadas y su importación por Alemania.

Estos son solamente aspectos secundarios del tema del espacio vital y la presión demográfica en una Alemania que decidió no seguir formando parte de la familia de las naciones. Su dogma sobre esta cuestión ha sido reiterado de continuo por los portavoces de la política exterior alemana. Las pretensiones pseudocientíficas han sido refutadas ya con bastante frecuencia. En efecto, como antes se dijo, en la

geopolítica alemana de Haushofer el concepto de espacio vital desempeña tan sólo el papel de una cómoda herramienta emocional empleada "para educar a los maestros" y para crear una camaradería entusiasta. Detrás de esta barrera del espacio vital, de los que tienen y los que no tienen, de las potencias de resistencia y las potencias de renacimiento, en el círculo íntimo de Haushofer no hay más que una indiferente planificación para la más grande de las revoluciones mundiales, con Alemania como principal protagonista. Una lucha en la que Alemania combatirá con todas las armas de la política de poder del siglo xx, sin derramar lágrimas humanitarias ni dejarse conmover por emotivas invocaciones a la justicia.

Sin embargo, nuestra desgana para seguir a Haushofer demasiado lejos en sus explotaciones propagandísticas del mito del *Lebensraum* no quiere decir que podamos pasar por alto en absoluto la parte importante que los problemas demográficos (siempre en relación con el espacio) desempeñan en las especulaciones de la geopolítica alemana. La dinámica de la geopolítica que, según hemos visto, considera al estado como un organismo sometido a leyes biológicas, contempla el espacio y la humanidad como una unidad inseparable. Así, las naciones de la tierra se ven, con las palabras de Ratzel, como una "masa líquida que se mueve de continuo hacia adelante y hacia atrás". El individuo, con sus sueños de felicidad y espacio vital, no existe en semejante concepción, en la que las potencias ligadas a la tierra se expanden y se retiran en ciclos determinados.

Podrá desagradarnos contemplar el mundo a través de lentes de tal hechura totalitaria. Sin embargo, si lo hacemos,

adquirimos una visión global de la humanidad, no de una humanidad de hombres libres, sino de una masa amorfa en su lucha por la supervivencia. Es una visión fatalista, que desdeña la idea sentimental de espacio vital de la clase media, la cual no quiere gloria ni grandeza y se satisface con que la dejen en paz. El *Lebensraum* de la geopolítica de Haushofer es el mundo entero.

Resultado típico de semejante manera de pensar es el concepto haushoferiano de la frontera como la expresión más significativa de una línea divisoria entre naciones. Le dedicó uno de sus libros más interesantes,[7] que nos lo muestra como maestro de los complicados aspectos político-geográficos de los problemas fronterizos. Los puntos de vista de Haushofer sobre la frontera corresponden al concepto básico del espacio vital, que no se detiene ni siquiera ante las fronteras trazadas del modo más fantástico. Niega al hombre capacidad para establecer fronteras que sean biológicamente justas por medio de disposiciones jurídicas y del trazado de líneas geométricas. Hay que educar a una nación para que tenga conciencia e instinto fronterizos. Esta meta nunca puede lograrse si no se ve en las fronteras más que líneas divisorias, fijadas eternamente.

Por nebulosos que puedan parecer estos conceptos al estudiante, sirven para el propósito político de convencer a los pueblos de Alemania de que están sufriendo de una estrechez de espacio que amenaza la vida misma de la nación, pero que, por otra parte, los alemanes no deben resignarse a ella. El propósito es que el pueblo alemán "vea" que la frontera es la "piel periférica" del cuerpo político, una parte

[7] *Grenzen*, 1927.

respiratoria del organismo vital. Por consiguiente, hay que despreciar una organización mundial que respete las líneas fronterizas, que en nuestros días de revolución son simplemente testigos rígidos de un pasado desaparecido. Para la geopolítica alemana, el espacio vital aspira a la destrucción de las fronteras que, desde el punto de vista de Alemania como participante en una revolución mundial total, humillan y sofocan la vida de la nación. Esto lleva de modo muy natural al *leitmotiv* del pensamiento y la estrategia geopolítica de Haushofer: la busca de fuerzas en movimiento que, vistas biológicamente, estén en situación análoga a la de los alemanes por lo que respecta a estrechez de espacio y presión demográfica. Para un proceso ideológico que rehusa buscar solución alguna a los problemas internacionales por medios pacíficos, para el cual todo intento de alcanzar una mejor comprensión entre los hombres no es sino prueba de debilidad y decadencia, esta comunidad de destino entre naciones superpobladas las predestina para la alianza. El grito de batalla de Haushofer, el espacio vital, trata, pues, de despertar a la acción a todos aquellos pueblos que están o que se sienten restringidos por las líneas fronterizas existentes. Es un grito de guerra total dirigido desde la fortaleza estratégica, Alemania, a los millones de habitantes de China, India, Rusia, a los pueblos oprimidos de los imperios de Francia, Holanda y Estados Unidos en el Pacífico.[8] Es una llamada al gran caos. Al hacerla, Haushofer desconoce deliberadamente los millones de víctimas que costará.

Toda la filosofía de esta religión del espacio vital está expresada en unas palabras de Spinoza, que Haushofer cita

[8] Cf. *ibid.*, p. 270.

con tanta frecuencia que sirven para describir su propia filosofía de la vida: *Quisquis tantum juris habet, quantum potentia valet* —en el mundo se tienen solamente tantos derechos como fuerza se posea.

El peligro —y, no dudamos en añadir, la grandeza— de la gran estrategia geopolítica estriba en el hecho de que no se limita a los factores militares. Ninguna ciencia militar en el mundo ha concebido mejor la naturaleza totalitaria de las guerras y las revoluciones mundiales del futuro.

Por esta razón, la geopolítica alemana exige que toda manifestación de poder se incluya en su dominio. Que, por consiguiente, la geopolítica perdiera todo derecho a ser considerada como una ciencia no importa tanto como el hecho de que popularizara y llevara a la conciencia de los jefes militares y políticos y de sectores importantes del pueblo ciertos problemas demográficos que en el pasado fueron del exclusivo dominio de algunos estudiosos. Así, Haushofer y su escuela no sólo abrieron los ojos de un público alemán considerable a la visión global en un sentido estrictamente geográfico. Llamaron también la atención, de modo elocuente, sobre los aspectos biológicos de la demografía, que convertían el conocimiento sobre el auge y la ruina de las naciones y las razas en base para la planificación de la gran estrategia. Al estudiarla, encontramos un continuo análisis comparativo de los índices de natalidad de todas las naciones importantes. Este análisis remacha en las mentes alemanas la conciencia del peligro mortal que un nuevo descenso del índice de natalidad significaría para su propia generación y para sus hijos si los pueblos de Asia se alzaran contra sus opresores. El notable contraste entre las tendencias de la

población en el mundo occidental y en el Asia era muy eficaz visto desde una nación que, como Alemania, sufrió en su índice de natalidad un descenso de 38 en 1900 a 18.8 en 1937. Una idea del mundo que reconocía la guerra como norma primaria de la sociedad tenía que aumentar el índice de natalidad por razones militares y patrióticas. Este argumento de la "carne de cañón" llevó a la opinión pública de las democracias, amantes de la paz y antirrealistas, a la idea tan persistente de que la tendencia al crecimiento de la población es característica de la mentalidad fascista, en lugar de ser expresión de salud y optimismo de una nación consciente de su misión y su responsabilidad como parte de la gran comunidad de las naciones.

Con el estudio de las tendencias demográficas actuales se relaciona la predeterminación de las tendencias futuras de la población en aquellas naciones que en el año 1950 o en el 2000, reclamarán su "puesto bajo el sol" por el tamaño de su población. A una "ciencia" que considera la prognosis como el objeto último de sus desvelos le fascinan las especulaciones sobre la capacidad de la tierra para alimentar a las generaciones futuras. Los geopolíticos alemanes trataron de un modo superficial y popularizaron estos problemas. Hicieron uso hábil de los hallazgos de científicos experimentados, como A. Penck, sin contribuir ellos mismos con nada nuevo.

Sin embargo, todos estos cálculos llevaron a sorpresas desagradables en el caso de Alemania. Hasta los astrólogos más optimistas preveían un estancamiento que mostraba a los alemanes del año 2000 no más fuertes numéricamente —aunque sí biológicamente más viejos— que los alemanes

de antes de la segunda guerra mundial. Semejante perspectiva, comparada con el índice de natalidad de Rusia, alarmaba a los proyectistas militares.

Para los Haushofer, la visión a largo plazo de índices de natalidad y procesos demográficos, junto con una psicosis de ahogo y envolvimiento, revelaron la apremiante necesidad de unir las fuerzas alemanas con las potencias asiáticas del futuro. Estas poseían, ademán de sus ventajas espaciales geográficas, la riqueza de su arsenal en aumento de material humano. Según concluían los geopolíticos alemanes, si había de aceptarse el hecho de que Alemania, a la larga, no podría conservar su poder frente a la creciente marea asiática, era entonces imperioso que la estrategia alemana tendiera a una alianza con el Oriente. Sólo una alianza así daría a Alemania una parte de los despojos que los moribundos imperios coloniales dejarían a herederos más fuertes.

Aunque un razonar de esta índole puede criticarse como inhumano y cosa de aficionados, Haushofer y su círculo lograron enfocar la atención de la dirección política y militar de su país sobre aquellos síntomas y fluctuaciones sociales que afectan esencialmente la vida de la nación. La visión geopolítica en una nación como Alemania incluye de modo natural todo tema perteneciente a la relación del suelo con el hombre. Problemas como la erosión y la conservación del suelo, la construcción de caminos y canales, el reajuste y desplazamiento de la población, la redistribución de la industria en la paz y en la guerra, la generación y distribución de energía eléctrica, no son sino partes de un concepto del espacio vital que es comprendido casi instintivamente

por un número de personas cada vez mayor. Peattie, en *La geografía y el destino humano*,[9] dice: "Nosotros los norteamericanos no estamos tan ligados al suelo y a la localidad y, por consiguiente, estamos menos en armonía con nuestro medio; no tenemos la conciencia del labriego." Como todas las generalizaciones, habría que tomar ésta *cum grano salis*. Pero sugiere sin duda una razón por la que es tan difícil para los norteamericanos comprender todas las ramificaciones racionales, emocionales y sentimentales del credo del espacio vital.

Sin embargo, la armonía del hombre con su medio, que Peattie echa de menos en Estados Unidos, no es en modo alguno consignada por Haushofer como realidad alemana. Como echa de menos esta armonía, ve la causa de todos los males en las repercusiones biológicas de la ola creciente de urbanización. Uno de los méritos educativos de importancia de la doctrina de Haushofer es su insistencia en las huellas de la era de las ciudades por todas partes, no sólo en el Occidente. El éxodo del campo a las grandes ciudades, la creciente ola de extrañeza que separa la población urbana de la rural, las migraciones en masa hacia las ciudades y de unas ciudades a otras, son las manifestaciones de más consecuencia en la fase presente de la revolución industrial. Así, el tema de la "gran ciudad como espacio vital", como organismo biológico cuyas tendencias demográficas y cuyo material humano, con preferencia a la voluntad política de la población rural degradada, determinan la política internacional, se convierte en un tema vigoroso en la salvaje sinfonía del pensamiento de Haushofer. "Allí donde el tema de la gente de la ciudad suena en los *leitmo-*

9 P. 276.

tivs de la política internacional, su estructura reposa en terreno movedizo."[10] Y también: "La metrópoli consume la vida sobre la superficie de la tierra en grado mucho mayor que la produce y la aumenta".[11] Su punto de vista aristocrático es evidente: "Ninguna forma de vida puede mantenerse a no ser que arraigue en su suelo. La urbanización y el dominio de las masas urbanas por las clases trabajadoras ponen en peligro, por la negación de este hecho, las leyes esenciales de la vida sobre la tierra.[12]

En la apreciación global de los factores urbanos en su choque con la política de poder de las grandes potencias, la urbanización de la Rusia soviética se estudia sin cesar. Las conclusiones militares sacadas de la tendencia oriental de la industrialización rusa y del crecimiento de los nuevos centros industriales en los montes Urales sirvieron de advertencia a los amigos de Haushofer en el estado mayor. Pero no fué en la Rusia soviética donde vió los signos de la decadencia producida por las grandes ciudades. Estos signos aparecían en las murallas de las ciudades europeas y, de modo curioso, también en las del Asia de los monzones.[13] Es visible una urbanización progresiva en China e India, y desde 1927 encontramos que una mayoría de la población japonesa está urbanizada. Haushofer no se cansa de señalar las graves consecuencias sociológicas e internacionales del crecimiento urbano en nuestra época. En él ve uno de los

10 *Revista de Geopolítica*, 1939, p. 365.

11 Haushofer en la introducción a GATTINEAU, *Urbanization*, etc.

12 *Ibid.*

13 Cf. especialmente K. HAUSHOFER, "Presión migratoria de las tierras de los monzones", *Revista de Geopolítica*, 1933, pp. 224-34.

pocos problemas decisivos de los que depende el futuro de la humanidad. Y "humanidad" significa aquí los imperios del futuro. Una y otra vez se vuelve hacia el Imperio romano. Sugiere que la causa de su caída[14] fué la incapacidad para encontrar solución a sus problemas de urbanización. Libros como el de Lewis Mumford, *La cultura de las ciudades,* demuestran que por lo menos algunos norteamericanos ven con tanta claridad como Haushofer las graves consecuencias del crecimiento de las ciudades en la civilización mundial. Los problemas de la urbanización representan algunas de las cuestiones más decisivas que nuestra época ha ofrecido a la humanidad.

Lo mismo cuando destacamos el "espacio vital" que los índices de natalidad o las tendencias demográficas, siempre encontraremos que el meollo del problema está en la unidad mundial interrelacionada. Por lo tanto, la única esperanza de supervivencia y salvación está en una cooperación pacífica y supernacional. Haushofer y sus discípulos eligieron el camino "imperial", convencidos de que quienes, frente a las tremendas revoluciones de la humanidad, creen aún en la paz mundial merecen perecer o ser esclavizados. De aquí que la visión global que combinaba las "leyes" de los espacios crecientes y declinantes con las del aumento y la disminución de los índices de natalidad, se convirtiera en sierva de un imperialismo que osó hacer de Alemania, a despecho de disparidades más gigantescas que nunca, la participante y directora de la sublevación asiática. Los pueblos de las Naciones Unidas, que están reuniendo a toda prisa

14 Haushofer siguió de cerca la tesis de Eduardo MEYER en su *Desarrollo económico de la Antigüedad.*

sus fuerzas espirituales para hacer frente a los planes de conjunto de una nueva barbarie, corren el peligro de pasar por alto el desafío del espacio vital mientras tratan de aprender sus lecciones de geografía. Por lo tanto, la expansión de Haushofer en el dominio de los problemas demográficos globales es un recordatorio oportuno e importante para nosotros.

¿Vemos estos signos de las cosas venideras como deberíamos verlos en la hora del peligro supremo? Un informe procedente de Londres, fechado el 7 de junio de 1942, sobre las reuniones de la conferencia del Consejo Británico de Higiene Social,[15] resume todo el problema e incluso contiene la clave de algo que es una amenaza mayor que la geopolítica imperial de Haushofer:

> Lord Horder, médico de Su Majestad, dijo: "...Hay que considerar la población en términos absolutamente mundiales, pues es un factor inevitable en la historia humana un choque del Oriente con el Occidente".
>
> Analizando el problema de la despoblación en el Occidente y de la amenaza del exceso de población en el Oriente, Richard Titmuss... dijo que Rusia era el único país de raza blanca que mostraba un aumento constante de 30 % por generación, mientras Inglaterra tenía millón y medio de perritos de lujo más que hacía cincuenta años. El profesor F. A. E. Crew, que llevaba el uniforme de general de brigada, dijo que esta guerra no era un conflicto entre ejércitos sino una batalla de índices de natalidad.

La batalla de los índices de natalidad está moldeando la historia universal de nuestro tiempo. Que se riña en silencio y que los fenómenos demográficos sean vistos aún con

15 *New York Times*, 8 de junio de 1942.

malos ojos por la mayoría de los historiadores, no afecta a la audaz afirmación del general-profesor inglés. Una de las lecciones básicas que debemos aprender del enemigo es que la visión global de la geopolítica no puede limitarse a las implicaciones geográficas de la política mundial, sino que debemos incluir también las tendencias y la presión demográficas. Las olas cíclicas en que la población mundial se expande y declina son el terreno movedizo en que se ve forzada a reposar y actuar una gran estrategia para los años venideros. Con todo, a despecho de las grandes incertidumbres que existen en el camino de una política demográfica orgánica en las relaciones internacionales, son discernibles ciertas tendencias significativas, incluso en el torbellino de nuestra época. Pero estos cincuenta años representan la fase más decisiva de dos siglos de revolución industrial. La conquista de la paz en nuestro tiempo depende de nuestra habilidad para leer la inscripción del muro.

Desde que los discípulos de la geopolítica alemana se lanzaron a la busca de nuevo espacio vital, nunca cejaron en su intento de determinar cómo se desarrollaría probablemente la población en aquellas regiones que podrían convertirse en cuna de conflictos futuros y de poder mundial. No se dejaron engañar por el crecimiento biológico de la población alemana, que se duplicó en los 75 años transcurridos desde que la revolución industrial llegó al país. Por el mismo motivo se duplicó la población de Inglaterra. La tendencia no era en modo alguno típica de las naciones occidentales ni de la raza blanca, sino el fatal presente que la edad del hierro ofrecía a todos los países que pasaban por el proceso de la industrialización. El Japón sólo necesitó

50 años para doblar su población. El mundo entero estaba acelerando la producción de vida humana con el ritmo anual de ⅝ %, equivalente a un exceso de nacimientos sobre defunciones de cerca de 11.400,000 por año. Esto quería decir que en menos de un siglo de desarrollo pacífico la tierra estaría habitada por el doble de los seres humanos que ahora existen. En esta revolución de coeficientes de natalidad la victoria sería de los ejércitos más fuertes, nutridos por la producción mayor de vida humana. Este fué un factor determinante en la decisión de Haushofer de defender la amistad de Alemania con la Rusia soviética y con las naciones que se despiertan en Oriente. El Occidente (que aquí significa no sólo Europa, sino también Norteamérica y Australia) estaba dando muestras inconfundibles de fatiga y vejez. Aunque sus masas, antes del comienzo de la guerra, siguieran creciendo con lentitud, ya había llegado el tiempo en que el Occidente no era capaz de reproducirse a sí mismo. Se acercaba la hora en que su población declinaría, o por lo menos quedaría estacionaria.

Sería erróneo pensar que la escuela geopolítica alemana se limitó a imitar las conocidas advertencias de un Spengler *(la futura revolución mundial de los pueblos de color)* o de un Stoddard *(la marea creciente de los pueblos de color)*. Los Haushofer sabían que la raza blanca tenía tanta tierra, además de otras ventajas sobre las demás razas, que era para ella una pura insensatez prevenirse contra una guerra agresiva de las razas de color. En lugar de esto, la consideración conjunta de la geografía política y la demografía llevó de nuevo a los observadores alemanes a enfocar su atención sobre las regiones de la Rusia asiática y de sus

vecinos orientales. Rusia, con su índice de natalidad en ligero descenso y su coeficiente de mortalidad en rápida disminución antes de la invasión alemana, estaba aumentando su porción del total de la población blanca en desventaja de las naciones occidentales. Si la Rusia asiática ganaba la batalla de los coeficientes de natalidad, entonces llenaría el corazón continental con una población viril que convertiría al eje geográfico de la historia en el verdadero centro del destino futuro de la humanidad. Era inevitable que el aspecto demográfico de la geopolítica fortaleciera la convicción de Haushofer de que Alemania, para poder sobrevivir, tendría que buscar la amistad de Rusia y de los pueblos asiáticos.[16]

Fas est ab hoste doceri!

16 Para un análisis más detallado de los problemas que antes se mencionan, véase C. Gini y R. R. Kuczynski, *Population*, conferencias en la Harris Foundation, Chicago, 1930; A. M. Carr-Saunders, *World Population*, Oxford, 1936 [hay ed. esp.: *Población mundial*, Fondo de Cultura Económica, México, 1939]; partes de E. M. East, *Mankind at the Crossroads*, Nueva York, 1923; G. H. Knibbs, *The Shadow of the World's Future*, Londres, 1928; H. Staudinger, "Problemas demográficos", en Speier-Kahler, *War in our Time*, Nueva York, 1939, y numerosos estudios publicados en la *Revista de Geopolítica*.

X

LA GEOPOLITICA Y LA HUMANIDAD

> *Y decía también a las gentes: Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: Agua viene; y es así. Y cuando sopla el austro, decís: Habrá calor; y lo hay. ¡Hipócritas! Sabéis examinar la faz del cielo y de la tierra; ¿y cómo no reconocéis este tiempo?*
>
> San Lucas, xii, 54-56.

Al dar un repaso a nuestras exploraciones por el campo de la geopolítica alemana nos damos cuenta de las limitaciones que nos ha impuesto nuestro propósito. La tarea nuestra era una tarea política. Nuestra esperanza era aprender *acerca* del enemigo, su mentalidad y sus propósitos actuales y futuros, y aprenderlo *de* él. Con semejante enfoque no podíamos esperar adquirir un cuadro completo y sistemático de la geopolítica en todas sus manifestaciones geográficas e ideológicas. En lugar de ello hemos tratado de aprender algunos hechos y de sacar unas conclusiones que son políticamente importantes en el momento de peligro. Reunamos ahora estas conclusiones tal como han surgido de los capítulos precedentes.

¿Cuáles son las lecciones que debería enseñarnos la *Weltanschauung* de la geopolítica alemana? Si nos ocupá-

ramos tan sólo en este volumen de la cuestión académica de si la geopolítica alemana de Haushofer es o no una ciencia genuina, nuestra investigación podía detenerse sin explorar sus doctrinas retorcidas. Con una pedantería teutónica y una pasión por la "legalidad", sus dogmas no tienen otro propósito que mostrar que la marcha alemana de conquista está "legalizada" científicamente por las leyes de la naturaleza.

La idea del mundo del haushoferismo debe entenderse en sus implicaciones que van más allá de los postulados primitivos del credo hitleriano de la sangre y el suelo. No permaneció mucho tiempo arraigada en la esfera burguesa de un espacio vital que reconociera fronteras definidas. El haushoferismo reemplazó ideológicamente esto por su concepción de los vastos espacios como sede de conquistadores y dominadores mundiales, para quienes toda la tierra es palestra de sus ambiciones de poder. Esta segunda *Weltanschauung* de Munich es una "metafísica" de las ambiciones imperialistas".[1] Ve en sus preceptos de hábil estrategia de guerra las leyes eternas de una ciencia natural, de una ciencia natural alemana. Se ha dicho que cada país tiene la geopolítica que se merece, y la de Alemania es la geopolítica de una nación que no supo cómo emplear la libertad y la democracia. El haushoferismo, que se ganó los corazones de tantos alemanes, en particular entre los grupos dirigentes, sigue siendo una fuerza formidable aunque lo despojemos de su clamor melodramático. El grupo de Haushofer representa un grupo de poder en el que unos cuantos líde-

[1] Cf. A. B. WITTFOGEL, en un estudio comparativo de marxismo y geopolítica que apareció en forma condensada en la *Revista de Geopolítica*, 1932, pp. 581 ss.

res fanáticos, aunque desilusionados y fatalistas, dirigen a la horda militante en la lucha por el corazón continental. Sus miembros han renunciado deliberadamente a su identidad. La voluntad de poder de unos pocos, de la *élite*, decide el destino del rebaño.

El haushoferismo se convierte en una ciencia natural de la política de poder y de la estrategia y en ella no existe el ser humano en su busca de la felicidad. Nunca aparece, ni siquiera entre líneas, el menor respeto por la dignidad de la vida humana en los muchos millares de páginas —y se han publicado en Alemania más de tres mil estudios geopolíticos en las décadas recientes— escritas con toda la habilidad adquirida en un entrenamiento geográfico y estratégico. La madre tierra es tan sólo el objetivo de las ambiciones de poder, en las que la vida humana carece de valor y en las que no hay ningún respeto por las esperanzas y los temores del hombre corriente. Así, pues, la geopolítica alemana se convirtió cada vez más en una geopolítica de guerra; sus discípulos insistieron también cada vez más en lo que trataban de establecer como una superciencia de la geopolítica: la *Wehr-Geopolitik* (geopolítica militar).

Algunos geógrafos de Europa, en especial en Francia, que estaba más cerca del creciente peligro, se dieron cuenta hasta cierto punto de la formación de esta *Weltanschauung*. Los geógrafos franceses criticaron durante años a la geopolítica alemana porque para ella el espacio y la tierra lo significan todo y el ser humano casi nada. Trataron de combatir la concepción fatalista que hace del hombre un objeto de los factores geográficos. Advirtieron a los alemanes que "el marco no significa nada; lo que cuenta es el corazón, y

hay que respetarlo". Con una nota trágica que sólo puede apreciarse plenamente ahora, después de la caída de Francia, trataron de hacer volver a los geopolíticos alemanes al respeto por el alma humana, recordándoles las palabras del poeta alemán: "Muerto está el pueblo cuyos dioses murieron."

Desde luego, este llamado a los mejores instintos de los estrategas alemanes del poder, no recibió atención. Tampoco fueron escuchados en sus propios países las voces de los geógrafos. En vano señalaron los peligros de la escuela que crecía en Munich y su propósito de "restablecer la fuerza y la grandeza del imperio alemán". Alberto Demangeon escribía ya en 1932[2] que la doctrina de Haushofer no merecía ser llamada ciencia, pues no era más que una empresa de propaganda nacional alemana y de educación nacionalista. Demangeon y otros críticos del haushoferismo, mirando todos ellos a los planificadores de Munich desde las alturas de la ciencia académica, estaban de acuerdo en que la "*geopolitik* era una arma de guerra, un plan de ataque [*coup monté*]".

Sin embargo, aunque deshacían las aspiraciones científica de los Haushofer, estos críticos, y con ellos los críticos del mundo angloamericano, subestiman el ímpetu de esta *élite* de poder alemana. La razón de la fuerza del haushoferismo se encuentra en gran medida en el hecho de que este credo de científicos naturalistas, que aceptan la guerra,

[2] El artículo de DEMANGEON sobre geografía política aparecido en *Annales de Géographie*, 15 de enero de 1932, pp. 22-31, fué reimpreso en la *Revista de Geopolítica*, que dedicó en 1932 (pp. 577-607) un número entero a la crítica de su doctrina.

tranquila y cínicamente, como la solución última de los problemas sociales, es algo más que un monopolio de los militaristas alemanes: es un credo que está vivo en todo el mundo. Nunca se trazó con más claridad la semblanza de este científico naturalista de la guerra que en *La guerra y la paz,* de Tolstoi, donde el príncipe Andrés medita sobre el carácter extraño y fascinador del general alemán von Pfuhl, que prestaba servicio en el ejército ruso. Era un hombre "con una confianza insensata en sí mismo", "que nada pedía para sí, que no tenía odios, y que simplemente deseaba ver la ejecución de un proyecto basado en largos años de estudio... Era imposible no respetar su devoción unilateral a una idea..." El príncipe Andrés medita sobre el tipo humano de estos grandes estrategas, para quienes la técnica de la estrategia lo significa todo en un mundo que es inhumano y que está más allá del amor y los odios. "Un buen caudillo —piensa el príncipe Andrés— no necesita ser un genio ni tener ninguna característica superior; por el contrario, las cualidades del hombre más noble y más elevadas —amor, poesía, ternura, un escepticismo inquisidor y filosófico— no deben ser de su reino... Debe estar por encima de todos sus afectos... y no preguntarse nunca qué es justo o injusto." [3]

Debido a estas cualidades inhumanas, podemos ver en la segunda *Weltanschauung* de Munich algo que para nosotros tiene mayor importancia que una seudociencia al servicio de las necesidades de la ideología y la estrategia nazis.

3 Mi agradecimiento a M. Crowley por hacerme recordar al general Pfuhl y reafirmar así mi creencia de que nada puede decirse del aspecto humano de la ciencia natural del poder que no dijera antes Tolstoi.

El haushoferismo es más que eso. Es un credo inmortal siempre que una *élite* militante asume la dirección de una nación. En la influencia decisiva que la geopolítica de Haushofer ejerce sobre este grupo de poder en Alemania estriba su importancia histórica.

No hemos tratado con tanta extensión el tema de Spengler: "los ejércitos, y no los partidos, son la forma futura del poder", porque nos movieran los informes e indicaciones de dificultades existentes entre el partido nazi y el ejército alemán. Estamos lejos de sobrestimar semejantes hechos en un momento en que la victoria está todavía con las legiones alemanas, y bien sabemos lo mucho que las recientes noticias de choques entre el partido y el ejército en Alemania están teñidas por un pensamiento interesado. Pero esto no cambia nuestra convicción de que el heredero de Hitler no será uno de sus discípulos, sino un representante del poder militar, si el fin llegase en una hora en que la Alemania de Hitler no estuviera aún derrotada. Sería inútil especular sobre si el telón caerá o no sobre el último acto de la tragedia nazi en el momento de la derrota militar de Alemania. Pero no es especulación incluir en la estrategia política propia que los Aliados habrán de enfrentarse durante esta guerra con una nueva casta dominadora en Alemania, que será el ejército. En esto reside la razón para explorar las "leyes" que determinan la idea militar del mundo de Haushofer como idea del mundo de la *élite* del ejército alemán. Unicamente si la vemos en su frialdad y su audacia, como una ciencia natural de la política de guerra no sólo en la guerra sino también en la paz, será posible determinar si las Naciones Unidas pueden permitirse hacer

con los representantes del haushoferismo la paz que no puede hacerse con Hitler. La respuesta es que "no", pero ésta no ha de tomarse como una respuesta demasiado obvia. No olvidemos que los pueblos de las Naciones Unidas podrán tal vez verse llamados a decidir en un momento en que la victoria parezca remota. La oferta de paz puede ser hecha por hombres de Alemania que parezcan, como tipos humanos, completamente diferentes de Hitler y sus lugartenientes. Una *élite* militar que domine Alemania puede poner fin a lo que el mundo ha considerado más repulsivo en el hitlerismo: la persecución de los hombres por sus creencias y la supresión de la libertad de pensamiento y de religión. Puede tal vez, hasta cierta medida, terminar con la ley de la jungla y poner en lo alto a una clase de "caballeros" salidos del ejército. Quizás se restaure el viejo sentido prusiano de deber y servicio. Los nuevos gobernantes de Alemania tal vez estén dispuestos a arreglar los problemas de superpoblación por medio de la cooperación internacional. Habría, evidentemente, un estímulo considerable para que los pueblos de las naciones fatigadas hablasen de paz, si la oferta viniera de alemanes que no fueran criaturas de Hitler y si se hiciera en un momento en que la victoria estuviera aún indecisa.

Una comprensión de la idea haushoferiana del mundo nos ayuda no sólo a prever las cosas que se producirán en la escena alemana y a prepararnos para hacerles frente; nos previene también contra las fuerzas del haushoferismo que actúan detrás de nuestras propias líneas. De hecho la ciencia natural de la geopolítica bélica es aceptada por gentes de todos los campos, y el peligro mismo está en el hecho de

que su obra se lleva a cabo en la misma atmósfera nebulosa que es tan típica de la geopolítica alemana.

El haushoferismo es contagioso. Hemos tratado de descubrir sus componentes como una mezcla de cruda religión de la política de poder y datos de hecho. Por lo tanto, la apreciación del haushoferismo arroja elementos negativos —en lo que se refiere a su idea del mundo— y elementos que son positivos gracias a los resultados que logró la geopolítica alemana al aprender lecciones geográficas básicas y al sacar conclusiones vitales para la estrategia y la política internacional. Estos factores positivos explican la profunda impresión que las doctrinas de Haushofer y su escuela ejercieron sobre nuestra manera de pensar en el torbellino de la guerra, cuando empezamos a darnos cuenta de nuestra falta de conocimientos e instinto geográficos. No es de extrañar, pues, que muchos de nosotros adoptaran, junto con las lecciones de geografía política, las características mismas del haushoferismo, que hicieron de esta escuela de pensamiento geográfico un credo político de las ambiciones de poder.

Uno de los propósitos de este libro consiste en llamar la atención sobre los científicos naturalistas de la geopolítica que existen entre nosotros. El vigor de las ideas geopolíticas de Haushofer se prueba por el hecho de que en Estados Unidos algunos de los pensadores de mentalidad política se han dejado fascinar por lo que creían ser las melodías de una geopolítica, cuando en realidad era la salvaje disonancia de una política de poder inhumana. Las máximas ideológicas de una geopolítica norteamericana no están expresadas por representantes de nuestras fuerzas armadas,

sino, lo que es más peligroso, por profesores universitarios. El profesor James Burnham, en *The Managerial Revolution;* el profesor Nicholas J. Spykman, en *America's Strategy in World Politics,** y el profesor George T. Renner, en su artículo "Mapas para un Nuevo Mundo", publicado en el *Collier's Magazine,* abogan por una *Realpolitik* moldeada según el pensamiento geopolítico alemán. En su *Weltanschauung* presentan los ejemplos más típicos de la geopolítica norteamericana, que no sólo ha absorbido los aspectos tangibles de la geopolítica alemana, sino también sus imponderables. No cabe duda que los aspectos tangibles del haushoferismo eran vitaminas muy necesarias, que faltaron durante mucho tiempo al público americano, líderes y masas, por lo que no pudo adquirir una visión global en vez de continental y hemisférica. Pero los imponderables de la segunda *Weltanschauung* de Munich eran veneno en nuestro sistema.

El peligro de libros como los de Spykman y Burnham no está en que nos ofrezcan una instrucción básica en el pensamiento global, que necesitamos desesperadamente a fin de ganar la guerra y de prepararnos para la paz, sino en su *Weltanschauung* corruptora. Esta no es una cuestión de simple preocupación académica; es una cuestión de importancia inmediata y enorme, porque su geografía política es una geopolítica que no difiere en nada de la filosofía del militarismo prusiano de Haushofer.

Lo que tienen en común todos los discípulos recientes

* Para tener debidamente informado al público de la América Latina de libros representativos y de posibles, aunque no deseables, corrientes de opinión en Norteamérica, el Fondo de Cultura Económica ha editado el libro de Spykman recientemente. [Ed.]

de la geopolítica norteamericana —y lo comparten con Haushofer y su círculo— es su desprecio total por los aficionados a la política de poder que no han aprendido su geografía y que no saben "cómo hacer un mapa". Su desprecio no es sólo para los aficionados del público. Es todavía mayor para los "aficionados de los ministerios de Negocios Extranjeros".[4] La nueva escuela de geopolítica estadounidense se dirige contra este fondo de ineficacia y afición de los estrategas, estadistas, futuros pacificadores y el público de nuestro tiempo. Pero comienzan a estar excesivamente orgullosos de su obra, pues se han dejado fuera algunas cosas básicas sin las cuales no pueden vivir los hombres. Cegados por la aplastante fuerza de un esquema de la política de poder de amplitud mundial, han descuidado por completo las fuerzas sociales y económicas, que tienen tanto peso como un militarismo de equilibrio de poder. Han descuidado ciertas generalidades que los políticos realistas de manufactura haushoferiana están habituados a desdeñar como factores irrelevantes de la emotividad política que acarreó la debilidad, la decadencia y la ruina de las "democracias".

¿Podemos pasar por alto estas generalidades con su tremenda apelación a las emociones de los hombres, las máximas del Sermón de la Montaña, la ética de la política, la justicia y la injusticia, la libertad y la humanidad, las esperanzas y los temores de los millones de personas que están pasando por la agonía de esta guerra? ¿Es que no son el fundamento mismo de la estructura "geopolítica" de un mundo nuevo? Claro que la "ciencia natural" de la geopolítica tiene que descartar la validez de semejantes valores

[4] Véase George T. Renner, *Collier's*, junio, 1942, p. 14.

emocionales e "irracionales". Ni las esperanzas y temores de los seres humanos, ni las leyes no escritas de la humana conducta, forman parte integrante de su sistema. El suyo es un frío juego de ajedrez de la política de poder, en el que los jugadores saben de antemano que el vencedor de hoy puede perder mañana. En efecto, éste es el destino inevitable de todos los que no juegan a otra cosa que un nuevo equilibrio de poder. Saben en lo profundo de sus corazones que un fin que consiste meramente en el restablecimiento del equilibrio de poder puede ser temporal y que este equilibrio será trastornado por la necesidad imperiosa de las leyes de tierra y espacio que "determinan" el destino de los hombres.

La ciencia "natural" de la geopolítica forja las armas para la próxima guerra mundial. Para sus profetas la paz no significa sino un respiro para organizar las fuerzas con las que ha de ganarse la tercera guerra mundial. Su lema *Si vis pacem para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra) es la verdad eterna de su temible filosofía. El mundo de las Cuatro Libertades no es el suyo.

El hombre común, a quien se nos dice que pertenece este siglo, no gusta de esta idea. Seguramente no está dispuesto a vivir y morir por ella.

Sin embargo, no debemos atacar con hipocresía el credo de la geopolítica, situándonos en alturas olímpicas para que el hombre bueno y sencillo, en su ingenuo deseo de paz, mire con horror al terreno ensangrentado en que los *Realpolitikers* reúnen sus fuerzas. Nuestro enemigo posee armas demasiado eficaces para ser derrotado por estallidos emocionales o con sermones sobre la ética política. No de-

bemos menospreciar su arma más formidable: el hecho de que, en el pasado, la lucha por el poder ha sido siempre el *leitmotiv* histórico. ¿Por qué, entonces, preguntan los geopolíticos, no ha ser el *leitmotiv* del futuro? Son los idealistas, declaran con indignación los *Realpolitikers,* quienes actualmente entierran nuestra civilización. Nos arrullan con canciones de paz eterna y de unión entre las naciones, mientras el enemigo afila sus armas y produce más niños para pasto de los tanques.

En este punto se hace evidente la falacia del actual credo norteamericano del poder político. De modo bien extraño, los geopolíticos de América no han sacado las consecuencias ineludibles, a la vez geográficas e ideológicas, de la visión global. Por vez primera en la historia universal, el mundo entero es una unidad política cerrada en la política internacional. Las consecuencias de este hecho, tan fácil de enunciar y tan difícil de percibir en sus ramificaciones universales, son de naturaleza revolucionaria mundial. Son revolucionarias, porque los viejos recursos con que se lograba un equilibrio temporal de poder sobre una base nacional e incluso continental son ya inservibles. Están anticuados. Nos hemos acostumbrado tanto a hablar de los planes de Hitler para la dominación mundial que no pensamos bastante en la grandeza revolucionaria de semejantes propósitos. No hemos ensanchado nuestra imaginación lo suficiente para comprender por entero que, a la luz de semejantes ambiciones totalitarias, el mundo de las Naciones Unidas, si es que han de ganar la guerra, tendrá también que ser una unidad cerrada. Dentro de estas fronteras mundiales el antiguo juego de poder no encuentra lugar.

A menos que aceptemos sin compromiso esta consecuencia, estaremos maduros para ser presa fácil de una idea geopolítica del mundo que equivale a un credo religioso. Sería una sumisión fatalista a las "leyes" de la naturaleza que "determinan" las vidas de los hombres y los conducen por el eterno camino de la guerra en la lucha por el poder. Hemos tratado de descubrir las raíces ideológicas de la geopolítica alemana que caracterizan este poderoso credo como un producto exclusivo alemán. Más que nunca necesitamos establecer una clara distinción entre la religión materialista de los geopolíticos alemanes y nuestras propias ideas. No se trata sólo de que existan Haushofers americanos que actúan entre nosotros y que han adoptado el juego de la política de poder como fin último, sino que, y esto es mucho más importante, el hombre medio de este país se queda a oscuras sobre la clase de paz duradera que está tratando de obtener. El gran esquema del mundo futuro de Haushofer debería hacernos ver, por lo menos, lo que separa a su mundo del nuestro. El abismo es mucho más profundo de lo indicado por las nebulosas generalizaciones de la Carta del Atlántico como contraproyecto frente al imperio mundial de Hitler. La gran estrategia alemana de esta guerra y de la paz futura es de naturaleza global, no sólo material sino también ideológicamente. No basta enarbolar, contra el enemigo y contra los Haushofer que hay entre nosotros, nuestras concepciones idealistas de cristianismo, humanidad y democracia. Debemos tener también el valor de sacar las conclusiones inevitables del hecho de que nuestro mundo de hoy y de mañana es *un* mundo, de admitir por fin que nuestra tarea no es la de restablecer soberanías derrocadas

y líneas fronterizas trazadas en un orden mundial que está tan muerto como los clavos de un puerta. Para hacer que nuestra casa sea duradera se requiere algo más que ideales elevados. Tenemos que aprender nuestra propia geopolítica.[5] Debemos comprender plenamente el hecho de que en la presente revolución mundial la gran estrategia quiere decir geopolítica, es decir, una fusión completa de geografía y estrategia en una escala universal. Es aquí donde podemos y debemos aprender del enemigo, después de haber despojado a su geopolítica de su "cinismo y misticismo".

El vicepresidente Wallace, en su discurso de 8 de mayo de 1942 ante la Free World Association, en el que habló del siglo del hombre medio, dijo que "aquellos que redacten la paz han de pensar en todo el mundo". No puede haber estrategia en la batalla por la paz sin que los combatientes, los líderes y el hombre medio piensen en términos mundiales. Esto requiere instrucción geopolítica que tendrá que ir mucho más allá de nuestros actuales conceptos escolares de la geografía. Nuestro retraso geográfico es hoy mucho menos aparente que lo era hace poco tiempo; la guerra ha sido un buen instructor y el conocimiento de la geografía está creciendo a paso rápido.[6] Sin embargo, aún

5 Véase F. L. SCHUMAN, *Current History*, 1942, pp. 161 ss.

6 El desarrollo del trazado de mapas ha sido de importancia capital en este proceso. Tuvimos que aprender una lección sumamente importante de los alemanes, quienes fomentaron de manera eficaz y tenacísima el arte de utilizar mapas como medios educativos y de propaganda. El "mapa sugestivo" y el "mapa como arma" son herramientas habituales en el taller de Haushofer. (Cf. el artículo del autor, "Los mapas son armas", en *Survey Graphic*, octubre de 1941, pp. 528 ss.) Puede afirmarse objetivamente que en los Estados Unidos nos hemos abstenido de deformar y falsificar mapas como armas de propaganda (si prescindimos del intento irresponsable del profesor George Renner, quien trazó "mapas para un nuevo mundo", en los cuales, entre otras cosas, había sido borrada Suiza). Pero nuestros artistas en

estamos muy lejos de las realizaciones educacionales de la escuela geopolítica alemana. Han sido llevadas a cabo durante décadas, con cautela y método, y con un solo propósito en la mente: preparar a la *élite* alemana para desempeñar un papel activo en la próxima revolución mundial. Es necesario que nosotros desarrollemos a tiempo nuestra geopolítica sobre una base elemental de modo que el pueblo norteamericano, y en particular la juventud, pueda ver los aspectos globales de nuestra época y esté preparado con un sólido conocimiento geográfico para una paz tan global como la guerra misma.

Para hacer esto podemos adoptar muchas de las herramientas forjadas por Haushofer y su círculo. No queremos decir que Estados Unidos no haya producido libros bastantes que puedan servir para instrucción de este tipo. Pueden mencionarse *The New World*, de I. Bowman (1928) y *The Strategy of War Materials*, de Brooks Emeny (1937), como ejemplos de libros geopolíticos de texto de primer orden. No obstante, como otros libros, enfrentan al lector con un despliegue tal de hechos que deberían ser complementados por análisis más elementales.

Sólo un sano método educativo que consiga vitalizar y humanizar la geografía (como tan admirablemente lo ha hecho Hendrick Van Loon) podrá crear ese sentido geográfico en nuestra nación. Sólo una idea político-geográfica del mundo, capaz de abarcar la historia en términos de una geografía global, puede comprender la emergencia de las

mapas, en especial los que editan *Fortune Magazine*, han hecho una labor maravillosa para lograr que la nación perciba la dinámica de la geopolítica, haciéndonos ver el mundo en el espejo de mapas dinámicos, y no ya en los mapas estáticos de tiempos pasados.

grandes potencias terrestres continentales. La lucha entre estas potencias terrestres y las potencias marítimas, en la mortal contienda por la dominación del mundo, constituye la revolución mundial de nuestra época. La geopolítica de Haushofer, al convertir las concepciones del mundo de Ratzel y Mackinder en la base de una estrategia de amplia envergadura, hizo que sus lectores percibieran el alborear de la era del poder terrestre. Hemos seguido la trayectoria del enemigo, porque su visión no tiene rival entre los países que forman las Naciones Unidas. El "bloque trascontinental" desde el Rin al Yangtsé era la conclusión lógica de esta visión tan amplia y, por consiguiente, la meta última de la estrategia política alemana. Aunque las nubes que se alzan sobre las llanuras rusas se muestran más negras que nunca mientras escribimos esto, nos atrevemos a precedir que la guerra de Hitler contra Rusia ha sido un error fatal para los nazis.

Las lecciones que el general alemán aprendió del geógrafo inglés, y que Hitler rechazó, pueden y deben ser aprendidas por nosotros. Que lo hagamos así con tiempo decidirá no sólo el resultado de la guerra sino el carácter de la paz que ha de sucederla.

La Rusia asiática y China tienen hoy las posiciones clave. Los suyos son los frentes terrestres en el corazón continental eurasiático. Sobre estos frentes han de decidir la guerra los ejércitos mecanizados. Pero es igualmente importante el hecho de que sobre los mismos frentes, cuya inclusión en el sistema de la moderna tecnología ha sido acelerada por la guerra, se centrará una nueva fase de la historia.

Mientras muchos de nosotros están unidos aún por la

idea de que Norteamérica y Europa son los centros de gravedad de la historia de nuestra época,[7] la geopolítica nos enseña a considerar las masas terrestres de Eurasia y América del Norte como la zona en que se decidirá el futuro de la humanidad. Europa ya no será por más tiempo el lugar de arranque de los conquistadores y los reformadores del mundo.

Es tarea fútil tratar de determinar las fronteras de las masas terrestres del corazón continental del futuro. En los días de la aviación las fronteras del corazón continental no son las mismas que en los días de Mackinder, en 1904. "El deseo de una definición precisa del corazón continental es trivial: es un concepto estratégico sobre el mapa", escribía en 1942.[8] Para captar este concepto estratégico —y estrategia no sólo significa aquí estrategia de guerra sino también estrategia de paz— debemos apreciar el hecho de que vivimos en una unidad mundial cerrada en la cual las potencias que dominen las masas terrestres gobernarán todo el orbe. Semejante visión impedirá que sobrestimemos la importancia de los problemas de reconstrucción del Viejo Mundo. Si Alemania es derrotada, ya no alterará más el equilibrio de poder porque el centro de gravedad se desplazará hacia el este. El espíritu que estuvo a punto de convertir en realidad los sueños de Hitler y Haushofer será roto. El tremendo potencial de guerra de la cuenca del Ruhr estará bajo una administración internacional de las Naciones Unidas. Luego quedará abierto el camino para una lenta

7 Ejemplo ilustrativo es la opinión expresada por N. J. SPYKMAN, *America's Strategy*, p. 136, de que "el centro de la fuerza económica y militar de Rusia permanecerá siempre en el extremo europeo de su masa terrestre".

8 En carta al autor, fechada el 15 de junio de 1942.

introducción de Alemania en una sociedad de naciones pacífica. Pero durante muchos años no será en Europa donde se forjen los destinos de la humanidad. Mientras los rusos se mueven hacia el este, Estados Unidos y Canadá descubrirán la vital importancia de su marcha hacia el norte, hacia los escenarios en que la Rusia asiática y China se están preparando para un nuevo orden. Por fin se están apreciando las lecciones que Vilhjalmur Stefansson trató de enseñarnos. "El hecho geopolítico más importante de la segunda guerra mundial es que se lleva a cabo en la mitad septentrional de la zona templada que, en una tierra esférica, se encuentra en un círculo que rodea el Artico." Y también: "Las masas terrestres de Europa, Asia y Norteamérica están agrupadas en torno al Mediterráneo polar . . . que es nuestro mar, dominado por las flotas y las fuerzas aéreas británicas y soviéticas y por Estados Unidos y Canadá. . . "[9]

Estados Unidos y Canadá no son "satélites" de un anillo exterior del mundo. La técnica los unirá indisolublemente con el corazón continental; juntos con la Rusia asiática y China formarán el nuevo orden del mundo.

Los estrategas geopolíticos de salón tratan de hacernos ver el "nuevo orden" como un juego llevado a cabo entre un número reducido de naciones "soberanas" de hoy. Proclaman que estos superestados se dividirán el mundo, y que Alemania y Japón figurarán entre los principales actores sobre la escena mundial. Las sombrías profecías, que han adoptado todo el fatalismo de Spengler, describen un mundo futuro en donde "libertad, paz y amor no existen". Los

[9] Cf. uno de los estudios geopolíticos más vitales escritos en nuestros días, el de V. Stefansson, "La línea de abastecimiento de Artico", *Fortune Magazine*, julio de 1942.

imponderables no cuentan en la escala que registra la balanza del poder mundial.

En las masas terrestres de Norteamérica, la Rusia asiática y China resplandecen las sendas del futuro de la humanidad. Pero la importancia revolucionaria mundial de estos acontecimientos no está en los elementos tangibles de poder reunidos en las regiones internas. Si lo estuviera, nuestros hijos y nuestros nietos vivirían y morirían en los campos de batalla del mundo fascista de unas cuantas potencias competidoras y combatientes, en el cual sería una realidad la completa aniquilación de las naciones pequeñas. Tales predicciones no se realizarán, porque en ninguna otra parte del mundo actúan tanto los elementos intangibles, que moldearán el futuro del hombre, como en las masas terrestres continentales. Allí es donde la democracia se convertirá en una causa tan global como el imperialismo global de los países totalitarios. La conciencia de la idea democrática como lazo de unión de las naciones atacadas ha de ser el cimiento sobre el cual se alce nuestra estructura geopolítica. Sus fuerzas irracionales y sus ideales servirán como pilares del nuevo edificio, pilares tan fuertes como los elementos tangibles de la política de poder.

Los *Realpolitikers* de la geopolítica señalarán la falacia de esto, porque ni Rusia ni China, y tal vez ni siquiera las naciones norteamericanas, pueden clasificarse como "democracias". Sin embargo, semejante crítica no tiene por qué inquietarnos. En primer lugar, el lazo que une a los pueblos de Asia y Norteamérica es su oposición al imperialismo de la revolución mundial fascista. Owen Lattimore [10] ha

10 "La lucha en Asia por la democracia", en *Foreign Affairs*, 1942, pp. 694-704.

descrito recientemente la lucha de Asia contra el imperialismo y contra ese tipo de "imperialismo y democracia" combinados que hemos aceptado por tanto tiempo. Nuestros compatriotas debieran comprender las palabras con que el asesor del generalísimo Chiang Kai-shek define el propósito fundamental de China en su lucha contra el imperialismo en cualquier forma que pueda aparecer en la política internacional. La idea unificadora que liga a millones de personas en los continentes eurasiático y norteamericano es la sencilla convicción de que el mundo no puede sobrevivir más tiempo siendo semidemocrático y semicolonial, semisometido y semilibre. Donde más claramente apreciable es esta tendencia es en China, donde los mensajes de Chiang Kai-shek y de la señora Chiang Kai-shek son ilustraciones clásicas de los principios antiimperialistas chinos. Es también evidente en la India. Es asimismo lazo de unión de las naciones de la Rusia soviética. Y cuanto más se conviertan en una fuerza viva los conceptos éticos de las futuras relaciones de poder, tal como los expresan Wallace y otros, tanto más estrecho será el lazo ideológico que una a nuestros pueblos con los millones de asiáticos que en este momento están combatiendo nuestra misma batalla.

Esta unidad de propósito en una guerra que aspira a formar un mundo nuevo en el que no haya espacio para la expansión imperialista, tiene más peso que la aparente falta de democracia de las naciones atacadas. Cierto que China no es aún una democracia. Bajo la amenaza de invasión japonesa, el programa democrático del Kuomintang no podría llevarse a cabo aún, y el estado de tutela política previsto por Sun Yat-sen como inevitable todavía existe. Tampoco

es la Rusia soviética una democracia si pensamos en términos de nuestras Cuatro Libertades. Y en cuanto a nosotros mismos, cada día de esta guerra nos hace reconocer con más claridad que nuestros fundamentos democráticos han de sufrir un cambio radical. Sin transformación, no podrán conservarse las arterias vitales que están ahora comenzando a unir a los millones de hombres de la isla mundial con nuestros espacios continentales. Así, pues, el otro lazo unificador no consiste en la existencia de sistemas democráticos, sino en el hecho de que esos millones de hombres que pueblan el Asia y la Rusia soviética ahora están en camino de conquistar la libertad convirtiendo sus países a la democracia.

Excepto en Spengler, quien previó, con todo su misticismo, el alborear de una nueva cristiandad que debía desarrollarse en Rusia, nuestro examen de la geopolítica alemana nos lleva a un mundo de materialismo político por el poder, en que no hay sitio para el ser humano en su búsqueda de la felicidad. Como las fuerzas de Haushofer no vieron los imponderables de esta revolución oriental, el audaz intento de fusionar el imperialismo fascista y la Rusia asiática estaba condenado. Los imponderables pesaron demasiado para dar una oportunidad al esquema geopolítico de Haushofer. La Alemania de Hitler nunca podrá consolidar su posición como líder futuro de las potencias terrestres combinadas mediante la cooperación pacífica con las fuerzas revolucionarias del Oriente. La sombra de Haushofer se esfumó en la niebla cuando Hitler atacó a Rusia. La tarea iniciada el 22 de junio de 1941 es más audaz que los más audaces de los planes de Haushofer preparados para una Alemania que ope-

rase sobre las líneas interiores desde su base continental. El desafío de Hitler a Rusia, emprendido con un desprecio absoluto de la evaluación realista de los potenciales de poder en el Oriente por Haushofer, está llegando ahora a su cenit. El discípulo de Mackinder y Haushofer que sepa ver a distancia seguirá estando convencido de que la guerra contra Rusia, a despecho de toda una serie de victorias alemanas, marcará la ruina de Hitler y de Alemania.

El pueblo de Norteamérica tiene ahora la última oportunidad de aprender a tiempo las lecciones de una geopolítica humanizada. Estas lecciones nos encaminarán hacia la estructura de un nuevo orden mundial en que los sistemas sociales, económicos y políticos del Oriente y del Norte se armonicen con sus propias instituciones. El destino dió a Estados Unidos y a Inglaterra un presente inmerecido en nuestros aliados, Rusia y China; inmerecido porque está lejos de deberse a nuestra sabiduría geopolítica el que las mayores potencias continentales de la tierra se hallen unidas a nosotros frente al archienemigo de los hombres libres. La nuestra es la era de las grandes potencias terrestres. El "corazón continental" de nuestra centuria es también el centro de la aviación global de mañana. Los millones de rusos y chinos que hoy defienden las masas continentales en que se está formando un mundo nuevo, han sido elegidos por el destino para hacer los mayores sacrificios de vidas humanas.

Son bastante jóvenes y bastante fuertes para sobrevivir a la prueba. La geografía nos ha unido a nosotros, pueblos de Norteamérica, inseparablemente con la gran isla mundial; formamos parte de ella por ley de la naturaleza y por

nuestra propia y libre determinación. En sus masas terrestres y en los aires que cubren sus llanuras y montañas se iluminará un nuevo curso de humanidad por las naciones que se hallan destinadas a la construcción de un mundo libre. Entre ellas estarán los pueblos de América que rechacen el credo de la geopolítica alemana de que "la América de hoy está cansada y vieja". Lo refutarán siguiendo fieles a la senda que conduce a la libertad y a la democracia verdadera del mañana. ¿Lo conseguirán?

—Antes de llegar a la piedra que señalas —dijo Scrooge— contéstame a una pregunta: ¿Eran esas las sombras de las cosas que han de ser, o eran solamente las sombras de las cosas que pueden ser?

El espectro siguió señalando hacia la tumba junto a la cual estaba.

—Las vidas de los hombres anunciarán ciertas metas, a las que han de llegar, si se persevera en ellas —dijo Scrooge—. Pero si las vidas se desvían, las metas cambiarán. ¡Dime que es esto lo que ocurre con lo que me enseñas!

El espíritu tan inmóvil como siempre.[11]

11 DICKENS, *A Christmas Carol.*

;

Este libro se acabó de imprimir en Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco, 63, México, D. F., el día 12 de julio de 1944; la edición estuvo al cuidado de *Daniel Cosío Villegas*